

32.743

ODÍN GÓMEZ LUCERO

SAN JUAN

LIBRO DE LECTURA PARA V Y VI GRADO Y DE
INFORMACIÓN Y CONSULTA PARA EL III GRADO
DE ACUERDO A LOS PROGRAMAS EN VIGENCIA

*Aprobado por el H. Consejo Provin-
cial de Educación - Edición 1936*



1936

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DEL ESTADO
BOLETIN OFICIAL
SAN JUAN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Boop-1924/6/38

148X219

SAUL WAJ

*Corregido por el autor. Queda hecho el depósito que marca la ley. Cada ejemplar lleva en el **EX LIBRIS**, la firma del autor.—Edición de 3.000 ejemplares.*

*A la memoria de mi madre
Facunda Lucero de Gómez.*



*A la Directora General de
Escuelas de la Provincia Señora María
Elena Vidart de Maurin.*

EL AUTOR

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BIBLIOTECA NACIONAL
DE LOS ANGELES

PROLOGO



Un libro de San Juan para San Juan.

Libro de lectura y de consulta, viene, a mi juicio, a llenar una necesidad sentida en nuestras escuelas.

Somos sanjuaninos pero bien poco conocemos nuestra historia local, ignorando sus más bellas leyendas y tradiciones impregnadas de sabor provinciano y desconociendo casi en absoluto la labor tesonera que desarrollan dentro y fuera de la Provincia, nuestros escritores y estudiosos.

No pretendo abarcar con mi obra, todo el pasado y presente de nuestra cultura. Ello sería imposible de realizar en un libro, por más voluminoso que este fuera.

Tampoco es posible creer que la lista de escritores que presento está completa. Faltan todavía muchos nombres que por razones obvias no me ha sido posible incluir.

Pero el esfuerzo está hecho y el primer paso está dado.

Ya vendrán los continuadores de la obra empezada, y los claros que hay serán llenados, y la obra proseguida y terminada, a conciencia y satisfacción de todos.

Es necesario romper de una vez con la rutina que nos ata al pasado, y quebrando lanzas contra los prejuicios, la ignorancia y el temor de lo desconocido, ponerse a tono con la época y vivir con ella.

Abandonemos muchos arcaicos métodos pedagógicos que son un lastre para la enseñanza, nos desprendamos un poco del pasado — sin olvidar sus glorias — y con la autoridad que brinda un estudio constante y tesonero, tratemos de innovar métodos y procedimientos hacia una mayor per-

fección, cuidando que prime el sentimiento regionalista, pues el sentido común nos dice que es lo nuestro lo primero que debemos conocer.

Dividido el libro en tres partes, las dos primeras comprenden la prosa, abarcando los temas más diversos e interesantes sobre San Juan en sus múltiples aspectos. La tercera parte, dedicada a la poesía, está representada por los cultores más calificados del verso.

Me permito recomendar al maestro preste especial atención a los siguientes puntos:

- 1 — Cada lectura debe ser explicada convenientemente de manera que no quede en el niño la menor duda respecto de lo leído.
- 2 — Téngase presente que algunos capítulos conservan su ortografía original.
- 3 — Como existen en el libro numerosas palabras regionales cuyo significado no aparece en el diccionario, sería de interés didáctico que el alumno confeccione un catálogo de dichas voces.

La confección del catálogo traería por consiguiente aparejado el conocimiento de nuestro folklore regional.

- 4 — La lista de los gobernadores no es para ser aprendida de memoria ni mucho menos. Sirve para dar una sencilla idea de la vida institucional y política de San Juan. Debe destacarse más la personalidad de muchos gobernadores ilustres que, y perdónese-me, no conocemos lo suficiente. Las figuras de Salvador María del Carril en primera línea, José Ignacio de la Roza, Narciso Laprida, Camilo Rojo, Antonino Aberastain, José María del Carril, Francisco Díaz y Nazario Benavides, entre otros, deben cobrar relieves inconfundibles por la obra realizada.
- 5 — Muchas lecturas como “La Carta de Mayo”, “Cuyo”, “San Juan en la Revolución de Mayo”, “El Batallón San Juan” y otras, están íntimamente

ligadas a nuestra historia. El maestro debe, necesariamente, relacionar los temas leídos con la historia civil y militar de San Juan, llevando al niño, como de la mano, por todo ese pasado, tranquilo y dulce a veces, sangriento las más, pero siempre glorioso y eterno en los fastos de la Patria Argentina.

- 6— Las estadísticas son sumamente importantes. El maestro debe familiarizarse con ellas, y los alumnos conocerlas perfectamente. Esta es la enseñanza práctica, y si se quiere fundamental de la escuela moderna. El estudiante de VI grado está ya en las puertas de la vida ciudadana. Que no entre en el segundo y tal vez definitivo período de su educación con un bagaje ridículo de conocimientos superfluos que a nada conducen. Aprenda el alumno cosas prácticas y útiles, sobre todo en los grados superiores, porque en la lucha por la vida que se le avecina, no triunfará sólo a fuerza de lirismo.
- 7— De la lectura de varios capítulos del libro surge espontánea la gravitación de San Juan en el orden nacional y la actuación culminante de nuestros comprovincianos ilustres en el vasto escenario argentino. Por algo se le dice a San Juan “La ciudad de las estatuas”. Que el niño, concientemente, se percate de ello y adquiera la responsabilidad de esa herencia de glorias para honrarla con el estudio y el trabajo.
- 8— Las lecturas y sus autores deben ser clasificados por maestro y alumnos según sus diferentes géneros literarios. Indico la conveniencia de implantar la Carpeta Bibliográfica, en VI grado, donde el alumno documentará durante el año de clases, la labor desarrollada por los escritores y hombres de ciencia argentinos, clasificados por provincias, re-

servando para San Juan un lugar especial en la carpeta.

Mi propósito pues, al dan a luz este libro, ha sido en primer lugar el de interpretar la enseñanza actual de la lectura con un criterio moderno, práctico y regionalista, apartando la escuela local — por lo menos en lo que se refiere a los grados superiores — de los textos importados de Buenos Aires, inadecuados para nuestro ambiente, conteniendo cosas y hechos extraños a nuestras costumbres y modalidades, libros porteños exóticos en cualquier ambiente provinciano, sin ningún nexo con las escuelas de tierra adentro.

Lo lógico es que cada Provincia tenga sus libros de lectura propios.

Que esta obra, realizada sobre todo a fuerza de perseverancia, sea la que inicie la serie de muchas otras que los colegas estudiosos están en el deber de obsequiar a la escuela sanjuanina.

Y que sea en esta Provincia donde se geste ese movimiento regionalista que despierte en sus hermanas la personalidad de cada una con caracteres imborrables.

Agradezco muy sinceramente a las personas que me han prestado su valiosa cooperación, y cumpro con destacar el aporte útil e indispensable facilitado para la realización de este trabajo por las bibliotecas departamentales de Albaradón, Desamparados, Concepción, Santa Lucía y Jáchal, y muy especialmente por la Biblioteca Franklin, de tradición honrosa y que tiene el singular mérito de ser la más antigua biblioteca popular de la República.

ODÍN GÓMEZ LUCERO

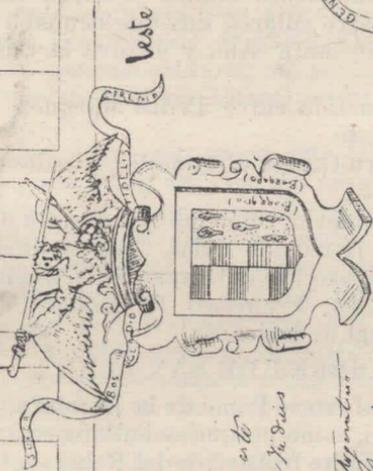
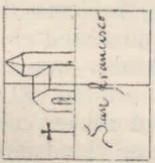
Fundación de la Ciudad de San Juan de la Frontera por el Capitán Juan Jufre

ACTA DE FUNDACION

"En este asiento y valle de Tucuma, provincia de los Guarpes, que es de esta otra parte de la gran Cordillera Nevada, a trece dias del mes de junio de mil y quinientos y sesenta y dos años, ante mi, Tomás Nuñez, escribano de Juzgado en estas dichas provincias, el muy magnifico señor Juan Jufre, teniente de gobernador y capitán general en estas dichas provincias é las demás hasta la mar del Norte, por el muy ilustre señor don Francisco de Villagra, mariscal, gobernador y capitán general en los reynos de Chile y destas provincias por S. M. é dijo: que el viene a estas provincias con poderes muy bastantes de S. M. y del dicho señor gobernador a las poblar y reducir al servicio de Dios nuestro Señor y de la magestad real del rey de Castilla D. Felipe, nuestro señor, como por las provisiones que de ello tiene consta y es mandado; y de las dichas provincias tiene tomada posesión en nombre de S. M. y mucha parte de los naturales de ella han dado la ovediencia y están de paz, y porque el tiempo que ha que está en ellas ha sido breve, en el cual no ha podido hallar asiento ni lugar para donde fundar una ciudad con mero imperio; é porque de no fundarla é aizar rollo é nombrar cabildo é rejimiento, podría redundar inconvenientes y daños, así por lo que toca al servicio de Dios y de S. M. como contra los naturales y españoles que en estas provincias están, y para que cesen los dichos inconvenientes y esta tierra sea perpetúe y pueble, y se puedan encomendar los indios en los españoles vasallos de S. M. que en su servicio en este dicho asiento están, para que los puedan doctrinar y enseñar en las cosas de nuestra santa fé Católica, y mostrarles a vivir políticamente, guardándoles, é haciéndoles en todo justicia, me pareció convenia en este dicho asiento y valle, alzar rollo y nombrar alcaldes y rejidores y oficiales de S. M., y los demás oficios que son anexos al mejor gobierno de ella, y ante todas cosas señalando la advocación de la Iglesia Mayor de la dicha ciudad, la cual se ha de nombrar y llamar Señor San Pedro, á quien tomo por patron y abogado y esta dicha ciudad se ha de llamar y nombrar la ciudad de SAN JUAN DE LA FRONTERA, provincia de los Guarpes en todas las escrituras y demás cosas que fueren necesarias nombrarse, á la cual doy por término y jurisdiccion, con mero y misto imperio, treinta leguas hasta hácia la banda de Lampa, que es ó la banda del Oeste, y hácia la banda del Oeste hasta el valle de Catalve, y hácia la banda del Sur hasta el valle de Guanacache, y por aquel distrito hacia la banda del Norte otras treinta leguas, y el dicho señor general habiendo visto y andado por este dicho valle, halló un sitio donde le pareció estaria bien poblar y fundar asiento la dicha ciudad, é por virtud de los poderes que S. M. y del dicho señor gobernador tiene, tomó en sus manos un árbol el cual dijo que alzaba y alzó por rollo y árbol de justicia, para que en él se ejecute la justicia real, para ahora y para siempre jamás; y dando a entender a todos los caballeros, soldados y pobladores que presentes estaban, que si habia alguno que fuese de otro rey que lo quisiere defender el dicho asiento, dijere noto poder hacer ni fundar; todos los cuales dijeron que no, y todos juraron y prometieron de sustentar y defender todo lo arriba dicho, y el dicho señor general, este dicho día que el dicho rollo y picota alzó, tomó en sus manos una cruz y la puso en el sitio en que la fundación de la dicha Iglesia que de esta dicha ciudad ha de ser, y la puso con sus manos en el dicho sitio, la cual dicha ciudad dijo que fundaba y fundó, con tal aditamento la fundaba y fundó llevando si se mudare la misma orden arriba dicha, guardando los solares a los vecinos y moradores en la parte que en esta dicha traza están y tienen, hácia los vientos que están señalados en el margen de la dicha traza *ut supra* y firmólo de su nombre, siendo testigos Pedro Márquez y Diego Lucero y Hernando Arias y Cristóval de Buica y Martín Delvira, á todo lo dicho es, é firmólo de su nombre".

"Fecho y sacado fué el dicho traslado del original que parecia estar firmado de una firma que decia Juan Jufre, y otra que decia: Ante mi Tomás Nuñez, escribano del Juzgado, y correjidor, por mi Ambrosio de Moscoso, escribano de S. M., en esta ciudad de los Reyes, a 15 dias del mes, día (rota) de mil é quinientos y setenta y dos años; é dov fé que va cierto y verdadero, y fueron testigos a lo ver correjir Gomez de Avilés y Lorenzo Herse, estantes en esta ciudad. En fé de lo cual fice aquí este mio signo atal-en estimonio de verdad, Ambrosio de Moscoso, Escribano de S. M. Hay un signo y una rúbrica".

Sordano Pussy	El aguardiente Mayor	San Francisco	Manuel de los Francisco Hernandez	San Juan de los Rios	San Juan de los Rios
San Juan de los Rios	San Juan de los Rios	San Juan de los Rios			
San Juan de los Rios	San Juan de los Rios	San Juan de los Rios			
San Juan de los Rios	San Juan de los Rios	San Juan de los Rios			



este

Certifico que el original de este plano, está en el Archivo de V. S. de esta ciudad.

El Comandante
Antonio Gabriel Torres



Es copia
Compendio con el original
de un expediente, sobre el
del terreno...
Antonio de...
Suave



PLANO DE LA CIUDAD DE SAN JUAN DE LA FRONTERA

(Reducido en un tercio de su tamaño natural)

Repartimiento de Tierras

La ciudad de San Juan de la Frontera contaba, en su fundación, con veintitres vecinos encomenderos y mil quinientos indios de servicio.

La traza del pueblo, como se vé en el plano, constaba de veinticinco manzanas, destinada la del centro para servir de Plaza Mayor. En los ángulos del cuadrado del pueblo se fundaron las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, Nuestra Señora de las Mercedes y los hospitales de naturales y españoles.

Las manzanas que daban frente a la plaza, fueron repartidas así:

La del Este, dividida en cuatro solares, dos para el fundador Jufre y los otros para Tomás Núñez y Diego Ronquillos.

La del Sud, en cuatro solares, dos que ocupaba la Iglesia Mayor, uno la Ermita de Santa Ana y el otro la Casa de Ayuntamiento.

La del Norte, repartida entre Pedro Márquez, Diego Lucero, Flores y un solar vacante.

La del Oeste, entre García Hernández, Cardoso y dos solares vacantes.

Lo demás del vecindario, repartido en el resto de la población, era: Anze, Contreras, Hernando Arias, Lemos, Juan de Lagama, Cristóbal Sánchez, Lorenzo Payo, Gaspar Ruiz, Juan Gómez Isleño, Juan Gil, Martín Delvira, Francisco Hernández, Juan de Malla, Luis Generio y Cristóbal de Buica.

NOMBRES DE SAN JUAN

La ciudad de San Juan se llamó **de la Frontera**, ya por constar en el acta de fundación, como porque se hallaba en la frontera Norte del País de Cuyo y límite fronterizo del Reino de Chile en la parte oriental de los Andes.

Llamósele **San Juan del Pico**, y este nombre lo atribuimos a que cerca de la ciudad, en rumbo Norte, corre la sierra de Villicum, que ofrece a la vista un verdadero **pico** de mediana elevación.

Finalmente, llamóse **San Juan de Cuyo**, nombre que le reservamos por ser más lógico con el pasado de esta ciudad. El país se llamó **Cuyo** desde los primeros tiempos; este nombre consta en muchos documentos de grande importancia; con el mismo es conocida en el orden eclesiástico, como se verá en la bula ereccional del Obispado, y el nombre de **Cuyo** fué el de la famosa Intendencia que tanto se ilustró con la formación del Ejército de los Andes.

NICANOR LARRAIN

Del libro "El País de Cuyo".

C U Y O

I PARTE

Como enclavado entre la inmensidad de las montañas sudamericanas, se encontraba un territorio pobre y solitario, pero destinado a servir de tierra de promisión, en que todos los cultivos transportados por los españoles debían darse aquí con un rendimiento y con una frondosidad asombrosa, especialmente la vid.

Este oasis, este canastillo de verdura colgado hoy al pié de los Andes, fué el país de Cuyó colonizado por españoles llegados de Chile.

La etimología de este nombre, "tierra arenisca", viene del aspecto que presentó entonces este territorio lleno de médanos, travesías y arenas. Llamábasele también Chocuito, Chile Oriental o trasmontano porque esta región perteneció a Chile hasta 1776, formando uno de los once Corregimientos en que se dividió dicha Capitanía General.

El primer español que estuvo en este territorio fué Francisco de Villagran, quien venía del Perú de paso para Chile, a donde debió llevar noticias tan halagadoras de estas tierras, que no dejó esperar mucho la expedición de Castillo.

Hay aquí una leyenda que cuenta que los colonizadores fueron atraídos por las noticias de que los indios juntaron un rico tesoro de oro molido para transportarlo al Perú, y contribuir al rescate del Inca Atahualpa, pero al encontrarse los indios con los correos del Perú que pregonaban a todos los vientos: "Ha muerto ya el Hijo del Sol", enterraron el tesoro sin haber podido los españoles dar con este "tapado".

Parece que los españoles al fundar ciudades no se preocupaban de elegir el lugar más apropiado, como lo prueba la fundación de Mendoza por Don Pedro del Castillo en 1561, trasladada por Don Juan Jufré con el nombre de Resurrección en 1562 al lugar en que estuvo hasta su destrucción por el terremoto de 1862. El mismo Jufré funda ese año — 1562 — a San Juan de la Frontera, en el lugar que hoy llamamos "Pueblo Viejo", siendo trasladada por su hijo Luis al lugar en que actualmente existe. Luis Jufré fundaba también la ciudad de San Luis de Loyola, poniéndole este nombre en honor de la autoridad chilena que lo envió a completar la conquista de Cuyo por Oriente. También, como del Castillo, recordó a Hurtado de Mendoza para su primera fundación.

Este país era habitado por los huarpes, que sumisos y de trato suave, fueron repartidos en encomienda a los encomenderos

para saciar el afán de atesorar fortuna. Tratados bestialmente, forzados a penosísimos trabajos, tuvieron que abandonar sus familias, que la mayoría no volvió a ver más, dejar sus cultivos y pasar la cordillera a pié para ir al trabajo forzado de las minas de Chile y poder pagar el tributo sirviendo 178 días. Esta conscripción civil que bajo el nombre de mita, yanacona o encomiendas fueron sometidos los indios para morir a millares, forma la página más negra de la historia de la conquista española.

Nada conmovía el corazón de los conquistadores para detener el acarreo de indios en encomiendas, y el despotismo tuvo que producir la sublevación de los naturales que, en 1632, unidos a otras tribus, amenazaron a la ciudad de Mendoza y a otras poblaciones, y en 1762 tomaron por sorpresa e incendiaron la ciudad de San Luis.

Esto, y una obra escrita por Bartolomé De Las Casas, el protector de los indios, conmovió, por fin, el corazón de los Reyes de España, quienes al establecer el Virreynato del Plata, ordenaron pasara Cuyo a formar parte de él.

C U Y O

II PARTE

Al incorporarse Cuyo al Virreynato del Río de la Plata en 1776, entra a formar parte de la provincia del Tucumán.

Destácanse sus picos cubiertos de nieve que se elevan hasta las nubes, desfiladeros, profundos precipicios y barrancos desprendidos de los Andes al igual que feracísimos valles y achaparrados matorrales, llenos de vida, donde nueva luz parece infiltrarse entre las sinuosidades de la montaña.

Es que el pobre huarpe no ve más apagado su útil hogar, ni abandona sus chacras y cultivadas campiñas.

Industrioso por instinto y por las condiciones naturales de esta región, donde la naturaleza no le permite recoger del árbol la abundante fruta, ni del suelo sacar sus tubérculos, ni del bosque su buena caza, ni del agua sus abundantes peces como los había en otras partes, tuvo que luchar con los inconvenientes del suelo para llevar el agua por acequias. De ello nos da una idea clara el Zanjón, canal que rodea la ciudad de Mendoza por el Este y es obra del cacique Guaymayen, siendo como un río por su profundidad y caudal.

Cultivaron así sus tierras con el regadío que les privaba la escasez de lluvias. Por eso estos indios llevaban una vida seden-

taria, como muy pocos, pues generalmente las demás eran tribus errantes.

Ya en esta época los huarpes no se pintan el rostro de verde, ni visten de pieles de guanaco atadas al hombro y ceñidas a la cintura. No viven en este período en casas de cueros, sino de paja y material. Son andarines y recorren grandes distancias, uno detrás de otro, a lo que usualmente se ha dado el nombre de tranco de indio, como los norteamericanos le llaman tranco militar, porque cada soldado debe borrar el paso de su anterior para no dejar huella.

Son excelentes rastreadores y a sus descendientes los hace memorables Sarmiento al narrar las hazañas del célebre rastreador Calíbar.

Formada en 1778 la Intendencia de Salta por Real Cédula, Cuyo pasa a pertenecer a ella. El territorio es el mismo de la provincia del Tucumán, cambiando sólo de nombre por su autoridad: Intendente en vez de Gobernador.

Llega el año 1782 y Cuyo forma parte de la Intendencia de Córdoba, con esa ciudad y la Rioja, separándose de la de Salta por razones de mejor administración.

No es ya la ciudad perdida entre montañas y matorrales, desiertos y salitres; es un oasis transformado así por el criollo que aprovecha el agua de sus ríos y el limo vivificador de su suelo para cambiar el panorama natural en floridos vergeles donde crece el jazmín, la diamela, la rosa, los lirios, la acacia, y toda esa familia multicolor de flores que satura de aromas el aire. El suelo está salpicado de huertas donde se levanta la airosa vid, ofrendando sus deleitosos frutos el duraznero, el ciruelo, el manzano, el peral, el naranjo y todos los árboles del mundo que se producen aquí en forma admirable.

En 1806 y 1807 Cuyo envía su contingente en armas, dinero y hombres que enrolados en el batallón de Arribeños, dejan bien sentada su fama de valientes. A la ciudad de San Juan se enviaron después de la Reconquista y Defensa, doscientos noventa y ocho prisioneros, quedándose muchos voluntariamente, formando aquí su familia, y estimulando al pueblo a independizarse de los españoles. Los hijos de San Juan con su bravura temeraria y su ardiente patriotismo, dejan entrever lo que será en poco tiempo más este Corregimiento.

La visión de la independencia surge por todas partes, y la evolución en este país hacia la libertad, se acerca con incoercible crecimiento de marea que dique alguno puede contener.

En 1811 San Juan establece su primera Junta de Gobierno, a semejanza de la Capital, formada por los respetables ciudada-

nos José Javier Jofré, Pedro del Carril, e Isidro Mariano de Zaballa.

Con fecha 29 de Noviembre de 1813 se formó la Intendencia de Cuyo integrada por San Luis, San Juan y Mendoza, siendo su capital esta última. Dicha Intendencia duró hasta 1820 desmembrándose ese año en forma de tres provincias separadas en su dependencia política.

MARIA MERLO DE BUSTOS

Del folleto: **Estudio Comparativo**
de las
Colonizaciones extremas de América.

Reconstrucción de la vida colonial

Las Viviendas. — Repartidos los solares entre las familias fundadoras, la preocupación primordial de cada una fué la de construirse su vivienda, y barro y paja, adobes y ramas de árboles fueron los únicos elementos disponibles. Cada propietario hizo de albañil, de carpintero, de herrero. Las construcciones debieron ser necesariamente de mojinete y tijeral, pues no había madera larga como para techos planos. Se echó mano del algarrobo, del chañar, del tintitaco, del garabato...

Pocos días bastaron y las nuevas viviendas, diseminadas a trechos, dieron la impresión de verdaderos núcleos poblados. Se simplificó la construcción haciendo piezas amplias, cuadrilongas, con una ventana y una puerta, colocada ordinariamente en un extremo, con su infaltable **estrado** en el fondo de la pieza principal, que venía a ser el sitio de honor para las visitas. Se lo recubría con alfombras más o menos costosas, según las posibilidades de los dueños de casa.

El mueblaje era por demás modesto. La vivienda urbana del Teniente de Real Hacienda de San Juan, Capitán Don Andrés de Castro y Cruzat, se componía de los siguientes enseres: 3 sillas; 1 escaño; 1 caja grande para varios usos; 2 platillos de plata; 2 cucharas; 1 tembladera; 1 lagar; 1 tinajilla; 1 cocina; 2 pistolas. Así se desprende del inventario que se levantó con motivo de la muerte de dicho funcionario.

Vestuario y alimentación. — La falta de medios de vida hizo

que los colonos aguzaran su ingenio para procurarse los elementos indispensables, así en lo que respecta al vestuario como en lo de la alimentación. De Europa les llegaban todas las mercaderías recargadas en un mil por ciento. Entonces comenzaron a funcionar la rueca y el huso... y se improvisaron telares, aprovechando la lana de guanaco, vicuña, llamas y de las pocas ovejas recientemente introducidas.

Tampoco los manjares abundaban ni fueron muy regalados al principio: carne de guanaco, de vicuña, de liebre, de quirquincho, pescado...

Frutas silvestres, como higos chumbos o tunas, chañar, pi-quillín...

Verduras, como zapallos, choclos...

El maíz maduro lo aprovechaban, o majado, para el plato nativo el loero, y el mote o mazamorra, o también reventado o florecido al rescoldo.

De los indios aprendieron el uso de bebidas fermentadas, extraídas de la algarroba y del maíz, vulgarmente llamadas chicha y aloja.

Leyenda del zapallo. — Cuenta la tradición que para acortar las noches largas de invierno, los señores más acomodados celebraban reuniones sociales en las que se divertían bailando y jugando a juegos de azar. En tales circunstancias se conocían las familias vecinas o recién llegadas, se estrechaban más y más las amistades, y las niñas y jóvenes casaderos proyectaban castillos en el aire y otros llegaban a formalizar sus compromisos.

Mientras los dueños se divertían dentro, también la servidumbre mataba el tiempo alrededor de una fogata, oyendo los cuentos o leyendas fantásticas de gigantes, de pigmeos, de brujas y encantamientos... narrados con lujo de detalles por algún viejo ladino; entre tanto se asaba o cocía al rescoldo un enorme zapallo, potaje que después constituía las delicias de los concurrentes...

El cuento debía durar el tiempo necesario para que se asara el cucurbitáceo.

Oficios y vida industrial. — El pastoreo y la agricultura, en su forma embrionaria, fueron las únicas ocupaciones de los primeros años. En varias zonas apropiadas, los Huarpes habían abierto canales para sus siembras. Los españoles se concretaron a ensancharlos y ahondarlos para que llevaran mayor cantidad de agua.

Las industrias tardaron un poco más. Cuando las plantaciones vitícolas y de olivos comenzaron a dar sus frutos, comenzó también su industrialización, y vino y agua fuerte (aguardiente), y

pasas de uva y de higos ocuparon muchos brazos y redituaron muchos pesos.

Los productos cuyanos, particularmente de San Juan, fueron transportados en carretas y a lomo de mula a las provincias del Norte, Salta y Tucumán, al puerto de Buenos Aires y a Chile.

A mediados del siglo XVIII los telares habían alcanzado ya bastante perfeccionamiento y las telas confeccionadas: mantas, charlinas, ponchos, frazadas, jergones, chuses, llenaban toda necesidad y satisfacían los gustos más exigentes.

En esa forma las nuevas generaciones fueron incorporando a la práctica y usos de la vida común, las mejoras de que tenían conocimiento, así en lo que respecta a la vivienda, al vestuario y a la alimentación, como a las industrias y artes manuales.

ALFONSO G. HERNÁNDEZ

Pronunciamiento de San Juan en la Revolución de Mayo

La revolución del 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires, repercutió muy favorablemente en San Juan; la población recibió con muestras de júbilo el notable acontecimiento que, quebrando el yugo del poder colonial, abría la era de la libertad.

Ocupaba el poder como subdelegado del gobierno español don Javier Jofré, descendiente del fundador de San Juan.

La noticia del magno suceso fué celebrada durante algunos días con fiestas religiosas y populares, no produciéndose choques entre españoles y criollos como pasara en otras provincias. El 27 de Setiembre de 1810 dimitió Jofré el mando y fué substituido por don Tadeo Cano de Carvajal, y éste reemplazado a los dos días — 29 — por don Pedro Nolasco Grimau, enviado de Buenos Aires por la Junta, el cual duró hasta Enero de 1811.

Un sobrino del Deán Funes establecido en San Juan, don Juan Luis Funes siendo oficial de milicias, depuso, mediando un discurso hecho frente a la tropa cívica, a todos los españoles que aún estaban en el servicio público, con lo cual quedaba consumada en San Juan la revolución iniciada en Buenos Aires y triunfante ya en Córdoba.

En aquel mismo año se creó una Junta de Gobierno que la

componían don Javier Jofré como Presidente y vocales don Pedro del Carril y don Isidro Mariano de Zaballa. La primera medida de esta autoridad fué el levantamiento del primer Censo de la población, haciéndose cumplir a la vez la orden de la Junta Nacional que mandaba substituir el uso de la bandera roja por la escarapela nacional de blanco y azul celeste.

La Junta, preocupándose por entero del bien público, inició varias obras tendientes al mejoramiento social, fomentando las escuelas que funcionaban en los claustros, prestando atención a la higiene, al sistema de las acequias que proveían de agua, etc.

En 1812 llegaba a San Juan el coronel don Saturnino Sarassa, nombrado Gobernador Intendente por la Junta de Buenos Aires. Recibió este Gobernador fiel acatamiento del pueblo y en el corto tiempo que durara en el ejercicio de su cometido, su norma de conducta fué el cumplimiento de su deber y el respeto de las disposiciones emanadas del poder superior.

JUAN DE DIOS JOFRE

Del libro inédito: "Compendio de la Historia Civil
y Militar de la Provincia de San Juan".

Crónica de los sucesos ocurridos en San Juan con motivo del reconocimiento de la Junta Provisional Gubernativa de 1810

Buenos Ayres, 26 de Setiembre de 1810.

Hace mucho tiempo que teníamos en nuestro poder un diario de los sucesos de San Juan, con motivo de la instalación de la Junta Provisional de estas Provincias. La multitud de objetos que nos rodean había entorpecido su publicación; pero sabiendo que el vecindario de San Juan la desea, hemos resuelto irla publicandoc parcialmente.

Diario de las ocurrencias y sucesos de la ciudad de San Juan de La Frontera desde el día 17 de Junio de 1810, que arribó el correo general de Buenos Ayres.

Inmediatamente después de su llegada entraron los particu-

lares, a manifestar por sus cartas, y papeles públicos, la abdicación del mando del Excmo. Sr. Virey, la instalación de la Excmo. Junta Provisional Gubernativa de la Capital, y la oposición del Gobernador de la Provincia de Córdoba.

DIA 18. — Se convocó el ilustre cuerpo del Cabildo, para abrir los pliegos de la Junta, del Excmo. Cabildo de Buenos Ayres, y el que había remitido de posta en posta el gobierno de Córdoba, todo el pueblo quedó en expectativa con novedad tan inesperada; pero habiendo tomado los Capitulares la loable determinación de juramentarse para no revelar la más leve resolución que acordase la materia, volvió a quedar el pueblo en la misma quietud y tranquilidad en que se hallaba antes.

Aquella tarde del propio día, se juntaron los Capitulares en casa del Alcalde de primer voto, donde fueron llamados los Abogados del pueblo, juramentándose para entrar al tratado, que duró hasta cerca de las diez de la noche, y no sabemos su resultado.

DIA 19. — Se observó el pueblo quieto, y tranquilo, al ver su noble, y fiel vecindario, que su ilustre magistrado aunque repetía sus juntas secretas no hacía la menor demostración pública, que anunciase el contenido de las órdenes con que se hallaba.

DIA 20. — En la noche de este día se congregaron nuevamente los Capitulares con los letrados para discurrir y tratar si sería conveniente mantenerse con el silencio que hasta allí; y después de varias consideraciones y animados del buen ánimo, con que miraba el semblante pacífico de sus vecinos resolvió costear a sus expensas una posta a la ciudad de Mendoza, su convecina, para indagar su estado, y ver si conformaba con su sentir.

DIA 22. — Entre las 7 ú 8 de la mañana, marchó el expreso conduciendo tres cartas particulares dirigidas al único objeto de esta indagación y procedió el Ilustre Cabildo a tratar de la celebración de su patron S. Juan Bautista, y el paseo del Real Pendon, que se verificó el 23 y 24 con la mayor solemnidad, ostentación y pompa posible.

DIA 26. — Llegó el expreso con la contestación de Mendoza, e inmediatamente se congregaron los Capitulares en casa de su Presidente el Alcalde de primer voto, y lastimados al oír la lectura, de hallarse aquella ciudad, dividida en partidos por la oposición de los Ministros de Real Hacienda, y Comandante de armas al reconocimiento de la Junta Provisional, ratificaron su primera idea, diciendo convenía permanecer en silencio hasta la llegada del correo del día treinta para orientarse con mejores fundamentos, y resolver con maduro acuerdo, en materia tan grave, como ésta que ofrecía mil dificultades en su acierto, principalmente

cuando el propio día se le había entregado para un vecino de ésta, que había sido su conductor, un pliego del Sr. Gobernador de Córdoba, incluyéndole para modelo las actas del aquel Cabildo, y recomendándole las autoridades legítimas, y buen orden del pueblo, á este fin se mandó comparecer el citado vecino, a quien se juramentó, para que guardase secreto, y no se difundiesen las noticias de aquella capital de Córdoba, que podrían alterar nuestra quietud.

Así pasaron los días hasta el 4 del corriente Julio, en que arribó el correo general, y no tubo el Cabildo mas correspondencia que un oficio del Sr. Gobernador, impartíéndole las noticias del buen estado de nuestra Metrópoli, y ordenándole la jura de la Regencia de España, siempre que tubiese algun oficio, ó le constase por papeles públicos, y como la apertura de este oficio, fué el día 5 por la mañana, se acordó por el ilustre cuerpo deber diferir por más tiempo su resolución mandando citar por medio de esquelas políticas a los preladados, cuerpos políticos y militares, y la mas sana y principal parte del vecindario a su sala Capitular, para el día Sábado 7 del corriente, anunciándose por carteles para noticia de todos.

DIA 7. — A las 8 de la mañana se mandó tocar la campana de Cabildo por su Presidente, estando de antemano adornada de asientos la sala Capitular, habiendo cesado la seña algo mas de las nueve en que se vio una numerosa concurrencia, después de estar el Magistrado en su banca, se les convidó a entrar, y ocupando sus asientos los preladados dentro de la baranda, al lado derecho, y al izquierdo los demas cuerpos, se les hizo presente por el Regidor Decano Alferez Real las órdenes con que se hallaba el Cabildo, y había tenido hasta aquel punto, en que se consideraba necesario se impusiesen todos los vecinos ordenando se leyesen por el Escribano de Real Hacienda, para que de unánime acuerdo manifestasen libremente su voluntad, como se verificó, dándose principio por el oficio del Excmo. Cabildo de Buenos Ayres, la orden circular de la Excm. Junta; y las del Gobernador de Córdoba con las actas de aquel Cabildo.

Concluida la lectura habló el Prelado dominico, y los demas por su turno, expresando debía obedecerse a la Junta en quien había recaído el mando del Excmo. Sr. Virey, segun su oficio y por ser instalada para sostener los derechos de nuestro augusto Sr. D. Fernando VII. A esto peroró el Teniente Ministro de Real Hacienda pintando muy á lo vivo la autoridad de la Excm. Junta, pero que era de sentir se suspendiese aquel acto, por no haberse dirigido las órdenes por el conducto del Gobernador segun estaba ordenado. El Alferez Real le atajó haciéndole presente tenía el

Cabildo mil ejemplares de lo contrario, y que no habían tenido otro principio las desavenencias de Mendoza, tomando la voz otros varios hasta convencerle; sucesivamente desde el primer vecino hasta el último, á excepción de dos que siguieron el sentir del Ministro, fueron de parecer que debía obedecerse a la Junta, expresándose con toda energía y union que acaso jamás se haya visto ni esperado.

Después de concluida esta sesión se acordó por el Cabildo y todo el congreso que sin desconocer la autoridad del Gobierno se obedecía a la **Excma. Junta**; y que por una posta se le diese parte con los testimonios correspondientes, que se le contestase al Excmo. Cabildo de Buenos Ayres y Gobierno procediéndose a elección de Diputado el día 9 llevando cada vecino su cédula con el nombre del individuo, por quien sufragaba; y se cerró el acuerdo firmando todos los vecinos sin quedar uno de cuantos habían concurrido, cuya union fué de la mayor complacencia y satisfacción al Magistrado que tuvo la gloria de presidir.

De la documentación compilada por IGNACIO DELGADO.

Usos y costumbres del Huarpe

Según Ovalle, que estuvo en Cuyo varias veces, los huarpes eran de alta estatura, más velludos y barbados que los de Chile; suaves de trato y muy industriosos, especialmente en los tejidos de paja de que hacían vasos que podían contener el agua. Se pintaban los rostros con un color verde inseparable de su tez por estar penetrado en ella; lo ordinario era pintarse solamente las narices, otros las barbas y labios, y otros, en fin, toda la cara; vestían decentemente así los hombres como las mujeres, y era general el uso del cabello largo.

Son muy ligeros y constantes en la marcha, andando grandes distancias por escarpadas serranías. "Hélos visto, dice Ovalle, subir y bajar los asperísimos montes de las Cordilleras como si fueran gamos, y no sólo los hombres sino también las mujeres con sus hijos en las cunas, las cuales asidas a una ancha correa que atraviesan por la frente, las dejan caer por la espalda y con todo aquel peso que viene colgando de la cabeza sobre el cuerpo, caminan y siguen al paso de los maridos con tanto desembarazo y agilidad que admira. Prueba bien esta ligereza y tesón que tiene es-

ta gente en el andar, lo que me contó un Corregidor y Capitán General de aquella Provincia, acerca del modo singular y raro que tienen de cazar los venados; dice, que luego que los reconocen, se les acercan y van en su seguimiento a pie, a un medio trote, llevándolos siempre a una vista sin dejarles parar ni comer, hasta que dentro de uno o dos días se vienen a cansar y rendir, de manera que con facilidad llegan y los cogen y vuelven cargados con la presa a su casa, donde hacen fiestas con sus familias”.

Los huarpes, si no eran tan guerreros como los indios de Chile, no dejaban absolutamente de serlo. Usaban el arco y la flecha que eran sus armas más comunes y los **libes** que manejaban con suma destreza. Esta arma se componía de dos bolas del tamaño de una naranja, una de piedra bien redondeada y otra de cuero en forma de pelota llena de una materia menos pesada que la piedra, y ambas unidas por una cuerda trenzada de nervios de toro.

Puesto el indio en un alto, tomando en la mano la bola más liviana, comienza a cimbrar la otra sobre su cabeza, y tomada la puntería, la arroja con la certidumbre de maniatar las piernas del enemigo o de la presa que se ha propuesto tomar; en seguida baja de la altura con suma ligereza antes que la víctima haya podido desembarazarse de sus ligaduras y concluye con ella.

También usaban los huarpes la bola perdida de que se servían con una destreza sin igual; ésta consistía en una bola atada a una cuerda, la que arrojaban lejos después de agitarla en el aire, llevando la dirección fija que se le daba y produciendo, aunque en menos escala, el mismo efecto que una bala de cañón en sus últimos rebotes, destrozando o contusionando fuertemente al enemigo que recibía su choque y quedaba tendido en el suelo.

NICANOR LARRAIN .

Del libro “EL PAIS DE CUYO”.

El Rastreador

Admira Ovalle la singularísima gracia que Dios ha dado a estos indios para rastrear lo perdido o hurtado, refiriendo los dos casos siguientes:

“Tenía nuestro colegio convictorio una carreta a la puerta de una huerta donde van a recrearse los seminaristas; hurtáronla

una noche, y echándola menos un hermano de los nuestros, a la mañana fué en busca de un huarpe para que se la rastrease: tomó el rastro y fuéla siguiendo llevando al mismo hermano en su compañía hasta llegar a un río donde lo perdió, pero no la confianza de dar con la presa; pasa el río y vuélvelo a pasar una y otra vez por éste y aquel vado — habíalo pasado otras tantas la carreta para desmentir mejor al que siguiese el rastro, como lo confesó después el que había hurtádola — y prosigue su camino, y a cuatro leguas dió con la presa, cuando el que la llevaba estaba más seguro de no ser descubierto”.

“Otra vez ví que habiendo faltado a cierta persona unos naranjos de su huerta, llamó a otro huarpe, el cual le llevó de una parte a otra, por esta y la otra calle, torciendo esta esquina y volviendo a pasar por aquella hasta que últimamente dió con él en una casa y hallando la puerta cerrada, le dijo: “toca y entra que ahí están los naranjos: hízolo así y hallólos”.

Este arte admirable del rastreador indio, que ha pasado a sus descendientes y que el señor Sarmiento ha memorializado, narrando las hazañas del famoso Calíbar, encuentra imitadores a cada paso en la Provincia de San Juan, y como un ejemplo de ello, vamos a referir un episodio ocurrido en 1866 y de que cuenta un periódico de aquella localidad.

El viernes, durante el viento zonda que corrió, regresaba al Pocito el señor Barboza, acompañado de un peón que es rastreador. Este, como es la práctica en los de su ciencia, miraba los rastros medio borrados por el viento y que cubren los caminos.

— Aquí llevan, observó el peón, un ganado robado.

— ¿Qué fuerza que ha de ser robado? observó el patrón.

— Robado, señor, no ve que en lugar de arrearlo de atrás lo arrear de lado, haciéndolo salir del camino trillado?

A poco andar, el ganado o su rastro se apartaba del camino con dirección a la ciénaga. Siguiéronlo por entre potreros y llegaron a donde habían carneado una vaca, también robada, pero que el rastreador declaró no pertenecer a las que iban siguiendo, pues la muerta había comido pasto de ciénaga y el otro ganado salía de alfalfa.

Después de haber mudado caballo, Barboza, en su finca y reuniéndosele varios vecinos, cruzando calles y deshaciendo caminos, llegaron a un potrero donde pacían tranquilamente siete vacas puestas allí por un abastecedor que había llevado dos consigo. El rastro del caballo los condujo a la matanza donde ya estaban carneadas. Con efecto, eran robadas y fué aprehendido el ladrón que al parecer ejercía la profesión mucho tiempo ha, efectuando sus

robos cuando soplabla viento zonda para que el rastro no quedase visible.

Como contra prueba de la certeza del rastreador, el Juez del Crimen había hecho esconder en el corralón de la Policía el caballo que sirviera para arrear el ganado, pidiendo al rastreador buscase algún rastro conocido. Después de algunas vacilaciones, a causa de la dureza del suelo, descubrió el rastro e indicó sus señales especiales, que eran una pequeña quebradura en la uña e indicios de haber estado herrado. Examinando el caballo, encontróse verificado uno y otro hecho.

NICANOR LARRAIN

Del libro "EL PAIS DE CUYO".

Palabras quechuas de uso común en la Provincia de San Juan de Cuyo en 1872

Aloja: bebida hecha de algarroba o de maíz.

Achuras: intestinos y menudos de la res.

Aguaitar: espiar.

Allallay: exclamación de dolor por golpes recibidos.

Ampalahua: culebra de colosales dimensiones, originaria de Cuyo.

Añapa: bebida hecha de la fruta del algarrobo.

Api: mazamorra de maíz.

Calchas: pieza de ropa o cama. Cernejas de caballo.

Callascho: los restos de frutos dejados en la planta después de la vendimia, y equivale al espigar de los españoles.

Cancha: corral, lugar cercado o abierto, pero muy plano.

Capia: maíz blanco.

Caracú: hueso de la res, que contiene médula.

Cimba: trenza de pelo que hacen las mujeres de sus propios cabellos; se llama también chapeca y crisneja.

Colcol: especie de buho mayor que la lechuza.

Cuchi: el cerdo y vocablo con que se le llama.

Cuncuna: especie de gusano que ataca a los vegetales.

Curcuncho: giboso, que tiene joroba.

Cutama: costal.

Chacra: casa de campo para hortaliza o labranza.

Carpa: tienda de campaña.

- Chala:** las hojas secas de la planta de maíz.
- Chamal:** manta con que los indios se cubrían el cuerpo.
- Chancar:** quebrar, reducir a pedazos, machacar.
- Chañar:** árbol llamado así.
- Charqui:** la carne seca, poco salada, en lonjas o pedazos delgados.
- Chasca:** el cabello revuelto de la cabeza. Pelo enredado.
- Chaucha:** especie de papa y poroto.
- Chicha:** bebida hecha de uva.
- Chifle:** cuerno de buey, dispuesto para llevar agua en los viajes a mula.
- Chilca:** planta amarga.
- Chihua:** aparato de lazos, con o sin alma de madera, para cargar frutas, pescado, paja de trigo, etc.
- China:** criada de servicio.
- Chingana:** lugar de baile y por lo general de bebederaje.
- Choclo:** mazorca de maíz antes de su madurez.
- Chiripa:** lluvia con sol, lo extraordinario.
- Chuchoca:** el grano del choclo secado; se hace también de zapallo.
- Chuchuy:** exclamación de frío.
- Chuse:** tejido grueso de lana, que sirve para alfombra.
- Huaca:** cementerio indio.
- Huachi:** trampita de lazos para coger aves; nombre de un lugar de San Juan.
- Huacho:** huérfano.
- Huahua:** el niño lactante.
- Huanaco:** animal de la familia del camello (sin joroba).
- Huano:** estiércol.
- Huasca:** cuerda de cuero o cáñamo que sirve para varios usos; llámase huaseazo el golpe dado con huasca.
- Huayaca:** talega, bolsa hecha sin costura de la piel del cabrito.
- Huallaca:** tabaquera consistente en una bolsa de piel de cabrito.
- Huacamayo:** papagallo de los Andes.
- Huincha o Vincha:** faja o cinta con que los indios se atan la cabeza para sujetar el cabello.
- Ichona:** hoz.
- Ihuana:** género de los reptiles saurios.
- Jarilla:** planta.
- Kallampa:** hongos.
- Lechihuana:** panal de miel.
- Laucha:** ratoncito.
- Llama:** animal de la especie del huanaco.
- Macana:** arma consistente en un cilindro de madera que se hace funcionar como el garrote.
- Mama:** madre.
- Malón:** incursión de los indios.

- Mati o mate:** una especie de calabaza. Infusión que se bebe aspirando por una bombilla.
- Maumillan:** un juego que en Cuyo se llama "a las escondidas".
- Melcocha:** cocimiento del arrope hasta un estado de mayor viscosidad.
- Mita:** servicio forzado en las minas por tiempo determinado.
- Ñaña:** nombre con que se designa a la tía o hermana mayor de la casa.
- Ñampa:** antiguamente.
- Pachango:** arrugado, aplicado a las frutas.
- Papa:** patata por la planta y el bulbo.
- Pampa:** campo llano.
- Patay:** pan hecho de la harina del fruto del algarrobo.
- Payla:** tacho de cobre.
- Pichana:** escoba.
- Pichanga:** bebida de uva.
- Pichel:** vasija de barro cocido para contener líquido.
- Pirahua:** embarcación india.
- Pirca:** pared de piedra amontonada.
- Poncho:** especie de manta con una abertura al centro por donde se saca la cabeza.
- Poyo:** especie de banco o asiento de adobe.
- Pucho:** sobra, especialmente la del cigarro.
- Puma:** pantera o león americano.
- Quillay:** un árbol cuya cáscara macerada ataca las substancias grasas.
- Quillo - quillo:** un arbusto cuyo fruto sirve como el quillay.
- Quincha:** tabique de caña o rama, cubierto de barro.
- Quirquincho:** el armadillo.
- Sopaypilla:** torta frita.
- Tudcum:** gotear, chorrear; nombre de un lugar en San Juan.
- Tutuy o thuthuy:** exclamación de dolor al quemarse.
- Totora:** especie de enea.
- Yapa:** añadidura.
- Yol:** especie de árganas de cuero en forma de conos invertidos.
- Yuyu:** la yerba que espontáneamente sale en las huertas.

NICANOR LARRAIN

Del libro "EL PAIS DE CUYO".

Nomenclatura general o sea onomástica de Cuyo

- Aguango.** — Tierras en San Juan de la Frontera pleiteadas el año de 1758.
- Aguayuxcan.** — Apellido o aïllo del Valle Fértil.
- Ampacama.** — Antigua población huarpe. Quebrada con agua.
- Amta.** — Señor de los naturales de Calingasta. Era tal el cacique rebelde llamado **Huazi-Hul**.
- Angacao.** — Pueblo llamado por otro nombre **Jachall**, 1692, en que una india Ana Aasauate, natural de **Tucunuco Angacao**, pide se la devuelva a su natural.
- Angaco.** — Antiguo departamento erigido sobre los terrenos que pertenecieron otrora al cacique **Angaco**, quien a la llegada de Jofré prestó atenciones solícitas a los conquistadores, casando además a una de sus hijas con el capitán Mallea, segundo jefe de la expedición.
- Balcorza.** — Datos relativos a la fundación de la Villa de S. Agustín de Jaúregui en el Valle Fértil, proyectada por Sobremon-te. Anexo a la villa debía establecerse un pueblo de indios, de los de dicho paraje, cuyo cacique era **Puscama**. Para la fundación de la villa, el Superintendente de S. José de Jáchal, junto con don Clemente Lucero había pasado a la intentada población y enterado las 318 cuadras de tierras, nombradas las **Tumanas**, compradas a los jesuítas en 12 de Diciembre de 1756.
- Calingasta.** — En el valle de este nombre residieron numerosas agrupaciones indígenas.
- Callampas.** — (Hualilán). Nombre de una aguada.
- Caria.** — o Cariagasta, por otro nombre Tucuma.
- Catalve.** — Nombre primitivo del Valle de Calingasta.
- Cochagual.** — Lagunas en Guanacache, al S. O. de la Capital.
- Colangüil.** — Lugar poblado: sobre el camino a Chile, en Pizmanta.
- Colola.** — Barrio populoso en el Rodeo, Pizmanta.
- Chapanay, Alonso.** — Indio natural del Valle Fértil.
- Chimbas.** — En Concepción. Terrenos conquistados al río.
- Chita.** — Lugar poblado y mineral. (Pizmanta).
- Chucuma.** — Nombre de una estancia en Valle Fértil.
- Guacamayo.** — Lugar poblado en Jáchal.
- Guaco.** — Baños y lugar poblado en Jáchal.
- Guachi.** — Lugar poblado y mineral en Jáchal.
- Guallama.** — Este nombre nos trae a la memoria el recuerdo del sombrío bandolero del propio apellido, terror de las provin-

cias de La Rioja y de San Juan en el último tercio del siglo XIX, que fuera visitado por el famoso párroco Brochero en el seno de la selva y muerto trágicamente en un calabozo de la cárcel de San Juan.

Guanacache, Valle de. — En donde tenía indios encomendados Juan de Cuevas, en 1573, y que según él afirmaba en dicha fecha, los estaba poseyendo desde más de diez años atrás (1562).

Guanta. — Pueblo indígena.

Guañizhil. — Lugar poblado en Pizmanta (Iglesia). En dicho paraje existe una fuente natural llamada “El Agua Brava”, porque en ella se sienten ruidos subterráneos y el agua borbota y se enturbia. También **Huañizuil** o **Huanizuil** que así lo pronuncian los nativos.

Guarpes. — Nombre genérico dado a los indios de San Juan y de Mendoza, o mejor dicho de Cuyo. Indistintamente se escribe Huarpes o Guarpes.

Hualilán, Mineral de — Población que es apeadero en la travesía Talacasto a la Iglesia. El mineral ha tenido una fama desgraciada.

Himanas. — Hincanas. Lugares poblados y minerales en la sierra de la Huerta.

Huazimul. — “Amta” o señor del Valle de Calingasta.

Jachall. — Llamado por otro nombre Angacao (1692). En la información levantada en aquel año a petición de Ana de Asauate, existe un certificado del cura y Vicario de la ciudad de San Juan, concebido en esta forma: “Certifico como veinticinco años de que soy cura Vicario de San Juan y sus términos y que en ellos todos los años salgo a visitar mis feligreses por todos los pueblos de mi jurisdicción y en todo este tiempo no he conocido más pueblos que el Valle Fértil, Mogna, Angacao, llamado Jáchall por otro nombre, Pismanta y Calingasta y que de todos ellos, ninguno está más poblado que el dicho de Angacao llamado Jáchall, pues tiene caeique con ocho ranchos, allí Iglesia de San José: que el pueblo que dicen Tucunuco no lo ha visto poblado en veintiocho años que soy cura”.

Maliman. — Lugar poblado. Distrito minero de Iglesia.

Mogna. — Distrito importante de Jáchal.

Niquivil. — Distrito de Tucunuco, Jáchal.

Niquizanca, quebrada de. — En sierra de Pié de Palo.

Nolongasta. — En los títulos expedidos por Villagra en favor de Juan Jufré, otorgándole la Tenencia de Gobierno en Cuyo, dícele al favorecido que le envía “para que seas mi capitán y Teniente General de Cuyo, Caria e **Nolongasta**”.

- Pachaco.** — Lugar en Calingasta.
- Pachimoco.** — Lugar poblado en Jáchal.
- Pinchagual.** — Lugar poblado en Angaco, también en Albardón y asimismo en Jáchal.
- Pismanta.** — Pueblo indio perteneciente al curato de Jachall o Angacac.
- Pituil.** — Barrio de Calingasta.
- Pizmanta.** — Valle, quebrada y arroyo en la Cordillera. Minerales de oro, plata, cobre, etc. Ese valle ha sido célebre, según dice Igarzábal, desde la época prehistórica porque los indios supieron aprovechar las virtudes curativas térmicas de este notable baño que, hace algunos años, estuvo para ser instituído por el E. N. en sanatorio militar; pero seguramente por influencias de los vecinos que veían un peligro en el acarreo de enfermos, obstaculizaron las expropiaciones y movilidad, y aquel centro humanitario de alta cultura fracasó.
- Puyuta.** — Pueblo y departamento. (Desamparados). El General Mitre cree que este nombre es aymará.
- Talacato o Talacasto.** — Quebrada y aguada.
- Tontal.** — Lugar poblado a inmediaciones del mineral de este nombre en la sierra llamada asimismo Tontal.
- Tucumán o Tucuma.** — “Volvió Juan Jufre de la Provincia de Conlara a las de Cuyo en el Valle de **Guantata**, trazó una ciudad... de la Resurrección. De allí al **Valle de Tucuma** que es 26 leguas de allí y pobló la ciudad de S. Juan de la Frontera”. En el citado documento de Conlara se dice también: “Fué al Valle de Caria e Tucumán, donde pobló ciudad de San Juan”.
- Tucunuco Angacac**, y viceversa. — Antiguo pueblo de indios en Angacac o Jachall cuyo cacique llamóse Bartolo Asauate.
- Tucunuco.** — Valioso distrito de Jáchal.
- Tudcum.** — Caserío, Pizmanta, Iglesia.
- Tulum.** — Nombre del valle que atraviesa el río de San Juan y en cuyos ámbitos se asienta la Capital y casi todos sus departamentos.
- Tumanas.** — Lugar poblado en Valle Fértil.
- Tumanas, Las.** — Pueblo. Año 1688. Dicho nombre se conserva hasta el presente.

PABLO CABRERA

Del libro “Los Aborígenes del País de Cuyo”.

Huarpes

Con este nombre ha sido reconocida la gente que antiguamente poblaba el país, que ahora encierra, más o menos en sus límites, la provincia de San Juan, o más bien dicho, el territorio que riega el río de Los Patos y sus afluentes hasta más allá de las lagunas de Guanacache.

El huarpe fué y lo es aún, de elevada talla.

En cuanto a la piel y el color de los ojos, no tengo certeza que haya un indicio que señale la precisa diferencia que existió entre ellos y otras puebladas o burgos convecinos, puesto que son datos que no se tuvieron en cuenta en aquellos entonces de los primeros cronistas y que no debieron haberles llamado la atención; sin embargo de lo cual, yo he sido sorprendido haber encontrado en Guanacache y valles de Calingasta — donde ha sido escaso el roce con otras familias y gentes — personas, sobre todo mujeres, de altísima figura, de piel algo vellosa, con ojos claros, ligeramente verduzcos o amarillentos, quizás por la mezcla, como Doña V. Suárez, esposa del estanciero del “Acequi6n”, Dr. L. M.; como la esposa e hija de Don Abraham S., que habitan en los “Alojamientos” y las hermanas mismas de éste, de la “Dormida”, frente casi a “Yalguaráz”.

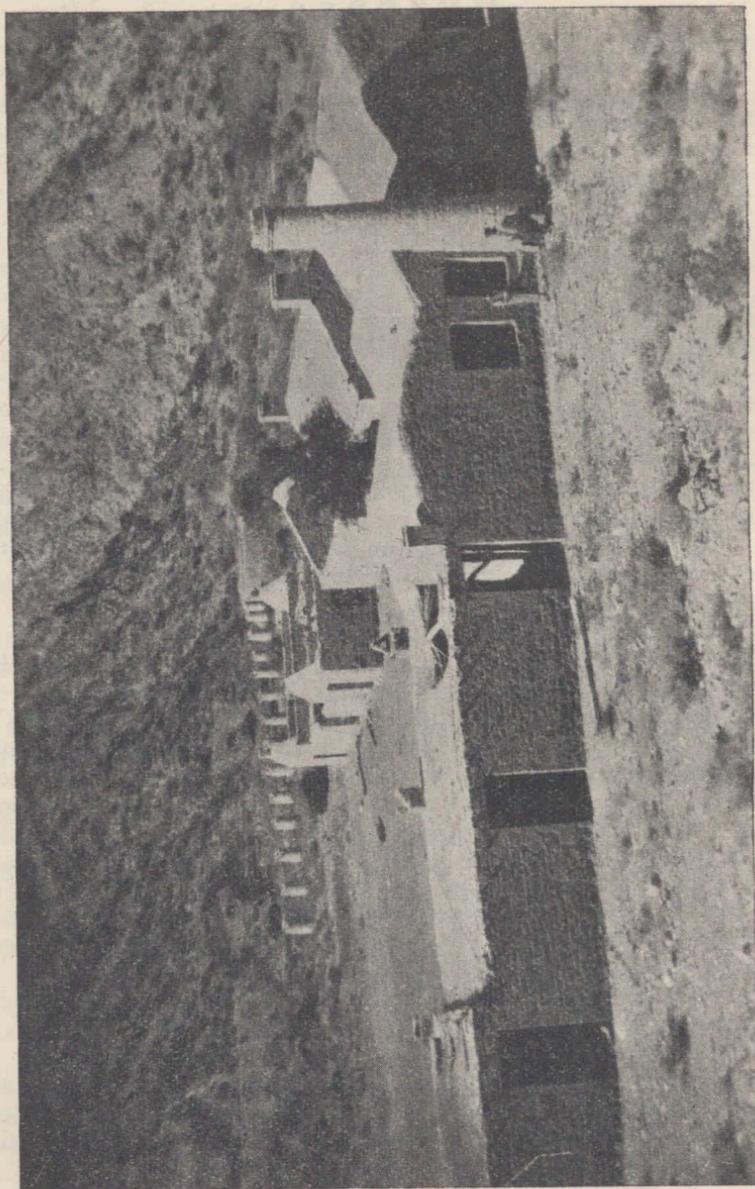
Patricio B. y su señora madre, vecinos de “Los Berros”, eran personas grandes: atlético Patricio y de renombrada agudeza la señora, y, por fin, y para no reabundar, cerraré el cuadro de conocidos con el famoso y de rojiza memoria “Flaco de los Berros”, cuatrero y **ainda mais** de las épocas de las montoneras, que llenó aquella zona de valles y el Guanacache con la fama de sus depredaciones: huarpe de talla tan elevada que sobresalía por entre robustos y fornidos mocetones, siendo ya caduco y la pupila ensombrecida por senil nube, como le ví una vez que le hice invitar — por conocerle — a una cacería de vacunos cimarrones; — ¿a Don Tomás, hú?... fué su respuesta, volviéndome sus esqueléticas espaldas, cuando supo, por la marca de mi caballo, que yo era un reclamante de sus pasadas fechorías.

Antes de concluir citaré a Rosales que en su Historia de Chile expresa su convicción de que, entre los indios de Cuyo que él conoció, había tipos de inusitada y soberbia grandeza.

Y, en fin, la Chapanay, huarpe, que sentaba las costuras al más guapo con las riendas y el fac6n y que ha hecho la figura femenina más famosa de la era caudilla, fué una mujer alta, fornida y extremadamente valerosa.

DESIDERIO S. AGUIAR

Del libro “Huarpes”.



Minas de Oro - Guallián - San Juan

La Industria Minera en la Provincia

RESEÑA HISTORICA

La fundación de la Ciudad de San Juan se debe al deseo de descubrir las ricas minas de oro que los huarpes dijeron a los españoles de la conquista, existían en estas regiones.

En el año de 1561, salió de Mendoza una expedición al mando de don Juan Jufre, en busca del escondido vellocino.

El resultado de la expedición fué otro: la fundación de un nuevo pueblo. Será esto un augur de que en el futuro San Juan será eminentemente minero?

Hay vestigios de que los españoles trabajaron en los lugares de El Rayado, Hualilán, Huachi, Carachas, Río Calingasta y Rayado.

Las minas del Rayado, La Colorada, El Lavadero y Nuestra Señora del Rosario fueron descubiertas en 1780.

En río Calingasta, valle de los Patos, se trabajaron minas cuyos nombres no se conservan.

Hualilán fué descubierto en 1750 y se dice que sus minas producían cantidades asombrosas de oro anualmente.

En Huachi se trabajaban en tiempo de los españoles 15 minas.

Hay indicios seguros de que los huarpes trabajaron las minas del distrito de Colangüil, situado en el valle de Pismanta al norte, y en las primeras nacientes de la gran cordillera andina, un poco antes de los cordones de nieve perpetua.

Desde la fundación de la Ciudad hasta el año de 1840, se trabajaron en San Juan 57 minas. Desde ese año hasta 1859 inclusive, parece que la minería decae, y las nuevas minas que se descubren están, se puede decir, al costado de los caminos: Colangüil, camino al norte de Chile; Valle de los Patos, camino a Valparaíso y Santiago; Pié de Palo, camino a Córdoba; Huerta y Marayes, a la Rioja. Todas, apenas alcanzan a 35.

Este hecho se puede explicar teniendo en cuenta que en ese tiempo fué la época de mayor riqueza de las minas de Copiapó. El sanjuanino de entonces sólo se ocupaba del engorde de haciendas para llevar a Chile y venderlas allí.

Todo abandona y únicamente le preocupa el cuidado de alfares donde poder encerrar los bueyes y novillos destinados al consumo de Chile. Las grandes viñas son arrancadas y convertidas en potreros; los salitrales de Angaco son lavados, cultivados y puestos bajo cerco; los campos del otro lado del río se dividen en manzanas de diez cuadradas por lado y se forma Caucete.

En esta época San Juan se convierte en la despensa de Chile, y con ello algunas fortunas se levantan.

¡Para qué mortificarse en sacar plata u oro de las entrañas de los cerros, cuando en Copiapó corre en abundancia!

El viajero relata con vivos colores el lujo y la riqueza del minero chileno; por lo cual San Juan poco a poco se despuebla. Todo el que puede marcha a engrosar las filas de aquellos felices mortales. Nadie habla de las minas de San Juan.

Llega el año 1859 y a fines de él se ve pasar por las calles de la ciudad, barras de plata extraídas de la mina de Santo Domingo, en La Huerta, que trabajaban los señores Precilla y Risuarez, y como todos los sanjuaninos tenían exaltada la imaginación por los pintorescos relatos de los viajeros, relatos que poseen todo el carácter de la antigua leyenda, se entusiasmaron creyendo encontrar en La Huerta algún oculto Potosí. Coincide con este hecho el descubrimiento en Calingasta de las minas del Tontal, que se las hace aparecer riquísimas. De aquí que en el sólo año de 1860 se descubren y denuncian 502 minas en la provincia.

Después de entusiasmo tan grande viene una especie de paralización en la minería a consecuencia de las guerras civiles, y de las montoneras del 62 y 63 que todo lo asolaban. El arriero, conductor de los minerales, no tiene seguridad; hasta sus animales en el momento menos pensado le pueden ser quitados para que sirvan de cabalgaduras a los rebeldes, quienes se creen con derecho a todo.

El trabajador de las minas piensa ganar más, engrosando las filas de los sublevados, y aquellas quedan solas. El andar por los caminos es un atrevimiento que muchas veces se paga con la vida. Y al fin se termina por no desear tener más, sino por conservar lo que se tiene, y todas las minas se despueblan.

PEDRO PASCUAL RAMIREZ

Del libro "La Minería en San Juan".

José Ignacio de la Roza

COLABORADOR DE SAN MARTIN Y PROMOTOR
DE LA CULTURA SANJUANINA

Comenzaba el año 1814 cuando llegó a la ciudad de San Juan, en donde había nacido, un joven de 26 o 27 años de edad. Se lla-

maba José Ignacio de la Roza y volvía a su pueblo originario, del cual saliera niño, después de haber invertido el largo lapso de su ausencia en estudiar jurisprudencia en la Universidad de Córdoba, en graduarse de doctor en Santiago de Chile y en vivir cierto tiempo en Buenos Aires.

Era vástago de una familia sanjuanina de abolengo colonial. Contaba entre sus parientes a los del Carril y a los Oro, y entre sus amistades dilectas de la infancia al doctor Narciso de Laprida. Su fisonomía enérgica, de fino perfil e intenso mirar, trasuntaba inteligencia y firmeza de carácter. Mas no ha de confundirse con soberbia la serena resolución que irradiaba su persona, pues puede la bondad ser compatible con la fibra, como la gallardía puede serlo con la simplicidad.

En Buenos Aires, el joven de la Roza había estado en contacto con los hombres notables y las ideas dominantes de su tiempo. Comenzábase por entonces a vivir la era de la libertad. La revolución de Mayo hallábase triunfante y sus principios redentores se desparramaban como fecundante riego por todos los ámbitos de la que pronto iba a ser, definitivamente, "una nueva y gloriosa nación". Vinculado a San Martín, que alentaría ya su heroico proyecto de campaña en el Pacífico, de la Roza discutió acaso con él la posibilidad de tal empresa: acaso lo estimuló a intentarla y le ofreció su ayuda. Ello es que, cuando más tarde el gran capitán organizó en Cuyo el ejército de los Andes y precisó exprimir la provincia entera, como exprimen los vinicultores de la región los racimos de sus viñas, encontró en su antiguo amigo de Buenos Aires el auxiliar que las circunstancias exigían.

Mas veámosle, por lo pronto, desenvolverse en San Juan.

Se le recibe allí como al heraldo de la revolución, cuyos principios, recién proclamados, han menester que se los propague, se los defienda contra las fuerzas estáticas o regresivas del ambiente tradicional y, sobre todo, que se los lleve a la práctica. Los prestigios que le prestan a de la Roza su inteligencia clara, su ilustración, su fortuna, su posición social, su brillante juventud, aureolada por una actuación sobresaliente en las logias, juntas y conciliábulos secretos en que se gestara el movimiento emancipador, lo llevan pronto al gobierno de su provincia. Actúa desde luego en la magistratura; désignasele enseguida alcalde de primer voto y se le elige después gobernador. De la Roza es — notémoslo al pasar — el primer gobernador de San Juan independiente surgido del voto popular. Sus dos antecesores, Sarassa y Corvalán, desempeñaron igual función por nombramiento.

Su gobierno es patriarcal. Preside la vida política y social de sus comprovincianos como los cabeza de familia del Antiguo Testamento. Hace sentir su autoridad sobre lo público y ejerce in-

fluencia discreta sobre lo privado. Lo primero que le ocupa es la instrucción. Aquella famosa escuela de la patria, que más tarde debía tener por discípulo a Sarmiento, entre otros hombres famosos, queda organizada por él, y obra suya ha resultado la fundación primigenia de la educación popular en San Juan.

JUAN PABLO ECHAGÜE

Del libro: "Paisajes y Figuras de San Juan".

La Sociedad Dramática Filarmónica

En el promedio del año que estamos recorriendo — 1836 — arribó a San Juan, su patria, el distinguido e inteligente joven, doctor en Jurisprudencia, don Antonino Aberastain, que acababa de recibir en la Universidad de Buenos Aires tan honroso como merecido título.

En otra parte dejamos mencionado que a este mismo joven tocóle ser uno de los agraciados por el Gobierno de Buenos Aires en favor de las Provincias hermanas, para ser educado a costa y mención de ese Estado en el Colegio de Ciencias Morales. Sus talentos, su ejemplar moralidad y aplicación, merecióronle en general, el encomio y aplauso de sus superiores, de sus catedráticos y condiseípulos en aquel establecimiento. Rápida y ventajosamente aprovechada fué la carrera científica del joven doctor Aberastain. Apenas llegado a su país, el Gobernador Benavides llamóle a desempeñar el alto y delicado puesto de Juez de Alzada, último Tribunal de Justicia, acompañado de dos colegas legos — por falta de abogados — siendo aceptado ese acertado nombramiento con universal contento por todo el pueblo.

Próxima a cerrarse la cordillera en ese mismo año — 1836 — había llegado también a su tierra natal, San Juan, de vuelta de su primera emigración el año 1831 a Chile, el joven don Domingo Faustino Sarmiento, quien desde su infancia ya descollaba por su prematura y alta inteligencia. Continuaba con asidua dedicación instruyéndose por sí mismo en el idioma francés e inglés, y particularmente en estudiar un nuevo sistema de su propia creación, en enseñanza primaria.

Santiago de Chile, Valparaíso y Copiapó habían sido las ciudades en que Sarmiento, durante esa ausencia de su país, se había

ocupado de aumentar sus conocimientos, ya en idiomas, en el comercio, en la agrimensura y minería.

Por ese tiempo, San Juan contaba con un crecido número de jóvenes ilustrados, de distinguida educación y de maneras cultas. En el año anterior de 1835, varios de ellos, reunidos a algunos sujetos ya de edad media, promovieron al objeto de entretener las familias en las largas noches de invierno, sólo los días festivos, una sociedad bajo la denominación de Sociedad Dramática Filarmónica. Se alquiló al efecto, la casa más espaciosa y apropiada, la de los herederos del señor don Javier Jofré, descendiente de los primeros fundadores de ese pueblo, en donde se daban algunas piezas fáciles para aficionados, de teatro. El director nombrado para esa parte del programa lo fué don Juan de Dios Jofré; los actores, don Antonio Lloveras, don Fidel Torres, don Manuel Hipólito de la Rosa, don Román Jofré, don Juan Zaballa, don N. Moyano y el que cuenta estas crónicas. En cuanto a damas, fué nuestra firme resolución no acompañarnos sino de señoritas de familias principales. En esa ocasión nos honró con su generosa aquiescencia, con sus brillantes aptitudes y particulares gracias, la hija de aquel director de nuestro teatro doméstico, podemos decir, señorita Concepción Jofré, en la Travesura de Amor y otras peti-piezas.

Teníamos también una regular orquesta que desempeñaban algunos socios aficionados, don Antonio Lloveras, don Saturnino Laspier, don Manuel Grande, don Juan de Dios Jofré, don Domingo Zaballa y algunas de las señoras socias alternando en el piano. Para los gastos contribuían los socios con una cuota mensual en igualdad.

Fué tan del agrado de la sociedad de San Juan el precedente ensayo, de su entretenimiento culto, de enseñanza, de mejoras en las costumbres, que en los siguientes años de 1836 y 1837 fué organizado de nuevo, en la misma casa, pero en mayor escala y en mayor número de socios, bajo las mismas condiciones que anteriormente. Vamos a nombrar solamente la comisión directiva, socios actores, socias que a estos acompañaban y aficionados en la orquesta.

Presidente, doctor don Antonino Aberastain; Secretario, don Dionisio Rodríguez; primer decorador de teatro y de salón de baile, don Domingo Faustino Sarmiento; segundo, don Carlos María Rivarola; director de escena, don Damián Hudson.

Señoras y señoritas que nos acompañaban en el teatro: Juana Lloveras de Yanzi, Mercedes Cortínez de Torres, Rosa Morales, Rosario Sarmiento, Procesa Sarmiento.

Socios actores: eran todos; según el reglamento estaban obligados a desempeñar el papel que el director de escena les repartiese, pero los que más trabajaban fueron: doctor Aberastain, don

Manuel José y don Remigio Uriburo, don Gabriel y don Pedro Laspiur, don Antonio Lloveras, don Román Jofré, don Manuel H. de la Rosa, don Francisco y don Manuel Coll, don Carlos M. Rivarola, don Gerónimo Rufino, don José D. Sánchez Basabilvaso, don Domingo Morón, Damián Hudson y otros.

Improvisado un teatro en un gran patio de una casa particular, festejamos el 9 de Julio, aniversario de nuestra independencia, con las tragedias "Roma Libre y Oscar", a las que concurrió el pueblo con entrada franca, como función de aquel día de la Patria, exhibiendo su esquila de convite. De las que dábamos los domingos en el teatro de la sociedad, he aquí la lista de las más notables: El barbero de Sevilla, El Alcalde de Sardam, El Negro Sensible, El Delincuente Honrado, El Unipersonal de Aníbal, El Abogado Tras-os Montes, El Convidado de Piedra de Molière y algunas otras que hemos olvidado. Después de terminada cada función de teatro, se encontraba arreglado en la parte que servía de platea, el salón de baile, e inmediatamente las familias se entregaban por dos, tres o cuatro horas a este agradable solaz, tocando la misma orquesta que antes nos había servido — 1835 — pero más aumentada con los violines de los señores Castro y Benavides y el piano del hábil profesor don José D. Sánchez Basabilvaso.

La sociedad de San Juan se encontraba en esa época gozando de paz, entregada a sus labores y contenta de aquel tan alegre y útil pasatiempo. Dejábalo ser gobernador a don Nazario Benavides, sin gobernar, sin administrar, en verdad, la cosa pública; porque su inercia y escasa capacidad no le permitían preocuparse del adelanto y progreso del país. Pero, por lo demás, él, vigilaba, desconfiaba de esta sociedad de jóvenes, "Dramática Filarmónica", creyendo sorprender en ella trabajos de carácter político.

DAMIAN HUDSON

Del libro: "Recuerdos Históricos Sobre la Provincia de Cuyo".

Bosquejo histórico de San Juan en 1870

ASPECTO EDILICIO DE LA CIUDAD

El aspecto paupérrimo que la parte edilicia de las afueras de San Juan ofrecía entonces, con sus chatas casas de adobe, muchas

de mojinete todavía, se entonaba a medida que se iba de la periferia al centro.

La edificación era sencilla. Dábanle estilo los frentes amplios, simples, con molduras generalmente tipo "esgucio"; los grandes ventanales con barrotes de hierro batido, de forma prismática y también cilíndrica; asimismo, las puertas de entrada amplias, y los espaciosos patios rectangulares, donde convergían las habitaciones y el zaguán.

Diferenciábanse del tipo de la casa familiar del gran Sarmiento, estilo XVIII. Esta era de puerta baja y pesada, hecha con madera de algarrobo y de ventanas chicas. Se encontraban también recién construidas las del señor Abraham Quiroga, ubicada casi frente a la que nació el doctor Laprida, y la reformada por don Segundino Furque, para su hogar, de don José Cuadros — actualmente la ocupan los Tribunales en calle Mendoza esquina Santa Fé. —

Estas casas podían tomarse de arquetipo entre las señoriales de la época. Después se edificaron lujosos edificios, como la casa de don Florencio Arce y la de Carlos Tascheret. Más tarde, en 1890, la del señor Pedro Sánchez en la actual calle General Acha, de tipo morisco, para cuya edificación se trajeron constructores de la Capital Federal. En 1900, la del señor Ignacio Segundo Flores, en la actual calle Bartolomé Mitre, edificada por el ingeniero Torti, contra temblores.

De entre el conjunto general urbano, atraían la atención por su originalidad, algunas construcciones de dos pisos, como los Altos de Cortínez, el Pilar de Piedra y los altillos de los Coll, que aún se conservan, más o menos como fueron, sobre calle General Acha frente al Cine San Martín. Originales resultaban también, la antigua Casa de Gobierno (Cabildo), las recovas del actual Palacio Legislativo y algunos templos, como la Catedral, reluciente por sus azulejos — cuyas alegorías, al igual que la pila de la Plaza 25 de Mayo, se deben al gobernador José María del Carril; — el templo de La Merced y el de San Agustín, emergiendo con sus torres y campanarios en duro contraste (v. g.), con los de Santo Domingo y San Pantaleón, ya antiguallas por entonces.

Enmarcando el perímetro urbano, hacíanle lado, por el naciente la actual Avenida San Martín, con sus dos largas y tupidas filas de álamos carolinos, que extendiéndose de Calle Ancha a Calle Ancha, formaban el largo "callejón de la alameda", donde los domingos y días de fiesta, se hacían grandes corridas de caballo. Perpendiculares a ésta, completaban el marco, a guisa de extremidades la Calle Ancha del Norte y la Calle Ancha del Sud, deslindando la ciudad, como hasta ahora, del departamento de La Trinidad y de La Concepción respectivamente, adornadas ambas

en toda su extensión, y de naciente a poniente, con dos filas de los mismos árboles.

No existían la Plaza Laprida ni la de Aberastain. La Plaza 25 de Mayo, de forma cuadrada, destacaba su característica en los copudos pimientos y altos carolinos que daban sombra a sus rípidos paseos. En los cuatro frentes correspondientes a las cuadras que convergen hacia ella, y siguiendo en orden circular desde la esquina que forma la calle Mitre — antigua Buenos Aires — y General Acha, estaban, por entonces, los sitios baldíos designados por “El Pino”, donde hoy se levanta el edificio del Banco de la Nación, elegido por la sociedad como el preferido para las kermeses de Navidad. Hacia el Norte, la antigua Casa de Gobierno, y contigua a ella, el Palacio Legislativo con sus oscuras recovas llenas de cuartuchos, donde más tarde, y ya reconstruida, se realizó la histórica recepción dada al General Mitre el 83.

Sobre la calle correspondiente a Rivadavia, la antigua y señorial casa de los Coll, donde fuera trasladada la señora viuda del Gobernador Virasoro, después de su asesinato el 16 de noviembre de 1860. Sigue la botica de don Eduardo Keller, la hojalatería Rossi, donde el doctor Juan Corradi hacía construir bajo su dirección, los taponés hidráulicos que utilizó para los primeros vinos embotellados de don Justo Castro. Seguía, al poniente, la cigarrería de don Andrés González, más tarde de don Eduardo Barrón Morlat, y por fin, la esquina donde se estableció “El Merino” de Godoy Hnos. y Alvarado.

Sobre la calle correspondiente a calle Mendoza, estaba la Catedral y sus viejos edificios, cuyos frontis y sus dos torres, acababan de ser terminados. Seguíanle el Club Particular, donde se verificaban las grandes recepciones y bailes — antes de fundarse el actual Club Social —, y la gran casa de comercio Díaz Bustos, y por último, donde hoy se encuentra establecida la ferretería Zunino, la importante tienda “Las Cinco Naciones” en propiedad de don Valentín Videla. Cerraba la antigua Plaza Mayor, llamada ya 25 de Mayo, la cuadra convergente sobre calle Mitre con un tono típico que le daba las arcadas y recova de los Altos de Cortínez, donde vivió mucho tiempo el gobernador don José María del Carril y más tarde don Manuel Maurín. Seguía a este edificio la famosa sastrería “La Font”, a continuación de la casa familiar de don Federico Moreno, y en la esquina, frente al comercio Chaves y Yornet que ocupa el actual sitio del Banco Italo Argentino, el Hotel Keiroló.

El lugar de los Altos de Cortínez lo ocupó antiguamente la iglesia Santa Ana y su enterratorio.

El doctor Santiago Cortínez adquirió el templo ya muy viejo.

Lo demolió y levantó su edificio de dos pisos. Poco tiempo después tuvo que huír y establecerse en Coquimbo, perseguido por la mazorca, al igual que otros muchos educados por don Bernardino Rivadavia.

LUIS CASTRO BUSTOS

Del libro: "Orígenes de la industria vitivinícola y su consolidación industrial. Con una biografía de Justo Castro, ex-gobernador de San Juan".

El Pronunciamiento del 1º de Mayo de 1851 en San Juan

Las trabas impuestas a la Nación, a su comercio, pues para navegar los ríos Paraná y Uruguay era necesario la autorización ribereña con prohibición para cualquier marina extranjera; la absorción del poder central cada vez más peligrosa, la falta de cumplimiento al tratado llamado del litoral y por el que se debía organizar la República bajo el sistema federal, compromiso que se contrajo el 4 de Enero de 1831, por todo esto, y por la tiranía neoroniana, por demás espantosa y deprimente que ejercía el dictador Rosas; el gobernador de Entre Ríos, general Justo José de Urquiza, de acuerdo con los principales hombres de la época, levantó la bandera de rebelión en nombre del comercio, de la libertad y del principio federativo que el tirano había falseado; prometió la reunión de un Congreso, la elaboración de una Constitución según la voluntad de la Nación, e hizo alianza con Corrientes, la República Oriental y el Brasil.

Este pronunciamiento encontró eco simpático en estas naciones que contrajeron la alianza para destruir la tiranía, y sobre todo, en los emigrados argentinos entre los que figuraban distinguidos prohombres que ansiaban por un movimiento para dar a la patria argentina la libertad de que venía careciendo desde 1837.

Los emigrados en Chile celebraron arduosamente el pronunciamiento de Urquiza, y Sarmiento, que con su valiente pluma diez años hacía que fustigaba al tirano Rosas derramando por la prensa ideas luminosas sobre todo lo que contribuye a la civilización de un estado, fué el primero en responder al llamado de sus

compatriotas, alistándose con otros para marchar a incorporarse al ejército libertador.

Gobernaba a la sazón en San Juan el general Nazario Benavides, seide, aunque de los más humanos, del tirano de Buenos Aires, y al saber el pronunciamiento del gobernador entrerriano, desaprobó su conducta y empezó a hostilizar a los ciudadanos, que ante tan fausto acontecimiento, se reunían para deliberar sobre los futuros destinos de la patria, si el éxito coronaba la obra santa de la destrucción de la tiranía.

El joven doctor don Guillermo Rawson que era el director de los hombres patriotas, el intérprete de las aspiraciones del pueblo, fué el blanco de las hostilidades del gobierno. Estas persecuciones arreciaron cuando se supo la noticia que el general Urquiza al frente de 5.000 soldados, se había lanzado a levantar el sitio que pesaba sobre Montevideo por las tropas de Oribe, y lo había conseguido.

El dictador Rosas contaba con la cooperación ofrecida por el gobernador Benavides; sin embargo, éste, con excusas varias, defendía el ejército que debía marchar en auxilio del tirano.

El 8 de Enero de 1852, el gobernador Benavides dictaba el siguiente decreto:

“Viva la Confederación Argentina”.

“Mueran los salvajes unitarios”.

“Muera el loco traidor unitario Urquiza”.

“Habiendo llegado noticias al Gobierno sobre la violencia y agitación que causa la permanencia en la Provincia de algunos individuos que, no contentos con las garantías y seguridades de que disfrutaban a consecuencia de la inalterable paz de que goza la Provincia, toman una participación activa en los asuntos políticos de la República de Chile en combinación con los asilados en aquel territorio y los sublevados en la Provincia de Entre Ríos encabezados por el loco traidor salvaje Unitario Urquiza; ordena que dentro del perentorio término de cuarenta y ocho horas salgan fuera de la Provincia, el doctor don Guillermo Rawson, don Santiago Lloveras, don Tadeo Rojo, don Domingo Vieo y don Soriano Sarmiento, lo que ejecutarán bajo el más serio apercibimiento. Que dando encargado el Inspector General de Policía del cumplimiento de la presente orden”.

Téngase presente que la mayor parte de los deportados eran legisladores.

Poco tiempo después amanece el 3 de Febrero de 1852, y el

Dios de la victoria favorece al ejército libertador, mientras que el verdugo del pueblo argentino huía a refugiarse en un buque inglés para alejarse de las playas que tanto había envilecido y profanado.

JUAN DE DIOS JOFRE

San Juan en la Exposición Nacional de Córdoba

— AÑO 1871 —

Descripción. — San Juan tenía en la ciudad de Córdoba, que el Gobierno Nacional eligió para asiento de la primera Exposición de productos y de la industria Argentina, el tercer lugar en cuanto al área que ocupaban sus productos.

Tomando anotaciones desde el frente de la sección o de la columna del medio sobre la cual, entre otros adornos, estaba el escudo de la Provincia, se divisaba en primer lugar un medio cono cortado perpendicularmente y escalonado con ocho gradas, sobre las cuales habían 275 botellas de vinos y licores, jarabes y aguas minerales de la Provincia.

Al frente del cono estaba una mesa para contener la exposición de todas las colecciones de granos que habían remitido diferentes agricultores.

A la izquierda, y no lejos del cono ya mencionado, se encontraba un gran armario de coronación triangular y de orden gótico, el único que había en la Exposición, mostrando el buen gusto y el esmero puesto en el acomodo por el presidente de la comisión de San Juan, Sr. Klappenbach. En él estaban todos los tejidos finos de esta Provincia.

A la derecha estaba el banco que ostentaba la enorme parra remitida por el Sr. Brignoles, el barril hecho de parte de su madera y el vino, producto de la misma, triple manifestación de lo que puede el fértil y rico suelo de San Juan que en sus parras no sólo da verdaderos árboles de sombra, sino también excelentes maderas de construcción y fruto suficiente como para que de una sola parra pueda llenarse un barril de vino de regular tamaño. Mendoza, que remitió tal vez la más hermosa de sus plantas de parra, tuvo que ceder la supremacía a la de San Juan que se distinguió por su mayor grosor.

Más, a la derecha estaban dos pares de petacas de cuero del Valle Fértil. Llamó la atención la solidez de estos objetos de viaje.

Al frente del gran armario se encontraba la mesa de las frutas secas, semillas, algodón y otros productos.

Al frente de las petacas de Valle Fértil se hallaba una mesa igual a la anterior destinada a las colecciones de maderas, vellones de lana y carbón de piedra.

Entre esta última mesa y la primera, estaba una pirámide cuadrangular de cinco metros de altura, vestida con gran variedad de los tejidos ordinarios trabajados en la Provincia; allí se veía, coronando la pirámide, un sombrero de lana, de los fabricados en San Juan.

Se encontraban además, ocupando parte de la nave central, los siguientes objetos:

Una gran mesa escalonada con seis gradas sobre las cuales ha exhibido la Provincia 184 muestras de minerales y 19 de rocas.

Un gran armario nonágono que tenía la forma de un kiosco gótico con cuatro metros de altura y siete de circunferencia, con vidriera en sus nueve caras. El centro del kiosco estaba ocupado por una columna de cinco metros de circunferencia, cubierta de un género rosado, en cuyo rededor estaban colgados artísticamente los bordados en oro y en blanco, y los dimicados y tejidos al crochet que exhibía la Provincia.

Un caballete con un aparejo completo para una mula cargada, y un lazo trenzado, todo obra de las manos de arrieros de la Provincia.

La mesa de las arcillas, barras de plomo, productos químicos y piedra labrada de la Laja.

Otro caballete igual al anterior, con otro aparejo y lazo trenzado.

Una colección de cestos y canastillos de las Lagunas de Guanaeache, varios pellones y esteras de la Casa de Corrección de Mujeres, y algunos cueros de vaca beneficiados en la Barraca de los Sres. Moreno Hermanos.

El techo de la sección estaba ocupado enteramente por las frazadas, mantas, ponchones y toda clase de tejidos ordinarios. En las murallas estaban colgados algunos peines y chifles de asta, seis cuadros al óleo del pintor Don Atalivar Lima, una red de las que los Laguneros hacen uso para pescar en las lagunas; varias tablillas y números de zinc y una maquinita de estirar alambres expuesta por su inventor Don Juan Babié.

En la galería de cuadros, la Provincia tenía uno al óleo expuesto por su autora, la Sra. Tránsito V. de Salas; en el pabellón de las máquinas un carro de carga construido en la fábrica de Don Juan Lauga en San Juan, y por fin en los establos y caballe-

rizas, la hermosa mula criolla de la Provincia, expuesta allí por su dueño, el Sr. Don Justo Castro.

El conjunto de todo esto, colocado de la manera más artística, llamaba la atención y superaba por el acomodo y aspecto a todas las demás provincias. En general, atento a la clase y calidad de los productos, superaban a San Juan, Buenos Aires, en sus trabajos fabriles, Corrientes en sus productos naturales, Tucumán en los derivados de la agricultura, etc; pero en el conjunto, en la vista, en la forma de los aparatos y armarios, en la condición y envase de los productos, ninguna provincia estuvo mejor que San Juan.

RAFAEL S. IGARZABAL

Del libro: "Informe sobre la Exposición Nacional en Córdoba presentado al Gobierno de San Juan".

El Fortín de las Tapias

Al llegar la expedición del intrépido capitán español D. Juan Jufré al valle de Tulúm en busca de un lugar apropiado para la fundación de una ciudad, se encontró con las ruinas de los fortines que construyera Gamboa un año antes, y que tuviera que abandonar por el asedio de las invasiones de los aborígenes que no lo dejaron en paz hasta que hubo abandonado el terreno conquistado.

Conocedor Jufré de todos estos pormenores y de la idiosincrasia de los moradores de estas tierras por los antecedentes que tenía de la expedición Gamboa, creyó, y con fundamento, que en algún momento podría ser objeto de nuevos ataques por los naturales cuando se dieran cuenta del nuevo avance, por cuya causa tomó ciertas precauciones tendientes a evitar posibles incursiones que pusieran en peligro los propósitos de la expedición, que no eran otros que los de fundar una ciudad en estos lugares.

Así fué que el jefe expedicionario trabó amistad con una parte de las tribus que por entonces poblaban el territorio reconquistado, consolidando dicha amistad con el casamiento de su segundo jefe Mallea, con la princesa Teresa de Ascensio, hija del Cacique Angaco, que a la sazón habitaba la parte Noroeste del valle mencionado. Pero en el lado Norte merodeaban otras tribus de los huarpes que tenían sus asientos en Mogna y Jáchal, aparte de los moradores del Noroeste y Oeste, o sean los que habitaban los valles de Ullún y Calingasta, tierra esta última de Calín y de Huazihul, temples acerados de una raza autóctona y valiente — que se ha ido dejando el recuerdo de su entereza en la historia y en la leyenda — y que también podían bajar por aquel rumbo a este valle y dar una sorpresa; aborígenes con quien el Capitán español no pudo ponerse en contacto para concertar algún otro pacto con ellos a fin de asegurar la estabilidad de sus posiciones y evitar por ese medio cualquier malón, ya que conocía la rebeldía de esas huestes.

En estas circunstancias, y por las causas apuntadas, fué que Jufré hizo explorar y atravesar el río que más tarde se llamara San Juan — derivado del nombre de la ciudad que se fundara después — para conocer las partes donde pudiera ser atacado, encontrando con gran regocijo, en la orilla opuesta, las ruinas de un fortín, el que de inmediato hizo reconstruir, como una medida de táctica militar.

Este pequeño fuerte se encontraba en la margen izquierda



“SOL DE TARDE” — Oleo de M. Marín Ibañez. — Santa Lucía

BIBLIOTECA NACIONAL
DE ESTADOS UNIDOS

del río, a la orilla de un camino transitado por los naturales, el que se prolongaba hasta Jáchal, partiendo de éste, a poco andar, otro camino que llegaba a Ullún y se prolongaba hasta Calingasta.

La construcción del fortín era de tapias y barro, con pequeñas divisiones y una larga muralla al frente, teniendo por el Sud y a poca distancia, las aguas del río que ya hemos mencionado. En él, una vez reconstruido por las fuerzas de Jufré, fué ubicado un destacamento de observación, por cuanto se trataba de un punto de defensa estratégico.

Así en esta forma establecióse una frontera entre civilizados y aborígenes, hecho éste que Jufré tuvo en cuenta, al fundar la ciudad el 13 de Junio de 1562, al bautizarla con el nombre de "San Juan de la Frontera". De aquí la importancia que reviste el fortín que nos ocupa y del cuál no nos queda más que el recuerdo.

Como este puesto de avanzada se prolongara por algún tiempo, aquel lugar empezó a poblarse de indígenas sometidos y conquistadores, encontrando sus pobladores en dicho paraje, fertilísimas tierras para la agricultura y facilidades para regarlas, por cuanto de "La Puntilla" partía un rústico canal que conducía el agua hasta Caucete, y que hoy es el itinerario del Canal del Norte que la Nación empezó a construir hace dos años, como si el destino de estas tierras quisiera hacer revivir la obra de los extinguidos huarpes.

De donde se desprende que el departamento de Albardón, donde quedan Las Tapias, en la parte sudoeste, como a unos diez kilómetros de la Villa "San Martín", haya sido uno de los primeros de la Provincia habitado por blancos y mestizos, tomando la nueva población que se improvisaba el nombre de "Las Tapias", como una derivación del material con que había sido construido el fortín.

Hasta el siglo pasado aquellas ruinas del fortín Gamboa conservaban toda su estructura, pero la crecida extraordinaria del río en el año de 1833, arrasó con aquellos escombros y parte de sus fértiles tierras; borrando para siempre el lugar donde estuvo ubicado, la crecida devastadora de 1888, en que más de las dos terceras partes de la numerosa población que hasta entonces había, viera reducidos a la nada sus hogares y propiedades que se desmoronaban como terrones de azúcar en el agua, que implacablemente los consumía, quedando en esta forma casi despoblada la región que daba las frutas más tempranas y sabrosas de la Provincia.

Hasta no hace muchos años, este lugar era el vado del río para los departamentos del Norte en sus comunicaciones con la Capital, habiendo sido además, la ruta que siguiera Cabot en la in-

trépida cruzada del general San Martín con su ejército libertador, al atravesar la gran muralla del majestuoso macizo de los Andes.

En la actualidad "Las Tapias" cuenta con unos trescientos habitantes, los que felizmente pueden conservar una escuela infantil nacional que suministra los primeros rudimentos de la enseñanza a unos cincuenta niños.

Su principal industria es la vid, cultivándose cerca de un centenar de viñas y sementeras.

CESAR H. GUERRERO

La Chapanay

A poco más de treinta y cuatro leguas de la capital de San Juan, y en dirección al S. E. de la misma, hállase situada la primera de las famosas lagunas de Guanacache, que, como se sabe, proveen a la ciudad de exquisito pescado. Sobre las movedizas arenas que circundan el cauce de la más importante de aquellas, la llamada "El Rosario", y bajo un techo de totora y barro, nació Martina Chapanay el año de 1811.

La sencilla vida de los escasos moradores de aquellos lugares, no convenía a los instintos de la criatura ansiosa de espacio y movimiento, según más tarde lo demostraría. Aparejar los espineles por la tarde para revisarlos a la aurora, campear los asnos y las demás bestias de servicio, y sentarse por la noche a la entrada de la cabaña a oír el canto de los sapos, bajo la claridad de la luna o las estrellas, no eran cosas que pudieran satisfacer el espíritu inquieto y aventurero que se revelaría después en la muchacha.

Juan Chapanay, su padre, solía recordar complacido que era un indio puro. Natural del Chaco, había sido arrebatado de la tribu de los Tobas a la edad de seis años, por indígenas de otra tribu, con la que aquella se encontraba en guerra. Reducido al cautiverio, al cabo de dos años pasó al dominio de otro indígena más civilizado, que se ocupaba en recorrer las provincias, vendiendo en ellas yerbas y semillas traídas de Bolivia. Dedicado por su nuevo amo al oficio de curandero ambulante, visitó con éste gran parte de la República Argentina. Cuatro años más tarde, y cuando cumplía doce de edad, Juan, aburrido de comer mal, dormir

peor y caminar sin descanso, resolvió emanciparse del todo, o enajenar solo en parte su libertad, si así le convenía.

Había aprendido a estropear el castellano y contaba con que esto le facilitaría su propósito. Su amo resolvió, por aquel entonces, hacer una excursión a las provincias de Cuyo y lo llevó consigo. Allí se le presentó a Juan Chapanay la ocasión de realizar su propósito, y la aprovechó. Se encontraban en San Juan, a la entrada de Caucete, y se habían alojado en compañía de un lagunero, cuando el hambre que lo tenía acosado hizo que el muchacho se echara a llorar amargamente. Curioso el lagunero por saber la causa de aquel llanto, lo interrogó aprovechando un descuido de los otros indios, y supo no sólo que aquel estaba poco menos que muerto de hambre, sino también que abrigaba la firme intención de fugarse. Tuvo el lagunero compasión del infeliz, y se ofreció a llevárselo en ancas de su mula. Así se hizo. A media noche, cuando los coyas roncaban, Juan Chapanay se alejaba con su salvador, rumbo a las Lagunas.

El hombre a quien Juan Chapanay había confiado su destino, no tenía familia. Se llamaba Aniceto y era un excelente anciano que no tardó en profesarle un afecto paternal. Como a verdadero hijo lo trató y consideró, siendo una de sus primeras preocupaciones la de hacerlo bautizar en una iglesia de Mendoza.

El muchacho supo corresponder a los beneficios que su protector le dispensaba, y ayudó eficazmente a éste en su industria de pescador. Al cabo de algunos años estaba completamente aclimatado en las Lagunas, e incorporado a la vida del lugar como si hubiera nacido en él. El anciano Aniceto, con quien había trabajado como socio en los últimos tiempos, murió, y lo dejó dueño de recursos bastantes desahogados.

Llegaba justamente Juan Chapanay a la plena juventud y a pesar de que los vecinos vivían allí como en familia, se sintió demasiado solo en su intimidad, y pensó en casarse. Sus convecinos lo habían elegido juez de paz del lugar, pues los laguneros constituían por entonces una especie de minúscula república independiente, que elegía sus propias autoridades. La justicia de la provincia sólo intervenía en los casos de crímenes o de grandes robos, por medio de un oficial de partida que inquiría el hecho y levantaba sumario, cuando lo reclamaban las circunstancias. El ruido de armas no turbó la tranquilidad de aquellos lugares; y ni cuando el caudillaje trastornó todo el país, dejaron de ser los laguneros un pacífico pueblo de pescadores y pastores, aislados del resto del mundo al borde de sus lagunas. La región de las Lagunas de Guanacache, está hoy lejos de ser lo que antes fué. Se ha convertido en un desierto en el que el fango y los tembladerales alternan con los arenales. El antiguo pueblo ha desaparecido. Los

caudillejos locales concluyeron por envenenar el espíritu de aquellos hombres sencillos y primitivos, y Jerónimo Agüero, Benavides y Guayama, los arrastraron al fin a las revueltas, perturbando su vida de paz y de trabajo. De las poblaciones de Guanacache, no queda, pues, más que el nombre, que está vinculado a algunos episodios de nuestra historia política.

PEDRO ECHAGÜE

Del libro: "La Chapanay".

Recuerdos Históricos

Dr. Don. JOSE CASTRO HURTADO

El único propósito que inspira este artículo —harto deshilvanado y fragmentario— es el de dar a conocer algunos datos biográficos del ilustre comprovinciano Dr. Don José Castro Hurtado, varón virtuoso y sabio, cuya obra ha comprometido la gratitud de la posteridad.

El Dr. Castro Hurtado, gloria de San Juan, es casi desconocido o se le ha olvidado hasta por su pueblo, conservándose sólo su recuerdo en algunos pocos ancianos, sabedores ellos por las tradiciones de sus mayores.

Poco, muy poco se sabe de la biografía del padre Castro; pues fué tan humilde que no dejó un escrito, una huella en su camino, un símbolo que lo pudiese delatar; pero la posteridad debe hacer justicia y tratar de investigar y revelar la vida notable de este hombre esclarecido.

Según parece, a fines del siglo XVIII se ordenó de sacerdote José Castro Hurtado, y fué tal el celo que manifestó desde sus primeros pasos, que las dos virtudes eclesiásticas más recomendables, la humildad y caridad, no le abandonaron hasta su muerte.

Fué durante cincuenta años teniente-cura de San José — hoy La Merced — en cuyo largo curato bautizó el 15 de febrero de 1811 a Domingo F. Sarmiento.

Padre espiritual y confesor de muchas señoras sanjuaninas, tuvo gran ascendiente en la sociedad de aquella época, siendo frecuente acudir a los sabios consejos del buen cura Castro sobre asuntos familiares y sociales.

La fuente seráfica de Castro fué sin duda alguna la predicación. Los siete días de la semana eran destinados a esta santa labor: en Santa Ana, los lunes; en la Concepción, los martes; en los Desamparados, los miércoles; en la Trinidad, los jueves; en Santa Lucía, los viernes; en San Juan de Dios, los sábados; y en la Catedral los domingos.

Su predicación se dividía en dos partes: la primera, sobre los negocios de la vida, y la segunda, sobre las costumbres populares y su crítica; pero, estas pláticas pronunciadas con toda sencillez, eran tan llenas de espiritualidades y chistes, a punto de ser general reír en todo el templo, tornándose a ratos la risa en llanto, para volver de nuevo a reír hasta que por fin tranquilizado un tanto el auditorio, el padre Castro limpiándose el rostro, decía: "Vamos hijos, ya nos hemos reído bastante, prestadme ahora atención: por la señal de la santa cruz..." y a continuación venía el evangelio del día, seguido de un torrente de santa elocuencia y de fé cristiana.

Existían entre la gente del pueblo supersticiones y prácticas ridículas y falsas; los duendes, brujas y aparecidos, hicieron boga en aquella época; pero Castro las anatematizó y destruyó dando la explicación científica que a veces tienen esos fenómenos.

Hasta tal punto se arraigaron en él las virtudes de la humildad y la pobreza, que refieren las crónicas de antaño que sus amigos cuidaban de introducirle ropa nueva pretextando ser un regalo o restitución de penitente o algunas otras razones que Castro Hurtado aceptaba resignado.

Y no era menos fecunda la llama de caridad que ardía en su corazón: todos los diezmos y derechos parroquiales de su largo curato, eran destinados para el sostenimiento de la gente pobre.

Pero, además de médico del alma, fué nuestro héroe médico del cuerpo; seguramente, para unir en ciertas circunstancias las medicinas del cielo con los remedios terrenales.

No se tienen referencias fidedignas si Castro fué médico por afición o si recibió título en Universidad; son absolutamente inciertos los datos sobre si fué doctor en medicina o en teología; lo más probable es que fué lo segundo.

Su afición y simpatía por las ciencias médicas llegaron a tan alto grado, que refiérese pasaba las noches en el campanario de la Catedral sonando las horas para auxilio de los enfermos y sobre todo de los enfermos pobres.

Relata nuestro pueblo grandes prodigios de Castro en su actuación como médico. Cuéntase que en una ocasión, llamado al

entierro de un caballero, descubrió, como tenía costumbre, el rostro del cadáver y haciendo además de silencio hizo deponer el cuerpo en tierra, y rezando en un breviario, hasta ver señales de vida, dijo en alta voz: "Levántese que aún le quedan largos años de vida". Y con gran estupefacción de los circunstantes, se incorporó el resucitado, asombrándose de tan espantoso aparato.

Muchos, entre otros Sarmiento en sus "Recuerdos de Provincia", explican este hecho atribuyéndolo a los conocimientos científicos de Castro; sin embargo, sin emitir juicio sobre el particular, es probable que los saberes de Castro en Medicina no fueron lo suficiente como para realizar hecho tan sorprendente, debido al atraso en que esta rama de la ciencia se encontraba en su época.

Enseñaba a las madres a criar a sus hijos, las horas de darles alimento, la manera de cuidar enfermos y otras prácticas de la medicina casera.

También se distinguió como político. Al estallar en 1810 la revolución, joven aún, se declaró abierto partidario del rey, abominando desde el púlpito de la Catedral que tantos años le había servido para instruir al pueblo, contra la desobediencia al soberano, prediciendo guerras y desastres.

Las autoridades impusieron silencio al contra-revolucionario, pero por su firmeza fué perseguido y desterrado a las Brucas; de donde volvió un tiempo después a pié hasta San Juan, herido de muerte por la enfermedad que lo llevó a la tumba.

Sus últimos años los pasó en Angaco, olvidado de todos, practicando el bien y robusteciendo más y más sus virtudes. Murió santamente, besando alternativamente el crucifijo y el retrato de Fernando VII.

Siendo vieja costumbre enterrar a los sacerdotes en las iglesias, el nuestro fué a descansar a la de Santa Ana — hoy esquina Mitre y Mendoza, al naciente — pero destruida ésta por una inundación producida por el desbordamiento del río San Juan, vióse sacar su cadáver de entre los escombros intacto y sus vestiduras sacerdotales casi inmaculadas.

De Santa Ana fué trasladado su cadáver a la parroquia de Concepción, en donde estuvo largo tiempo expuesto en la sacristía. Más tarde, y por mandato de la autoridad eclesiástica — quien vióse precisada a tomar medidas en razón de que el fanatismo de las gentes atribuía a esos venerables despojos cualidades sobrenaturales, lo que importaba su rápida destrucción — fué transportado el cuerpo a la iglesia — Concepción — en donde descansa definitivamente.

La tumba de Castro Hurtado está cubierta por una blanca lápida que ostenta el siguiente epitafio:

Dr. Don José Castro Hurtado

Q. E. P. D.

Sacerdote, médico, padre de los pobres.
El bien prodiga y la verdad enseña,
difundiendo el espíritu cristiano;
como un astro su nombre centellea,
con el fulgor del cielo soberano.
La tierra respetó su cuerpo inerte;
cual triunfa su memoria de la muerte”.

OCTAVIO GIL

Retrospectiva

:: FRAGMENTO ::

“Principié yo mi carrera en tiempos que vosotros llamaréis de Mari Castaña, y en países y tierras muy lejanos, por fundar una escuela normal, un internado de señoritas como éste, escribí un libro que han traducido a otras lenguas e hice restablecer a San Martín en el escalafón del ejército de Chile de que había sido borrado”.

D. F. SARMIENTO

.....

Vamos ahora al cuento.

La última visita de Sarmiento (1884) a las casas de educación de la provincia, fué dedicada a su hija predilecta, la escuela, que estimaba como el más honroso premio ganado en su tenaz brega en pro de la enseñanza pública. Era que, para él, tenía el significado de una consagración, pues que si bien como goberna-

dor proyectó la ley de creación y suscribió los decretos consiguientes, con ello no hizo sino cumplimentar un mandato de sus comprovincianos, los verdaderos iniciadores de ese homenaje consagratorio.

Dirigía la Escuela Sarmiento don Segundo Riveros, uno de los tres primeros maestros normales sanjuaninos egresados de la escuela de Tucumán regentada por Groussac. (1).

Anunciada la visita por intermedio del Dr. Segundino J. Navarro, el director esperaba al visitante en el portal de la escuela. Presentaciones y salutations de estilo. Pasan a la dirección que ocupaba el salón aledaño al vestíbulo. Destacábase en el sitio de honor un gran cuadro representando a Sarmiento rodeado de niños a quienes enseñaba el abecedario, obra del pintor N. Torres y del cual parecería fué tomado el motivo simbólico del grupo escultural de la plaza de Mayo. Sarmiento contempla el cuadro e inquiere el nombre del autor. Luego expresa: "No está mal, pero no es este el retrato que debiera estar aquí; es el de don Matías Sánchez, el generoso amigo que más hizo y más dió para levantar este edificio; fuera de otras cosas, regaló toda la madera empleada en él; esas puertas, las ventanas, techumbres, pilares, columnas, entresijos y molduras, salieron de sus alamedas de Zonda y fué el maestro Paez quien les dió forma. Yo le prometo, director, enviarle su retrato en cuanto llegue a Buenos Aires".

El retrato no vino, quizá porque nunca se le recordó la promesa, pero la justicia histórica quedó hecha en esas palabras que traducían nobles sentimientos de cariñoso respeto y gratitud.

En eso de hacer justicia a los méritos ajenos, Sarmiento jamás se quedó corto, y sin reservas mentales — porque nunca sintió envidia o no tuvo que envidiar — con prodigalidad a veces, supo dar a cada uno lo suyo; pero así como él era justo, exigía reciprocidad y no callaba ni perdonaba ingratitudes o despojos de honores ganados en buena ley. He contado ya el episodio aquel en que marcó a fuego, con un símil sangriento, a los atrevidos que intentaron arrancar su nombre del frontispicio de su dilecta es-

(1) Los otros dos maestros eran don Marcos Gómez y don Martín Yanzón. De ellos decía el Superintendente de Escuelas de la Provincia: "Las escuelas fundadas en el Paraná y Tucumán, han dado resultados muy satisfactorios, como lo manifiesta el éxito obtenido en las tres escuelas que tenemos aquí, dirigidas por los jóvenes salidos de la Escuela Normal de Tucumán, cuyo éxito es una prueba elocuente de la importancia de esos establecimientos de educación que vienen produciendo una verdadera revolución en la enseñanza y perfeccionamiento del sistema".

cuela. La injusticia lo sublevaba, fuera quien fuese la víctima, así los grandes como los humildes: así los San Martín, de la Roza, Laprida, Urquiza su enemigo, como los, Rodríguez maestro, Castro sacerdote, Paez artesano.

Fué observando, aula por aula, las clases que se dictaban, cual si desempeñase funciones inspeccionales, alternando el comentario aprobatorio con la crítica pedagógica de circunstancias. Desde su escritorio que era una especie de monumental tribuna, el maestro desarrollaba la lección. Sarmiento con su trompetilla acústica escuchaba interesado.

IGNACIO DELGADO

El Batallón San Juan

“La guerra declarada por el Gobierno de la Nación del Paraguay y que se manifestó por la vandálica invasión a Corrientes (Abril 13 de 1865), produjo un estado de armas en la Provincia.

Por decreto del Ministro de Guerra de Abril 17, se había asignado a la Provincia de San Juan una contribución de sangre o contingente con que debía concurrir, de 250 hombres, y por decreto del 19 del mismo mes, otro de 150 destinados a la remonta del ejército de línea.

Al primero respondió la Provincia mandando un precioso batallón de más de 400 hombres, voluntarios en su mayor parte, denominado “Batallón San Juan”; y a lo segundo, mandando un contingente que formó con otro de Córdoba, el Batallón 12 de línea.

El “Batallón San Juan”, al mando del valiente Comandante Giuffra, llegó a ser uno de los primeros batallones de guardias nacionales, por su personal, disciplina y comportamiento en aquella tremenda campaña.

El 18 de Julio de 1866, fué uno de los que cargaron al Boquerón (Sauce), bajo el nutrido fuego de la metralla enemiga, y de su buen comportamiento responde el hecho de que de diez y siete oficiales que entraron en aquel sangriento combate, hubo doce de baja, entre ellos el bravo Giuffra que pronto murió a causa de sus numerosas y graves heridas.

En esta sangrienta guerra, distinguióse el Coronel divisionario Don Cesáreo Domínguez, hijo de la Provincia de San Juan, justamente apreciado por sus dotes militares". (1).

Hé aquí algunos detalles de esta gloriosa acción:

"La columna de asalto, entre la cual se contaba el "Batallón San Juan", tenía que recorrer cuatrocientos metros por aquella calle del infierno, sufriendo el fuego de metralla por el frente y por los flancos, y apoderarse a toda costa de la trinchera fuertemente defendida por los paraguayos con fuerzas superiores.

Valientemente la columna llegó a la trinchera, y dió comienzo con furor violento la lucha al arma blanca. Aquellos demonios de paraguayos se batían desesperados: embriagados con el frenesí de la batalla, parecían leones enfurecidos. Defendían la trinchera ciegos de coraje, a bayonetazos, con piedras y balas que lanzaban con la mano, paladas de arena que arrojaban para cegar al asaltante, a culatazos, a golpes de escobillón, a sablazos, a botes de lanza.

En la cima del parapeto, algunos parecían gigantes bronceados, medio desnudos, con el morrión de cuero hacia atrás y el escapulario sangriento descansando sobre el sudado pecho, levantando unos brazos que caían para matar, y muriendo sin decir un ¡ay!

La resistencia se hace tenaz. Dominguez apostrofa a los sanjuaninos porque no son más valientes que él.

Heroicamente la división se precipitó como una avalancha sobre la trinchera, y se vió flamear allí con gloria, casi simultáneamente, las banderas agujereadas de los batallones Córdoba y **San Juan**.

El primero que escaló la posición fué el Capitán del **San Juan**, Lisandro Sánchez, seguido del soldado Santiago Esquivel, y animada por el ejemplo su brava compañía, sin trepidar, trepó al asalto: un momento después caía el gallardo Capitán, y no por estar herido deja de proclamar a sus soldados. Como compañero de gloria tuvo a su colega Pedro Sosa, del regimiento Córdoba, que al saltar sobre el terraplén de la batería se desploma inerte: una bala le cortó el aliento de la vida para arrojarlo a la posteridad. Muerde el polvo el abanderado del 2 de Entre Ríos, y el sargento Máximo Eguren se precipita violento, toma la bandera, la levanta en alto y escala la batería, gritando a sus camaradas en el idioma varonil del pueblo: **¡Siganme si son hombres!** y otro

(1) Del libro: "El País de Cuyo".

soldado le contesta altanero: **Lo hemos de seguir, Sargentito; ¿acaso usted no más es argentino?**

Frase de patriotismo, insubordinación sublime, provocada por la duda del superior.

Y se lanza el miliciano airado a sostener su palabra, y tras de él van otros, y al fin todos. (2)

(2) Del libro: "Recuerdos de la Guerra del Paraguay", de José I. Garmendia.

Etimología y Folklore

DEPARTAMENTOS

Los Departamentos de Santa Lucía, Trinidad, Desamparados y Concepción, toman estos nombres de sus respectivas iglesias, bajo cuya advocación fueron inaugurados.

Desamparados llamóse antiguamente San Miguel de Puyuta estando bajo la advocación de Santa Bárbara. Concepción era comúnmente conocido por "Pueblo Viejo" debido sin duda al hecho que dentro de sus límites se fundó la primitiva ciudad de San Juan.

A Pocito llamósele así por un **pocito** hallado en ese lugar y que servía de lavadero a los indios comareanos. A Albardón por sus altos de tierra y lomadas pintorescas que semejaban albardas. A Cauçete por un canal que hicieron los indios para llevar el agua allí, canal que los españoles encontraron semiborrado. Cauçete equivale al diminutivo de cauce: caucecito.

Jáchal, fundada por Don Domingo Ortiz de Rosas, Gobernador de Chile, equivale a **Jachá** que significa río de las arboledas.

Angaco fué el nombre de un Cacique, fiel amigo de los españoles, que casó a su hija con el segundo jefe de la expedición de Juan Jufré.

Calingasta constituyó la antigua **Catalve** a que se hace mención en el acta de fundación de San Juan. Fué célebre por sus indios aguerridos cuyo Cacique era el formidable Hua-Zi-Hul. Calingasta significa tierra áspera o fuerte.

Por sus fértiles tierras y vigorosa vegetación, bautizóse así a Valle Fértil, y probablemente también para llevar allí pobladores, borrando la primera impresión que producía al viajero sus

montañas abruptas, sus médanos y su alejamiento de todo centro de población.

POBLACIONES

- Angualasto:** agua del alto.
Angaco: agua del águila.
Cochagual: laguna redonda.
Huanacachi: condena o presidio de la sal, o para sacar sal.
Hualilán: agua que murmura o suena de lo alto.
Huachi: palabra de burla.
Tudcun: aguada o bebedero del sur. Chorrear, gotear.
Pachaco: los manantiales.

PALABRAS VARIAS

- Aballay:** el hijo del tejedor.
Apero: la montura. Cuando se trata del recado de montar, suele contar de carona, lomillejos, aparejo, cincha, lacillos y de la sobrecarga.
Barrial: campos abiertos de mantos de greda, formados por las crecientes que allí depositan el limo que acarrear.
Bagual: animal no adiestrado.
Bramadero o Embramadero: poste colocado verticalmente para amarrar en él los animales.
Charabon: suri corredor.
Chaya: el carnaval.
Candeal: bebida.
Canejo: interjección de sorpresa, admiración o fastidio.
Cema y Cemita: lo que el Diccionario llama acemita y acemite.
Cueca: el baile que el Diccionario llama zamacueca, pero que no es grotesco ni sólo de indios y zambos como en él se dice.
Capacha: en sentido familiar, cárcel.
Cuma: comadre.
Cumpa: compadre.
Cutama: frazada o manta para cubrirse. Bulto.
Cutufina: persona inferior o de confianza del sexo femenino.
Chango: muchacho.
Chingarse: salir fallido en sus propósitos. Fracasar.
Chupina: entre la grey estudiantil chupina vale tanto como buena.
Chulca: el menor.
Huahua: niño, criatura.
Huaco: el agua de Hua. Prole.

- Jopo:** porción de pelo que se deja en la parte delantera de la cabeza para que caiga sobre la frente.
- Jume:** planta que crece en los lugares salitrosos y da la sosa o vidriera con que se cocina el jabón.
- Jarilla:** arbusto resinoso que abunda en secadales de toda la región andina. Arde con facilidad aun estando verde, y como leña se prefiere para calentar el horno de pan. Se cuenta que la hoja busca el sol y que el viajero perdido de noche o en día nublado, puede orientarse con esta brújula natural.
- Locro:** potaje de maíz y carne, a veces con porotos; se le "lava la cara" con grasa frita y ají. El de chuchoca es muy delicado.
- Musiquero:** músico de murga.
- Marucho:** muchacho peón que marcha adelante de las recuas, conduciendo la madrina.
- Ñaupa:** persona o cosa vieja. Inocentada.
- Ojota:** sandalias.
- Petaca:** baúl de cuero crudo.
- Parejero:** animal ligero y de resistencia.
- Petates:** esteras de junco muy bien hechas.
- Pangaré:** caballo manso y de silla cómoda.
- Pilcha:** una prenda cualquiera.
- Peal:** un tiro cualquiera hecho con el lazo para tomar un animal. También se dice pial.
- Sucucho:** rincón o escondrijo.
- Suri:** avestruz.
- Tamal:** plato típico.
- Umita o Humita:** pasta de choclos envuelta en chalas y así hecha hervir. Plato muy apetecible.
- Vidalita:** canciones de las fiestas y orgías de indios y españoles. Canción popular generalmente amorosa y triste.
- Vallisto:** habitante del valle.

ANGUALASTO

Nota. — Se han consultado entre otros libros, el "Tesoro de Catamarqueñismos" de Manuel A. Lafone y Quevedo, "Huarpes" de Desiderio Aguiar, "El País de Cuyo" de Nicanor Larrain, "Aborígenes del País de Cuyo" de Pablo Cabreira.

El baquiano

Después del rastreador viene el baquiano, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares de las provincias. El baquiano es un gaucho grave y reservado, que conoce palmo a palmo veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo; es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña.

El baquiano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia; está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

Un baquiano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a que aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adonde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más oscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta enseguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en derestras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur", y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente.

El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el baquiano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baquiano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un

punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baquiano anuncia también la proximidad del enemigo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos; y por su espesor cuenta las fuerzas: "Son dos mil hombres", dice; "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato que casi siempre es infalible.

Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto.

El baquiano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más, una senda extraviada e ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre los pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan.

D. F. SARMIENTO

Del libro: "Facundo".

El gaucho malo

Este es un tipo de ciertas localidades, un misántropo particular.

Llámanle el Gaucho Malo, sin que este epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto.

Es un personaje misterioso; mora en la pampa, son su albergue los cardales; vive de perdices y **mulitas**; si alguna vez quiere regalarse con alguna lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demás a las aves montecinas.

De repente se presenta el Gaucho Malo en un pago de donde la partida acaba de salir; conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee de los **vicios**, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo y lo apunta

hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho Malo es un parejero **pangaré** tan célebre como su amo.

Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo para substraerse a la acción de las balas que lo persiguen endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente.

Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña.

A veces se presenta a la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del **cielito**, y desaparece sin que nadie lo advierta.

Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida. Hace descender de la grupa a la niña que ha seducido, y desdeñando las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscrito por las leyes; este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una familia entera, es inofensivo para con los viajeros. El Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entra en la idea del **Churriador**; roba, es cierto, pero esta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior; el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo, extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio, contesta: "No hay actualmente caballo así".

¿Qué ha estado pensado el gaucho?

En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señas particulares, y convencido de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca.

¿Es sorprendete esta memoria?

¡No! Napoleón conocía por sus nombres doscientos mil solda-

dos, y recordaba al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían.

Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre la deuda.

Viaja a veces a la campaña de Córdoba, a Santa Fé. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante; si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

D. F. SARMIENTO

Del libro: "Facundo".

El cantor

Aquí teneis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca.

El cantor anda de pago en pago, "de tapera en galpón", cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez.

El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media, y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rap-sodias ingenuas.

El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna en sus versos y en su voz. Donde quiera que el **cielito** enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan, y cada pulpería tiene su guitarra

para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia a lo lejos donde se necesita el concurso de la gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos **desgracias** (muertes) que tuvo y algún caballo o alguna muchacha que robó.

En 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la **desgracia** y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado.

La partida en efecto se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas más abajo, tal era la altura de la barranca.

El cantor oyó la grito sin turbarse, viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes después se veía salir de las profundidades del Paraná el caballo sin freno, a fin de que nadase con más ligereza, y el cantor, tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca.

Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de algún afamado malévolo, parece al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee un repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros

de versos octosílabos. Entre éstos hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiración y sentimiento.

D. F. SARMIENTO

Del libro: "Facundo".

Bronces

Cantera de próceres es también el valle de San Juan; y aquí están los monumentos que lo certifican.

Este que ahí veis, emplazado sobre pedestal de granito hacia el lado oeste de nuestra plaza principal, es aquel fraile "de alma angélica" cuya palabra resonó en la sala del Congreso de Tucumán cual una clarinada. Como en el Génesis, dijo "fiat", y la luz, es decir, la República, se hizo. Fué el único en la soberana asamblea de los pueblos argentinos que dejó oír su voz — él, que era sacerdote — contra la adopción inmediata de la forma monárquica de gobierno. El bronce no puede reproducir la claridad de sus ojos ni la blancura de su veste; pero trasunta la firmeza de su carácter.

Frente a Santa María de Oro, hacia el naciente está Sarmiento... ¡Sarmiento! A medida que el tiempo corre, su figura se yergue con más épico grandor; y es que Sarmiento es aquel de los hombres del pasado cuyo espíritu está hoy en todo, insuperado y magnífico, como que sólo hemos realizado parte, hasta ahora, del programa de labor que nos trazó. Sarmiento en la escuela primaria; Sarmiento en la prensa; Sarmiento en el libro; Sarmiento en los viajes; Sarmiento en la milicia; Sarmiento en la tribuna, popular y parlamentaria; Sarmiento en la política y en la ciencia; Sarmiento en la banca, en la minería, en la agricultura, en la ganadería, en la mecánica: Sarmiento en las vías férreas, en los caminos, en los puertos, en los canales, en los parques y en los puentes; Sarmiento en los códigos y en los tratados; Sarmiento en la universidad, en el comité, en el foro, en la diplomacia, en el ejército y en la marina; Sarmiento en la navegación de los ríos, en la división de la tierra, en la exposición de productos, en la difusión de plantas, en la protección a los animales; Sarmiento en el poder, organizando... ¿dónde, dígalo quien pueda, dónde se echa de menos la huella de Sarmiento, cualquiera sea el problema de la compleja vida del país que haya de contemplarse? Al bajar al sepulcro comenzó su glorificación. La vida de Sarmiento ofrece el más rico anecdotario para la gente que, por su parte, muéstrase siempre curiosa en cuanto a conocer todo el vivero de circunstancias que, al margen de su existencia y jalonándola, llevaron a los hombres representativos a la plena realización de sus actos y a la exteriorización relámpago de sus ideas. Acaso la historia dará al siglo pasado, con tanta razón como lo hizo con el de Pericles, el nombre de Sarmiento. Mientras tanto, y ya que no podremos ama-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ESTATUA DE SARMIENTO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

rrarlo a nuestra vulgaridad, procuremos subir, con el espíritu fuerte de optimismo, hasta su propio elemento, que es hegemonía mental.

De otra laya fué Laprida y fué también prócer. Prócer honestísimo, creció en sí mismo por propio instinto de bien y cuando le tocó actuar, sin buscar él mismo la oportunidad, estuvo a la altura de su misión. Sarmiento, con referencia a la triste forma en que Laprida terminó sus días, expresó "... el hombre que más honró a San Juan, y ante quien se inclinaban los personajes más eminentes de la República, como ante uno de los padres de la patria, como ante la personificación de aquel Congreso de Tucumán que declaró la independencia de las Provincias Unidas". Ved que leyenda para el pedestal de su estatua. Ahí queda la estatua, ocupando majestuosamente el centro de la plaza de su nombre. Las auras andinas, como vientos de gloria, le serán siempre propicias.

Este grave señor que camina de modo que se advierte en él una honda preocupación, pero que va solemne y resueltamente, es aquel que en hora incierta salió de aquí mismo, al frente de su pueblo, a defender los derechos que en cincuenta años de batallas, de debates y de anhelos creía haber asegurado para sí mismo ese pueblo, pero que no volvió; y el no volver fué algo más que la razón que hizo a Licurgo sustraerse a Esparta dejándole la herencia de cumplir sus leyes. En efecto, para el concepto público está más arriba quien da su sangre, que quien vase a arrastrar su existencia por lejanas tierras. Este señor que a su vez ocupa sitio preferente en la plaza que ya se le había consagrado, es, en fin, el espectro del artículo 6 de la Constitución argentina de que habló Mitre en la alta Cámara del Parlamento, para fundar la doctrina del caso. Aberastain es la más acabada encarnación — ya lo sabemos — de la entereza cívica; y si no creó él el evangelio de la democracia, fué de los que purificaron, para adaptar a la América, los principios fundamentales de la ciudadanía. Así, también, muriendo como murió, para ratificar, más aún que su palabra empeñada poco antes, sus doctrinas de repúblico, tiene marcada similitud, como héroe y como mártir, con aquel que subió al Gólgota con su cruz, a fuer de redentor. Tras de la Rinconada de 1861 — ya lo sabemos también — vino la reorganización nacional, proclamada a cañonazos en Pavón.

Salvador María del Carril: hélo aquí de pie, mirando desde su propia eminencia a la ciudad natal que es todavía, ciertamente, lo que él, en 1825 quiso que fuese. La historia de San Juan le recuerda en estos rubros; autor de la Carta de Mayo, fundador de la primera imprenta, creador del Registro oficial. Realizó, además, progresos urbanos, censos agrícolas, canales matrices, beneficencia

pública, reforma religiosa, organización administrativa, tratados interprovinciales. Pudo decirse, y se dijo, que las luces de Rivadavia encontraban su placa sensible aquí en el paredón de los Andes, frente al valle de Tulún. Transportado a la escena nacional, fué diputado al Congreso de 1826, ministro de la primera presidencia, consejero de Lavalle, proscripto de la dictadura, ministro del interior al día siguiente de Caseros, vicepresidente de la Confederación y, por fin, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Muy reducido es el número de los hombres que pueden presentar hoja tan nutrida de servicios; pero más que ello, el mérito superlativo de del Carril radica en la unidad de sus principios y en la inflexibilidad de la lógica a la cual ajustó todos los actos de su vida. El galardón estuvo a la altura del hombre, pues que a nada más alto podía aspirar el que empezó la tarea con los albores de la nación, que a verla, como la vió, desde las cimas de su senectud, vecina a los esplendores de su grandeza.

Esta es la vida de las estatuas. Asimismo faltan algunas todavía. Falta, por ejemplo, la de don José Ignacio de la Roza. ¿Quién fué de la Roza? Fué, como ya dijimos, nada menos que un brazo de San Martín. Cuando éste, gobernador intendente de Cuyo, hallábase en Mendoza entregado a la tarea de organizar el ejército libertador, uno de sus brazos estaba en San Luis y el otro estaba aquí, en San Juan. Como teniente gobernador, de la Roza fomentó, además, el progreso local en todos los órdenes, principalmente en lo que se refiere a las industrias agrícola y minera. Construyó la Escuela de la Patria, que dirigió don Ignacio Fermín Rodríguez y en cuyas aulas, las mejores que por entonces hubo en las provincias del interior, se educó Sarmiento.

Falta erigir, también, el monumento de Rawson, ese otro varón de Plutarco del cual dijo Mitre: "Jamás la estatua humana se asentó con más equilibrio sobre pedestal más inmovible, alumbrada por luces más apacibles". El pueblo sanjuanino, por cuyas arterias circula un poco de aquella sangre patricia, no puede tardar más tiempo en incorporar a la región del bronce la efigie de aquel que fué, en toda la integridad congénita de tales títulos, sabio, constitucionalista y orador. Si hay deudas sagradas, esta es una.

Ahí quedarán esos bronce, más firmes que las cuchillas de la montaña circundante, y al evocarlos sentiremos que pasa por nuestra ánima, hendiéndola, algo así como el espíritu de la plana mayor de los constructores de la argentinidad.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ

Del libro: "El Valle de Tulún".

“No crean que porque son maestras saben leer . . .”

En el año 1884, cuando Sarmiento hizo entrega de los diplomas a las primeras egresadas, tuvo para cada una de ellas una frase de aliento, dicha con la gracia desenvuelta que le era peculiar.

Una vez que cada egresada tuvo su diploma, dijo, dirigiéndose al grupo, estas palabras que, en su sencillez, encierran todo el espíritu de su doctrina sobre educación:

— “No crean que porque son maestras saben LEER. Piensen que deben siempre LEER. Aprendan a LEER”.

En la emoción con que nos repite la frase una de las maestras que la escucharon, se advierte el efecto profundo que hizo en el auditorio. Al pronto, tal vez no la comprendieron. Pero después, las primeras experiencias de su apostolado les desentrañó el sentido.

Y ello contribuyó, ciertamente, a que cada una de aquellas maestras se destacase como un ejemplo de comprensión y de desinterés absoluto hacia la carrera que habían elegido.

De “Diario Nuevo”. — San Juan.

Historia y tradición médicas argentinas

Nuestra historia médica es interesante y curiosa. En ella se perfilan con nitidez, épocas bien caracterizadas.

La primera es la medicina de la conquista, vale decir la medicina ignorante, empírica, ciega, pero meritoria, precisamente en razón de las grandes dificultades con que tropezaba.

No nos asombre si los médicos que llegaban a estas playas eran, en su mayoría, de limitado valimiento. Trasladémonos a aquellas épocas remotas.

Los viajes marítimos eran empresa ardua y riesgosa. La navegación a vela imponía una duración variable, pero siempre larga, la que a menudo se prolongaba varios meses. La alimentación a bordo era exclusivamente de conserva, de muy mala conserva,

sin posibilidad de mejorarla por falta absoluta de puertos de aprovisionamiento en tan largo viaje.

A estas circunstancias se agregaba el peligro de naufragios, en pésimas embarcaciones, con escasísimas o nulas probabilidades de lograr auxilio eficaz y oportuno.

Por fín, las perspectivas que ofrecían estas colonias eran bien poco halagüeñas; ausencia absoluta de toda comodidad, y de todo regalo en la vida material; sociabilidad rudimentaria o nula; peligros permanentes para la salud y para la vida, por la escasez de recursos y por el constante asedio de las tribus indígenas autóctonas.

Se comprende entonces que en aquellos tiempos, felizmente remotos, sólo se atrevieran a lanzarse hacia estas playas muy escaso número de individuos; para arremeter la empresa necesitaban sentirse animados, o de un espíritu de aventura y de romance, o de una mezquina codicia, o de un noble sentimiento de abnegación y de altruismo, tan respetable como raro.

Con tales materiales y con tales atributos se han escrito las primeras páginas de nuestra historia médica.

Después del descubrimiento de América, la mayor parte de las expediciones de exploradores y conquistadores se realizaron por medio de convenios, realizados entre éstos y sus Majestades los Reyes de España; a estos convenios se les llamaba "Capitulaciones".

Es seguro que todas las expediciones han traído médicos; en efecto, en las Capitulaciones celebradas con Don Pedro de Mendoza, Primer Adelantado, en 1535, el Rey dispone lo siguiente:

"Y que vos, el dicho Don Pedro de Mendoza seáis obligado de llevar a la dicha tierra un médico, y un cirujano, y un boticario, para que curen los enfermos que en ella y en el viaje adolecieren; a los cuales queremos y es nuestra merced, que de las rentas y provechos que tuviésemos en las dichas tierra y provincias, se les dé en cada año un salario al físico de 50.000 maravedises, y al cirujano otros 50.000, y al boticario 25.000, los cuales dichos salarios corran y comiencen a correr desde el día que se hicieren a la vela con vuestra armada, para seguir vuestro viaje en adelante".

Formando curioso contraste, en las Capitulaciones con el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el rey prohibía que en la expedición se trajeran abogados o procuradores, porque según afirmaba el monarca, la experiencia ha demostrado que ellos promueven los pleitos y perturban la paz de la República. Sin compartir la augusta opinión, la mencionamos como curiosidad.

Al igual que la expedición de Mendoza, las anteriores traían también médicos; no hay memoria ni constancia de quienes des-

empeñaron esos cargos en la expedición de Magallanes realizada en 1519; en la de Sebastián Caboto o Gaboto, vinieron con seguridad dos cirujanos: Don Pedro de Mesa y Don Fernando de Molina.

El cirujano de Mesa tuvo una actuación destacada en la defensa del fuerte de Sancti-Spiritus, fundado por la expedición Caboto en 1526; allí, a orillas del Paraná, más que cirujano fué soldado y luchó al lado de los compañeros, recibiendo tres flechazos; su colega Fernando de Molina, con igual denuedo, pero con menos fortuna, perdió la vida en esa acción.

Con los mencionados vinieron en la misma armada de Caboto dos médicos más; uno al que llamaron Maese Juan; su apellido no ha podido encontrarse; el otro tenía por nombre Hernando de Alcázar.

En la expedición de Pedro de Mendoza vino el bachiller Hernando de Zamora, al cual se le acordaba "permiso para usar el oficio de médico", según términos de una de las capitulaciones o contratos.

Este bachiller Hernando de Zamora fué la primera persona que desempeñó funciones de médico en la primitiva Buenos Aires fundada por Mendoza en 1536. Es seguro que por mucho que fantaseara su imaginación, nunca pudo sospechar este Hernando de Zamora la grandeza que alcanzaría la Buenos Aires que él contribuyó a fundar, ni el tamaño honor que le significaría el haber resultado ser su primer médico.

JUAN CARLOS NAVARRO

Del folleto: "Historia y Tradición Médicas Argentinas".

Patriotismo sanjuanino

Durante el curso del gran movimiento revolucionario por nuestra emancipación política del dominio de España, el pueblo de San Juan de la Frontera descolló de una manera señalada, por su espíritu cívico, entre los que componían el extinguido virreinato del Río de la Plata; fué uno de los primeros que con verdadera espontaneidad al par que entusiasmo, abrazara los principios sagrados de patria y de libertad proclamados por la Junta provisional gubernativa constituida en Buenos Aires el 25 de Ma-

yo de 1810, dispuesto a cooperar sin omitir sacrificios a cimentar una nacionalidad, con legítimo derecho aspirada.

En Mayo de 1815, las urgencias y necesidades que demandaba la ardua lucha en que estaban empeñadas las armas revolucionarias con las huestes enemigas, fueron aumentadas por la noticia de una expedición, desde la Península hasta nuestras playas, de una aguerrida escuadra invasora, que al mando del General D. Pablo Morillo debía someter a los **insurgentes**, como se les llamaba a los revolucionarios americanos.

En tal circunstancia, el Superior Gobierno de Buenos Aires apresuróse a reunir elementos y recursos para preparar una resistencia vigorosa a dicha invasión, y con ese motivo requirió la ayuda de los pueblos del interior del país.

El vecindario de San Juan no tardó en responder satisfactoriamente a ese llamado. Lo más selecto de la sociedad sanjuanina hizo su espontánea dádiva, encabezando la lista el doctor D. José Ignacio de la Roza, a la sazón al frente del Gobierno, hombre de relevantes méritos y muy adicto a la causa americana, a quien el pueblo de San Juan es deudor de importantes iniciativas morales y materiales.

En esa lista de oblaciones, además de los nombres del doctor de la Roza y de miembros de su familia, figuran los de los miembros del Cabildo, Herrera, Videla, Rivero, Lahora, Moyano, Garramuño, Suárez. Se leen también los de Torres, Sánchez, Carril, Rojo, Cano, Oro, Sarmiento, Albarracín, Jofré, Furqué, Echegaray, Maradona, Cortínez, Lima, Cabrera, Godoy, Navarro, Quiroga, etc., etc., representantes de los principales hogares locales, que dentro de los medios a su alcance — dinero, plata labrada, alhajas, vino, aguardiente, pasas, caballos, mulas y otros efectos — contribuyeron a la defensa de la Patria en momentos en que peligraba. En la misma lista hay nombres de funcionarios civiles y militares, eclesiásticos y de damas respetables.

La expedición de Morillo afortunadamente no pasó de ser sino una amenaza, pues razón política imperiosa la hizo dirigir a Venezuela.

La revolución argentina que había estallado en nombre de Fernando VII, única autoridad legal reconocida disimuladamente por entonces, por las colonias sudamericanas, se arrogó el derecho de gobernarse a sí misma durante el cautiverio de aquel, impuéstole por el emperador de los franceses, Napoleón I. A tal objeto las Provincias Unidas del Río de la Plata buscaron un **modus vivendi** con el rey Fernando VII, restituido al trono, enviando diputados antes de romper definitivamente con la Metrópoli y declarar su independencia. Pero el rey, intransigente, cuyo primer paso fué

abolir la constitución que en su ausencia habíase dado el pueblo español, pretendió ser tan absoluto en América como en la Península. Así, la insurrección americana que desde un principio había estallado con carácter de una guerra civil, convirtiéndose en una guerra oficial, a que España no podía asociarse con su pasión, y que respondía sólo a las prerrogativas tradicionales de la corona, por la misma nación desconocidas.

La primera tentativa pues, en este sentido, que Fernando VII hizo, fué una fuerte expedición naval bajo el mando de Morillo, destinada al Río de la Plata, pero que se vió obligada a tomar rumbo a Venezuela, yendo a estrellarse allí contra Colombia, acaudillada por el Libertador D. Simón Bolívar, quien debía dar cuenta de ella en una lucha tan encarnizada como inmortal. Este cambio de rumbo se produjo porque España no había podido arreglar una belicosa cuestión pendiente con Portugal acerca de las fronteras de **Olivenza**; y la política inglesa, hábil siempre y diestra en sus miras, había hecho que Portugal notificase a España que si ocupaba la Banda Oriental del Uruguay, parte integrante de las Provincias Unidas del Río de la Plata — hoy República Oriental del Uruguay — antes de devolverle **Olivenza**, el ejército y la marina portuguesa operarían contra Morillo.

Con semejante amenaza, la expedición de Morillo no podía aventurarse a entrar en el Río de la Plata, tanto más que Inglaterra se mantenía en actitud enigmática, o asaz decidida a no proteger a Buenos Aires pero si a Portugal.

Los donativos de San Juan se utilizaron sin embargo. Lo recabado en dinero de los que fueron vendibles, se remitió en libranzas al Superior Gobierno de Buenos Aires, empleándolo en gastos del sostenimiento de la guerra de la independencia.

¡Cuán dulce es el recuerdo de esos días en los que el civismo para los argentinos era una virtud, un culto en que la vida e intereses se ofrecían en holocausto a la idea sublime de la libertad del suelo en que vieron la luz!...

Que el ejemplo de este generoso desprendimiento sanjuanino sirva de incentivo para mantener siempre encendido en nuestros pechos el fuego sagrado del amor a la patria, por cuya integridad, grandeza y paz es menester que velemos incesantemente.

PEDRO I. CARAFFA

Gobernadores de San Juan

Saturnino Sarassa

1812 a 1814

Primer Teniente Gobernador de San Juan. Nació en Buenos Aires en 1760. En la Asamblea de Mayo votó por la cesación del mando del Virrey Cisneros. Acompañó a Belgrano en la expedición al Paraguay. Creó una administración de rentas y jueces comisionados. Prohibió la pena de los azotes en las escuelas.

Tte. Coronel Manuel Corvalán

1814 — 1815

Nació en la ciudad de Mendoza en 1774. El 6 de Julio de 1814 fué nombrado Teniente Gobernador de San Juan. Su administración que duró hasta el 13 de Mayo de 1815, tuvo por principal objeto restablecer la paz en el pueblo sanjuanino, envuelto en lamentables contiendas domésticas.

Dr. José Ignacio de la Roza

1815 — 1820

Nació en San Juan a fines del siglo XVIII. En Mayo de 1815 fué proclamado Teniente Gobernador de San Juan, tomando posesión del mando el 24 del mismo mes. Realizó un gobierno ejemplar y de progreso indiscutible. Un rasgo característico: Jamás cobró sueldo en el desempeño de ese cargo! Por la obra cumplida, José Ignacio de la Roza se ha hecho acreedor al bronce del recuerdo imperecedero.

Dr. Narciso Laprida

19 de Setiembre hasta 17 de Diciembre de 1818

Mientras de la Roza marchó en comisión a Buenos Aires, rigió los destinos de San Juan el Dr. Narciso Laprida. Nació en San Juan el 28 de Octubre de 1786. Su personalidad es bien conocida en la República para entrar en mayores detalles en esta breve síntesis biográfica.

Mariano Mendizábal

Enero 9 a Marzo 21 de 1820

Derrocó por medio de un alzamiento a de la Roza, gobernando por medio del terror, el saqueo y el asesinato. Obligado a renunciar, organizó un movimiento subversivo que le fracasó, pero que motivó la separación de las provincias de Cuyo que se erigieron en gobiernos independientes, proclamándose la autonomía sanjuanina el 1º de Marzo de 1820. Mendizábal fué entregado al ejército argentino en Lima, y fusilado en una plaza pública.

José Ignacio Fernández Maradona

21 de Marzo a 5 de Junio de 1820

Electo a pluralidad de votos, reemplazó a Mendizábal.

José Antonio Sánchez

5 de Junio de 1820 a 19 de Enero de 1822, y por segunda vez desde el 10 de Marzo de 1826 al 15 de Enero de 1827

De nacionalidad chilena, su primer período gubernativo pasó tranquilo, si se exceptúa la invasión sobre Cuyo del caudillo Carrera, quien fué vencido completamente en Punta del Médano. Creó una Corporación Representativa del Pueblo, siendo depuesto en su primer gobierno por una revolución.

Durante su segundo período se creó en San Juan la Caja Subalterna del Banco Nacional y un nuevo escuadrón de caballería.

General José María Pérez de Urdininea

19 de Enero de 1822 a 10 de Enero de 1823

Natural de La Paz, militar valiente, escaló el poder a raíz de un movimiento militar que depuso a Sánchez. Trabajó por conseguir la unión cuyana.

Dr. Salvador María del Carril

10 de Enero de 1823 a 12 de Setiembre de 1825

Nació en San Juan el 5 de Agosto de 1798. Su administración fué fecunda en obras que lo han immortalizado. La más notable de sus obras fué "**La Carta de Mayo**", sancionada el 13 de Julio de 1825 en la que hacía la declaración de que "toda auto-

ridad emana del pueblo". La formidable labor que desarrollara hasta su muerte, que ocurrió a la avanzada edad de 84 años, lo presenta como uno de los más grandes gobernantes de San Juan y eminente repúblico en el orden nacional.

Plácido Fernández Maradona

26 de Julio de 1825 a 9 de Setiembre del mismo año

Este gobierno nació a raíz del motín fanático que derrocó a del Carril. La intervención de las fuerzas de Mendoza dió origen a un combate en el célebre paraje "Las Leñas" que dió por tierra con las autoridades locales. Del Carril fué repuesto, pero comprendiendo este gran hombre que se había anticipado a su época y que el pueblo no lo interpretaba, renunció el 12 de Setiembre.

José de Navarro

12 de Setiembre de 1825 a 10 de Marzo de 1826

Procuró seguir el derrotero marcado por el Dr. del Carril. De carácter enérgico, realizó un gobierno de paz y prosperidad. Le sucedió don José Antonio Sánchez, gobernador por segunda vez desde 1826 hasta principios de 1827.

Tte. Coronel Manuel Gregorio Quiroga Carril

17 de Enero de 1827 — 24 de Octubre de 1828

Llamó al seno de sus hogares a los emigrados, ofreciéndoles garantías, pero en el orden administrativo siguió los dictados de Facundo Quiroga, su protector. Su alianza con este último contribuyó a la caída del Presidente Rivadavia. El 7 de Abril de 1828 presenta su renuncia. El 18 insiste pero no se le acepta. El 24 de Octubre renuncia nuevamente. Más tarde, siendo Mayor del ejército de Facundo Quiroga, se cree que éste lo hizo asesinar.

En el período transcurrido desde la renuncia del Gobernador Quiroga, el 24 de Octubre de 1828 hasta el año 32, se suceden en el mando de la provincia diez y ocho gobernadores, entre los que podemos citar a José María Echegaray Toranzo, José Tomás Albarraeín, Bustamante, Bustos, Buenaventura Quiroga, Juan Aguilar, Gregorio Aráoz de La Madrid, Dr. Gerónimo de la Roza, Santiago Albarraeín, Hipólito Pastoriza, Joaquín Godoy, José Manuel Astorga, y una Junta de Gobierno formada por el Dr. Amán Rawson, Presbítero José Oro, Ignacio Sánchez, Pte. Timoteo Maradona y José Ignacio Mendieta.

Dr. Timoteo Maradona

30 de Noviembre de 1828

Durante su gobierno celebróse un acuerdo con Mendoza para repeler las invasiones indígenas. Fué nuevamente Gobernador, en carácter de delegado, en 1843 - 8 de Junio.

José María Echegaray Toranzo

24 de Octubre de 1828

Hombre anciano y sin carácter, no podía llevar con acierto las riendas del gobierno. Creó y redactó un periódico "La Fragua Republicana", cuyas doctrinas activaron la guerra civil. Fué depuesto sin violencia, y con tal motivo huyó a Chile por Uspallata.

Coronel Nicolás Vega

5 de Abril de 1830

Acéfalo el gobierno a causa de la fuga de Echegaray Toranzo, púsose al frente de la Administración este prestigioso caudillo unitario, quien convocó al pueblo para nombrar gobernante, recayendo la elección en el ciudadano Juan Aguilar.

Juan Aguilar

6 de Abril de 1830 al 15 de Diciembre del mismo año

Unitario decidido, hizo propaganda elevada y culta en pro de sus principios políticos. Sofocó un alzamiento estallado en el Cuartel de San Clemente encabezado por "el negro Panta". Cansado y abatido dimitió, nombrándose para sucederle a don Hipólito Pastoriza.

Tte. Coronel Hipólito Pastoriza

15 de Diciembre de 1830 al 3 de Abril de 1831

Siguió las huellas de su antecesor, siendo derrocado por una revolución.

José Tomás Albarracín

3 de Abril de 1831 al 29 de Abril de 1832

Natural de San Juan, y representante decidido del partido federal, declaró nulos los actos de algunos de sus antecesores. Sus

ideas separaron a San Juan de la liga formada por nueve provincias del interior, que reconocían como jefe al General Paz. Fué reemplazado por Valentín Ruiz, nombrado en propiedad en 1832.

Dr. Francisco Ignacio Bustos

Ministro de Echegaray Toranzo, también ocupó como delegado la primera magistratura. Amenazando el Río San Juan inundar la ciudad, practicó serios estudios en el Río, encargando la confección de los planos del dique San Emiliano. A pesar de su clara inteligencia, la sed de venganza le labró su propia ruina.

Valentín Ruiz

Encargado del mando en 1827 y electo por el bienio 1832 - 1834

Nació en Salta. Durante su gobierno, grandes invasiones de salvajes atemorizaban a las poblaciones del Sud. Tropas enviadas por San Juan batieron a aquellos en el Arroyo del Rosario y en las tolderías de Yanquetruz.

Otro acontecimiento notable fué el desbordamiento del Río San Juan en los últimos días de 1833, arrastrando árboles, piedras y todo cuanto encontraba a su paso. Destruyó gran parte de la población; las iglesias de Santa Ana y San Agustín se desplomaron; cada calle era un río desenfrenado y la población estaba presa de espanto.

Tte. Coronel J. Martín Yanzón

Desde principios de 1834 hasta fines de 1835

Fué impuesto por Facundo Quiroga. En esa época fundóse el periódico "El Amigo del Orden" donde se propalaban ideas liberales. Asesinado Facundo Quiroga, el Gobernador de la Rioja, Brizuela, que consiguió su parque y enorme cantidad de armas, comenzó a presionar sobre las provincias más indefensas como San Juan. Yanzón preparó entonces un golpe de mano sobre La Rioja que le fracasó. A su vez Brizuela invade San Juan entregándola al saqueo y a toda clase de depredaciones. Habiendo huído Yanzón, y mientras duró la invasión de Brizuela, desempeñó las funciones gubernativas a nombre de La Rioja, don José Luciano Fernández. Entre los adelantos del gobierno de Yanzón está la construcción del Cementerio Público y el comienzo del gran dique San Emiliano. Yanzón murió asesinado en Catamarca.

Nazario Benavides

Desde 1836 a 1855

Libre San Juan de la invasión riojana, Benavides fué electo el 8 de Mayo de 1836, reelecto el 13 de Mayo de 1838 y 17 de Mayo de 1840. Durante su gobierno la provincia gozó de relativa tranquilidad. Publicáronse las revistas "El Registro Oficial", "El Abogado Federal" y "El Zonda".

En ese tiempo recrudece la lucha entre unitarios y federales. Benavides invade La Rioja dejando muerto en el campo de batalla a Brizuela, que tantas lágrimas arrancara en 1836 al pueblo de San Juan. Combate, unido al fraile Aldao contra el General Acha, siendo vencido por éste en Angaco, y a su vez vencedor en la Chacarilla, lo que trajo como consecuencia poco tiempo después, la rendición del valiente Acha. La memorable batalla de Caseros el 3 de Febrero de 1852, da por tierra con el poder de Rosas, trastorna la República y repercute en San Juan. Benavides, antiguo aliado de Rosas, se pronuncia por Urquiza quien lo sostiene en el gobierno a pesar de la oposición del pueblo. Renuncia el 14 de Enero de 1855.

Más tarde, debido a una revolución llevada a cabo el 17 de Marzo de 1857, que derrocó al entonces gobernador Francisco Díaz, por acto popular, nombróse nuevamente gobernador de la provincia al general Benavides, hasta el 30 de Abril de 1857 en que asumió el mando el comisionado nacional Dr. Nicanor Molinas. Aun cuando Benavides no volvió a escalar el poder, continuó sosteniendo al partido federal. En 1858 fué asesinado en la Cárcel Pública. Como delegados de Benavides en su larga actuación, gobernaron sucesivamente: Timoteo Maradona, Timoteo Bustamante, José María Oyuela, Saturnino Laspiur, Zacarías Yanzi, Juan Luis Riveros, José Antonio Durán, Miguel Echegaray y el Obispo Sarmiento.

Mariano de Acha

Agosto 13 al 22 de 1841

Comandando la vanguardia del ejército de La Madrid, derrota a Benavides en Angaco, cubriéndose de gloria por su valor. Acéfalo el gobierno de San Juan, Acha se hace cargo de él. Vencido en la Chacarilla, se atrinchera con un puñado de valientes, en la catedral, donde realiza una heroica defensa que forma una epopeya memorable en nuestra historia ciudadana. Siéndole imposible resistirse por más tiempo, se rinde el 23 de Agosto. A pesar

de las seguridades dadas para su vida, fué cobardemente asesinado a orillas del Desaguadero, días después, cortada su cabeza y fijada en el palo de una tapera.

Tte. Coronel Anacleto Burgoa

28 de Agosto al 11 de Setiembre de 1841

Después de la rendición de Acha, La Madrid penetra en San Juan, poniendo al frente de su gobierno a Burgoa en representación del partido unitario. Un motín, y el ataque al Cuartel de San Clemente, terminan con el efímero gobierno de Burgoa que huye a Mendoza.

Juan José Atencio

11 de Setiembre al 15 del mismo mes de 1841

Fué el jefe del motín que atacó el Cuartel de San Clemente, emprendiendo dicho ataque sólo para rescatar a su amigo Juan de la Cruz Sánchez que debía ser fusilado el día 12. Conseguido su intento, depositó el gobierno de San Juan en manos del Obispo Quiroga Sarmiento.

Este retuvo el poder sólo diez días, en que por decreto se nombra en calidad de interino a José María Oyuela.

Coronel José María Oyuela

Delegado de Benavides en 1841, mientras éste se alistaba para atacar a La Madrid.

Enemigo empedernido de los unitarios, desarrolló un plan de odios y persecuciones en contra de éstos.

Saturnino Laspiur

1842 y 1845

Persona de ilustración, desempeñó, por ausencia de Benavides la gobernación en carácter de delegado.

Miguel Echegaray

1845 y 1875

Fué gobernador delegado, en reemplazo del interventor nacional Dr. Molinas, mientras éste se ausentaba a La Rioja.

Zacarías Yanzi

Gobernador interino en 1852

Presidente de la H. Legislatura en 1852, asume el mando de la provincia por haberse ausentado a San Nicolás, el titular, Benavides.

Juan Luis Riveros

Gobernador delegado en 1853

En nombre de Benavides, y en su ausencia, asumió el mando por corto tiempo sin que se registre hecho notable durante su actuación.

José Antonio Durán

1854

Como delegado de Benavides, rigió los destinos de la provincia en 1854, produciendo solo algunos decretos de carácter Municipal.

Coronel Santiago Albarracín

En 1830 y Jefe de Cantón en 1853

Natural de San Juan, era un militar valiente y de prestigio. En 1830 ocupa por unos días la gobernación de la provincia. El 13 de Noviembre de 1852 subleva la guardia del Cuartel de San Clemente, tomando el Cabildo, pero a los pocos días Benavides vence a los revolucionarios y se hace cargo del gobierno nuevamente.

Coronel Francisco Díaz

4 de Enero de 1855 hasta 17 de Marzo de 1857

y desde Marzo a Diciembre de 1861

La renuncia del gobernador Benavides, dió lugar a que el coronel Díaz escalase el poder. Su administración fué fecunda en obras de provecho. Creóse la administración de Rentas, Juzgados de Letras y dos escuelas modelo de enseñanza gratuita. Publicáronse los periódicos: "9 de Julio", "El Correo de los Andes" y el "Agricultor". El 7 de Abril de 1856 dictóse la Constitución Pro-

vincial. El 17 de Marzo de 1857 terminaba su primera actuación en el gobierno. En Marzo de 1861, arrojado del poder Filomeno Valenzuela, dejado por Sáa, la Legislatura nombró gobernador interino al Coronel Díaz. Durante la segunda administración de este ilustre sanjuanino, ocurrió el terremoto en Mendoza, poniéndose entonces de manifiesto la filantropía y la nobleza del pueblo de San Juan. Viéndose obligado a pasar a Chile, delegó el mando en don Francisco Coll.

Dr. Nicanor Molinas

30 de Abril de 1857

En nombre del Gobierno Federal intervino la Provincia de San Juan para garantizar el libre sufragio de acuerdo a la Constitución sancionada por Díaz. El pueblo triunfó en esta emergencia, eligiendo su **primer Gobernador Constitucional** a don Manuel José Gómez Rufino.

Dr. Manuel José Gómez Rufino

8 de Setiembre de 1857 a 28 de Diciembre de 1858
y 18 de Mayo de 1873 hasta fines de 1874

Representante del partido unitario se caracterizó por su integridad y firmeza de carácter. Creó un cuerpo de gendarmería, organizó la Guardia Nacional, atendió la irrigación, fuente de riqueza de la provincia. Reglamentáronse las escuelas. Vieron la luz las publicaciones: El Grito, El Nuevo Agricultor, El Porvenir, La Aurora, y La Situación. En su gobierno, que marca una era de progreso y labor, y debido a la tolerancia con los opositores que maniobraban en contra del poder, produjéronse disturbios que ocasionaron una nueva intervención nacional presidida por el Dr. Derqui. Su segunda administración corresponde desde el 18 de Mayo de 1873 hasta fines de 1874. Alejado de la vida política, muere rodeado del aprecio y respeto que le profesó la sociedad de San Juan. Un rasgo característico: Poco antes de su muerte hizo construir dos modestos ataúdes en los que debían descansar sus restos y los de su distinguida esposa, señora Dolores Díaz.

Dr. Santiago Derqui

28 de Diciembre de 1858 al 24 de Enero de 1859

Preside la intervención nacional. Antes de su llegada a la Capital de San Juan, es asesinado Benavides en la cárcel. Derqui de-

clara en estado de sitio la provincia por 40 días y asume el gobierno. Esta intervención dió por resultado un gobierno militar impuesto al pueblo sanjuanino, el de Virasoro.

Coronel José Antonio Virasoro

24 de Enero de 1859 hasta 16 de Noviembre de 1860

Natural de Corrientes, completamente extraño a la provincia, recibióse del gobierno como interino para luego hacerse nombrar en propiedad. La estadía de Virasoro fué de ingratos recuerdos. Persecuciones, carcelazos, actos ilegales, afrentas sin nombre al sufrido pueblo, trajeron como consecuencia la revolución encabezada por Pedro Nolasco Cobos y la muerte de Virasoro. En media hora el pueblo se había hecho justicia. Cobos quedó provisoriamente al mando de la provincia hasta la elección de Coll.

Francisco J. Coll

Noviembre 17 hasta Diciembre 9 de 1860

Gobernador interino después de la muerte de Virasoro y por pocos días.

Dr. Antonino Aberastain

9 de Diciembre de 1860 — 9 de Enero de 1861

Sanjuanino, nacido el 10 de Mayo de 1810, dotado de alta inteligencia, tuvo una actuación brillantísima tanto en el orden nacional como en el provincial. Derqui le envía una injusta intervención al mando del Gobernador de San Luis, el tristemente famoso Coronel Juan Súa. Aberastain, denodado defensor de los derechos sagrados de la provincia no puede permitir tal afrenta y poniéndose al frente de las fuerzas sanjuaninas presenta batalla a Súa en la Rinconada. Menores en número, mal armados y supliendo la técnica militar por un enorme patriotismo, pereció allí la flor y nata de la juventud sanjuanina, ultimada a **lanza seca** por el feroz Súa. Aberastain, hecho prisionero, sufre la crueldad inaudita de caminar cinco leguas a pié bajo la influencia de un sol abrasador para luego ser cobardemente fusilado por la espalda. Pero el sacrificio del noble Aberastain no fué estéril. Su muerte repercutió en la República y una de sus consecuencias fué **Pavón**. Aberastain se agiganta con el tiempo. Su figura ha sido inmortalizada justicieramente en el bronce.

Coronel Juan Sáa

15 de Enero de 1861 — Gobernó 40 días.

Vencido Aberastain, penetra el 12 de Enero en San Juan, el feroz Sáa, acompañado de hordas que sembraban el terror y la muerte en todas partes. El 15 de Enero asume el mando de la provincia. Sus cuarenta días de gobierno parecieron interminables. Al volver a San Luis, terminada su sombría misión que ha escarnecido su nombre, deja al frente del gobierno a su compañero, Filomeno Valenzuela, quien sólo estuvo ocho días en el poder, siendo desalojado por el Coronel Francisco Díaz, el que ocupa interinamente la gobernación de la provincia.

Ruperto Godoy Carril

3 de Enero a 9 de Febrero de 1862 y 27 de Marzo a 22 de Julio de 1869

En ambas épocas desempeñó el gobierno interinamente. También reemplazó a Aberastain cuando éste fué a esperar a Sáa en la Rinconada. Su actuación fué propicia para la provincia.

Domingo Faustino Sarmiento

9 de Febrero de 1862 al 16 de Abril de 1864

La inmortal personalidad de Sarmiento es mundialmente conocida para entrar en detalles. Durante su gobierno realiza innumerables y grandes obras, entre ellas la creación de una Diputación de Minas, de un Departamento Topográfico, confección del primer mapa de la provincia, levantamiento de un plano de la ciudad y departamentos agrícolas, mejoramiento de la Inspección General de Agricultura, inauguración de una Quinta Normal, apertura de nuevas calles, mejoramiento de otras, dictado de leyes sobre edificación escolar, creación de un colegio preparatorio, construcción de un hospital de hombres, reglamentación del ejercicio de la abogacía y mil cosas notables más, sobresaliendo sobre todo su acendrado amor por la instrucción del pueblo y los esfuerzos realizados para conseguirla. Sarmiento, como del Carril, fué un genio que se adelantó a su época. Muy pocos lo comprendieron. El 6 de Enero de 1864 renunciaba al mando de la provincia, aceptando una honrosa comisión de parte del Gobierno Nacional, quien lo enviaba en misión diplomática a Chile y a Estados Unidos.

Santiago Lloveras

16 de Abril de 1864 a 13 de Junio del mismo año
y 23 de Agosto al 6 de Octubre de 1867

Muy corta fué su actuación, no registrándose hechos notables durante sus dos interinatos.

Saturnino de la Precilla

13 de Junio de 1864 al 24 de Julio del mismo año

Su muerte repentina el 24 de Julio, no le permitió desarrollar ningún plan de gobierno, pues estuvo en él muy pocos días.

Camilo Rojo

7 de Octubre de 1864 al 5 de Enero de 1867
Restablecido el 19 de Abril de 1867 hasta el 23 Agosto del mismo año

Fué uno de los gobernadores más progresistas que ha tenido San Juan. Dió gran impulso a la instrucción pública, creó el Departamento General de Escuelas, fundó numerosos establecimientos de enseñanza y la **primer biblioteca popular de la República**, la Franklin. Inauguró el hospital San Roque; realizó una estadística de la población, de la industria y del comercio. Preocupóse particularmente de la irrigación y de todo aquello que significase un progreso para la provincia. Sobrevenida la guerra del Paraguay en 1865, la provincia envió a la lucha el "Batallón San Juan" que se cubrió de gloria en las acciones guerreras del Estero Bellaco, Curupaití, Tuyutí Palmar y Boquerón. Durante un período de rebelión por que atravesara la provincia, desempeñaron sucesivamente el cargo gubernativo don José Ignacio Flores, Coronel Juan de Dios Videla, Comandante José Bernardo Molina, Comandante Carlos Burgoa, don Napoleón Moyano y don Belindo Soaje. El 30 de Abril, Rojo reasume el mando para renunciar el 12 de Agosto del mismo año.

Manuel José Zavalla

24 de Junio de 1864 al 7 de Octubre del mismo año
6 de Octubre de 1867 a 27 de Marzo de 1869

Muerto el Dr. Saturnino de la Precilla, desempeñó el gobierno interinamente y por corto tiempo, el ciudadano Manuel José Zavalla. Luego por segunda vez rigió los destinos de su provincia

desde Octubre de 1867 a Marzo de 1869. Preocupóse por la educación pública y por la irrigación. Agitaciones políticas produjeron el envío, por parte del Gobierno Nacional, del Dr. Luis Vélez como delegado y luego el envío de las fuerzas nacionales, al declararse en sedición al gobierno de San Juan.

José María del Carril

1º de Agosto de 1869 al 15 de Febrero de 1871

Sucesor de Godoy, fué un gobernante honrado y activo. Creó el Banco de Cuyo. La edificación tomó gran incremento; termináronse las obras contra los avances del río, aumentóse el número de escuelas fiscales, reglamentóse convenientemente la irrigación. Renunció para ocupar una banca en el Congreso.

Valentín Videla

15 de Febrero de 1871 a 13 de Diciembre de 1872

Actuó como delegado y luego interinamente. Realizó algunas obras públicas beneficiosas. Fué asesinado el 13 de Diciembre de 1872. Durante su gobierno, en el año 1871, se realizó la Exposición Nacional en Córdoba.

Benjamín Bates

Gobernador delegado desde 23 de Marzo 1870 al 11 Abril del mismo año

Abre la casa correccional de mujeres. En 1872, a raíz del asesinato de Videla, es nombrado gobernador interino. Habiendo estallado una revolución que encabeza Agustín Gómez, Bates se retira a Mendoza, siendo reemplazado por **Faustino Espínola**, que gobierna desde el 21 de Enero de 1873 hasta el 19 de Febrero del mismo año, fecha en que llega a San Juan la intervención nacional presidida por **Uladislao Frías**, la cual dura tres meses, procediendo a convocar al pueblo a elecciones. Resultó electo don **Manuel José Gómez** quien gobierna hasta Noviembre de 1874. En esa fecha, penetra el General Arredondo en la provincia, logra la renuncia del gobernador Gómez y pone en su lugar a **Sandalio Echevarría**. Echevarría, impuesto por las armas, gobierna en forma interina hasta que se elige provisoriamente al Dr. **Hermógenes Ruiz**. El período de este último comprende desde el 8 de Diciembre de 1874 al 12 de Mayo de 1875.

Rosauro Doncel

12 de Mayo de 1875 a 7 de Setiembre de 1877

y desde 10 de Setiembre de 1877 a 1878

Durante su gobierno estalló una revolución que le obligó a renunciar, siendo reemplazado por don Cirilo Sarmiento; pero sostenido Doncel por el Presidente Avellaneda, vuelve nuevamente al poder a los pocos días de aquel movimiento.

Agustín Gómez

12 de Mayo de 1878 al 28 de Enero de 1880

Gobernador en propiedad, promulgó una nueva Constitución Provincial reformada de la anterior. Distinguido militar, era apreciado por sus virtudes ciudadanas. Renunció el 28 de Enero de 1880 para ocupar una banca de senador nacional en reemplazo de D. F. Sarmiento que terminaba su mandato. Completó su período don Manuel María Moreno, Vice Gobernador de Gómez. Dicho período terminó el 12 de Mayo de 1881.

Dr. Anacleto Gil

12 de Mayo de 1881 al 6 de Febrero de 1884

Tuvo destacada actuación en la vida pública realizando un buen gobierno. En la noche del 6 de Febrero de 1884, encontrándose el Dr. Gil en compañía de Agustín Gómez y otras personas, fué atacado por un grupo de emponchados, quienes lo dejaron en la calle por muerto, con varios balazos en el cuerpo. Salvó sin embargo, milagrosamente. En esta tragedia incalificable, perdió la vida Agustín Gómez, hombre joven, de mérito, y de quien se pensaba sería el futuro Presidente de la Nación. Completó su período don **Vicente Celestino Mallea**.

Dr. Carlos Doncel

12 de Mayo de 1884 a 12 de Mayo de 1887

y 12 de Mayo de 1896 a 1898

Gobernador durante dos períodos. Dato curioso: Ha sido el primer gobernador de los que sucedieron al General Benavides que terminó el período de gobierno sin que el orden público fuese alterado en lo más mínimo, ni intervinieran las autoridades de la

Nación. Durante el segundo período de su gobierno renunció a él para ocupar una banca en el Senado Nacional. Durante su administración llegó a San Juan el primer ferrocarril.

Federico Moreno

12 de Mayo de 1887 al 16 de Octubre de 1888

Falleció en el desempeño de su cargo, entrando a desempeñar las funciones gubernativas, el Vice Gobernador, Manuel José García, hasta completar el período.

Dr. Alejandro Albarracín

12 de Mayo de 1890 — 12 de Mayo de 1893

Otro de los pocos gobernadores que terminó su mandato constitucional.

Domingo Morón

12 de Mayo de 1893 a 12 de Julio de 1895

Durante su gobierno acaeció en San Juan un fuerte terremoto, el 27 de Octubre de 1894. Renunció a la gobernación para desempeñar el cargo de Senador Nacional.

Justo Castro

13 de Julio de 1895 a 12 de Mayo de 1896

Completó el período de gobierno de Don Domingo Morón. Dió gran impulso a los viñedos en San Juan.

Abraham Vidart

Completó el segundo período del Dr. Carlos Doncel. Fundó la primera casa comercial de ferias de ganado en San Juan y una de compra y venta de tierras.

David Chaves

12 de Mayo de 1899 a 1902

Pedro Doncel

En su calidad de Vice Gobernador, desempeñó la primera magistratura en Diciembre de 1901 y primeros meses de 1902.

General Enrique Godoy

12 de Mayo de 1902 al 13 de Octubre de 1904

Siendo Gobernador, fué llamado a desempeñar el cargo de ministro de Guerra. Terminó su período el Vice Gobernador, don **Juan Balaguer**.

Manuel José Godoy

12 de Mayo de 1905 al 7 de Febrero de 1907

El 7 de Febrero de 1907 un movimiento revolucionario provocó una Intervención nacional a cuyo frente se colocó a don Cornelio Moyano Gacitúa.

Manuel Gregorio Quiroga

Completó el período de don Manuel José Godoy, hasta el 12 de Mayo de 1908. Sucedióle en el mando el Coronel Carlos Sarmiento. (1).

AMERICA FERLA DE FLORES

Del folleto: "Gobernadores de San Juan".

(1) — Las fotografías de todos los gobernadores nombrados en el presente artículo, se exhiben en el salón de actos de la Escuela Normal Mixta "Sarmiento" coleccionados, con loable perseverancia, por la señora América Ferla de Flores.

II PARTE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID



EL PICO DE OLIVARES — Oleo de M. Marín Ibañez. — Calingasta

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MEXICO

La Carta de Mayo

1. Toda autoridad emana del pueblo, y los poderes públicos, instituídos constitucionalmente en la provincia, no tienen por objeto sino el interés, la utilidad y la necesidad que produjo esencialmente su asociación, con el fin de procurar el mayor bien de cada uno y de todos los asociados.

2. Todo hombre, en la provincia de San Juan, es el único dueño y propietario de su persona. Cada uno puede comprometer sus servicios por un tiempo; pero no venderse a sí mismo. Esta primera propiedad, es inenagenable -- y no padece excepciones, sino en los esclavos negros y mulatos, que aún existen, a consecuencia del antiguo sistema colonial, los cuales, por la ley de la Asamblea Nacional de 2 de Febrero de 1813, que declara los vientres libres, y existe con todo su vigor, y cuya fuerza se corrobora por la presente garantía, **serán extinguidos del todo en breve tiempo.**

3. Todo hombre es libre en el ejercicio de sus facultades personales, con tal que se abstenga de dañar a los derechos de otros, que estén declarados tales por ley.

4. Cada individuo puede pensar, formar juicios, opinar y sentir libremente sobre todos los objetos sujetos a la capacidad de las facultades intelectuales, sin que sea responsable a nadie de su pensamiento o sentimientos: puede hablarlos o callarse sobre ellos, como quiera: puede adoptar cualquiera manera de publicarlos y circularlos, y en particular, cada uno es libre de escribir, imprimir, o hacer imprimir sin licencia, sin previa censura, lo que bien le parezca, siempre con la sola condición de no dañar a los derechos de otro.

5. Las cartas, billetes y comunicaciones de toda clase, cerradas, enviadas de un lugar a otro, por uno o más individuos, a particulares, o corporaciones por cualquiera vía, posta o conductor, son sagradas, y cualquiera tentativa para abrirlas, sustraerlas, ocultarlas e imponerse de su contenido de parte de los intermediarios que se encuentren entre el que escribe y la persona a quien se escribe, es un delito público, digno de castigo.

6. Todo ciudadano o habitante de la provincia, es igualmente libre para emplear sus brazos, su industria y sus capitales como

los juzgue bueno y útil a sí mismo. Ningún género de trabajo le es prohibido. Puede fabricar y producir lo que le parezca, y como le agrade; en sus diversas ocupaciones, ningún particular ni asociación, tiene derecho a embarazarlo e incomodarlo, y mucho menos impedirlo. La ley sólo puede demarcar los límites de esta libertad, como los de cualquiera de los otros.

7. Todo hombre es el solo dueño de disponer y usar de sus bienes, rentas y propiedades de cualquiera clase como lo juzgue a propósito, sin que nadie tenga derecho a despojarle de la menor parte sin título legal.

8. La libertad, la seguridad y la propiedad de los ciudadanos y habitantes de la provincia, reposan por esta ley bajo una garantía social superior a todos los ataques de los empleados públicos, y de los atentados de los particulares, por consiguiente, la ley tendrá a su disposición fuerza, forma y recursos capaces de suministrar medios amplios para reprimir a los simples ciudadanos que emprendieran atacar los derechos de otro, y de poner en impotencia a los que tienen alguna parte de autoridad, o poder público, y están encargados de ejecutar las leyes, de atender a las libertades de los ciudadanos y habitantes. Para el efecto, todos están obligados a **contribuir lo bastante de sus servicios personales, de su sangre y de sus bienes en las diversas necesidades públicas, según el modo igual y proporcionado que establezcan las leyes.**

9. Nadie estará obligado a pagar contribuciones, pecho o gravámen de cualquier clase, y por ningún motivo, si no ha sido votado y sancionado por los representantes del pueblo.

10. Todos los habitantes y ciudadanos de la provincia están igualmente sometidos a las leyes, y ninguno será obligado a obedecer, si no se le manda en virtud de alguna ley.

11. La ley en la provincia es la expresión de la voluntad general, por el intermedio o comisión de sus representantes, y todos los ciudadanos libres y aptos tienen influencia en su formación, por medio de la elección directa de ellos.

12. Delante de la ley, todo hombre es igual, sin distinción, fuero ni privilegio. Ella debe proteger a todos con los mismos medios, y castigar a todos los culpables igualmente.

13. Nadie debe ser llamado ante la justicia, molestado ni apre-

sado, si no es en los casos previstos por la ley, y según las formas determinadas por ella; pero todo ciudadano llamado en nombre de la ley, debe obedecer al instante. La resistencia le hace culpable.

14. La casa de cualquier habitante es un sagrado, en que nadie puede introducirse sin el consentimiento del que la habita, ni puede ser allanada, si no es por una orden por escrito de algún funcionario público, **librada bajo su responsabilidad**. En cualquier otro caso, el dueño o habitante, **puede repeler con la última violencia cualquiera agresión**.

15. Todo ciudadano tiene derecho a las ventajas comunes que pueden nacer, y se originan del estado de sociedad, y desde luego, ningún hombre es más libre que otro. Ninguno tiene más derecho a su propiedad, que otro cualquiera no tenga a la suya. Todos deben gozar de la misma garantía, y de la misma seguridad.

16. La religión santa, católica, apostólica, romana, en la provincia se adopta voluntaria, espontánea y gustosamente como su religión dominante. La ley y el gobierno pagarán como hasta aquí, o más ampliamente como en adelante se sancionare, a sus ministros, y conservarán y multiplicarán oportuna y convenientemente sus templos.

17. **Ningún ciudadano o extranjero, asociación del país o extranjera podrá ser turbada en el ejercicio público de su religión, cualquiera que profesase, con tal que los que la ejerciten paguen y costeen a sus propias expensas su culto.**

18. Las personas que componen el Ejecutivo deberán ser siempre bautizadas, católicas, apostólicas de la comunión romana.

19. Nunca habrá en la Legislatura Provincial menos de dos terceras partes íntegras de la misma comunión.

20. La ley arreglará en lo sucesivo, cuando se crearen o introdujeran diversas asociaciones religiosas, los puntos de detalle a que su concurrencia diera lugar.

21. Todos los ciudadanos de la Provincia, y cualquiera parte de ellos tienen derecho a dirigirse directamente a la Legislatura por medio de peticiones o representaciones sumisas, y los representantes resolverán en ellas, de acuerdo con sus conciencias y sus deberes, lo que juzguen conveniente o útil a la sociedad.

22. Los representantes de la Provincia reconocen en estos principios la base de las garantías públicas e individuales. Jurarán todos los que nuevamente entrasen o pudieren entrar a componer la Sala en lo sucesivo, no votar jamás directa ni indirectamente con intención contra el sentido práctico de los artículos que los comprenden, ni suspenderlos, a no ser que la salud pública lo exija, y para este caso serán necesarios al menos dos votos sobre las dos terceras partes íntegras de la representación, teniendo siempre presente que toda sociedad, constitución o ley, no puede tener por objeto sino servir y proteger los derechos del hombre viviendo en sociedad. Que estos derechos se han reconocido en los principios enunciados, como han creído que conviene a la Provincia establecerlos y consagrarlos. Por consiguiente que por una marcha regular, la H. J. querrá representarse siempre el más perfecto establecimiento práctico de tales principios, como el objeto que debe constantemente proponerse para llenar los fines de la sociedad, los deseos del hombre virtuoso y el grito de la conciencia de los hombres libres.

San Juan, a 6 de junio de 1825.

SALVADOR MARIA DEL CARRIL

Sala de Sesiones de San Juan, a 13 de Julio de 1825. — **José de Navarro**, Presidente — **José Teodoro del Corro**, Secretario.

Señor Gobernador de la Provincia. — **DECRETO DEL GOBIERNO**. — San Juan, 15 de Julio de 1825. — Cúmplase, dese al Registro Oficial y circúlese. La Santa guarda del Supremo moderador del Universo, Dios, infinitamente justo, a quien osamos invocar, proteja la estabilidad de LA CARTA DE MAYO, y castigue la iniquidad de los que se atreven a quebrantarla, y de nosotros mismos si renegáramos de los beneficios de su Divina Providencia que en ella reconocemos y firmamos. — **SALVADOR MARIA DEL CARRIL**. — **J. Rudecindo Rojo**, Secretario.

La historia de mi madre

I PARTE

Siento una opresión al corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su familia hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus "Confidencias", que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que han engendrado el alma de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el advenimiento de la república. Para los afectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se ha leído páginas como la de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas, sino me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las injusticias de la suerte.

¡Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones del día me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcán, la oscuridad del abismo que no debe ser oscuro, se mezclaban qué sé yo a que absurdos de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real: mi madre había muerto!

Escribí esa noche a mi familia, compré quince días después una misa de requien en Roma, para que la cantasen en su honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas; e hice el voto y perseveraré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de presentarme en mi patria un día, y decirle a Benavides, a Rosas, a todos mis verdugos: vosotros también habéis tenido madre, vengo a honrar la memoria de la mía; haced, pues,

un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no mancheis un acto de piedad filial. Dejadme decir a todos, quien era esta pobre mujer que ya no existe! Y, ¡vive Dios! que lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir aún muchos más que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos.

A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto sólo bastaría a dar una idea de la energía moral de su carácter.

La posición social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que había alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracín, poseedor de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas, dejó después de doce años de cama, la pobreza para repartirse entre quince hijos y algunos solares de terrenos despoblados. En 1801 doña Paula Albarracín, su hija, joven de veintitres años, emprendía una obra superior, no tanto a las fuerzas, cuanto a la concepción de una niña soltera. Había habido el año anterior una gran escasez de anascotes, género de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes religiosas, y del producto de sus tejidos, reunió mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella, y dos esclavos de sus tías Irrazabales, echó los cimientos de la casa que debía ocupar en el mundo al formar una nueva familia.

Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que había heredado en su sitio, estableció su telar, y desde allí, yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artífices con el fruto de su trabajo.

En aquellos tiempos una mujer industriosa, y lo eran todas, aun aquellas nacidas y creadas en la opulencia, podía contar consigo misma para subvenir a sus necesidades.

La historia de mi madre

II PARTE

Las industrias manuales poseídas por mi madre son tantas y tan variadas, que su enumeración fatigaría la memoria con nombres que hoy no tienen ya significado.

Hacía de seda suspensores; pañuelos de mano de lana de vi-

cuña para mandar de obsequio a España a algunos curiosos; y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de telas se añadían añasjados para alba, randas, miñagues, mallas, y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y de los paños sagrados.

El punto de calceta en todas sus variedades y el arte difícil de teñir, poseyólo mi madre a tal punto de perfección, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre los medios de cambiar un paño grana en azul, o de producir cualquiera de los medios tintes oscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica, como la del pintor que tomando de su paleta a la ventura colores primitivos, produce una media tinta igual a la que muestra el modelo.

La reputación de omniscencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días; y el hábito del trabajo manual, es en mi madre parte integrante de su existencia.

En 1842, en Aconcagua, la oímos exclamar: "Esta vez es la primera de mi vida que me estoy mano sobre mano!"; y a los setenta y seis años de su edad, es preciso para que no caiga en el marasmo, inventarla quehaceres al alcance de su fatigada vista, no excluyéndose de entre ellos labores curiosas de mano de que hace aun adornos para enaguas, y otras superfluidades.

Con estos elementos la noble obrera se asoció en matrimonio, a poco de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, joven apuesto, de una familia que también decaía como la suya, y le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida. Era mi padre un hombre dotado de mil cualidades buenas, que desmejoraban otras, que sin ser malas, obraban en sentido opuesto.

Como mi madre, había sido educado en los rudos trabajos de la época, peón en la hacienda paterna de la "Bebida", arriero en la tropa, lindo de cara, y con una irresistible pasión por los placeres de la juventud, carecía de aquella constancia maquina que funda las fortunas, y tenía, con las nuevas ideas venidas con la revolución, un odio invencible por el trabajo material, ininteligible y rudo en que se había creado.

Oyóle decir una vez el presbítero Torres, hablando de mí: "¡Oh! no; mi hijo no tomará jamás en sus manos una azada!"; y la educación que me daba, mostraba que era esta una idea fija nacida de resabios profundos de su espíritu.

En el seno de la pobreza, criéme hidalgo, y mis manos no hicieron otra fuerza que la que requerían mis juegos y pasatiempos.

Tenía mi padre encogida una mano por un callo que había adquirido en el trabajo; la revolución de la independencia sobrevino, y su imaginación fácil de ceder a la excitación del entu-

siasmo, le hizo malograr en servicios prestados a la patria, las pequeñas adquisiciones que iba haciendo. Una vez en 1812 había visto en Tucumán las miserias del ejército de Belgrano, y de regreso a San Juan, emprendió una colecta en favor de la madre patria, según la llamaba, que llegó a ser cuantiosa, y por sugestión de los godos, fué denunciada a la municipalidad como un acto de expoliación. La autoridad, habiéndose enterado del asunto, quedó de tal manera satisfecha, que él mismo fué encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda, quedándole desde entonces el sobrenombre de Madre Patria, que en su vejez fué origen en Chile de una calumnia con el objeto de deslucir a su hijo.

En 1817 acompañó a San Martín a Chile empleado como oficial de milicias en el servicio mecánico del ejército, y desde el campo de batalla de Chacabuco, fué despachado a San Juan llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas. San Martín lo recordaba muy particularmente en 1847, y holgóse mucho de saber que era yo su hijo.

Con estos antecedentes, mi padre pasó toda su vida en comienzo de especulaciones, cuyos proventos se disipaban en momentos mal aconsejados; trabajaba con tesón y caía en el desaliento; volvía a ensayar sus fuerzas, y se estrellaba contra algún desencanto, disipando su energía en viajes largos a otras provincias, hasta que llegado yo a la virilidad, siguió desde entonces en los campamentos, en el destierro o las emigraciones, la suerte de su hijo, como un ángel de guarda para apartar si era posible los peligros que podían amenazarle.

Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, vi lucir aquella ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer, aquella resignación armada de todos los medios industriales que poseía, y aquella confianza en la Providencia, que era sólo el último recurso de su alma enérgica contra el desaliento y la desesperación.

D. F. SARMIENTO

Del libro: "Recuerdos de Provincia".

El hogar paterno

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructible, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito dominico.

A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aun en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera, fueron personajes más tarde, de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos da-

ban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aun insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo, abrigado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florecientes.

Así se realizaba en una casa de las colonias españolas, la exquisita economía de terreno, y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa.

El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo enseguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar.

Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres, y establecerse enseguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental.

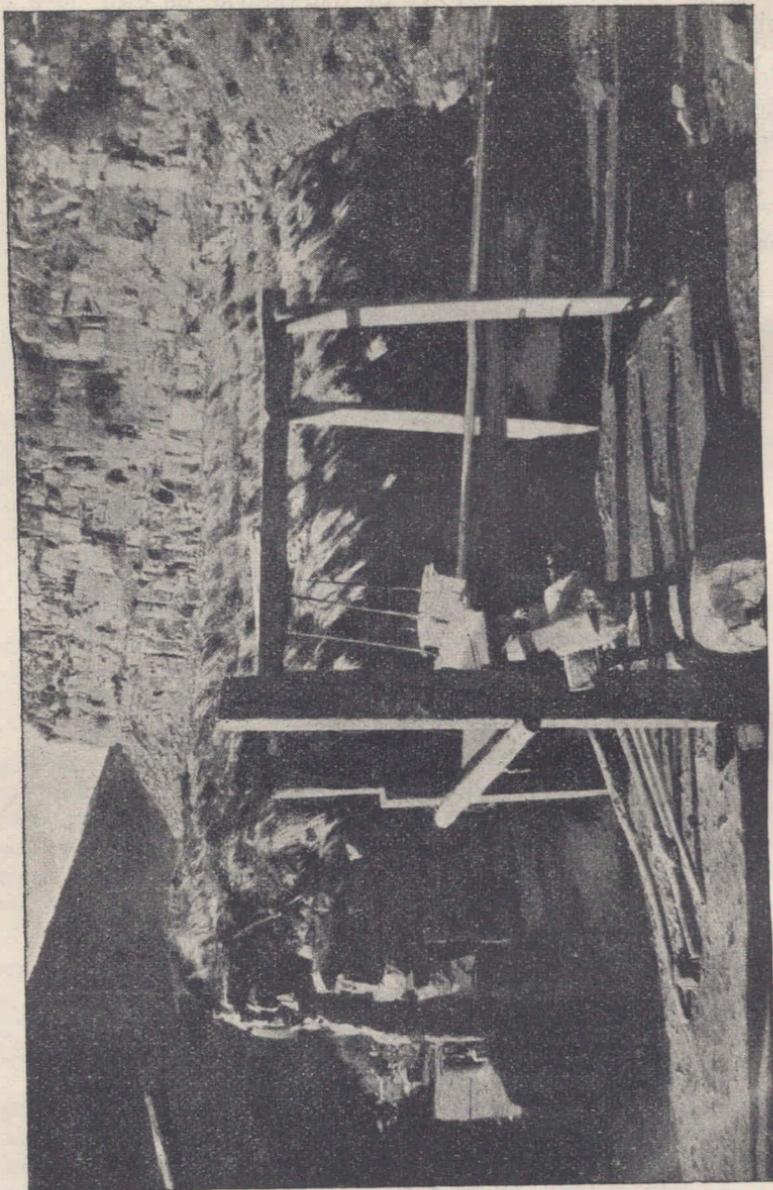
Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi

codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia.

Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

D. F. SARMIENTO

Del libro: "Recuerdos de Provincia".



Telar rústico muy usado en los departamentos lejanos.

La vida pública

Era yo tendero de profesión en 1827, y no sé si Cicerón, Franklin o Temístocles, según el libro que leía en el momento de la catástrofe, cuando me intimaron por la tercera vez cerrar mi tienda e ir a montar guardia en el carácter de alférez de milicias, a cuyo rango había sido elevado no hacía mucho tiempo. Contrariábame aquella guardia, y al dar parte al gobierno de haberme recibido del principal sin novedad, añadí un reclamo en el que me quejaba de aquel servicio, diciendo: "con que se nos **oprime** sin necesidad". Fui relevado de la guardia y llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, don Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que a la sazón tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno.

Esta circunstancia, y mi extremada juventud autorizaban naturalmente el que, al hablarme, conservase el gobernador su asiento y su sombrero. Pero era la primera vez que yo iba a presentarme ante una autoridad, joven, ignorante de la vida, y altivo por educación, y acaso por mi contacto diario con César, Cicerón y mis personajes favoritos; y como no respondiese el gobernador a mi respetuoso saludo, antes de contestar yo a su pregunta: ¿Es ésta, señor su firma?, levanté precipitadamente mi sombrero, calémelo con intención, y contesté resueltamente: Sí, señor.

La escena muda que pasó enseguida habría dejado perplejo al espectador, dudando quien era el jefe o el subalterno, quien a quien desafiaba con sus miradas, los ojos clavados el uno en el otro, el gobernador empeñado en hacérmelos bajar a mí por los rayos de cólera que partían de los suyos, yo con los míos fijos, sin pestañear, para hacerle comprender que su rabia venía a estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidación.

Lo vencí, y enajenado de cólera, llamó un edecán y me envió a la cárcel.

Volaron algunos a verme, entre ellos Laspiur, hoy ministro, y que me tenía cariño, quien me aconsejó hacer lo que él ha hecho siempre, cejar ante las dificultades.

Mi padre vino enseguida, y contándole la historia, me dijo: "Ha hecho Ud. una tontera; pero ya está hecha; ahora sufra las consecuencias sin debilidad".

Siguióseme causa, preguntóseme si había oído quejarse del gobierno, respondí que sí, y a muchos. Preguntado quienes son, respondí que los que han hablado en mi presencia no me han autorizado para comunicar a la autoridad sus dichos. Insisten, me

obstino; me amenazan, sácoles la lengua; y la causa fué abandonada, yo puesto en libertad, e iniciado por la autoridad misma en que había partidos en la ciudad, cuestiones que dividían la República, y que no era en Roma ni en Grecia donde había de buscar yo la libertad y la patria, sino allí, en San Juan, en el grande horizonte que abrían los acontecimientos que se estaban preparando en los últimos días de la presidencia de Rivadavia.

D. F. SARMIENTO

Del libro: "Recuerdos de Provincia".

Mirando al Pie de Palo

Duerme el Pie de Palo su sueño secular. Esta montaña es uno de esos elementos naturales que con su cambiante aspecto, su nítido contorno y su nombre de leyenda, da pábulo a que imaginaciones un poco maravilladas, cedan a las fantasías que su vista les sugiere y devuelvan al mundo la primitiva belleza que el afano trajín de los humanos les hurtó.

Mirándolo desde cierto paraje, que yo bien conozco, su silueta se nos aparece como un inmenso gigante, tendido boca abajo, con la cabeza descansando sobre los brazos, las piernas alargadas hacia el sur — tal vez el malandrín desea mojarlas en el río Bermejo. — Es la posición del hombre de campo que se tira a tierra vencido por una borrachera, o por el agotamiento de una cuchillada mortífera.

Los que le conocemos de cerca, los que nos hemos aventurado en su seno, sabemos bien de quebradas salvajes y de panoramas grandiosos. En otro país más frecuentado, constituiría el paraíso de los turistas arriesgados que se atrevieran a desafiar la sed, las vinchucas y otros horrores deportivos en busca de fatigas varoniles y de peripecias emocionantes. En sus vastas planicies, pacían en otro tiempo, idílicamente, convidando al cazador con toda temeridad, las manadas de guanacos, esos animalitos llenos de una gracia de pura cepa criolla. En estos últimos años, desgraciadamente tal vez ahuyentados, han empezado a escasear de tal manera que ya nadie podrá dar con ellos fuera de ciertas oficinas públicas, donde llevan una existencia precaria, pero feliz, comiendo azúcar y galopando planillas.

El Pie de Palo es una mina inagotable para el curioso, el in-

vestigador, el coleccionista, el fotógrafo, el pintor, el poeta y el charlatán. ¿Y qué diremos de las riquezas naturales que yacen en su seno esperando que las industrias las utilicen? Según los profetas locales, que son muchos, todas esas preciosidades saldrán a la luz "el día que tengamos gobiernos honrados, jueces rectos, comercio serio, y gerentes ecuanímenes". Con lo que esos santos profetas caen en la maldad de todos sus congéneres de hacernos desechar un mundo de maravillas a costa de milagros imposibles.

Vista desde las inmediaciones del Río San Juan, esta montaña cierra el horizonte con dibujos abigarrados y pintorescos. Bajo ciertas condiciones de atmósfera y luz, los costados de Pie de Palo se abren a la vista y muestran las fauces de las quebradas salvajes como pequeños infiernos dantescos; la muralla de la sierra exhibe infinidad de relieves y grietas y una variedad de colores desde el gris acerado hasta el rojo gredoso, avivan agradablemente la fachada de esta arquitectura ciclópea. En cambio, contemplada desde la ciudad de San Juan, la famosa montaña ofrece pocos halagos a los amantes de las bellezas naturales. Tiene apenas la elevación suficiente para poner en el horizonte de las bocacalles una decoración de teatralidad vulgar, como si fuera una copia de una oleografía alemana hecha por una señorita aficionada al pincel. Sin embargo, podemos recomendar de muy buena fe a los que saben madrugar, que se busquen un lugar estratégico para mirar hacia el Pie de Palo, desde el momento en que los gallos de San Juan empiezan a entonar su estridente y renovada diana. Entonces podrán apreciar además un magnífico espectáculo.

El escándalo musical propicia con aislado toque de clarín, arceiando poco a poco hasta formar un enjambre de cacofonías que muy luego asumen impetuosidades de orquesta futurista, en la que todos los profesores tocan de oído y todos quieren llevar la batuta.

La sinfonía es tan espantosa que las estrellas palidecen de horror y huyen del escenario, como sentimentales castellanas, sorprendidas en su balcón por la serenata de una comparsa de gaiteros ebrios, con boinas rojas.

Solo el Lucero del Alba, joven, de eterna hermosura y sin par gallardía, continúa impávido su ascensión de centinela perdido de la noche. Su alta frente está pálida de muerte y sus labios tiemblan. A sus pies el gigante dormido parece también temblar ligeramente.

Ya sólo continúan lanzando sus golpes de bocina algunos de esos gallos pesados, majestuosos y calzonudos, que apenas dejan de pontificar, cuando comen. Y desde un parral, tal vez el de las monjas del Buen Pastor, un gallito blanco, enano, contesta con

sus tenues notas de pífano, emitidas con toda la pretensión de un tenor de Capilla Sixtina a la vez que tenor de convento.

Hay un momento de silencio. La naturaleza está a la espera de un acontecimiento.

Repentinamente el telón de fondo ha cambiado. El horizonte aparece embadurnado por grandes manchas húmedas, de un ocre opaco, por entre las cuales se extienden, hasta lo infinito, caprichosas galerías revestidas de nácar y repletas de diamantes y perlas con engarces de platino. Todo está un rato como cristalizado, cuando de pronto desaparece; porque se asoma, sobre el Pie de Palo, un casco de oro más brillante que el yelmo de Mambrino.

El arquero triunfante pone su pie de vencedor sobre la nueca de la montaña, y con esplendores insoportables para la vista humana, se alza sobre el valle de Tulún, donde duermen el sueño de los justos, sus hijos predilectos: los doctores, los políticos, los canónigos, los pedagogos, los boticarios, los esposos de parteras y las doce clases de ingenieros que son el orgullo de la heroica provincia en el siglo XX.

Pequeñas brisas frescas se agitan como abanicazos por todas partes. La luz llena el ambiente e inunda todos los huecos.

Y comenzó otro día de miserias y pleitos sanjuaninos, bajo un sol que sería de lujo en los Campos Elíseos, y un cielo que sería de gloria en el paraíso de Mahoma.

CHRISTIAN FEVEILLE

Credo

Creo en la alegría.

Creo en la felicidad, reina y señora de los corazones limpios como el agua de los manantiales.

Creo en la fuerza de mi cuerpo sano, en el aire puro, en el sol amigo.

Creo en mis músculos, camaradas del martillo, de la sierra, de la azada. En el poder de mi entusiasmo y de mi voluntad.

Creo en la belleza infinita de la naturaleza que me rodea, en las bondades infinitas de la madre que me adora, en el amor profundo de la escuela que me cobija.

Creo en mis amigos sinceros.

Creo en la madre tierra y en la grandeza de su porvenir que ayudaré a construir con mi trabajo.

Creo en la humanidad encaminada hacia el espíritu.

Creo en el triunfo de la democracia.

Creo en el triunfo de mis ideales.

Creo en Dios, señor del Universo, inspirador de mi obra, alentador de mis esfuerzos, reconocedor de mis sacrificios.

Creo en El, inteligencia de las inteligencias, energía de las energías, espíritu de los espíritus.

Por El, por mi patria, por mi escuela y por la humanidad doliente, prometo continuar el camino con el alma llena de fé en la realización de mis nobles ideales.

MANUEL GILBERTO VARAS

Del libro: "Escuela Humana".

Pequeños poemas en prosa

I

No traigas a tu salita coqueta y tibia, cactus ni ulvillas, que allá en las sendas de altas montañas, donde vagan almas perdidas, tienen que cumplir su destino.

Mano sobre mano, ahuecando las palmas, gota a gota recogen un poco de agua que del aire escapa. Prenden encima, muchas espinas que pinchan al viento y cortan al frío.

Miserias, sequías, soledades, todo vencen con la fuerza de su savia, que es agua de economía para salvar las almas ansiosas de altura, que mojan sus labios en el cáliz de sus manos clavadas de espinas.

¿Comprendes ahora por qué los cactus y ulvillas, símbolo de redención, florecen con flores tan bellas, tan tenues, tan finas, si las dejas que vivan siempre en las serranías?...

II

Llenando de flores, las manos vacías, vuelvo por el sendero de la montaña.

Es largo el camino y no me fatigo.

Agil, resuelta, confiando en mi propio destino, abro la maraña que el paso cierra, recojo los guijarros que en la pendiente ruedan.

Cubro mi soledad con el panorama, acallo el silencio, con mis oraciones.

Y dulce, serena, humana, llego al final de la segunda etapa y espero el día de la gran jornada!

PINCELADA

Escuelita de campaña con olor a tierra mojada, con paredes arrugadas de tanto blanqueo a brochazo.

Frente al aula desmantelada, la maestra jovencita, de su mundo por la necesidad alejada, que añora amigos, teatros, tiendas, bailes, apenas gustados.

Y mientras cuenta a los niños maravillas de la gran ciudad, los recuerdos animan sus gestos, la emoción endulza su voz.

El puntero de caña tacuara, va y viene sobre la ilustración, láminas arrancadas a revistas recién llegadas. Y ya tiene su deajo pueblero, de tanto andar sobre calles lustrosas, ventanas en alto, estatuas y rascacielos.

Asuma el cansancio a los ojos absortos que miran y callan.

Un golpe de manos, anuncia el recreo.

La clase termina... Húmedas están las pupilas de la maestra que en el umbral se ha quedado, llenas de luz, las de los niños que en la huerta, ya están jugando...

JULIA OTTOLENGHI

La poesía en San Juan

Puesto que entra en el cometido que bien o mal vamos llenando — más lo segundo que lo primero — el reflejar las bellezas como las riquezas de San Juan, ¡cuánto lamentamos no poder hacerlo con algo de la eficacia con que Sarmiento ha pintado nuestra vida provinciana en sus inmortales “Recuerdos”! Quisiéramos trasuntar en páginas animadas este deajo de coloniaje que se percibe todavía en el ambiente y en las costumbres; lo que resta del provincianismo anterior a la llegada del ferrocarril; lo que resta de ese pasado que muchos añoran, como lo añoraba Fray Mocho

en su terruño; lo que resta del sencillo y patriarcal vivir de antaño. Nos sabe a manjar guardado, pero aun grato al paladar, a viejas flores olvidadas en un cajón de antigua cómoda de caoba, aquella época de los grandes fundos pastoriles, del comercio y la vinculación con Chile más bien que con Buenos Aires, de la actividad minera, del vino envasado en las grandes botijas de barro; aquella época en que tanto preocupaban los "derroteros", sobre los que Sabatié, el francés minero y poeta, ha escrito páginas tan hermosas; aquella época de las alegres y vistosas cabalgatas y de las largas caravanas de carruajes en marcha hacia los famosos baños de Zonda; aquella época que conoció la fama de las brevas del Bermejito, de las pasas de las Chimbas, de los orejones de Pachaco, de las aceitunas de Cañada Honda...

Hemos hablado de baños y no podemos dejar de anotar, por lo curiosa, la oposición entre la extrema importancia que siempre han dado los sanjuaninos al baño, como una reacción natural contra el clima, tan seco y fomentador de polvo, y el concepto que del baño tenían los españoles del siglo XVI, mirando la afición que por él sentían los moros como voluptuosidad malsana muy digna de infieles y herejes.

Cierto escritor nuestro, que no peca de estilista, seguramente, escribe como un poeta cuando, inspirado por recuerdos e impresiones juveniles, quizá, describe el antiguo baño de la Florida y menciona un arroyo cristalino que costea una perfumada ciénaga, en la que la yerba mota, el pájaro bobo, el toronjil y la yerba buena, al ser agitados por la brisa, difunden, generosos, a lo lejos, su balsámica fragancia...

Esas viejas cosas, viejos usos y costumbres, viejas mansiones y viejos muebles y aun viejas palabras, parte aun insepulta del pasado, son, por su mismo moribunda persistencia, fuente de penetrante poesía.

Esta se encuentra con abundancia en la naturaleza, que, sin embargo, muchos sanjuaninos hallan fea hasta culparla de la falta de un verdadero poeta en San Juan. Nosotros creemos que hay mucho más poesía, vale decir, más belleza de lo que se cree en los paisajes y los tipos nativos, en la riente verdura de los valles regados, en la monótona aridez de las travesías, en el misterioso silencio de las estrechas y solitarias quebradas, en la imponente majestad de las montañas, tristes en su desnudez pero bellas, como son bellos el mar y el firmamento, a pesar de su melancólica monotonía.

Suele el forastero que, por primera vez viaja a esta provincia, recibir de comedidos mentores previas y pesimistas lecciones sobre la fealdad de San Juan, pero llega el forastero, y en vez de los horrores predichos, contempla paisajes idílicos, arcádicos pai-

sajes, en que, bajo el azul cielo huarpe, eternamente puro, bañado eternamente por la luz de un sol indemne de nubes y de nieblas, ve doblarse al manso viento el verdegay de los trigales, tenderse como interminable alfombra la esmeralda de los prados, o cubrir las incontables hileras, como con tapices de fiesta, el verde fronderío de las viñas, mientras los graves álamos silenciosos, con sus siluetas como estatuas de dioses terminales, que el musgo de los años hubiera enverdecido, hacen centinela en los cuatro costados de las viejas heredades.

Con frecuencia, es cierto, nos sale al camino la antítesis, pero no olvidemos que fué la antítesis el gran recurso poético de Hugo.

Junto a las planicies cultivadas, llenas de verdor y de frescura, surgen los cerros muertos o se extienden los llanos polvorientos y salinos, tristes como la desesperación... Pero en los mismos cerros, en esos cerros que el sanjuanino parece mirar con reconvencción, no todo está muerto. Basta treparlos para verlo. Una flora rara los puebla, la vida palpita entre las piedras y esplende, aquí y allá, en las magníficas flores de los cactos. En las quebradas — que se abren como heridas en los flancos de esos cerros — nacen los arroyuelos a la sombra de las chilcas, y los algarrobos alzan su copa desgredada como melena de beodo dominguero.

De lo alto de los riscos los guanacos alargan su pescuezo, oteando los contornos, y por encima de ellos se ciernen los cóndores y jotes, registrando con ojos ávidos cimas, valles y quebradas.

Pero, aunque la naturaleza ésta, la que acabamos de bosquejar tan sumariamente, “no valiera un hemistiquio”, como pensaba de la de su comarca el hidalgo de Larreta, aún queda la otra naturaleza, la más prodigiosa y complicada, la naturaleza humana...

¿Será también ella, en San Juan, árida y monótona y, lo peor de todo, insignificante hasta no poder hallársele una pizca de poesía? No podemos creerlo.

Dejando a un lado las clases educadas, que es más difícil caracterizar por su mayor complicación psicológica, creemos que hay abundante tema para la observación y elaboración artística en las clases humildes.

Creemos que hay verdadera materia de arte en el sanjuanino del pueblo, lleno, en sus afectos y decires, de la sabrosa frescura de los primitivos. No es cierto que sea, como algunos quieren, un ser opaco, a quien la herencia india, el medio y el alcohol quitan toda energía y variedad pasional, toda riqueza sentimental e imaginativa, convirtiéndolo en apacible bestia de recua.

Parécenos, más bien, que el sanjuanino del pueblo es como el rescoldo, que arde bajo la ceniza; y los que ven en él sólo un bracero útil y lo desprecian como entidad pasional, debieran re-

cordar que con él se llenaron los cuadros del Ejército de los Andes, que él venció en Chacabuco y en Maipú, y que en todas partes dió a raudales su sangre humilde y generosa, sin la cual la patria no sería todavía más que un vano ensueño de intelectuales.

JOSÉ CHIRAPOZU

Del libro: "Páginas sanjuaninas".

De exámenes

Han empezado los exámenes en nuestras escuelas públicas, y con este motivo andan los alumnos con más apuros que candidato en vísperas de elecciones. La camisa no les llega al cuerpo, como suele decirse, y en muchos casos ésta es una verdad de a folio, especialmente en los barrios pobres, donde hay muchos que ni camisa tienen para ponerse.

Y no se crea que son sólo los alumnos los que se apuran, pues a muchas maestras les pasa lo mismo y por iguales motivos, es decir, porque están tan "verdes" como los alumnos, y por lo otro.

— ¡Ay! mamá, ¡que desgraciada soy! — exclama una maestra al llegar a su casa a la hora de almuerzo.

— ¿Qué te pasa?, hija mía — contesta la madre toda alarmada.

Que tengo menos suerte que algunos políticos para encontrar votos. ¡Ay!, ¡que sino más negro el mío!

— ¿Pero qué es?... Habla.

— Pues que ha de ser... Figúrate que hoy no ha ido a la escuela Fulanita, la maestra del sexto grado, y ha mandado avisar que está enferma.

— ¡Pobre fulanita!, pero... ¿y esa es tu desgracia?, ¿tanto la quieres?... ¿pues no es de ella de quien hablabas ayer con Zutanita y le cortabais unos trajes que... la poníais nueva?

— Sí, de ella hablábamos... pero resulta que como está enferma no irá mañana, y como no irá, tendré que preguntar yo a los alumnos en los exámenes, y como además estará el Inspector... pues figúrate como voy a quedar yo... y la otra que formará tribunal conmigo. Vamos, te digo que de aquí a mañana me enfermo yo también sólo de pensarlo.

— Pero, ¿qué te apura tanto? ¿No soís todas maestras normales?

— Sí, todas somos normales, pero yo, desde cinco años que hace que me recibí, siempre he tenido el segundo grado... y... se me ha olvidado todo lo demás de no practicarlo. Y ahí tienes tú en los aprietos que me veré mañana si no viene la...

— Pues yo creí que lo que os enseñaban no se os olvidaba nunca; y ahora que me acuerdo ¿no dices que se olvida de no practicar?; pues entonces calcula tú como estará la Directora y el Inspector mismo, que tantos años hace que no dan clases.

— ¿Sabes que tienes razón? ¡Ay!, mamá, ¡qué peso me has quitado de encima! Ahora ya estoy más tranquila.

Y llega el día siguiente y no va la maestra del grado, pero en cambio se presenta el Inspector causando más terror entre las maestras que Hindenburg entre los rusos.

Y da comienzo el examen en presencia del Inspector y de la Directora, la cual, a las primeras bolillas que salen, "y por si acaso", sale también ella de la clase pretextando otros quehaceres.

— Vamos a ver, niño — interroga la maestra — que son cuerpos redondos?

— Cuerpos redondos... cuerpos redondos son... contesta el alumno con un dedo en la boca y mirando al techo.

— Sí, vamos, ¿qué son cuerpos redondos?

— Cuerpos redondos son... los del rematador Fulano y del procurador Zutano. (Carcajada de la clase y semi-indignación del Inspector).

— No, niño, — ayuda la maestra — estamos en geometría. Aquí sobre la mesa están los cuerpos redondos: a ver, tome usted un cilindro... ¿qué es un cilindro?

— Un cilindro es... el "tubo" de don Arnobio. (Segunda carcajada e indignación del Inspector).

— Vamos, siéntese — ordena la maestra. A ver, Fulano, venga usted. Saque una bolilla de geografía. Deme... "Realizar un viaje por el interior de la República". Vamos, emprenda el viaje.

— El alumno, todo asombrado, toma su sombrero y va a salir del grado.

— Pero, ¿dónde va usted?

— ¿No dice que vaya de viaje?

— ¡Venga usted acá, por Dios! Es un viaje de idea. Ahí tiene el mapa.

— Monto a caballo y salgo hacia el Norte de San Juan; atravieso la provincia de La Rioja, y entrando en la de Catamarca descansaré en Londres...

(¡Bomba!) El Inspector se pone de pie de un salto; las maestras no saben si reírse o ponerse serias, y en medio del asombro de todos, el niño continúa:

— ...Descansaré en el pueblecito llamado Londres que hay al pié de la sierra de Ambato. De allí seguiré...

— Bueno, bueno, siéntese.

Y se terminan los exámenes, y como siempre, después son los comentarios de los alumnos en la calle.

— ¡Qué suerte has tenido!, no has estudiado en todo el año y hoy te has sacado un diez en geografía.

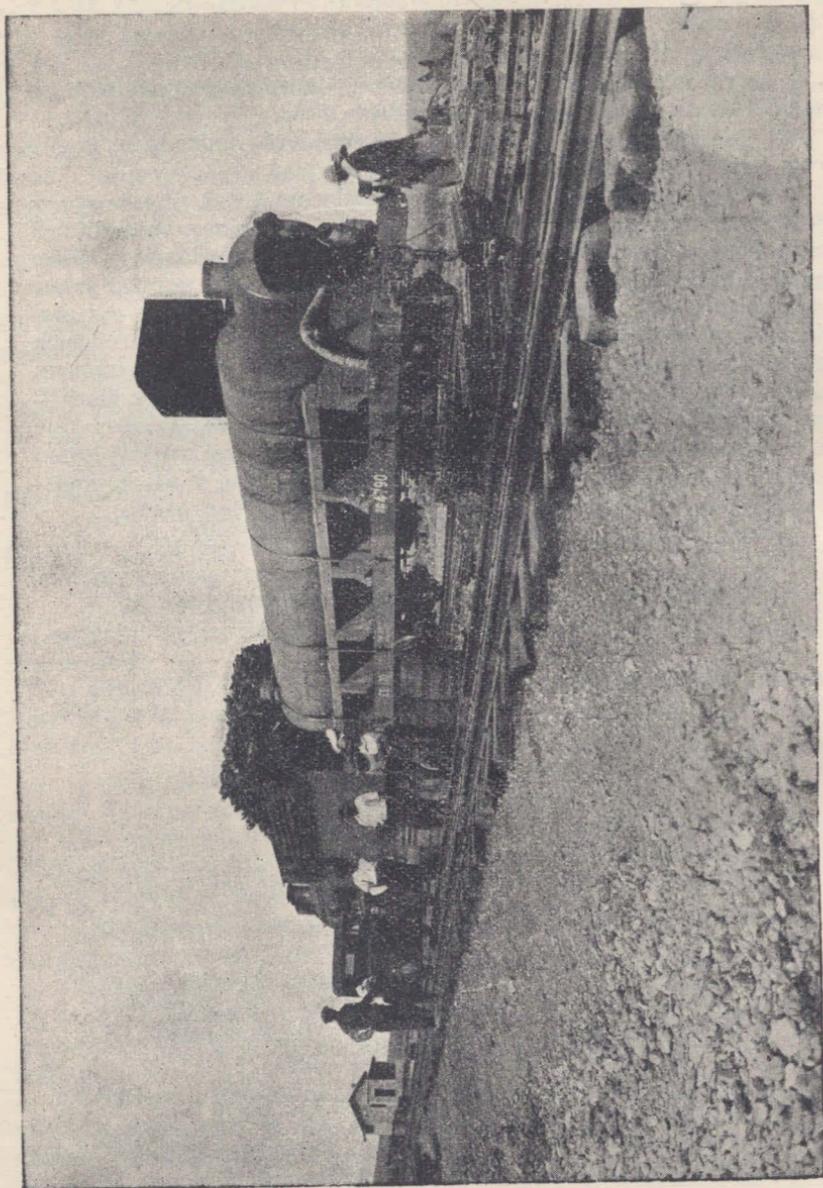
— Mejor, así levantaré todos los aplazamientos que tengo y aprobaré la materia. Y te aseguro que eso es de un cuento de "El Nene". En cambio Julio que está todo el año estudiando y tiene buenas clasificaciones, ha sacado cero en geometría por no saber contestar una pregunta, y por lo tanto saldrá aplazado en esa materia. Ahora me daréis la razón de cuanto os decía que es tontería estudiar durante el año si después no se tiene suerte en el examen. Creedme, los exámenes de fin de curso debían abolirse o modificarse pasándose de grado con el promedio mensual, siempre que este fuera mayor de seis puntos, por ejemplo; y así veríais cómo tendríamos que estudiar a la fuerza durante el año, y no se cometerían tantas injusticias como sin querer se cometen ahora.

Y tenía razón el muchacho.

MIGUEL MARIN IBAÑEZ

(Juan Luis)

Del libro: "Domingueras".



Primer tren que llegó a Jáchal

La Cruz de Castro

En 1912, las costumbres y el sentir patriarcales todavía se conservaban en su pureza casi original en pueblos que, como el de Jáchal, se han retardado en su marcha evolutiva.

Jáchal constituía un mundo aparte dentro de la geografía étnica y política de San Juan. Treinta leguas de arenoso desierto la separan de la capital de la provincia.

Para la sensibilidad profundamente sedentaria de las gentes de aquel entonces, que por otra parte no conocían más medio de locomoción que la mensajería, el caballo o la mula, un viaje de Jáchal a San Juan constituía un acontecimiento de honda dramaticidad.

No es de extrañar que en tan propicio ambiente, la leyenda surgiera con toda su natural lozanía para impregnar con su perfume de arcana inquietud el alma del viajero.

A cierta altura de este camino de Jáchal, en un lugar denominado "Los Pozos", se ve a la distancia, solitario y erguido aun a pesar de los años, un algarrobo secular, y a su pie las mal trazadas rectas de una cruz de madera.

Si una explicable curiosidad nos acerca al fúnebre conjunto, vemos a éste completarse con una rústica alcancía de tablas y gran cantidad de sebo y estearina proveniente de velas al consumirse. Es la cruz de José Castro.

Según el decir de arrieros, mayores, carreros y hombres de la huella en general, José Castro era un baqueano cuyo medio de vida habitual era el de ponerse al servicio de gentes que iban de San Juan a Jáchal, a La Rioja, a Córdoba o a Chile.

Cierta vez lo contrató un italiano poseedor de un organillo cuyos conciertos producíanle para el sustento y aun cierto margen de ganancias.

Finalizada su jira por la Ciudad de San Juan y pueblos adyacentes a ésta, dispuso el italiano trasladarse a Jáchal con Castro.

Cerca de "Los Pozos", una banda de salteadores atacó al italiano y a Castro, despojándolos del dinero y cabalgaduras, después de dar muerte al primero y dejar malherido al segundo.

Tras desesperados esfuerzos, el sobreviviente pudo llegar, arrastrándose, hasta el algarrobo a cuya sombra exhaló su postrer aliento.

Manos piadosas le dieron cristiana sepultura, y el alma de José Castro pasó a ser el numen tutelar de arrieros, viajeros, troperos y hombres de huella en general.

LAUREANO LEPEZ

Los dos miedos

— Yo hi vivió mucho y por eso sé muchas cosas — dijo el viejo Laguna, empezando su narración. Por eso sé que hay dos clases de miedo... Miedo grande y miedo chico...

Allá en San Juan, y en medio e las cordilleras, como un nido de águilas, hay una villita llamada "Iglesia".

En esa santa tierra sucedió lo que les voy a contar. Era un primo hermano e mi padre y se llamaba Cantalicio Santibáñez. Dueño de una linda estancia y de varios miles de vacunos y lanares, poco y nada se l' importaban las dificultades de la vida.

Lo único que le tenía preocupado era una cualidá que tenía un hijo suyo, único vástago de su matrimonio. El niño se llamaba Castalio y en ese tiempo tendría unos doce años cuando más.

Y lo que lo tenía caviloso a don Cantalicio era qu' el muchacho, teniendo todo y sintiendo todo lo que tienen y sienten las criaturas, le faltaba una cosa...

No se rían — dijo el viejo, interrumpiendo la historia, — que no es cosa e malicia lo que le faltab'al niño. Ojalá a muchos hombres con barba les faltara lo que a él.

Carecía del sentido del miedo. Naide había lograo asustarlo nunca, ni de día ni de noche, ni solo ni acompañaio... Se reía de las brujas y de los aparecidos.

Una vez lo embistió un toro bravo en medio e los corrales y él, con la mayor soltura, le hizo unas cuantas cuerpeadas y, por último, cuando se cansó, saltó el cerco e piedra y se quedó muy orondo...

Los peones se quedaron de una pieza... Ellos ni de a caballo se hubieran atrevío a repetir la suerte.

Una vez el padre quiso probar por si mesmo a asustarlo y con ese fin lo mandó con un mensaje a un puesto lejano. El sol ya se había traspuesto y la noche se acercaba; pero el niño no dijo nada y tomó el camino.

Tenía que cruzar lomas y costear cerros y por más ligero que

anduviera, no podía volver antes de la media noche.

Pasaron unas cuantas horas y ya cuando las tres Marías se iban volcando pal lao del poniente, don Cantalicio tomó del tendadero e ropa una sábana, s'envolvió en ella y se jué por la mesma senda que su hijo. Pero lo qu'es la vida... el diablo nunca duerme y por más avisao que sea el hombre, tarde o temprano larga prenda...

Don Cantalicio tenía un mono, regalo de un pariente del norte; era la cosa más graciosa que pueda imaginarse; todo el día estaba haciendo piruetas y saltos mortales; montaba a caballo y revoleaba el lazo como el peón más diestro. No había cosa qu' él viera que no la imitara enseguida.

Esa noche lo vido al amo envolverse en la sábana y ahí nomás alcanzó él una tualla y, envolviéndosela igualmente, lo siguió. Pá que decir que iba repitiendo todos los movimientos del amo... Este no se percató de nada.

Al cabo de un rato de andar, llegaron los dos, uno tras de otro, a unos chañarales muy espesos que estrechaban el camino. La luna estaba clarísima, como de día. Don Cantalicio s' escondió atrás de un chañar boscoso, y el mono, haciendo los mismos ademanes de misterio del amo, s' emboscó más atrás.

No tuvo qu' esperar mucho el estanciero. A poco sintió al hijo acercarse; venía cantando. Cuando llegó a pocos pasos del padre, se paró en seco y se quedó mirando sorprendido.

— ¡Caray! — dijo, después de un momento de duda. Este será el miedo... pero no sabía que hubieran dos miedos... Este — prosiguió, señalando el bulto que hacía don Cantalicio, — debe ser el miedo grande, y aquel, — agregó señalando el del mono — debe ser el miedo chico... Y se quedó de una pieza mirándolos.

El padre no se movió, pero al oír al muchacho, sintió así como un escalofrío.

— Miedo chico... — repetía pa su buche. — ¡A qué diablos le llamará así este muchacho?...

El niño, tan fresco como si hubiera visto un par de burros al lao e la senda, siguió su camino cantando.

Don Cantalicio se había quedado pasmao... ¿Qué miedo chico sería ese?... — pensaba, sin atreverse a mirar p' atrás... Sería permisión de Dios pá que algún ánima lo sustara en escarmiento?...

Todos esos caramillos se atropellaban en su mente en un desorden como de fonda e vasco... Pero el tiempo pasaba, el canto del muchacho ya no se oía y entonces le dió más miedo... De pronto, y pá remate, gritó una lechuza atrasito mesmo d' él. No pudo más y dió un salto.

— ¡Ave María...! — dijo, y miró p' atrás con los ojos espantaos.

Pá que decirles lo que le sucedió... son cosas que solamente podían interesarle a una lavandera...

El mono, al verlo saltar, saltó también y don Cantalicio creyó qu' era un ánima.

— ¡Anima bendita!... — gritó y se metió por entr' el chañaral, porqu' el fantasma le cerraba el camino.

Ustedes saben bien lo d' espinas que tienen los chañares... Güeno, al pobre se le antojaba un bosque de margaritas y corría como una bala, dejándose entre las espinas las tiras de ropa y de pellejo. De vez en cuando miraba p' atrás y más apuro le daba lo que vía el ánima a los saltos atrás d' él. Cuando llegó a las casas estaba sin resuello.

— ¡El ánima!... ¡el ánima!... — gritaba.

Los peones y la familia saltaron asustados de la cama y prontos pá disparar; pero no vían ninguna ánima...

— Ahí viene... — alcanzó a decir medio ahugao, señalando al mono qu' entraba, tuavía envuelto en la tualla.

Nadie pudo aguantar la risa, y las carcajadas sofocaron, por un momento, los resoplidos de don Cantalicio, que ya parecía qu' echaba los hígados por la boca.

Cuando él vidó bien que había sío el mono y se serenó y lo curaron y lo vistieron y pudo hablar, dijo sonriendo al inocente animal:

— Castigo e Dios ha sío, dejuero... Yo quise hacerle conocer el miedo a m' hijo y él me lo ha hecho conocer a mí... Ni aunque una cosa m' extrañaba — dijo, dándose un quantón en la frente — y era qu' el ánima juera tan saltona...

MIGUEL MARTOS

Del libro: "Cuentos Andinos".

La Santa de Pachaco

A media jornada de Calingasta, en el lugar en que la precordillera alza sus farallones de granito, en una interminable sucesión de conos volcánicos y pelados riscos, que serpentean hacia las alturas, los automóviles detienen su marcha a tiempo que un guía,

completamente indispensable para estas excursiones, nos avisa que a poca distancia del camino, suspendido como una cornisa sobre el precipicio y que hace varias horas han venido trepando los motores jadeantes, existe un espectáculo curioso, que fuera lástima no visitar.

Acicateado nuestro ánimo por el anuncio de una visión sorprendente, abandonamos la comodidad de nuestros asientos y la tibieza confortable de nuestras mantas de pieles, y a nadie se le ocurre oponer reparos cuando se nos invita a escalar a pie un cerro erizado de rocas puntiagudas y cantos rodados, en el flanco del cual, entre ásperos matorrales y pardas areniscas, apenas si se advierte un caminito vertical y retorcido...

El guía, que no desdeña la oportunidad de lucir su buena información de eriollo nato, para quien sus montañas no guardan secretos, nos declara, seguro de que la curiosidad ayudará a los más reacios a subir la empinada cuesta, que el espectáculo prometido, es un viejo cementerio indígena, extraño lugar de silencio y de reposo.

Pasado nuestro primer estupor, el guía con su acento cuyano, calmo y melodioso, amplía sus noticias haciéndonos saber que el pequeño cementerio clavado en la montaña, ya de por sí original, nos proporcionará la más insólita y punzante de las sorpresas. Mientras hacemos prodigios de equilibrio y sentimos esa extraña fatiga que produce la altitud, pedimos que se nos explique en qué consistirá la prometida sorpresa.

El eriollo se retrae en un silencio que nos intriga. Advierto que su sombrero pardo, defiende sus ojos renegridos y vivaces de nuestras miradas interrogadoras.

¿Qué significa ese aire de misterio? ¿Se trata de una ermita? ¿De un monasterio que habitó en su cruzada evangelizadora el padre Luis de Valdivia, allá por el siglo XVII? ¿Veremos algún monolito funerario labrado por los "huarpes", legendarios pobladores de esas regiones? ¿Nos hallaremos con alguna ruina jesuítica, estupenda construcción de piedra? ¿O será que el eriollo ladino pretende hacernos creer en quién sabe que ingenua historia de duendes y aparecidos?

Alguien se lo pregunta sin ambages. Nuestro rústico cicerone meneaba su cabeza con malicia.

— Si logran llegar hasta la cumbre del cerro, podrán ver a la Santa de Pachaco...

Nos mira de soslayo, como si temiera que su aseveración distendiera nuestros labios en una sonrisa de incredulidad.

Realmente... muchos de los presentes nos preciábamos de conocer las tradiciones de nuestro "folklore" pero... he ahí que...

— Una leyenda? — pregunto.

— Por leyenda se entiende... mentira?

— Mitad mentira y mitad verdad.

— Entonces no es leyenda, porque ustedes verán a la Santa, que murió hace cuarenta años y que está allí arriba, a la espera de los viajeros que cruzan por estos caminos...

A medida que trepamos el cerro, se nos antoja que el atardecer se vuelve de una transparencia azul y que el aire seco, hiriente, frío, se desmenuza sobre nuestros rostros en invisibles partículas de cristal. Nos sentimos envueltos en una atmósfera de misterio espectante. Los cerros nos apresan. Las moles graníticas limitan nuestro horizonte. Hacia los cuatro rumbos nos cercan brazos ciélopeos, barras de índigo cimentadas en plataformas pardas istriadas de ocre. Enfrente, pirámides rómbicas desdibujadas en vapores rosados y translúcidos. A la derecha avistamos un conglomerado de cerros pródigos en piritas de brillantes irisaciones, otros de rocas calizas muestran sus faldas plegadas y erosivas.

A la izquierda bloques minerales, sillares de pizarras en láminas superpuestas, como gigantes libros negruzcos de tapas acerradas. Ante lo grandioso del paisaje, el cementerio indígena y su Santa se achican en nuestra imaginación.

Contemplando el dorado intenso de las nubes que se enredan como muselinas en los picachos lejanos, advierto que vamos trepando lentamente, como si no nos corriera prisa, realizar nuestra visita...

Un cuarto de hora ocupamos en nuestra ascensión. El frío comienza a ser recio. Un compañero desata de su espalda su carañola y nos ofrece un trago de "brandy" reconfortante.

La última etapa la hacemos sin detenernos. El silencio es impresionante. Podríamos contar los latidos de nuestro corazón, acelerados por el esfuerzo de la subida.

Ganada la cumbre, los cerros distantes semejan un mar petrificado de olas encrespadas e inmóviles. La soledad nos sale al encuentro. Es una sensación de trasmundo que alienta a nuestro lado y nos envuelve en una malla sutil e inefable.

La muerte ha recobrado de pronto en nuestra mente su majestad. Comprendemos que aunque esté allí, velando el sueño eterno de seres primitivos, representantes tal vez de una raza autóctona hoy desaparecida, se impone llegar a sus dominios con unción y con los labios prontos a decir una plegaria sobre sus tumbas de piedra...

.....

ROSALBA ALIAGA SARMIENTO

Amor, trabajo y unión

El huracán de tragedias y dolores que hoy azota a la humanidad, regando con sangre y lágrimas la tierra que fué bendita para el trabajo, arrecia sombras y destrucción dejando en pos la desolación y la ruina.

La soberbia enseñoreada de los hombres y atizada por el soplo de Satán, arrebatada y deshace a su empuje, los dones que Dios derramara sobre la humanidad, incendiando el alma humana con el fuego de la ambición, el odio y la iniquidad.

Olvidadas están las leyes de amor, trabajo y unión; olvidado se han los preceptos que hacían del hombre un miembro de la humanidad y hoy, convertido en fiera, sediento de destrucción, se lanza sobre su presa para satisfacer entre sangre y ruinas, los dictados de su ambición y soberbia.

En la tierra que Dios bendijera para bien y ayuda del hombre, en lugar del himno del trabajo, y la paz de la gratitud debida a la abundancia de sus dones, se levanta el vaho de la sangre y se escucha sólo el gemir o blasfemar del moribundo; el tronar de los cañones con que el hombre apoya sus iniecuas ambiciones, fundando sobre millares de cadáveres el derecho a ostentar la iniquidad y el crimen.

Olvidado de Dios y sus mandamientos que deben ser ley y guía a toda humana existencia, sólo tiene por ley y divisa su ansia loca de goce y dominio, y anega en la iniquidad las leyes supremas que Moisés recibiera y cuya práctica habría de elevarle el alma hasta su grandeza.

“No matarás”, dice uno de los preceptos divinos, y el hombre, olvidado del mandato y empujado a las tinieblas con que le envuelve la soberbia, mata, incendia y roba, blandiendo la tea de la anarquía, y despoja a sus hermanos sin reparar en que el triunfo que cree suyo y que sólo es triunfo del mal, le ha hecho su esclavo.

Las sombras espesas y las negras nubes con que el mal envuelve a la humanidad, recreándose en los dolores, pasiones y crímenes que sobre ella se abaten, no han de ceder al llanto de los descreídos, ni se acabarán ante el alarido de los blasfemadores; sólo la oración, la plegaria de los que alientan una fé pura y siguen la doctrina misericordiosa de Jesús, alcanzará a apaciguar la tempestad que azota el Universo. Sólo la piedad Divina ha de calmar las olas furiosas del mal, atrayendo con su bendición la bonanza.

A traer la luz y el bien que tanto se alejaron del hombre desde que desechó los divinos mandamientos, están llamados los que siguen a Jesús en su doctrina de amor. Ellos deben clamar piedad para todos los dolores, para el vencido, para el culpable, para el réprobo que le inspiró. Imploramos la misericordia Divina hacia los que, sumidos en las tinieblas del mal, sólo mueven los labios para la imprecación y la blasfemia.

¡Que haya para ellos misericordia y luz!

MARÍA ISABEL ECHAGÜE DE GUIDO
(ELISABETH)

Del libro: "Al margen del Decálogo".

Baños medicinales

El día que los baños medicinales que posee la provincia sean mejor conocidos, se verá que no tiene, a este respecto, nada que envidiar a los demás pueblos de la tierra dotados de aguas medicinales.

Clasificación:

Las fuentes saladas y que contienen mucho cloruro de sodio, son numerosas; las más conocidas y analizadas son: Papagayos, ubicada en la sierra de la Huerta; Frunce, en el lugar llamado de Las Lomitas en Albardón; El Salado, en el mismo departamento, al pie del cerro de Villicún, y Pozo de la Guanaca o del Novillo en el departamento de Angaco Sud.

Las fuentes sulfurosas y de mayor nombradía, son: Huaco o Agua Hedionda, como algunos la llaman; su olor se siente a varios kilómetros de distancia; La Laja, al pie del cerro del Villicún, en Albardón; fuente del Cerro Blanco, en Zonda. Hay muchas otras que despiden, al ser movidas, el olor al ácido sulfhídrico, pero no de un modo pronunciado, como Alto de las Cabras en Angaco Sur y otras varias.

Las fuentes sulfatadas, llamadas así por la gran cantidad de sulfatos que tienen, de soda, potasa y cal, tienen por todas partes representantes y muy especialmente en los departamentos de la Iglesia, Jáchal, ambos Angacos, Valle Fértil y Albardón.

Las fuentes aciduladas calcáreas son numerosas, siendo las

más nombradas Agua Negra, al pie del cerro San Roque, en Jáchal; Talacasto, a la entrada de la quebrada del mismo nombre.

Las fuentes aciduladas ferruginosas son abundante en el gran valle de Pismanta, y la más frecuentada y de nombradía es la que lleva dicho nombre. Producen en el organismo, al tomar las aguas de este baño, el mismo efecto que las sales de hierro; son agradables al paladar y transparentes.

Las fuentes termales más conocidas y frecuentadas son Pismanta, Huaco y La Laja. En las fuentes del primero de estos baños es tal la temperatura que las personas no se pueden mover en el agua porque se queman; hay necesidad de penetrar muy paulatinamente y tener un sirviente que esté constantemente echando en la cabeza un chorro de agua fría para evitar los mareos o congestiones cerebrales. Nadie suele permanecer dentro del agua arriba de cinco minutos; esto muchas veces parece una eternidad.

Las fuentes de agua fría son casi todas las que rodean la ciudad como El Chaparro, La Florida, Los Taponés, Las Piedritas y aquellas que caen en forma de lluvias, como El Chorro, Piedras Pintadas y muchas otras.

El día que entre nosotros se instale una fábrica de vidrios, cosa muy factible por la mucha materia que tenemos en los cerros, y sea fácil conseguir botellas, ese día desaparecerán del mercado boticario todas las aguas extranjeras que con el nombre de medicinales se venden, porque ellas serán ventajosamente reemplazadas por las excelentes aguas de nuestras fuentes.

PEDRO PASCUAL RAMIREZ

Del libro: "Industria Viti-Vinicola".

Sueños de leyenda

TRAS LA VISION DEL ORO

- ¿Hacia dónde camina el militar?
- ¿Va buscando el secreto de un tesoro escondido o el oculto sendero de una mina encantada?
- ¿Hacia dónde le arrastra su visión?
- ¿Por qué pasó los Andes y se interna en esas largas serranías,

donde atrevidos picos envuelven un turbante de nieve en sus cabezas?

¿Por qué va lentamente y tan seguro, salvando aquí una mole, allí un arroyo, más allá la boca aterradora de un abismo, y más lejos la intransitable cuesta de esas montañas jamás pisadas por la planta humana?

¿Quién es él, y qué busca?

.....

El es don Juan Jerónimo Jufré.

Aquel surgido de la gigante Cordillera Andina, de allá, de la República Chilena.

Va buscando el tesoro que los indios del sud sepultaron en las negras entrañas de un cerro misterioso.

Los cogotes de guanaco, de oro en polvo repletos, que llevaban para comprar a Pizarro el rescate de Atahualpa, son el sueño dorado de sus miras.

Y sabe, por que cuenta la Leyenda, que allá por Calingasta y Uspallata los indios que cargaban la fortuna se encontraron con los correos del Inca, quienes pregonaban a todos vientos, de montaña en montaña, la noticia funesta: Ha muerto ya el hijo del Sol!...

Exasperados con la triste nueva que acababan de oír, sepultaron el tesoro del rescate, entregándolo a los vientos de las cumbres para guardarlo eternamente al amparo de sus garras.

Y tras él marcha Jufré.

Ya ha llegado. Lo divisa.

No lo alcanza aunque intenta poseerlo.

Los vientos desde arriba le apuntan con sus flechas, y el hombre así vencido, impotente en la lucha con la fuerza divina de los aires, baja los ojos, mira al suelo y así dice:

— A falta del poder vencedor para los vientos que custodian el tesoro de los huarpes, yo he de fundar aquí, entre escondidas peñas, una ciudad que perpetúe mi nombre, defendida por picos atrevidos, guardianes del soberbio tesoro que jamás alcanzarán los hombres.

Y echando los cimientos de San Juan de la Frontera, aquel militar lanzaba al mundo un oasis de riqueza inagotable, de luz y de talento!...

LUCIA BOSQUE MORENO

Del libro: "Voces Interiores".

Realidad de una quimera

CUENTO

Frente a la puerta de una casa lujosa se detuvo, y mirando el nombre que en la placa de bronce reverberaba con el sol de esa linda mañana de Diciembre, oprimió el timbre nerviosamente.

Era un hombre como de unos treinta y cinco años, español, de tierras del Norte, pobremente vestido y con todo el aspecto de quien ya empezó a abandonarse; así lo decían claramente la barba que cubría su rostro, el desaliño de toda su persona y la tristeza de su cansado mirar.

Por la puerta de servicio salió un sirviente:

— ¿Qué desea?

— ¿Está el doctor Luis Alberto Quiroga?

El sirviente titubeó un momento... ese hombre parecía un pordiosero y él no sabía si...

— ¿Está o no está?

— Como estar, está: ahora que no sé si recibe.

— Dígame que es la persona que citó para las diez. Soy Jesús de Dios.

— ¿Cómo?

— Jesús de Dios. El lo sabe.

El mucamo lo miró despectivamente y murmurando un: — ¡Vaya un nombre! se alejó sonriendo, mientras el extraño personaje monologaba: — ¡no se si recibe!...

Han bastado estas palabras para que el hombre empiece a dudar si será recibido... Ya cree que no. Quisiera irse... ¡tan convencido está que esta vez será como las otras!

Ahora recuerda esos tres años pasados desde que llegara de la Coruña en busca de fortuna como tantos. Las esperas... las decepciones... el dinero que ha dado a cuenta del empleo prometido... Hasta que ya desesperado le escribió al Padre Santiago — el que fuera su Párroco tantos años — y que habiendo también venido a América, se había radicado en San Juan.

Ven a San Juan — le contestó — aquí la tierra es generosa, no es como la de allá: la "Coruña desierta"; aquí es noble, devuelve centuplicado lo que se le confía. ¡vieras las huertas, los manzanos doblados bajo el peso de sus frutos y sobre todo la gloria de sus viñedos!... Si todavía le guardas rencor a la tierra, si no quieres trabajar en ella, porque recuerdas todo lo que has sufrido allá en la "montaña", viendo lo estéril de tu trabajo, no te desani-

mes y ven lo mismo de todos modos, que trabajo en otra forma no te faltará; yo te recomendaré a un doctor Quiroga que...

Y ahí estaba él esperando a ese doctor Quiroga, primo del ministro, un señor — que según decía el Padre Santiago — había empleado mucha gente, porque sí, por hacer el bien no más; claro que después él no iría a agradecerle con las manos vacías... Se animó: después de todo, ¿por qué no habría de tener suerte siquiera una vez en la vida?...

Una puerta que se abría en el fondo del zaguán lo arrancó de su meditación; apareció corriendo un precioso niño como de unos cuatro años; sus piecitos descalzos, apenas protegidos por la suela de la sandalia, casi no tocaban el suelo. Venía a buscar a **Le Petit Jesús!** ¡A Dios! Juan — el mucamo — le había dicho que estaba en el zaguán esperando a su papá.

Pero el niño Dios, el de los rizos de oro, el del camión rosa que él conocía porque estaba en el libro de misa de su mamá, ya se había ido. El zaguán estaba vacío. Sólo había al lado de la puerta un pobre que esperaba una limosna.

— ¿Se fué Dios? — le preguntó.

— Yo soy Dios.

¡Era Dios! ¡**Le Petit Jesús!** ¡**Un Petit Jesús** grande!... y que parecía un pobre!... Pero él piensa que su buena mamá dice: "**Petit Jesús** puede ser chico y grande porque para eso es Dios y quiere tanto a los pobres que cuando vino del cielo quiso ser pobre". ¡Era Dios! ¡**Le Petit Jesús!**

Se acercó y le dijo: — ¿Es usted Dios? ¿Eres Dios? — repitió. Entonces me traerás una bicicleta, porque anoche mi papito me dijo a mí que si yo era bueno y comía toda la sopa, me ibas a traer juguetes, y yo ahora soy muy bueno, ¿sabes? Ya no dejo nada en el plato. Yo te iba a escribir una carta, porque yo quiero que me traigas una bicicleta grande, con dos ruedas, como la que tiene Pirincho, y traéme también una pistola, no, mirá, mejor un matagatos como el que tiene Polito, porque mi papito no me lo quiere comprar, y para Dolly una muñeca, una muñeca chica, ¿sabes?, de esas baratas, y para...

— ¡Venga, Johonny! ¿Que hace ahí? — es la niñera que viene a buscarlo, inquieta porque está solo con ese hombre que tal vez fuera un ladrón.

— ¡Estoy con Dios! — dice el niño — ¡Me va a traer una bicicleta!

— Lo llama su mamá — le dice — llevándoselo.

El niño resiste — ¡Es Petit Jesús! — exclama; pero la mano que lo sujeta casi lo lastima. Entonces se vuelve: — No te vas a olvidar: ¡una bicicleta grande con dos ruedas!

Un gesto de amargura crispó la cara de Jesús de Dios: — ¡Iguales! — exclamó — ¡Todos iguales!

Ese doctor Quiroga, primo del ministro, era como todos. No le había dado nada, no le había dado ni siquiera la carta de recomendación, y ya mandaba al niño para que le pidiera juguetes!...

Y sin esperar más, desilusionado como nunca, abrió la puerta de calle y se fué, adentrándose resignado y sin esperanzas en su destino, en tanto que los sirvientes comentaban entre risas la burla al hombre, que por un instante apareció como Dios ante la inocencia y el candor del niño.

MARGARITA VILLEGAS BASAVILBASO

La gran Laguna Llacanelo

Soberbia, majestuosa y grande, en medio de la soledad angustiosa de las serranías andinas, se levanta triunfante un inmenso lago... una laguna sin límites... llamada Llacanelo o Mallargüe.

Las leyendas del pasado se van disipando...

Aquellos relatos de los antiguos, aquella fantasía primitiva de los indios, bravía y temeraria, va perdiéndose fácilmente con el avanzar de la civilización.

Las carcajadas diabólicas de los fantasmas y el bramido de los animales monstruosos y carniceros, ya no se oyen... la vibración del silencio es interrumpida por el grito estridente del teruterero, del canto de la grulla, del silbido de la cigüeña, del flamenco, de la garza y de la gaviota, que en un consorcio feliz y fantástico pueblan los aires, para ir a morir entre el cortinaje gótico de las montañas siempre blancas del Ande.

El vocerío de los zorros astutos con su huac-huac, en busca de sus víctimas o el rodar de las piedras que caen con las pisadas del yeguarizo o del vacuno que pasta en las faldas vecinas, "hacen contraste mitológico" con el balido penetrante, mezcla de súplica y de llanto, del ternero o cordero que llama a la madre en medio de una noche tormentosa y fría.

Las densas aguas azuladas de Llacanelo, que el viento empuja a su dirección en mansos oleajes y a veces bravíos, forman con su descender, ora sobre el Sud, el Norte, Este u Oeste, manchones de salitre o charcos estancados, donde amarillean en su

crecer, las cortaderas, totorales y carrizales.

Flora protectora es ésta para los miles de millares de aves acuáticas que viven en esta hermosa laguna.

Entre las más abundantes podemos mencionar: los gansos de grandes dimensiones; patos de variados tamaños y plumajes; los cisnes; los flamencos; las taguas; las garzas moras y blancas; las grullas; las gaviotas; los guayrau y otras más.

El codiciado mirasol, nos cuentan algunos vecinos de las inmediaciones de la laguna, haberlo visto en ciertas oportunidades.

Esta laguna de aguas profundas, tragadora del río Malargüe y de los arroyos Menuco, Malo y Carilauquen y de otras numerosas vertientes que afloran de continuo, sin contar las corrientes impetuosas que bajan de las serranías inmediatas cuando las lluvias son frecuentes, abarca una extensión total calculada en cuarenta mil hectáreas, teniendo orilleos bajos y anegadizos en gran parte, para en otros ser altos, de piso firme y de mucha profundidad.

La flora arbórea y lujuriosa está ausente de sus márgenes.

La trucha y el bagre son los peces favoritos de sus aguas, habiéndolos en inmensa cantidad, en número tal vez fantástico, que hasta hoy no se utilizan ni se industrializan.

Esta inmensa laguna está llamada a tener un gran porvenir en la piscicultura argentina.

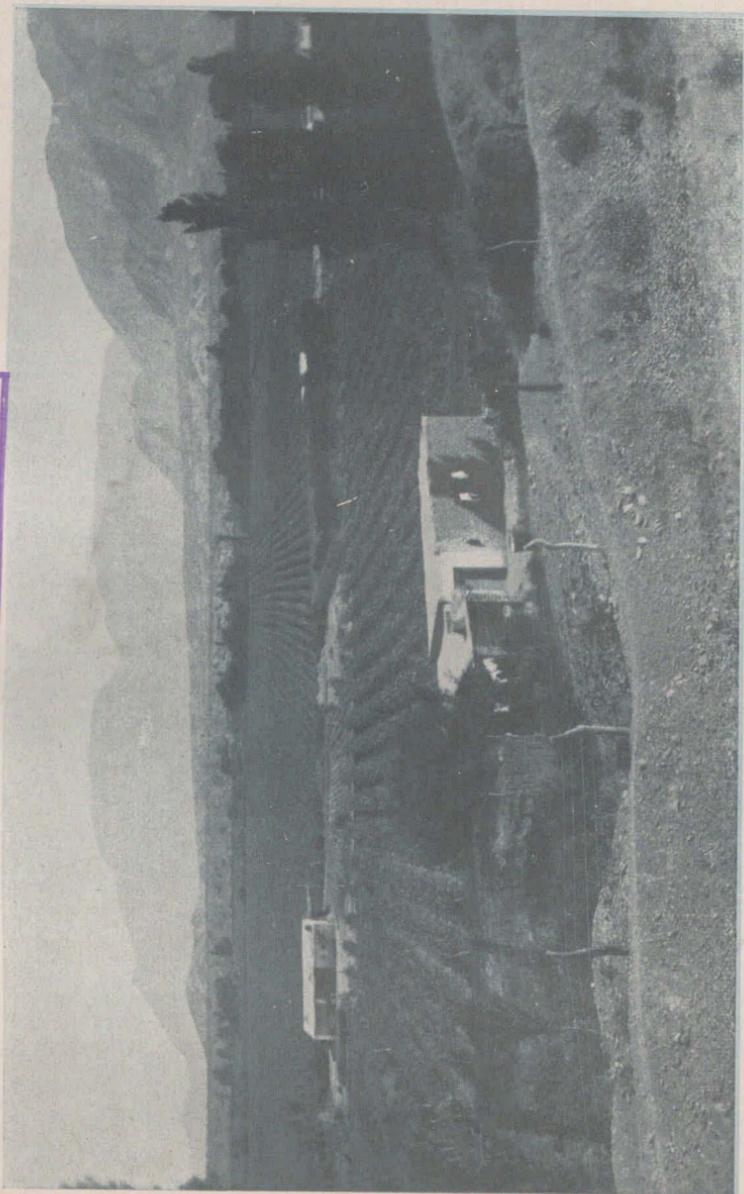
FLORENCIO ALVAREZ

Del libro: "El Sud Mendocino".

Pasas de San Juan

Acaban de obsequiarme un cajoncito de álamo lleno de pasas de San Juan, traídas expresamente desde aquella lejana provincia. En él hay dos divisiones: la una, mayor, donde se aplastan amorosamente unas a otras las morochas, más que morochas, negras como el azabache; la otra, menor, repleta de **doncellitas**, menudas y rubias, de un rubio dorado. Y ante el aspecto primero y el agradable sabor después, se ha despertado en mi espíritu el recuerdo de los tiempos viejos. ¿Será delito dejar a la pluma que trace uno de los cuadros reflejantes de aquella sociedad montañesa de hace un poco más de cuarenta años, medio siglo quizá? ¿Po-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



VINEDOS LA BEBIDA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

drá interesar esto en medio del ajeteo fatigante y de la intranquilidad momentánea? Cualquiera sea la respuesta a estas dos interrogaciones, dejo en libertad al impulso.

Lo más aprovechable y lo más aprovechado de la Provincia de San Juan, han sido las tierras del extenso valle en que se asienta su capital. Su fecundidad es asombrosa a pesar de no contar para su riego sino con las no muy abundantes aguas de un único río que bajando de la cordillera lo corta a todo lo ancho por su mismo centro, del Oeste al Este, no pudiendo tenerse la más mínima esperanza en la contribución atmosférica, pues las lluvias son fenómenos esporádicos de un milimetraje desesperante por su escasez. Y sin embargo, rinde el trigo proficuas cosechas dentro de lo limitado de su cultivo, da el maíz espigas exhuberantes, la alfalfa llega a centenaria sin necesidad de mayores cuidados, produce la uva una graduación natural de quince o más grados de alcohol para sus mostos y las frutas, abundantes en variedades, clases y familias, son las más azucaradas de toda la región de Cuyo.

Esto no significa afirmar que sea lo único aprovechable en toda la provincia. Hay valles menos extensos, Calingasta, Zonda, Ullún, Jáchal, Valle Fértil, de igual sino superior fecundidad, a cuyo aprovechamiento obstó la dejadez nativa de una parte y la falta de caminos para vencer las asperezas montañosas y acortar las distancias. Por eso la escasez de población ha sido su característica.

¿Quien, sino es para vivir una vida vegetativa y sin esperanzas de un mejor porvenir, iba a meterse por entre peligrosas veredas hasta el otro lado de moles altísimas, cuando hasta el **camino blanco** construído por el esfuerzo incásico ha desaparecido en tres siglos y medio de dominio de la raza blanca?

Como quiera, fué en el valle otrora dominio de los pacíficos aborígenes que a Am-Ga-Co tuvieron por soberano, donde se concentró desde la colonia la mayor población de San Juan, creándose en la ciudad capital y en sus alrededores, Concepción, Santa Lucía, Trinidad y Puyuta — hoy llamada Desamparados por una ingratitud histórica — los núcleos de más importancia favorecidos por la bondad y división de las tierras en pequeñas extensiones y por la mejor distribución de las aguas de riego. Y hemos de agregar a Jáchal, valle del límite norte de la provincia, donde por disposición del Gobernador de Chile don Domingo Ortiz de Rosas, se fundó en 1772 una población que con el andar del tiempo llegó a ser la segunda ciudad de la provincia y cuya actividad industrial se concentró en el cultivo destinado al reengorde o in-

vernada de las haciendas adquiridas en las llanuras y destinadas a la república de ultra cordillera. El ferrocarril Trasandino mató esta industria.

Creóse así en estos lugares una clase media de propietarios industriales que fuera de otros menesteres dedicóse al cultivo de las huertas. Nunca faltó en estos núcleos de población junto al cultivo de durazneros, perales, higueras, nogales, limas, manzanos, toronjas, membrillos, etc., el parral encatrado que proporcionaba la uva para la mesa durante todo el año mediante el uso de la **cuelga** bajo techado y en ramas de fique, o para transformarla en pasa. De común los horeones de algarrobo, sauce o álamo, y las varillas de este último sustentadas por aquellos como tirantes de una ramada, parecían la continuación de la casa, pues seguían sin solución de continuidad a los fondos de las mismas, prestando sombra y abrigo en los días del verano. Parras viejas, vigorosas, cuyas altas cepas ocultaban su color rojizo bajo la parda capa de la corteza reseca y resquebrajada por la edad, erguíanse con el apoyo de los horeones y enviaban sobre las varillas transversales sus gruesos sarmientos henchidos de savia, que al despertar del verano se empenachan de pámpanos verdes y se asen al soporte con sus zarcillos de color entre oro y limón, opuestos a los cuales cuajan los racimos de la sabrosa fruta.

Orgullo y esperanza de los propietarios, reciben los parrales cuidados cariñosos y continuos, porque no solamente ofrecen la perla roja, blanca o dorada de las uvas según la clase, si no también la sombra de sus hojas donde solían pasar las primeras horas, las más rigurosas de la tarde, entre conversaciones familiares y el succionar del mate dulce.

Debían mantener los padres una vigilancia continua, pues los muchachos solíamos entregarnos con harta frecuencia al **graneo** subrepticio desde que empezaban a pintar las uvas, y abundaba a veces la operación en tal forma, que los mejores racimos quedábanse escuálidos y casi en escobajos, y no hay para que mentar todo el desmerecimiento que esto importaba. Tales racias tenían sus horas: las de la siesta. Los mayores se tendían a dormir y aunque se nos obligaba a acostarnos junto a ellos, nos deslizábamos como reptiles en cuanto sonaban los primeros ronquidos o cuando la regularidad de la respiración acusaba el sueño de nuestros guardianes. Si no nos detenía el calor, tampoco nos intimidaban la pericana ni los duendes vagantes a tales horas en las huertas, según las leyendas que se hacían circular para aminorar las travesuras. Pero contábamos con unos aliados muy fieles que jamás nos desmintieron, los voraces tordos pardos o testes, a quienes culpábamos del daño con ciertos visos de verosimilitud, pues gustan indeciblemente de toda clase de frutas, pero como las uvas,

sobre no tener la sazón conveniente se hallaban recalentadas por los rayos solares, vengábanse provocándonos agudos cólicos, retortijones y diarreas peligrosas que nos denunciaban.

¿Y como no cuidar los parrales? Eran para aquellos propietarios huertanos una fuente económica no despreciable que con los otros productos y los trabajos manuales caseros propios de la región, contribuían al mantenimiento de la familia.

No importaba indudablemente tanto antes de 1886, en que el ferrocarril fué a acortar las distancias y proporcionar medios de transporte más cómodos, rápidos y seguros, la uva para mesa, pues no pudiendo sacársela de la provincia y teniéndola cada uno en su casa, la salida era difícil. Interesaba más la fabricación de la pasa porque la facilidad de su conducción en tropas de arria, carretas, y carros, únicos medios de transporte hasta entonces, le daba una importancia comercial mayor, exportándose a los mercados del litoral donde obtenía precios rendidores.

La industria de la fabricación de la pasa continuaba rutinaria, sin asomos de mejorar. Los procedimientos usados eran de los más primitivos, conservando cierto prestigio en virtud a la falta de competencia, únicamente, que la intensificación de nuestro comercio con el extranjero estableció más tarde. Cada dueño de parral vendimiaba su fruta cuando la consideraba en condiciones para el fin destinado. Cortados los racimos a mano o con cuchillo, se les ubicaba unos sobre otros, sin mayor cuidado, en canastos de caña de fabricación casera, bastante tosca, y luego se les transportaba a hombro en tales envases a los techos de las habitaciones, dejando al sol el trabajo de secar las uvas, ayudándolo una sola vez para darlas vuelta, de modo que la parte de abajo se expusiera a los calores del astro.

— No está de más recordar que los techos se componían de un cañizal sustentado por varillas de álamo y recubiertos por una capa de barro con paja de trigo —.

Y cuando después de varios días, cuyo número dependía de la graduación calórica reinante, se hallaban ya secos los granos, los mismos canastos servían para recogerlos, yendo a depositarlos en montones dentro de una pieza fresca y seca, a la espera del acaparador o acopiador que pasaba casa por casa fijando precios.

Las operaciones de tendido y recogido eran generalmente realizadas por los muchachos familiares del fabricante.

Hasta el citado año de 1886 no existían los verdaderos industriales de la pasa en San Juan. Las viejas viñas, formadas de cepas bajas, sostenidas por rodrigones que sólo alzaban un metro y centímetros del suelo, producían una uva pequeña, negra, llamada francesa, propia para la fabricación del vino. Los más importantes capitalistas preferían la vitivinicultura por ser dê más fá-

cil colocación el producto, especialmente en la vecina Mendoza, donde se adquiriría en gran parte para cortar sus vinos, mejorándolos, pues no daban sus uvas más de doce grados de alcohol natural.

Por esto mismo, la industria de la pasa parecía ser privilegio de la clase de pequeños propietarios.

Fué con posterioridad a la fecha indicada cuando ví los primeros secadores extensos, a ras del suelo, en las Chimbas, sobre las playas gredosas y llenas de cantos rodados que el río arrastra en sus crecidas y desbordes. Esto no es afirmar que antes o en otros sitios no los hubiera. Pero solamente tenían de novedoso su asiento de mayor extensión que cualquier techo y sin el inconveniente de subir y bajar escaleras.

.....
...Y en tanto, el cajoncito de pasas que me acaban de regalar, parece sonreír con su blancura pálida de álamo que enmarca a la masa de aquellas, las rubias doncellitas y las jugosas morochas, ante estos recuerdos, no tan vívidos como los hubiera deseado, a causa de la lejanía en el tiempo y en el espacio.

WHERFIELD A. SALINAS

San Juan, del río a la cumbre

En un día de hace cerca de cuatro siglos surgió San Juan del encuentro de dos culturas: la de España, doblemente romana, cruz de espada y Cruz de Cristo, y la de aquella otra Roma incaica que extendió su poderío por caminos de roca hasta la comarca sureña de los huarpes.

La llegada del español fundador a la cinta fértil del valle trazó la ciudad de piedras y de tierra que ha sobrevivido y prosperado contra el tiempo. ¡Pero cuánta turbulencia desde entonces! ¡Y cuanto error desde que empezamos a olvidar lo nuestro, exaltados por el odio de la leyenda negra, entumecidos al arrullo de las grandes palabras!

Una vez al año recordamos la gloria del capitán que levantó los primeros solares, y casi nada sabemos del héroe bronceado que opuso el arrojo nativo a la temeridad conquistadora. Y, no obstante, corresponden a nuestros fastos de origen la tizona y el dardo, la armadura y el pecho desnudo.

El automóvil y la luz eléctrica se agregaron a los artificios de la falsa retórica para deslumbrarnos. Y el vuelo del avión sobre el cerro, y el deslizamiento del carril de recreo, y el querer imitar lo de afuera.

Está bien todo esto, pero no es esto lo que importa para elevarnos en vez de descender. Todo esto es el limo del río, fecundo si se contiene su creciente, mortal si se sale de madre. Vale más lo que ha heredado el sanjuanino en sangre fuerte de razas creadoras, sangre de Juan Jufré y de Huazihul, alta estirpe de señores, esfuerzo tendido en procura de la amistad con Dios.

San Juan, del río a la cumbre, balancea su suerte como entre dos imanes. De lejos puedo verla mejor, suspendida entre el cielo y el suelo, como dicen que estuvo el sepulcro de cierto profeta. Lo malo de lo moderno tira de ella hacia abajo, y lo bueno de lo antiguo le asegura el honroso decoro de las cumbres. Pero el equilibrio está a punto de perderse y, si es preciso que la salvación sobrevenga, no será de otro modo que infundiendo en la materia de las nuevas conquistas el espíritu de los conquistadores viejos.

Pueblo que olvida sus tradiciones, vende al precio de un plato de lentejas su primogenitura y marcha hacia el acabamiento por entre las flores venenosas de la molicie. Y la ruina se habrá consumado el día en que nosotros dejemos de ser la continuación de nuestros predecesores, como ellos fueron nuestra raíz poderosa y como nosotros seremos una sola corriente con los que nos sucedan; única condición de orden y garantía de unidad que ofrece el saber humano desde las brumas del más remoto pretérito hasta la esperanza más lejana del porvenir.

Honrar la memoria de los patriarcas significa ver en ellos nuestra causa de existencia y expresar la voluntad de vivir potentemente. Y Jufré, que figura el primer hombre en San Juan de la Frontera, ha de ser también el primero en la ciudad futura, bajo el peligro de que nosotros lleguemos a ser los últimos por no haber querido ser con él los primeros.

Porque si pretendemos ser lo que no somos, desapareceremos en el castigo de los que nada son.

JOSE E. ASSAF

Don Chencho

Quién no lo ha conocido en Jáchal, donde su nombre es recordado con frecuencia — sobre todo cuando se trata de una noticia exagerada — y quién también, no ha dicho más de una vez:

— ¡Eres más embustero que don Chencho Carrizo!

Don Chencho Carrizo, Inocencio por su nombre de pila, era un hombre de posición desahogada y de cultura no escasa para su tiempo y su medio.

Afincado, hombre de negocios y de sociedad, tenía su círculo en el cual era apreciado por su espíritu alegre y decididor, por la gracia fina que ponía en su conversación, siempre retozona y salpimentada de anécdotas, a las que agregaba la infaltable mentira monumental, que era su fuerte y en lo que parecía gozar interiormente con la ingenuidad de algunos y con la aparente ironía de los incrédulos.

En suma, don Chencho era un prestigioso conversador — “causeur” como decimos ahora — pero donde su personalidad se agrandaba y cobraba relieves especiales, sino únicos, era en sus cuentos, como él decía, — mentiras según sus contemporáneos y contertulios — y a ésto debía su celebridad.

Don Chencho no era, como podría creerse, el charlatán vulgar, el mentiroso que habla y miente por conveniencia. No. Era en él una forma de ironía, una modalidad de viejo criollo lleno de agudezas.

Gustábale a don Chencho vestir bien, con elegancia, pero sin exageraciones dentro de su condición de hombre de campo. Eso sí, tenía una debilidad: su apero y su cabalgadura; siempre montaba una hermosa mula negra a la que llamaba “Golondrina”, o bien un macho overo de gran alzada, no porque no tuviese buenos caballos — que los tenía — pues era un carrerista sin abuela.

Su apero era todo lo rico que se pueda imaginar y tal vez era su única exageración, salvo, claro está, sus formidables mentiras.

Era en fin un paisano que ponía todo su orgullo en sus prendas camperas. Sólo tenía en aquellos tiempos en Jáchal una persona que le aventajara, y esta era el respetable vecino de Huaco, su contemporáneo, don Eusebio Dojorti, rico afincado. Este señor era para don Chencho un rival en elegancia, por la riqueza de su montura y demás prendas. Como a don Chencho, gustábale a don Eusebio montar también en mula; su montura constituía una fortuna, y de aquí partía la rivalidad de ambos, amén de que en política lo eran también, adjudicándose uno a otro más de una calaverada con Felipe Varela, lo que originaba cuando se encontraban en alguna reunión, acaloradas discusiones, las cuales muchas veces tomaban características serias, obligando a los amigos a intervenir para evitar un lance a pura **azotera**.

Dejando así más o menos esbozada la personalidad de don Chencho, vamos a recordar una de sus ocurrencias.

Allá por los años 1892 a 1893, época de gran apogeo comer-

cial de Jáchal, solía reunirse lo más granado de los jachalleros de aquel tiempo en la confitería de don Domingo Galaburrí. Esta confitería o cantina dragoneaba de “Club” social, mentidero público y comité político entre otras cosas. Y esto no es de extrañar, puesto que ahora que la civilización nos ha barnizado y el “grin-gaje”, como diría don Chencho, nos va imponiendo sus costumbres, en la misma capital son las confiterías los lugares en que se gestan todas las combinaciones políticas, los chismes de sociedad y no pocos chanchuyos judiciales.

Decíamos que la confitería de Galaburrí era el punto de reunión de los más caracterizados prohombres de la Villa — hoy ciudad de Jáchal — y de sus distritos.

Allí era efectivamente el campo de acción de nuestro don Chencho, el que era infaltable todos los domingos y días festivos, cuando no andaba de viaje o alguna carrerita de resonancia no lo retenía fuera de su círculo.

Muy temprano solía caer a **hacer la mañana, a matar el gusano**, tomando su copita de anisado criollo o un guindadito chileno de puro contrabando.

La llegada de don Chencho era como el toque de reunión; en seguida comenzaban los habituales contertulios a llegar y hacer rueda.

Pero entremos en materia y “vamos como por sobre el lazo”. Don Chencho, hemos dicho, era embustero pero a su modo, y sus mentiras tenían a veces un dejo de amarga ironía o una gracia retozona en la cual envolvía muy a menudo a los más pintiparados de sus contertulios que por hacerle bromas salían embromados.

Entre los asiduos concurrente a la confitería de Galaburrí, solía contarse don Pablo Rodríguez, chileno, conocido con el apodo de “Precisamente” por la manía de repetir a cada momento, viniera o no al caso, su “precisamente” en la conversación. Era este señor negociante en ganado, muy bromista pero también de muy mal genio, lo cual más tarde le costó la vida.

Un domingo de fiesta religiosa en la iglesia de la Villa, se encontraba la confitería con “quorum” completo, encabezando la tertulia “Precisamente” y faltando — cosa rara — don Chencho, ausencia que notada desde el primer momento, originaba los más variados comentarios: quién lo hacía en alguna parranda, otros en algún refñidero...

En ese momento aparece nuestro don Chencho, montando su “Golondrina” y seguido de sus tres galgos, “Cuidatuamo”, “Cual” y “Como vos”.

No había nuestro hombre terminado de saludar a la concurrencia, cuando Rodríguez le larga un: — ¡Eche... una sin pensar, don Chencho!

A mala hora Rodríguez largó su exabrupto, pues una racha de ajos y cebollas de parte de don Chencho cayó sobre él.

— So **canejo**, díjole para terminar, mejor será que vaya a ver sus toros que se han pasado al trigo de don Bausta (Bautista Echegaray) y están haciendo un daño bárbaro y no venga **amol**ar.

Rodríguez ante este anuncio no reparó por cierto en los ajos y cebollas y sólo atinó a preguntar:

— ¿Pero es cierto, don Chencho?

— Crea si quiere — fué la contestación de don Chencho, y con gesto de despreocupación entró en la confitería sin dar más importancia al asunto.

Rodríguez monta entonces su caballo y sale como alma que lleva el diablo en dirección a la finca en que tenía su ganado.

Los de la reunión comentaban el caso y se reían del chasco ocurrido al amigo "Precisamente". Entre tanto don Chencho seguía serio, como dando tiempo a que Rodríguez hubiera caminado muchas cuadras, para luego decir:

— Bueno, como sin pensar le van a quedar las asentaderas del galopazo que se va a dar.

Esta salida de don Chencho dió a los circunstantes la clave del asunto. Lo que había dicho don Chencho a Rodríguez era en verdad una "sin pensar".

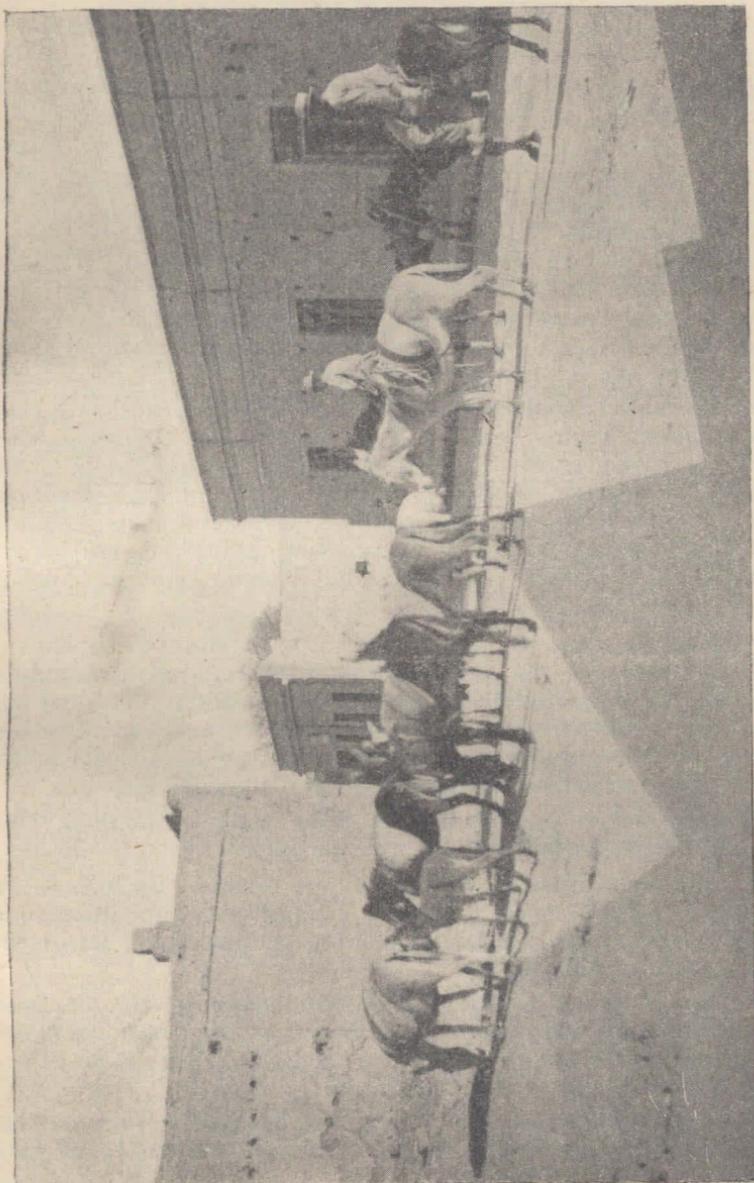
Es del caso hacer notar que la finca donde tenía Rodríguez su hacienda, distaba como tres o cuatro leguas de la Villa.

Los comentarios que se hicieron y la jarana que se armó no es para descripta, pues el lector se la imaginará sobradamente.

Mientras esto sucedía, Rodríguez galopaba hecho una furia contra sus peones, pero cual no sería su sorpresa al llegar y encontrar que los toros pastaban tranquilamente vigilados por los **campañistas**.

Lo que pensó Rodríguez y lo que dijo no ha llegado a nuestros oídos, pero es de imaginárselo, pues no volvió a la reunión durante un mes, y aun así, fué el "pato de la boda" de los amigos, que al "Precisamente" le agregaron la de: "Eche una sin pensar".

ROGELIO DIAZ L.



Tropa de burritos cargados con "chansas" — Jáchal

San Juan — Aspectos activos

Si ya la sinfonía de las hojas, de las flores y de las frutas del valle de Tulún constituyen una maravillosa creación del hombre anónimo, casi invisible, de la gran orquesta, a poco que os detengáis en el rancho, en el viñedo, en el taller rústico, en la labranza, en el vivero del modesto agricultor, frente a la vid que acaba de brindaros los frutos jugosos de la nueva variedad; o del melón, del pimiento, de la remolacha sorprendidos por sus dimensiones, su color, su gusto; a poco que os detengáis en el estudio de algún pintor sin nombre, perdido al pie de las sierras entre parrales y cabras, tenéis de inmediato la sensación del genio que fermenta y de la mano que no duerme.

Sentíame vivificado por la esplendidez de esta aurora gloriosa en la planta y en el hombre; cuando los 2.400 kilómetros cuadrados de Tulún, convertidos en la "ciudad parque" de los Andes, sean la colmena de 500.000 habitantes que piensan, trabajan y aman con la serenidad de los que se elevan sobre las pasiones, el himno del triunfo no tendrá estrofa con que parangonar los encantos de aquel pedazo de suelo donde el genio brilló ya muchas veces.

Doña Maravilla vino hace ocho años de España, y ya es dueña de dos casitas, una de ellas arrendada al Consejo Nacional para escuela. Es lavandera y viaja diariamente en el ómnibus, llevando al mercado el producto de su huerta, que no alcanza a media hectárea; suspende su trabajo y nos dice, riendo:

— Aquí tienen ustedes mis dos hijas, toda mi familia. ¡Oh! trabajo mucho para educarlas; pero me siento feliz.

A toda costa quiere que veamos sus tomates, asombrada de unos frutos que no había soñado su imaginación andaluza; que aceptemos sus brevas y nos sentemos bajo el parral que ha extendido sobre la vereda pública.

— ¡Qué racimos! — exclama triunfalmente. — He plantado hace cuatro años unos olivos que ya dieron aceitunas así. Mi huerta tiene de todo y nos da para las necesidades; "hogaño no es como antaño".

Doña Maravilla nos despide con voz llena de optimismo; ha mejorado la raza de sus gallinas y los huevos constituyen un renglón fuerte de sus entradas.

El automóvil parte a través de un callejón de varios kilómetros entre cereos de higuera, granados, membrillos, sauces y ála-

mos que entoldan el camino; entramos a la avenida de Alto de Sierra. Antes de llegar al puente, la vista de un corredor atascado de sillas de álamo blanco y totora cruda nos detiene. Preocupado por las escuelas sin moblaje y lo difícil que era sustituir los cajones y adobes con bancos y asientos de 25 pesos cada uno, mil pesos por aula, ví en este encuentro la posibilidad de resolver la situación con un producto de la industria local. Examiné las sillas; las encontré sólidas y, en su rusticidad, estéticas, pues el fabricante, un criollito joven, tal vez un huarpe, en camiseta y alpargatas, coloreaba con anilina, hábilmente, la paja rebelde al líquido; el torno mecánico daba a las piezas del armazón, elegancia.

— ¡Cuánto valen quinientas?

Sorprendido por la pregunta, titubeó:

— Vea, señor, 2,30 cada una.

— De 37 centímetros de alto y 40 de ancho, sólidas como ésta, sin nudos...

— Sí, señor.

Montaba un aula de mil pesos por 270, porque la licitación trajo a luz numerosos constructores anónimos de sillas de totora a 1,30 sin colores, al natural, de una rusticidad encantadora. ¿No eran maestros del trenzado antes de llegar los españoles? Las aulas llenas de sillitas entraron impetuosamente, merced a la necesidad, en uso del material tan preconizado por los métodos activos al que el niño de 6 o 7 años no se sentía atado como en el banco de adobe. Estos hechos que cortan, de repente, el nudo de una preocupación larga y molesta, prueban, como decíamos al principio, el fermento de actividades anónimas que deben descubrirse con el interés que recomendaba Leonardo a sus discípulos.

VICTOR MERCANTE

¿Qué es un libro?

Un libro, es algo muy grande, muy noble.

Es sabiduría;

arte;

pasión;

lucha.

Un libro es un alma, es algo viviente.

Es, cuando no una bandera, un alma simplemente;

un poema,

una flor.

Un libro es una palabra de fe, o de duda;

es, a veces una bandera,

un lábaro de amor, de libertad,

y por ende, de lucha y de dolor.

OSCAR BRIONES ARIAS

Del libro: "Jornadas".

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



CORDILLERA DE LOS ANDES. — Iglesia

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El guanaco y su caza en las sierras de Cuyo

Nombrar a Calingasta significa referirme a un valle magnífico, enclavado en plena cordillera y como a 150 kilómetros al Oeste de la Ciudad de San Juan.

La vida de los habitantes se desliza allí plácidamente. Nada perturba la quietud incomparable del lugar y sólo la Naturaleza, en el desborde de sus fuerzas invisibles, lleva a la realidad a los que, embobados ante tanta belleza, pensaron que habían descubierto el rinconcito terrenal prometido por los dioses...

Habitado durante la época de la conquista por los indios de aquel nombre, respondía como otras tribus que poblaban el territorio de la Provincia, al genérico de huarpes, especie que por su aspecto físico, costumbres e idioma, se diferenciaban en mucho de los indios de Chile y aun de los Que-Chuas, a quienes se atribuye su ascendencia. Sin embargo, algún historiador ha afirmado que los tales huarpes eran autóctonos de las tierras que poblaban.

El historiador chileno Ovalle, se admira de dos cualidades sobresalientes observadas en estos indios: la agilidad maravillosa para trepar y bajar los montes escarpadísimos de los Andes y el don natural para encontrar los rastros de personas o animales, auxiliados por una visión extraordinaria. Respecto a lo primero afirma que los indios cazaban los guanacos siguiendo tras ellos, por espacios de horas y hasta de días, sin dejarlos comer ni parar hasta que extenuados, eran fácil blanco de sus flechas o libes.

En cuanto a lo segundo, son muchos los casos que se citan y ya Sarmiento inmortalizó en sus páginas admirables la figura simpática de Calíbar, representante genuino de aquella raza de aborígenes cuyanos.

Esas cualidades de sus antecesores han sido heredadas por los hombres que habitaban en el valle de Calingasta. Ya no corren a pie a las bestias, pero son infatigables para ascender cabalgando a los cerros más encumbrados, sin que jamás sus pulmones sientan la angustia del aire que falta, ni la "puna" congestione sus rostros, haga sangrar sus narices, paralice sus miembros, y, al nublarse la vista, sólo se oiga el zumbido persistente de la muerte...

El hombre del llano, el no experimentado, soporta este fenómeno en todas sus consecuencias, posiblemente como tributo por las bellezas que en compensación le ofrecen las alturas. Y en verdad que con usura se cobra por estas molestias el que tiene oport-

tunidad de conocer aquellas serranías y gustar las alternativas de una cacería de guanacos.

Indudablemente el territorio argentino, y hasta podría afirmarse, todo el continente Sud-Americano, no ofrece para el aficionado a las excursiones cinegéticas, amplio escenario donde poner en práctica tales aficiones, no sólo por la carencia de una fauna comparable a la de Africa o Asia, sino por las dificultades que presenta para su realización, la topografía misma de las regiones en que se necesita actuar.

En efecto, lo que podríamos llamar nuestra caza mayor, se reduce a guanacos, vicuñas y pumas en las regiones andinas y patagónicas; avestruces en las pampas, tapires y jaguares en las riberas del Paraná o en los bosques chaqueños. En lo que respecta a la última especie nombrada, fuera de alguna aventura imprevista de excursionistas circunstanciales, los únicos cazadores de que tenemos noticia, son los "tigreros" de profesión, muy semejantes al primitivo cazador de osos de las estepas rusas, cuya única arma la constituye un enorme cuchillo, que la habilidad y sangre fría admirables del extraño personaje, introduce infaliblemente en el corazón de la peligrosa víctima.

Algunas veces, más adaptado a los inventos modernos, acepta como instrumento de caza, uno de esos fusiles a fulminante, de cuyo cañón mantenido a fuerza de ligaduras, puede inferirse el número de piezas restadas a las selvas vírgenes.

Cambiando el medio y dirigiéndonos al Oeste argentino, nos encontramos con el cazador de vicuñas y especialmente de guanacos, cuya abundancia varía según las regiones, siendo tan escasos actualmente en las serranías de San Juan y Mendoza, que existe una ley prohibiendo su caza en absoluto en la primera de las provincias nombradas.

Por idéntica causa que el "tigrero", el "guanaquero" no practica la caza como deporte, sino que las necesidades del medio y la oportunidad de procurarse un elemento de subsistencia adecuada a sus aptitudes, le hicieron cazador experto y de excelente puntería.

Porque en la caza del guanaco es indispensable esta cualidad, sin la cual es inútil ostentar otras condiciones.

Ya no existe el peligro de la fiera herida o simplemente atacada; aquí hay que buscar a la presa sigilosamente a través de las escabrosidades de la montaña, ponerse a tiro, calcular la distancia, hacer puntería y disparar el arma. Todo esto contando con que el animal o la tropilla descansen en alguna hondonada, se apre-

tuje en los lamederos (1) o paste confiada en la quebrada próxima, que impide llegue hasta ella el ruido producido por el desmoronamiento del granito al paso de las cabalgaduras o por el deslizamiento forzoso del cazador al pisar en falso en algún trozo de roca mal adherida a las laderas.

O bien que el "relincho" o jefe de la tropa, en acecho, constantemente alerta en la parte más prominente del lugar, no haya dado la voz de alarma y en un instante toda la manada desaparezca aterrada, ante el anuncio del peligro inminente.

Por ello el experto que descubrió la tropilla, aconseja acercarse en dirección contraria al viento, por cuanto esta precaución evita que los animales de olfato finísimo, "venteen" a los cazadores, poniéndose fuera del alcance de las balas.

Pero estas oportunidades no son frecuentes y el cazador no cuenta casi con ellas en el haber de sus fatigas cinegéticas.

Lo repetible es que aparezca imprevistamente la víctima, que sorprenda con su presencia cuando la posición del tirador generalmente montado, no le permite dispararle de inmediato. Aquí viene la escena más interesante: la lidia entre la bestia que huye incitada por un instinto de conservación incomprensible, y el hombre que ansía en su persecución, mostrar su habilidad de montañés acostumbrado a esta lucha con la naturaleza agresiva y poner a prueba su destreza de tirador "sui generis" en circunstancias excepcionales.

El que conozca nuestra cordillera andina podrá apreciar el grado de coraje que significa el perseguir a todo el correr de la cabalgadura, a través de los despeñaderos y fragosidades de aquellas serranías a un animal, que, a la agilidad natural de su textura física se agrega la adaptación al medio en que necesita vivir.

La velocidad del guanaco fué tradicional entre los antiguos indios peruanos, pues según Garcilaso las famosas ruinas de Tiahuanaco deben su nombre a un episodio relacionado con aquel animal.

Refiere dicho historiador que encontrándose el inca Mayta en esos lugares, le llegó un "chasque" del Cuzco con tal rapidez que, asombrado el jefe, díjole "tía (siéntate) huanaco", frase que desde entonces se aplicó para designar a lo que ahora sólo son vestigios de una civilización desaparecida.

(1) *Lamedero*: filtraciones de agua en la roca que al lamer los guanacos para extraerla, arrastran consigo partículas metálicas con las que se forma la piedra Beazar, concreción calcúlosa cuyas extraordinarias propiedades medicinales son hasta el presente mentadas. Se refiere que Carlos V la usaba con frecuencia.

En verdad, el guanaco es veloz y flexible como una gacela. Produce admiración verle trepar por rodados (2) casi cortados a pico, como despeñarse por desfiladeros intransitables para otros animales.

El hombre más sagaz, rápido en sus concepciones, en un segundo adivina la dirección que toma la bestia en su huida, corre paralelamente a ella, desciende como el rayo por el despeñadero que se presenta a su frente, trepa por la cuesta vecina, llega a su cumbre y se apea del bruto, cuyas ijadas chorrean sangre, sublime en su esfuerzo supremo exigido por el hombre.

Preparar el arma, esperar que el animal haga un paréntesis en su carrera alocada y hacer el disparo, todo es cuestión de segundos en un cazador avezado.

He dicho un paréntesis en su carrera porque en verdad el guanaco, y esto favorece sin duda el éxito del tirador, no corre sino por intervalos. De distancia en distancia se para como aturdido, levanta la cabeza en la máxima longitud de su pescuezo, mira hacia atrás, permanece indeciso y como impulsado por un presentimiento trágico, vuelve a emprender su carrera desenfundada.

Esos son los momentos que el cazador aprovecha para hacer sus tiros, los que generalmente no yerra.

Muchas veces el animal herido en partes no vitales, continúa corriendo; entonces es necesario hacer nuevos disparos evitando que trasponga la ladera, pues casi siempre es pieza perdida cuando esto ocurre.

Es curiosa la contextura de este rumiante. A pesar de la esbeltez de su figura y de sus movimientos casi femeninos, apariencias que harían suponer una resistencia concordante, soporta su cuerpo en forma tal la acción de las balas que me admira haber visto ejemplares muertos con sendas cicatrices de heridas producidas por anteriores cazadores.

Cobrada la pieza, los peones se encargan de la tarea de conducirla al campamento, pero ocurre, y esto es frecuente, que algún cazador al alejarse de los compañeros, se vea privado de su auxilio. Entonces tendrá que individualizar el sitio en que se halla, sea provocando una humareda o dejando alguna señal visible para los paisanos que no tardarán en llegar, orientados ya por los estampidos o por la dirección contraria a la que huye el último guanaco de la tropilla dispersa.

Más de una vez los buitres, son los mejores auxiliares de los baquianos. Pocos minutos bastan para que en el cielo de una diaphanidad absoluta, aparezcan primero puntitos negros casi imper-

(2) Rodado: ladera muy vertical y resbaladiza, formada por granito y roca deshecha.

ceptibles, luego de mayores proporciones, y por último, cientos de aquellas aves de rapiña, revoloteen sobre los cazadores escurriéndose en todas direcciones con sus enormes cabezas que hacen girar constantemente, esperando el momento en que el hombre se aleje para caer insaciables sobre el cadáver aun caliente de la víctima. Un par de horas sobran para que la voracidad de tales animales, convierta en esqueleto a un guanaco adulto.

ROSAURO PEREZ AUBONE

San Juan desde el punto de vista social

FRAGMENTO

PAZ SOCIAL

Al terminar el siglo XIX, San Juan conservaba su aspecto colonial; población, edificios, costumbres, dijérase que no habían sido aún influidas por el ferrocarril que llegara pocos años antes; la electricidad, ese elemento formidable del actual progreso mundial, no se utilizaba todavía; y sólo en la industria se advertía el comienzo del cambio que en los pocos años siguientes ha transformado el aspecto local, por mucho que queden rastros casi intactos, como la estructura de la ciudad capital.

Bien es verdad que la civilización es urbanismo, y que de este punto de vista podría discutirse si esta vieja ciudad ha dejado los pañales. Sin embargo, los treinta años corridos, de la presente centuria, han sido de innegable progreso; y, socialmente, puede hoy afirmarse una gran transformación.

Una sociedad supone un pueblo actuando sobre territorio que le proporciona habitación y medios de vida; su importancia y su progreso dependerán de las condiciones espirituales de sus hombres, de los recursos que le proporcione el suelo en que habita y de las posibilidades de desenvolvimiento que tenga a su alcance.

En trabajos anteriores se ha visto que el de San Juan es territorio favorable para el engrandecimiento de un pueblo; clima saludable y hermoso, si bien excesivamente seco, y en una altura que invita más a la holganza que al trabajo; tierras feraces, por mucho que reclamen costosos regadíos; minerales de importancia; es decir, que el pueblo de esta Provincia encuentra en ella recur-

esos naturales bastantes para su sostenimiento y su progreso.

Veamos ahora si su composición étnica, sus dotes espirituales y sus posibilidades de contacto con los demás pueblos concurren al mismo efecto.

POBLACION. — SU FORMACION ETNICA

Del punto de vista de este ensayo, la población no interesa tanto numérica como cualitativamente; cualquiera sea su densidad o extensión, lo importante para apreciar el fenómeno social es conocer su composición étnica. Recordemos para ello que estas tierras argentinas, como las de América toda, se encontraban a la época del descubrimiento pobladas por aborígenes, cuyo grado de cultura o civilización no nos es bien conocido.

La conquista de América por España tuvo por principal objetivo la persecución de las riquezas fabulosas que se suponían en las Indias, y los conquistadores arrasaron con los naturales que no se sometieron, esclavizaron a los sometidos y se apropiaron de sus mujeres. La indagación de su cultura no les importó; sí, la de sus riquezas; y así fué como destruyeron cuanto pudo revelar aquella.

La observación ulterior sólo encontró ejemplares de una raza vencida, inferior a la conquistadora, y ruinas sin mayor importancia informativa.

La población de San Juan, como la del resto del país, resultó del cruzamiento de los españoles conquistadores y colonizadores con las mujeres aborígenes, de un poco de sangre negra, de esclavos africanos, traídos durante la colonia, y del acrecentamiento y cruza ulterior por inmigración, en su mayor parte europea.

Este último factor fué escasísimo en este rincón andino hasta el presente siglo, dificultado por su lejanía de los puertos de acceso; como fué también pequeño por la dificultad de las comunicaciones, el aporte de españoles durante la colonia.

La conquista sentó sus reales en estos lugares con la fundación de San Juan de la Frontera que hiciera Juan Jufré el 13 de Junio de 1562, por la cual un puñado de hombres, 24 españoles, establecieron señoríos sobre los aborígenes, agricultores y pacíficos, el pueblo huarpe, de lengua y características propias.

Cuantos fueron los pobladores autóctonos de estas tierras es dato que no he logrado. Larrain cita referencias de haber habido en Cuyo veinte mil indios en encomiendas y cien mil almas hasta el río Tunuyán. Fernández afirma la existencia de una población no menor de treinta mil almas en el valle de Calingasta.

Miles más o menos, el hecho social es que aquellos veinticuatro varones se unieron, naturalmente, a las mujeres de la tierra.

como los pocos españoles que vinieron después, como más tarde sus hijos, nietos y demás descendientes, como la casi totalidad de los colonizadores, ya que fueron contadas las mujeres blancas que con ellos vinieron.

Determinóse así un mestizaje en que predominó la sangre indígena; el que se complicó con algo de sangre africana, poco empero, pues fué reducido el número de esclavos negros en esta región.

CULTURA — INSTRUCCION — EDUCACION

La inferioridad étnica del mestizo es un hecho indiscutido, y de mayor importancia si la cruce se efectúa sobre una enorme masa de individuos de cultura inferior.

El resultado en nuestro país fué el de una población en que predominaba la inercia, la falta de iniciativa. Bunge ha precisado, en admirable estudio, las características psicológicas de nuestro mestizo: pereza, tristeza, arrogancia, efectos de la pasividad del aborigen en curiosa amalgama con cierto espíritu de rebeldía; como si la arrogancia de la sangre española vivificara el dolor de la raza sometida, transformándolo en resistencia; digo sólo resistencia porque ese espíritu rebelde se acusa únicamente ante el empuje del caudillo que levanta las amorfas masas para el éxito de sus empresas.

¿Cuáles fueron las condiciones de San Juan respecto de la educación popular? Debo decir que no eran las mejoras; los estudios sociales sobre todo cuando son impulsados por un ferviente deseo de mejoramiento, deben señalar las fallas por penosas que sean.

“Al principiar el año 1810, no había en la Provincia, más escuela que la del Rey, costeada por el Gobierno, y una particular regentada por el Presbítero Don Manuel Torres. La enseñanza se reducía a lectura, escritura y cuentas sin método fijo; y como educación superior a la lectura en cartas y catecismo de Astete”.

El cuadro que años más tarde presenta Sarmiento en “Civilización y Barbarie”, respecto de instrucción, educación, cultura, es desesperante e impresionó sin duda, poderosamente, al gran argentino, determinando su constante preocupación al respecto.

Fué así como, llegado al gobierno de la Provincia, dió buen impulso a la instrucción primaria, iniciando un plan escolar que siguiera en aumento con el consiguiente beneficio de colocar a San Juan con buenos promedios en la lucha contra el analfabetismo.

Fuerza es recordar, empero, que la instrucción primaria no es sino posibilidad, elemento, principio de cultura; socialmente no basta a un pueblo la sola enseñanza mecánica de leer y escribir;

es menester que sea capaz de aprovechar esa enseñanza en la función de pensar; la masa que aprende obligadamente las primeras letras, no mejora por ello sólo su condición espiritual, y menos mientras menor sea su capacidad intelectual.

VIAS DE COMUNICACION — AGRICULTURA — INDUSTRIA

Por laborioso que sea un pueblo, y por muchos que sean los recursos que le brinde el territorio en que se desarrolla, sus actividades quedarán limitadas a la satisfacción de sus necesidades, mientras no tenga contacto con otros pueblos, contacto que le permita el intercambio de los frutos de su laboriosidad con los de otras regiones que producen cosas diferentes.

Ya hemos visto que San Juan ha vivido en una dificultad de comunicaciones rayana en el aislamiento; y advertimos así que las mismas razones determinantes de la falta de inmigración a su suelo, influyeron en su estancamiento comercial.

Su industria ganadera limitada por las dificultades del cruce cordillerano, para llegar al mercado más accesible: Chile; y la vitivinícola reducida por lo enorme de la empresa de transportar vinos al interior o al litoral a lomo de mula.

En 1884 llega el F. C. Gran Oeste Argentino, hoy a cargo de la empresa del B. A. P., y con él pareciera que llega la civilización; se facilita el acceso de población y de cosas y recursos de que aquí se carece; la solución, del punto de vista comercial, resulta empero muy relativa; pues si bien ofrece el medio de expender el vino de elaboración local, se tropieza con la competencia de Mendoza, de igual producción, y a menor distancia del mercado por la misma vía férrea.

El transandino por Uspallata, luego, cercena el renglón ganadero.

Y viene la construcción del ramal Serrezuela a San Juan, de los FF. CC. del Estado, a mejorar grandemente las comunicaciones, permitiendo el engrandecimiento de la principal industria local.

Esa vía, dada al servicio público en 1910, al abrir el camino a los mercados del Norte, puso a San Juan en mejores condiciones que a Mendoza respecto de ellos, con lo que dejó esta provincia de ser tributaria de la vecina en materia vinícola; gracias a ello crecieron las plantas industriales, su aumento requirió mayor número de brazos, y con el aporte inmigratorio ocurrieron nuevas iniciativas, diversidad de cultivos, etc.

El progreso actual de San Juan es, fuera de toda duda, función del mejoramiento de sus vías de comunicación; los caminos

han progresado en el último quinquenio; acaba de inaugurarse el ramal a Jáchal de los FF. CC. del Estado, y ojalá se realizara algún día el proyecto que parece sueño, del canal de Los Andes, que incorporaría un medio barato de transporte comercial, transporte hoy de alto precio, con el consiguiente encarecimiento de la vida.

Mientras las fuentes minerales de la Provincia se mantienen inexploradas, a la espera de su acercamiento, de capitales que salven la gran distancia a que se encuentran de las estaciones terminales, San Juan vive de su agricultura y de la industria del vino, principalmente del cultivo de la vid.

La diversificación de cultivos ha comenzado ya, como también la diferente aplicación de la uva, que por años fuera exclusivamente elaborada. Se viene exportando para mesa, de años atrás, recurso aumentado y que aumentará gracias a la iniciación de frigoríficos, para asegurar su buena conservación en el trayecto; también 1931 ha sido año de la inauguración de las primeras cámaras, gracias a las cuales se ha obtenido el transporte en vagones igualmente enfriados.

La explotación de frutales y de hortalizas, de gran porvenir en San Juan, aumentará su riqueza, conjurará los peligros de la monocultura y provocará también la mejora que necesita su principal industria, la vitivinícola, cuyo progreso hasta el día es más cuantitativo que cualitativo.

CONCLUSION

La Provincia de San Juan presenta, pues, un aspecto social, que puede afirmarse, a tono con el resto del país; sobre un territorio rico, una población laboriosa, si se tiene en cuenta la altura y la sequedad del clima; una población que necesita resolver cuatro problemas principales para realizar sus grandes posibilidades: la pacificación de su vida cívica, necesaria para darse gobiernos que lo sean en el mejor sentido de la palabra; la solución de las dificultades actuales y el mejoramiento de su principal industria; la ampliación de su extensión cultivable mediante embalses que aseguren mayor posibilidad de regadío; y el acercamiento de las regiones mineras por las vías de comunicación necesarias.

Imaginar la solución de estos problemas, es entrever un mañana grande y próspero; trabajar y luchar por conseguirlo, es hacer patria.

SALVADOR A. DONCEL

R i s a s

La risa es la suprema expresión de la vida del alma, pura o no. La risa es la vida misma.

Piedad para los que han destrozado la suya dejando de reír; piedad para los que en su corazón hecho trono a la derrota alojaron a Melpómene; piedad para los vencidos por el dolor, que al proscribir la risa lapidaron la alegría de vivir con el epitafio sombrío del misterio.

Piedad para ellos que no pueden vibrar con la ilusión ni sonreír con la esperanza; piedad porque en sus corazones ya no cabe la magnificencia de los amaneceres, la poesía violeta de los crepúsculos, ni la caricia vivificadora de la luz ni del amor.

Piedad para los que no tienen ya el recurso heroico de la risa que es liberación y consuelo.

Risas... Risa cantarina y diáfana de la niñez, que lleva al alma sonoridad de trinos, preludios de alborada; risa juvenil, identificación de la esperanza; facundia de la vida que es como un pujante arrebolar de auras en la sonriente promesa del día que viene pleno de sol; risa de la vejez, risa invernal, risa que es como la postrer titilación de un ocaso satisfecho de luz; risa neurótica, amarga risa que ruge la plenitud de incógnitas tormentas; risa que es como una bocanada de dolor, espasmo sanguinolento de una desesperación incontenible; risa envidiosa, estridor envenenado, venganza de la impotencia...

Risas... Vida interior que se vuela en una carcajada con la sonora elocuencia de la pasión que la impele; risa toda que es la vibrante rebelión del alma que arroja sus tristezas, la voz del corazón que quiere ser feliz.

Bendigámosla. Y roguemos, recemos por los que no pueden reír...

AUGUSTO S. RAMOS G.

Todo un maestro

Conservo un recuerdo conmovido y una gratitud sin límites para los que fueron mis profesores y maestros.

Algunos viven todavía y gozan sin duda de la felicidad interior de los que cumplieron a conciencia el deber evangélico de enseñar al que no sabe.

Otros, son sólo sombras augustas, cuya evocación me transporta a la niñez y a la adolescencia lejanas y hace que los vea actuando en su medio, poseídos del fervor de verdaderos misioneros laicos, llevando a nuestras mentes inquietas la revelación de los conocimientos esenciales para ser algo en la vida.

Entre los que cumplieron una jornada ejemplar se destaca en mi memoria, con relieves imborrables, mi profesor de francés del Colegio Nacional, Ingeniero León Valencon.

Tenía la talla elevada de un granadero y la fisonomía severa y bondadosa de un monje.

Era su palabra tranquila, paternal y austera, y su serenidad tan invariable que estoy seguro de que jamás tuvo que repetirse a sí mismo la vieja máxima oriental: no dejes que el sol se ponga sobre tu ira.

El sol se puso siempre sobre su tolerancia, su humana comprensión y su noble apostolado.

Era un dulce pastor de almas juveniles, con un concepto casi místico de la tarea docente.

Ejercía también el profesorado en la Escuela Nacional de Minas y aprovechábamos a menudo tal circunstancia para someterle nuestras dudas sobre cualquier punto de los programas de matemáticas.

Cada vez que requeríamos su auxilio parecía que su figura se agrandaba ante la inesperada oportunidad de enseñarnos algo más que su lengua materna y a los pocos minutos el pizarrón se cubría de claras figuras geométricas y de fórmulas ordenadas e impecables y su verba ágil para el razonamiento y accesible a la comprensión de los menos iniciados, colmaba las lagunas de nuestros rudimentos precarios y confusos.

Después de reiteradas recomendaciones de que no tuviéramos reparos en lo sucesivo de hacerle nuevas consultas, iniciaba su clase del día.

Cuatro años consecutivos asistí a su cátedra de francés y jamás le ví un gesto de impaciencia ni le noté un asomo de fatiga que revelara un fugitivo renunciamento a su fervoroso apostolado ni una declinación momentánea de su prestancia docente, no obstante lo difícil que era hacer interesantes las clases de idiomas y mantener la atención y la disciplina de un alumnado poco contraído al estudio y por lo común inclinado a una truhanería que en oportunidades rayaba en el salvajismo primitivo de la tribu.

Es que el ingeniero Valencon sabía imprimir a la enseñanza un personalísimo sello de dignidad, de mansedumbre y de comprensión y poseía un concepto claro de la medida de lo que debía dar y de lo que podía exigir.

Su gran alma de maestro creaba, así, la armonía y el equili-

brio dentro del aula y preparaba la óptima cosecha que el mismo terreno negaba a otros sembradores que no atinaron con el secreto de su fecundidad.

Una anécdota de hondo sentido pedagógico y humano me eximirá de la tarea de intentar una semblanza de aquel varón ejemplar.

Cursaba el tercer año del Nacional una pandilla inquieta y rebelde a las normas disciplinarias, en que no eran excepción las cabezas bien dotadas y donde tampoco faltaban caletres limitados.

Al promediar el año se impuso el hábito de jugar al "tres" (el ta-te-tí) por cigarrillos, durante las clases.

La clásica figura se trazaba sobre un cartón o un papel y más frecuentemente con tiza sobre el pupitre y cuando la partida era interesante y el profesor interrogaba a uno de los contendores, éste no tenía empacho en contestar que no sabía la lección aunque la hubiera preparado a conciencia. Personalmente, el caso me ocurrió más de una vez.

Las clases de latín y de inglés eran las más perjudicadas por el juego y hubo un momento en que la hora de francés estuvo a punto de ser invadida por el juvenil deporte.

Advertido de ello, el ingeniero Valencón nos dijo un día con acento dulce y paternal: Ustedes desatienden las lecciones y pierden el tiempo entregándose a un juego que no es tal porque carece de interés y de azar.

¿Cómo?, exclamó casi al unísono la clase.

La razón es muy sencilla — replicó el maestro — el que pone su ficha en el centro, al iniciar la partida, debe ganarla irremisiblemente.

No puede ser, dijo uno de los más audaces, y en prueba de ello lo desafío, "monsieur", a jugar una partida.

Esta irreverencia, que habría merecido un castigo o una severa reprimenda de parte de un maestro menos comprensivo, no inmutó al profesor, quien se limitó a aceptar el reto sin dilación y a trazar en el pizarrón las cuatro líneas cruzadas.

El desafiante fué vencido en pocas jugadas e igual suerte corrieron los que imitaron su gesto temerario.

El procedimiento infalible para vencer era sencillo: consistía en obligar al oponente a jugar dos fichas seguidas.

En menos de un cuarto de hora quedó demostrado que el "tres" sólo podía constituir un juego de personas poco inteligentes e imaginativas.

Cuando el profesor iba a reiniciar la clase interrumpida, el más atrasado del curso exclamó con pesadumbre: "monsieur", a mí me ha arruinado!

Cosa increíble, era el único que conocía el secreto. Lo había

usado con tal parsimonia que nadie se había dado cuenta de su método infalible para fumar a expensas de los que se consideraban más inteligentes y más listos.

La extraordinaria revelación nos dejó desconcertados. A mí, personalmente, me causó una impresión tan honda que jamás se ha borrado de mi espíritu.

El deporte tan inteligentemente destronado no volvió a perturbar la enseñanza en ningún momento y cada uno de nosotros puso, sin decirlo, algo de su amor propio lastimado para que ese olvido fuera completo y definitivo.

Sólo un gran maestro hubiera podido en forma tan simple y cordial sacar partido de una situación desfavorable para restablecer el prestigio de la cátedra, arrancar de cuajo un vicio perturbador e impartir una de esas lecciones inolvidables que enseñan a vivir.

Aquel episodio fué para mí todo un aprendizaje que me reportó en más de una ocasión apreciables beneficios, pues me enseñó que el éxito debe buscarse por el camino de la valoración y no del menosprecio de los oponentes o adversarios que nos presenta el destino.

Ello significa que los fatuos, los egotistas y los impacientes deben caer a la larga vencidos por sí mismos y que el éxito es para los reflexivos, para los prudentes, para los razonadores, para los perseverantes y los que saben esperar.

Los verdaderos maestros no son los que se limitan a transmitir conocimientos de acuerdo con un programa oficial en el ambiente frío de una clase sin alma.

Son los espíritus superiores que dejan algo de sí mismos en la vida moral de las generaciones que pasan por las aulas.

Son los que comprenden que cada alumno es una personalidad que tiene por delante una "ardua montaña de misteriosa pendiente" y a la cual es necesario entregarle con las nociones reglamentarias un *substractum* de su experiencia y de sus virtudes que le sirva de báculo, de escudo y de brújula para orientar la conducta.

Eso fué León Valencón; y si al cabo de largos años divulgo esta anécdota de sentido tan profundo, lo hago a título de homenaje de admiración y gratitud al gran maestro desaparecido y para que con ella se perpetúe la memoria del que supo enseñar cosas sencillas y grandes que son las que dejan huellas imperecederas en las almas.

ESTANISLAO ALBARRACIN

Al compás de la guitarra

Los escaparates de las librerías están siempre llenos de libros de versos, constantemente renovados. Los hay de todas las tendencias, de todos los colores, de todos los "ismos" que quepa imaginar: culteranismo, romanticismo, dadaísmo, etc.

Desde el poeta puntilloso, académico y frío, esclavo fidelísimo de las clásicas reglas consagradas, hasta el iconoclasta arrogante que se ríe en las barbas del padre Homero, hay toda una escala de cultores del arte que nos brindan el fruto de sus emociones. Creo que es de secundaria importancia, el desentrañar con prolijidad la ubicación de tales o cuales autores en el casillero de las escuelas literarias: el poema es bueno o malo por lo que él contenga y no por la insignia con que se lo embandere. Pero es forzoso reconocer que — a diferencia de lo que ocurre con la poesía popular — la lectura de esos volúmenes, escritos por artífices de la pluma, ofrecen más de una página de desconcertante obscuridad o de inaccesible sutileza.

En cambio, que grata sensación de limpidez depara al espíritu la humilde cuarteta creada por la musa del pueblo! Es como el jarrito de agua fresca, bebida junto a la destiladora.

Toda esa poesía popular ha nacido anónimamente al compás de la guitarra, porque el criollo no concibe el verso sino ligado al instrumento tradicional, compañero fiel de cien generaciones de conquistadores y paisanos.

Algún le enseña un día a colocar trabajosamente sus dedos sobre las cuerdas; mejora después su aprendizaje a fuerza de mirar y escuchar; y el resto viene sólo a impulsos de su inculto afán artístico. Para amores, para tristezas, para burlas, para todo aprende una estrofa oportuna; o la improvisa en un instante feliz en que acierta a volcar sus palabras en cuatro versos breves, cuya rima y medida fluyen del molde de armonía que es su propia guitarra.

Música y poesía se complementan recíprocamente constituyendo para él una sola expresión de sus afectos; no podría hacer hablar a su corazón sin el arrullo de la sonora encordadura. Por eso dice con honda sinceridad:

La guitarra que yo toco
tiene boca y sabe hablar;
sólo le faltan los ojos
para ayudarme a llorar.

Otras veces el instrumento que acarician sus manos evoca el recuerdo de su "prenda" seductora y esquiva, haciendo brotar esta canción de exquisita fluidez:

¡A mal haya mi vida
fuera guitarra,
pa tenerte en mis brazos
atravesada!

O bien expresa su deseo envuelto en una ingeniosa figura literaria que ningún texto le enseñó:

Ayer persignar la ví,
mis ojos fueron testigos;
quisiera poner mis labios
donde ella dice: enemigos.

El dolor de la ausencia inspira otro sencillo cantar, en que el enamorado cuenta cómo se aferra a la melancólica contemplación de aquel trocito de paisaje donde vió por última vez la silueta de la ausente:

El consuelo que tengo,
cuando estoy triste,
es mirar el camino
pu' ande te fuiste.

Tampoco podría faltar, naturalmente, la expresión vanidosa del galán convertido en tirano, que canta con fingida indiferencia:

Yo no sé qué le dije
que ella lloraba:
costumbre de mujeres,
llorar por nada...

En la espontaneidad y la sencillez radica seguramente la belleza característica de las trovas populares. La idea de comparar al enamorado con la mariposa que muere en la llama que la atrae, es sin duda un lugar común, explotado hasta el cansancio por las novelas folletinescas y los poemas ripiosos; pero recobra su primitivo calor de emoción en aquella simple cuarteta, libre de énfasis, que dice sobriamente así:

Como la mariposa
tengo la suerte:
aquello que más quiero
me da la muerte.

El cancionero criollo encierra también, aunque en menor número, las estrofas adecuadas para labios de mujer. Entre otras, vale la pena recordar ésta que debió ser improvisada por alguna paisanita de tierra adentro, a raíz de un secreto desencanto:

Amor de forastero
no vale nada:
ensilla su caballo,
se va mañana...

Pero no todo han de ser requiebros y amoríos. La nostalgia del terruño, abandonado con prisa en algún penoso trance de la vida, hace exclamar al poeta anónimo:

Cuando salí de mi tierra
de naides me despedí;
sólo de los tristes cerros
que ellos me vieron salir.

Y si la pobreza lo castiga lejos de sus pagos, recoge la lección de su experiencia en un consejo dictado por sus propios dolores:

Naides salga de su tierra
sin conveniencia ninguna,
porque se doblan las penas
si no ayuda la fortuna.

Si de burlas se trata, el poeta criollo no produce extraordinarios rasgos de agudeza. Se limita, por lo común, a utilizar recursos sencillos, salpimentados con alguna comparación pintoresca, o algún breve juego de palabras:

Presumís de tu talento
y sos porongo roto,
que brama al correr el viento
armando gran alboroto.

Un diablo se cayó al agua,
otro diablo lo sacó,
y otro diablo le decía:
¿cómo diablo se cayó?

Algunas veces surge el regionalismo en pullas ingenuas, como aquella que escuché hace buenos años durante una breve e inolvidable permanencia junto al Río de Los Patos :

Cuando los cordobeses
bajan al agua,
salen en tropillitas
como las cabras.

Los de Córdoba no se han quedado atrás en el retruque, porque me dicen que para el lado de Cruz del Eje cantan esta otra :

Cuando las sanjuaninas
bailan la cueca,
yo he visto a las mujeres
canillas éhuecas.

Y menos lisonja hacen todavía los catamarqueños a sus vecinas de La Rioja cuando cantan :

Dicen que en Famatina
venden mujeres;
el paquetito a veinte
como alfileres.

Pero estas son bromas de salón. Salvo que, como el salón lo constituye en este caso el amplio espacio que media entre el rancho y el corral, la rusticidad del chiste emana del lugar donde florece.

Sin embargo, lo rústico no es lo soez; y en éstas como en cualquiera de las estrofas que hemos recordado, la musa popular — quizás desaliñada pero siempre candorosa — lanza sus cantos de alegría o de tristeza con la despreocupación de un pájaro posado sobre el filo de la tapia.

ELADIO SEGOVIA

Todo argentino está orgulloso de serlo

Todo argentino está orgulloso de serlo. Orgulloso, porque la Divina Providencia al distribuir las bellezas naturales, fué pródiga con estas tierras del Plata, pródiga en la fertilidad de sus cam-

pos, en la abundancia de sus ríos, en la profusión de sus puertos, en sus montañas, en sus bosques, en sus llanuras, en sus praderas, en sus lagos...

Fué generosa al darle un grupo numeroso de hombres fuertes, valientes, abnegados y talentosos, quienes, luego de conquistar la independencia de esta nación, por tantos soñada, llevaron, sucesivamente, unos tras de otros, a nuestra patria, al grado de prosperidad y de grandeza que hoy es asombro de todo extranjero que la visita y justa satisfacción de sus hijos que la admiran en su magnificencia, en su continua ascensión hacia el progreso, hacia la gloria.

Todo argentino está orgulloso de serlo, porque la mujer de esta tierra fué siempre modelo de esposa, de madre, de hija, de hermana, modelo de patriota, que en los momentos aciagos, todo lo sacrificó, hasta sus más preciadas joyas para ponerlas al servicio de la libertad de su pueblo y de los pueblos hermanos; modelo de mujer cristiana que supo y sabe llevar hasta el que sufre palabras de consuelo, consejos sabios y la limosna que cubre, que alimenta, que da albergue y que mitiga los sufrimientos ocasionados por una salud quebrantada.

Todo argentino está orgulloso de serlo, porque así como Buenos Aires, la gran capital de la República, ofrece sus características propias, que la señalan como la ciudad esencialmente progresista y culta, así cada una de nuestras provincias posee sus particularidades, con las que ha contribuido a dar a nuestra nación el renombre que disfruta entre los pueblos civilizados: Buenos Aires, Provincia, con la riqueza de sus cosechas y sus ganados; Entre Ríos, famosa por sus cuchillas que rompen la monotonía de su suelo, tiende con su ganadería a alcanzar, por el esfuerzo de sus hacendados, el alto nivel de la provincia anteriormente citada; Santa Fé, con sus renombrados puertos y sus colonias, crisol éste donde se funden numerosas razas y en las cuales el trabajo inteligente y tenaz de sus colonos, al amparo del gobierno, llevan la agricultura de esa provincia al destacado lugar que ocupa; Córdoba, con su capital, la ciudad docta por excelencia y con sus sierras que atraen y mantienen el turismo; Tucumán con sus ingenios azucareros y la frondosidad tropical de sus praderas y sierras; San Juan y Mendoza, con sus viñedos, sus alfalfares y sus termas y la inmensidad de la mole andina que asombra y subyuga al viajero; San Luis, con sus famosos mármoles y ónix; Santiago del Estero con sus bosques y salinas en explotación; Catamarca, con su Ambato y con su Ancasti, y, junto con La Rioja, con sus viñedos peculiares, sus minas y sus tejidos; Corrientes, con sus naranjales y sus praderas, y por último Salta y Jujuy, con sus

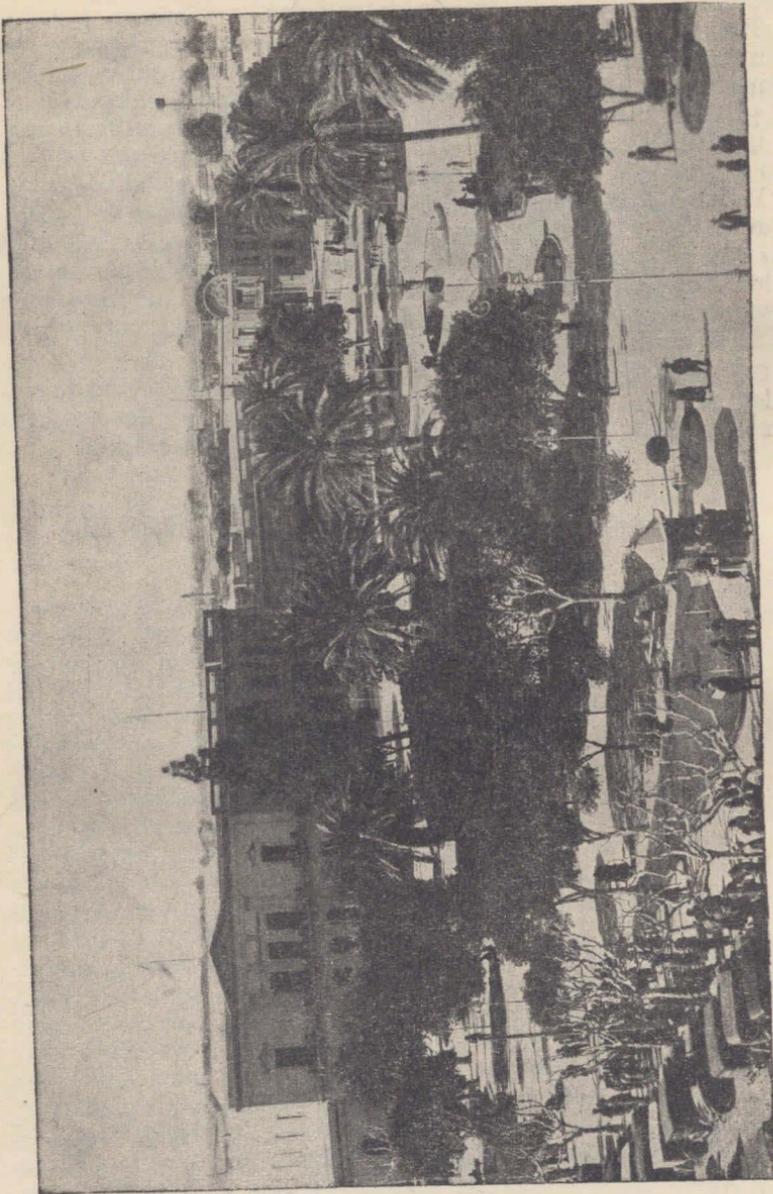
bosques, sus tejidos y sus minas de petróleo.

Todo argentino está orgulloso de serlo, porque sus provincias — sin exceptuar una — y aun hasta sus modestas gobernaciones — cuna una de ellas del gran San Martín — han dado al país hombres preclaros en las ciencias, en las letras, en el arte y en la política que, unidos o en luchas cívicas gallardas, cooperaron con sus luces al progreso y al renombre de esta gloriosa nación.

Y citaré aquí la eminente figura de Sarmiento, hijo de la Provincia de San Juan, quien con su pluma y con su acción, colaboró como otro ninguno, a la cultura intelectual del pueblo argentino, dándole escuelas, muchas escuelas, seguro de que el analfabetismo en las masas populares, empequeñece y detiene a las naciones en su afán de civilización.

Así, todo argentino está orgulloso de serlo, porque su nacionalidad, además, lo hace hermano de tierra de uno de los hombres que más lucharon hasta lograr la alta cultura de un pueblo.

LEONOR KIERNAN



(Foto Birle)

Plaza 25 de Mayo

San Juan de Cuyo

LA CIUDAD DE LAS ESTATUAS

Grave, melancólicamente grave, es el aspecto de esta ciudad andina. San Juan ha conservado su fisonomía de vieja ciudad que perdiera Mendoza: la calle angosta, la edificación antigua con reminiscencias de la colonia. En Mendoza el terremoto de 1861 se llevó la ciudad del pasado y nació una ciudad nueva, con calles de veinticinco metros, aun sobre el mismo recinto donde se levantaba la ciudad vieja. San Juan en cambio se ha conservado dentro de su antigua traza colonial. Amenazada por las crecientes del río, hubo de correrse más al Sud de donde fuera fundada, fundación y traslado hechos por los dos Jufré. No tuvo la tragedia de Mendoza; pero no alcanzó tampoco el beneficio de ese dolor: renovarse, ser una ciudad nueva. Compensación en la desgracia: hasta el dolor es fecundo para los pueblos fuertes. La transformación edilicia de San Juan ha tenido que ser, naturalmente, más lenta, y siempre bajo su molde tradicional. Cuando en 1857 la visitó el geógrafo de la Confederación, Martín de Moussy, era un paralelogramo de 117 manzanas: 13 cuadras de Oeste a Este y 9 de Sur a Norte. Sus calles eran de 13 metros de ancho. Tenía veredas pero no estaban pavimentadas. Las atravesaban las acequias de riego, sobre las cuales había puentes de madera. Circunscribían aquel paralelogramo cuatro grandes calles o avenidas, de veinte metros de ancho, plantadas de álamos. Después la ciudad se ha ido extendiendo hacia las barriadas aledañas. Por las calles de algunas de ellas anduvo levantando planos Sarmiento, como ayudante del ingeniero Barreau primero; por su propia cuenta después... Pero la nota dominante, lo que primero advierte el viajero es la típica y angosta calle colonial, característica de las ciudades centrales y del Oeste argentino de los viejos tiempos. En cuanto a su edificación es también en gran parte la vieja edificación de adobe, de paredes anchas, evocada por Sarmiento en "Recuerdos de Provincia". Y hasta a veces se encuentra la clásica casa española, de patio y jardín al frente y edificación al fondo, con lisa pared hacia la calle, sin habitaciones, aun cuando a las veces la adornaran algunas ventanas. En alguna ocasión le hicimos notar este detalle a don Agustín Gnecco, deseosos de obtener la comprobación de una sugestión nacida en nuestros vagabundeos de periodistas por las calles de San Juan...

Retémlase por otra parte en el viajero esa sensación grave y

melancólica de ciudad un tanto olvidada por el tiempo cuando se comienza a ver a través de sus calles y sus plazas la muchedumbre silenciosa de las estatuas: San Martín, — ¡el eterno San Martín escultórico con el índice indicando el camino de la victoria, constantemente repetido en todas las ciudades argentinas! — Sarmiento, Santa María de Oro, Laprida, del Carril, Aberastain, otra vez Laprida... ¿y no se nos olvida acaso algún monumento?...

El pasado histórico, personificado en bronce, está allí para atestiguar su antigüedad gloriosa... Todos esos hombres han nacido allí. Sólo San Martín no le pertenece, pero siendo éste mendocino de adopción, era cuyano, y siendo cuyano, era también sanjuanino. La epopeya sanmartiniana hermanaba por igual a Mendoza, a San Juan y a San Luis: gobernador de Cuyo era el héroe cuando gestó su hazaña con el esfuerzo de las tres. San Martín está también allí en su ciudad, como lo está en San Luis...

Se vive en San Juan un poco en voz baja, como cuando se pasea por esas casas vetustas y señoriales donde en otro tiempo han vivido próceres. Y se siente, como sintió Arturo Capdevila cuando llegó a San Juan por primera vez, una emoción de patria... Primero fué una sensación de polvo: como en las casas viejas; polvo que levantó el cochero al sacudir los almohadones de su coche; luego el polvo de las calles (era en 1911, pero podía haber sido igual ahora, en 1935); pero de esas nubes grisáceas, iba surgiendo una estatua, y otra estatua, y otra estatua, y el poeta, emocionado, olvidado de la tierra, advertía que eran como abiertos templos de la patria aquellos monumentos... Y es buen testimonio a fé éste del poeta cordobés, — a pesar de lo que pudiera prevenirnos la tonada, — porque se ha ido andando a través de nuestras ciudades, de Este a Oeste y de Sud a Norte, buscando las sensaciones de patria que concretó en su libro "Tierra mía"...

Es que realmente en San Juan se conserva, indeleble, esa sensación de añoso recuerdo de nuestras viejas ciudades. Y aquellas figuras próceres, intuyendo cosas gloriosas en su inmovilizado ademán de bronce, parecen como incrustadas, como indispensables, aun en la ciudad de hoy. Muchas veces, junto a la pared Norte de la Catedral, se añora la silueta femenil de un año, 1830 o 1840, con la pollera amplia, la mantilla y el peinetón, seguida del chiquillo negro portador de la alfombra o de la silla de las oraciones...

Cuando el viajero sale de la casa de Sarmiento, que inmortalizara en las páginas de sus recuerdos, remozada y todo, advierte que muchas de esas casas que se van alineando a lo largo de las calles, son como hermanas suyas que conservan en su anticuada y vieja arquitectura muchas tradiciones del tiempo muerto, y, curiosamente, atisba a través de los zaguanes para descubrir en el

patio soleado la frondosa higuera que abatió el hacha progresista de los hijos, y que ha vuelto a replantar, como un homenaje, la sensible posteridad.

Ilusión tal vez, pero al lado de muchas de las casas modernas de la San Juan de hoy, de una arquitectura sin estilo, con su uniforme estuco, gris, una sola de aquellas viejas casas terreras, enjabelgadas de colores claros, en el sol pródigo que ilumina la cal modesta y descascarada, vale tanto para el viajero imbuído de Sarmiento como una ciudad entera. Y una placa oportuna, le indica con frecuencia, que allí vivió o murió un hombre ilustre que — la reminiscencia clásica es de rigor — “fatigó a la fama”.

Grave, grave ciudad esta de San Juan, más que ninguna otra de la república. Y no es porque no se haya incorporado al ritmo de nuestro progreso. Es activa, es febril. Ciertas horas de la mañana y de la tarde, frente a la plaza principal, la muchedumbre bulliciosa, pulula, se agita, por la acera del Club Social y del Banco Español. Las confiterías y los bares bullen de gente dialogante, con algo de ambiente español, aun cuando falta la peña literaria e ironizante. Negocios, política... mucha política. De los bares y de las confiterías salen las comitivas que van en jira de propaganda y tras un día activo de andar y de perorar, vuelven otra vez allí para continuar perorando. Un repórter de “Los Andes”, en vísperas electorales, buscaba un candidato inhallable. Tras múltiples inquisiciones, la respuesta era la misma: búsquelo en el café, a tal hora, allí lo encontrará... Y en el café se conversa, se hace política, se hacen planes, se gobierna, se pronostica. Es como un periodismo vivido y hablado. La noticia está ya en el café antes de haber nacido. Pero, sin embargo, ni este bullicio ni nada nos aleja de nuestra obsesión de ciudad vieja e histórica poblada de recuerdos...

Obsesión, sin duda que es obsesión... ¡Y cómo recrudece esa obsesión cuando la noche llega! Capdevila ha sentido esa emoción de la noche sanjuanina, cuando la ciudad cae en el silencio y en el sopor. Las calles y las plazas le parecían más vastas. Veía como crecía hacia todos los ángulos el ámbito de la soledad. Encendidos carbones eran para él los astros en la diafanidad extraordinaria del cielo, ardido literalmente de estrellas. Sentía como las voces resonaban en el aire nocturno como si rebotasen en la calma perfecta de la ciudad dormida. Y como Capdevila anduvo por San Juan en momentos que se vivía como en estado de sitio, con cautelas y temores, sintió como el ¡alerta! de los centinelas rondaba en la obscuridad de las calles, y tuvo, por momentos, la sensación de un San Juan trágico...

Recientemente, un repórter imaginativo, semejante al poeta cordobés, paseaba también por esas calles sanjuaninas, en la soledad de la noche. Y decía en una de sus crónicas que al andar por aquellas calles angostas, de veredas desiguales, con casas salidizas, angustiosamente solas, el viandante nocturno no deja de pensar que al doblar una esquina se ha de encontrar con el espectro de alguno de los gobernadores asesinados, imbuído acaso su espíritu con el recuerdo de aquel mandatario encontrado un día muerto, sentado sobre la acera, misteriosamente asesinado... Fantásticos espejismos de la noche, que se disipan con los rayos solares del día...

Y es así en realidad. A la luz del día San Juan es otra ciudad. A poco andar advierte el viajero que al lado de la ciudad del pasado va surgiendo otra ciudad del porvenir. A la ciudad de Martín de Moussy se le van agregando nuevas barriadas, calles amplias, parques hermosos, "stadiums" modernos. Crecimiento lento, sin duda, pero que irá progresando a medida que las circunstancias económicas mejoren. Algún día la ciudad se ha de despreocupar de la política apasionante, que paraliza las actividades sanjuaninas. Algún día esa política será para ella lo que debe ser, un medio de progreso, de cultura, de adelanto, de concordia. Y entonces ha de surgir la ciudad nueva, síntesis de un espíritu nuevo; ciudad que ha de llegar porque hay en el alma sanjuanina un dinamismo muy grande que sólo necesita encauzarse para realizar esa obra.

Observadores enamorados de la vieja ciudad, con sus recuerdos, con sus tradiciones, con sus evocaciones del pasado, no dejamos por eso de ver con simpatía la nueva ciudad que nace entre los muros de la ciudad vieja y que va hacia aquellos aledaños que encontrara también tan hermosos otro viajero ilusionado del pasado: Juan Llerena, el de los "Cuadros descriptivos de Cuyo". Como las hijas recuerdan a las madres, la nueva ciudad que surja ha de conservar algo de la vieja que, desde el ferrocarril a ahora, ha venido transformándose lentamente... Y aun cuando todo se transforme y vayan desapareciendo hasta sus viejos templos, quedará siempre el hogar de Sarmiento, con sus paredes de adobe, con su higuera acogedora en las horas de la siesta, la obra de las industriosas manos maternas, que habrían tejido la tela del recuerdo, superior a todo, aun al filo de las tijeras de las Parcas que todo lo tronchan, todo lo terminan, que todo lo acaban, menos el don divino de la memoria que dieron los dioses a los hombres...

Oración a la Bandera

Canto en cien palabras

Naciste al grito de libertad del pueblo criollo y fueron tus colores simbólicos el azul y blanco del cielo de la patria.

Belgrano, al crearte, te infundió la nobleza de su alma.

Siempre invicta, llevada en alto por el brazo guerrero de San Martín, traspasaste los Andes, aliada de los cóndores andinos, mensajera de libertad para los oprimidos de América.

Eres eterna por tus glorias y magnífica por tu pureza de firmamento.

Algún día, a tu sombra sacrosanta, se realizará el sueño del Maestro genial cuando te canten, con el acento varonil de los fuertes, cien millones de voces argentinas.

El voseo, los extranjerismos y otras malas prácticas

Es muy corriente en gran parte de la América Meridional, y particularmente en la Argentina, la fea práctica, nada católica por cierto, del voseo que con otras bajas expresiones que trae aparejada, deforman y mistifican una de las lenguas más puras y bellas de la tierra, como que en Castellano se escribió la obra cumbre de la literatura universal, cual es "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Y no se crea que el voseo tiene patente de propiedad sólo entre el pueblo zafio. No es así desgraciadamente. Su uso y abuso es muy común en las clases cultas. Cuando no se le dá la acepción de grosera familiaridad, se lo emplea en cambio para tratar a personas de una categoría social inferior o en forma despectiva, constituyendo en todos los casos una imperdonable falta de cultura.

Para honor del buen castellano, el voseo no se aclimató en toda la América española. En Méjico y Perú predominó el *tu* como una conquista a la ignorancia y chabacanería de los pueblos de habla castellana. Lógicamente tenía que ser así porque en ambas

naciones floreció más exquisita la cultura española con toda su galanura y esplendor.

La Argentina debe desterrar el voseo, signo de mala crianza, para reemplazarlo con el **tu**, expresión correctísima que revela educación en la persona que lo emplea.

Ya lo dijo Monner Sans: "En casa de Mitre no entró nunca el vos" y Arturo Capdevila comentando esto agrega: "¡Cómo había de entrar cosa tan sucia en tan limpia casa!".

El voseo arrastra tras de sí un chocante apéndice de palabras que como "tenés", "querés" y otras de tan pésimo gusto como las nombradas, bastardean la pureza pristina de una lengua exhuberante en riquezas idiomáticas, bella cual ninguna, fluída, dúctil, que parece brotar espontánea como un manantial del seno de la tierra. Lengua melódica que hasta los mismos dioses se sentirían orgullosos de hablarla.

Otro vicio gravísimo que atenta contra la pureza del idioma, es el extranjerismo, conquista subterránea de la vieja Europa, que tanto daño nos causa, sin que atinemos a combatirlo en ninguna forma.

Es el extranjerismo una enfermedad crónica que injerta en la sencillez de nuestra lengua materna extrañas voces que enturbian la fuente clara de una herencia castiza.

En el deporte, en el cine, en el teatro que es aún más grave, en todos los órdenes de nuestra actividad diaria, encontramos extranjerismos a granel como una mala semilla exótica.

¿Qué importa que el Castellano posea una infinita variedad de palabras para expresar todo lo que existe en el universo, si es más **chic** asombrar al oyente con el mayor número posible de voces importadas intercaladas a cada paso en nuestra conversación? Esto da cierta superioridad sobre el que nos escucha.

Saludamos en inglés: **good-by**, porque eso produce en el saludo un gran efecto.

En el **restaurant** examinamos la **carte** y nos regalamos con varios platos que figuran en ella con nombres extranjeros, cuyo significado nos es difícil traducir. Al terminar nos quedamos con la pequeña duda de si los platos raros gustados no los hemos probado alguna vez en el hogar, servidos por la robusta cocinera de acentuado color moreno, que los llamaba vulgarmente sopa, pescado, porotos...

En las tardes somos infaltables a la confitería donde nos sentimos muy eriollos cuando saboreamos un **vermouth** del mismo nombre, aunque la mayoría de las veces preferimos el **cocktail** fabricado con los más exóticos licores; y mientras consumimos estos raros brebajes que el **barman** acaba de batir fuertemen-

te en una linda **cocktelera** de metal, nos enfrascamos en una discusión con el amigo sobre si éste o aquel **speaker** de tal o cual **broadcasting** es más simpático, o nos extendemos en una serie de consideraciones sobre los astros y estrellas de Hollywood, haciendo alarde de conocer al dedillo sus nombres, sus costumbres y los más minuciosos e insignificantes detalles de la vida de cada uno.

Nos deleitan los partidos de **foot-ball**, de **catch-as-catch-can** y de **rugby**; nos entusiasmos fácilmente con un **match de box**, y hasta practicamos algunos **sports** menos violentos como el **tennis**, el **basket-ball** o el **water polo**.

De vez en cuando asistimos a una **soirée dansante** donde nos lucimos en los pasos complicados de una **maxixa**, de un **fox-trot** o de un **shimmy**.

En las representaciones teatrales admiramos la gracia de las **girls**; en el circo las habilidades de un auténtico **cow-boy**, y siempre nos damos tiempo para no llegar tarde al **club** donde nos empecinamos en reñidas partidas de **pocker** o de **bridge**.

Es necesario también, para no pasar por ermitaño ante las amistades, concurrir a menudo a la **boite** y al **cabaret** y pedir, aunque más no sea para cada primero de año, una botella de **champagne**, que no ha sido fabricado como podría creerse, en Francia, sino que es un vino criollo, espumante, muy superior a todos los que nos pueden traer del extranjero.

Los domingos y días de fiesta es de tono llamar un **taxi**, siempre que no se posea un **Chevrolet de luxe**, un **Sedan Tudor Standard Ford** o una **voiturette Plymouth six**, y repantigándose en el asiento ordenar al **chauffeur** en voz alta: "ché, lleváme al **dancing** de fulano".

Un día de **camping** por mes tonifica el espíritu y nos deja como nuevos, brindándonos la oportunidad de no preocuparnos mayormente de nuestra **toilette** y concurrir vestidos un poco a la **négligé**. Si comenzamos a tornarnos obesos, la práctica diaria del **footing** nos hará conservar la línea ideal del tipo **standard**.

Pero, ¿para qué continuar? Reconozcamos con hidalguía que no sabemos honrar nuestra lengua materna. Despreciamos lo criollo porque es muy común, muy vulgar, aceptando en cambio todo lo extranjero para estar a tono con el modernismo y con el vecino que hace lo propio. Esto es lo **snob**, y nosotros no podemos dejar de practicarlo so pena de hacernos acreedores a la crítica.

Y sin embargo esto es sencillamente ridículo. No desnaturalicemos nuestra lengua matizándola con frases y palabras extranjeras que la mayoría de las veces las pronunciamos mal y que no honran ciertamente nuestra cultura de siglos.

Llamemos las cosas por su nombre castizo y verdadero aunque tengamos que decir vestíbulo en vez de **hall** que es más efectista hasta por la h aspirada. ¿Con qué objeto hablar de **réferee, pic-nic, meeting, foot-ball, rouge, confort, corner, foul, round**, pudiendo decir juez, paseo campestre, reunión, balompié, rojo, cómodo, esquina, falta, vuelta?

Mal del siglo es éste, en que cada cual trata de aventajar a su interlocutor intercalando en sus frases mayor número de extranjerismos, como si ello fuera un galardón. Y decimos **stand, fixture, record, smoking, stop, stock, cottage, crak, raíd, boy-scouts, trust, tournée, team, handicap, garden-party** y cientos de palabras más, como si no pudiéramos reemplazarlas por sus equivalentes en Castellano.

Conservar nuestro idioma inmaculado es el deber de la hora actual. No vivamos sólo de recuerdos gratos. Cimentemos nuestras glorias pasadas con hechos presentes.

La honrosa misión de luchar en pro del mejoramiento del castellano que hoy hablan más de cien millones de personas, le está reservada en primer lugar al maestro de escuela. El niño debe ser su más fiel y entusiasta colaborador.

Listos pues para esta gran cruzada. Guerra sin cuartel al voseo, al "tenés" y "querés", a los extranjerismos y a todas las prácticas viciosas que atentan, tan imperdonablemente, contra la pureza de una lengua inmortal.

La Provincia de San Juan como zona productora de frutas

La fama de que goza la provincia de San Juan como zona productora de frutas se remonta a los tiempos de la conquista, en que se introdujeron las primeras especies frutales y la vid, de cuyos frutos se preparaban descarozados, pasas y vinos. En el transcurso de los años estos cultivos decayeron algo, para surgir nuevamente, adquiriendo actualmente una importancia considerable.

Varios son los factores que facilitan el cultivo de las plantas frutales y la obtención de productos de alta calidad. Uno de estos factores es el clima seco, caluroso, con desarrollo progresivo de temperatura y la luminosidad del cielo que predisponen a la pro-

ducción de frutas sanas, bien sazonadas, resistentes a los viajes, de larga conservación y de un gusto exquisito.

La topografía de la provincia es muy accidentada; su territorio lo forman numerosos valles, más o menos extensos, como el de Tulún o propiamente San Juan que es el más extenso, Zonda, Calingasta, Huaco, Jáchal, Iglesia, Valle Fértil, y algunos de menor importancia. Cada uno de ellos posee características propias de clima, determinado por la altura a que se encuentra, exposición de la tierra y por otros accidentes topográficos.

De ahí que la provincia ofrezca diferentes ambientes culturales en los que es posible cultivar desde las especies frutales propias de los climas templados-cálidos, tales como son los citrus y el olivo, hasta las especies de los climas templados-fríos, como el manzano, castaño y avellano entre otras.

El régimen de las lluvias es de verano, siendo éstas muy escasas, alcanzando un promedio de 88 milímetros al año.

Con excepción de las zonas del Oeste que por la altura a que se encuentran y la vecindad de la cordillera, la temperatura en las noches del invierno descendiendo algunos grados bajo cero, en los demás departamentos es bastante templada.

La nieve es rara en la llanura y frecuente en la montaña. Los vientos fuertes del Oeste son frecuentes en el invierno, mientras que los del Sud son suaves, facilitando las diversas funciones fisiológicas de las plantas.

En lo que se refiere a las tierras ofrecen la más variada composición. Cada valle tiene una superficie inclinada de Oeste a Este, de suerte que las tierras situadas al Este de los respectivos valles son de mucho espesor por el arrastre de las aguas y vientos, mientras que las situadas al Oeste son de formación local, y por lo tanto más delgadas.

En general son tierras fértiles, muy aptas para implantar los más variados cultivos. El análisis químico nos demuestra que son muy ricas en potasa, discretamente provistas de ázoe, ácido fosfórico y escasas de cal. Pero hoy la industria química pone a disposición de los fruticultores abonos químicos para suplir a la tierra del elemento que escasea.

Pero para el éxito de los cultivos y la seguridad de la producción, San Juan dispone de un factor de mucha importancia que es el agua de riego, la cual la posee en abundancia, constituyendo ello una ventaja indiscutible ya que puede suministrarse en la cantidad y en el momento que las plantas la requieran. El agua de riego, además de suplir a las necesidades de la vegetación, constituye también, por el deshielo de las nieves que le dan origen y substancias que arrastra en su largo trayecto, un verdadero abono.

En los diversos ambientes culturales que se originan por la misma topografía de la tierra, ha sido posible orientar la fruticultura, en función del clima, para cultivar las diversas especies frutales donde su producción sea económica. Pero sin darle a los diversos cultivos el carácter de monocultivo, ya que al lado de la plantación principal se hacen también cultivos complementarios.

De acuerdo a esta orientación el manzano se ha plantado en los valles frescos y altos de la precordillera, donde, debido a este factor y a la luz es posible conseguir fruta perfumada y de color intenso.

El ciruelo para secar y el peral, se plantan en el valle de Jáchal que se encuentra a 1.200 metros de altura, y su temperatura es menos elevada, asegurando la producción y la calidad de las frutas.

La plantación de los citrus y del olivo, encuentra en el Valle Fértil las mejores condiciones para vegetar, pero también estas especies se cultivan en otras zonas de la provincia de clima igualmente templado.

Las demás especies frutales: almendro, damasco, durazno, ciruela de mesa, higuera, vid y otras especies, se cultivan extensamente en los departamentos suburbanos, ofreciendo cada uno de ellos zonas para la obtención de fruta, desde las variedades precoces hasta las de maduración tardía.

UVAS DE MESA

Por la cantidad que se envía fuera de la provincia, por la calidad y época en que se obtiene — desde mediados de Enero hasta fines de Mayo — San Juan es la principal zona productora de uva de mesa de la República.

Para darse una idea de la importancia que tiene este cultivo, del que existen ocho mil hectáreas plantadas, basta examinar las siguientes cantidades de uva enviada a distintos mercados:

Año	1930	501.860	quintales	métricos
"	1931	739.990	"	"
"	1932	687.370	"	"
"	1933	900.510	"	"
"	1934	419.179	"	"

Para los mercados nacionales se produce principalmente el Moscatel blanco, que es la reina de la uva de mesa, pues es dulce, perfumada y de exquisito sabor, resultando insuperable.

PRODUCCION DE FRUTAS SECAS

A pesar de ser muy importante la producción de diversas especies de frutas secas, esta industria en la provincia aun está en pañales a pesar que sin exageración, podría decirse, que el porvenir de la provincia está en la industria de la desecación de la fruta.

Para ello se presta ante todo el fuerte sol del verano y la sequedad del aire que permiten hacer una desecación en pocos días, y por lo tanto muy económica. A estos factores necesario es agregar el elevado tenor de azúcar que contienen las frutas, y ello da la razón del por que son tan aceptadas en los diferentes mercados del país.

OTROS FACTORES INDISPENSABLES DE LA INDUSTRIA FRUTICOLA

El desarrollo alcanzado en la provincia por las plantaciones de frutales y el cultivo de la uva de mesa, como asimismo el activo comercio de estos productos, han inducido a los productores a la instalación de cámaras frigoríficas y al empleo de vagones frigoríficos para el transporte de las frutas.

El frío es un factor indispensable para el comercio de los citados productos, de suyo muy perecederos. El empleo de este elemento avicina los mercados consumidores de las zonas productoras, permite que las frutas se cosechen ya sazonadas o en punto de serlo, en vez de cortarse pintonas como se hacía antes, para que pudieran llegar en buenas condiciones a su destino, y finalmente facilita el almacenamiento, de la fruta en la época de producción, sobre todo si hay abundancia, para lanzarla a los mercados cuando escasea, alcanzando, por esta causa, buenas cotizaciones.

Consecuente con las ventajas del empleo del frío, existe actualmente en San Juan un frigorífico que llena ampliamente estas aspiraciones, habiendo otro en construcción para almacenar la producción frutícola en continuo aumento en la provincia.

ERNESTO J. RIVEROS

Obrar bien

La inmortalidad no es un puesto de honor en la posteridad, ni es conquistable.

Ella resulta directamente del desarrollo excepcional de una rigurosa aptitud humana cualquiera, buena o mala.

La inmortalidad debe entenderse como la vida subjetiva de los seres, objetivamente mortales, en la materia de los sucesos, por generaciones de generaciones. La inmortalidad es una sanción de la justicia histórica, y la justicia es, como un teorema de matemáticas, independiente de la bondad o maldad del espíritu que la aprecia: es o no es.

Siendo la base primera de la inmortalidad una aptitud rigurosa no es conquistable; porque las aptitudes son orgánicas y por lo tanto, innatas. La educación puede vigorizar una aptitud o torcerla y atrofiarla; pero no puede crearla. En el primer caso está la inmortalidad: organización natural apta y con desarrollo propio, eficaz. Así son inmortales los buenos como los malos: Pericles y Nerón.

La inmortalidad es la justa apreciación póstuma de cualidades salientes: glorifica o anatematiza según los merecimientos de cada sujeto en acción, durante la transición objetiva de la existencia. Los individuos que no tienen cualidades resaltantes forman el vulgo, la inmensa masa, que es como la ganga de un mineral precioso, y su mérito consiste en ésto, en el conjunto que da su valor al metal o piedra que engendra; es la inmensa cooperación social que da luz al genio o al bienhechor.

Ahora bien, ¿de qué depende que un individuo alcance la glorificación o el castigo histórico? Indudablemente es de su acción. Y la acción corresponde directamente al organismo que la produce, como la hechura fatal de una máquina.

Un ambicioso genial como **Napoleón** no puede producir el bien para la humanidad: admira, deslumbra, se immortaliza y se le condena.

Un genio con todas las inclinaciones generosas, como **Cristo**, deslumbra, seduce, se immortaliza y llega a la deificación.

Todo consiste que predomine el egoísmo sobre el altruismo o éste sobre aquel.

Luego, ¿en qué debe consistir la acción sobre la tierra? En disminuir en cada individuo, personal o colectivo, cuanto posible fuere, las influencias mezquinas y acrecentar las generosas: obrar bien, trabajar con amor en provecho de los demás y sólo lo necesario en provecho propio.

He demostrado anteriormente que los bienes son perdurables, y transitorios los males que aquejan a la humanidad y produce el hombre. Quien trabaja en el mal por ceguedad o por instinto, produce obras perecederas, que una vez caídas arrastran a la reprobación al artífice de tales obras.

Si algún triunfo ha de buscar el hombre sobre la tierra, ha de ser el del bien para los presentes y sobre todo para los venideros. Toda otra acción será efímera y sensual. Hay el sensualismo del

poder político y religioso; hay igualmente, el sensualismo del placer que es el más vulgar y el más odioso. El dominio malicioso de masas inconscientes haciéndolas servir a miras estrechas, personales o de círculo, la conquista por medios ilegítimos de posiciones cada vez más elevadas y espectables; el dominio absoluto e interesado de las conciencias, y toda especulación que sólo aprovecha a los que la practican, y por sobre todo las que se hacen sobre la dignidad y el dinero, son sensualismos odiosos, triunfos de corta duración.

Luego, la única acción laudable y permanente, la única que satisface al sentimiento que marca su nivel en altas líneas, es la que resulta de obrar bien y es también la única felicidad duradera. El avaro, el usurero, el tirano, el adulador, el intrigante, el que destruye, el que seduce, el que difama, el que miente, tienen también sus horas felices, sus horas de goces; porque para todos alcanza el bálsamo suspirado de la felicidad, aún para el más castigado de la fortuna, tachada siempre de veleidosa; pero tan falsas como sus obras, así son de frágiles sus triunfos.

Cada nuevo ser que aparece en la superficie puede y debe gozar del bien acumulado por los antepasados; pero está obligado a pagar esa deuda de goces en beneficios para los venideros; de lo contrario, su propio egoísmo le quemará las entrañas.

Es necesario desarrollar toda vida en la acción fecunda que inspira la virtud y que la verdad dirige, ordena y empuja.

MODESTO LEITES

Del libro en preparación de Rogelio Díaz L., titulado "Antología de Cuyo".

Las leyendas

Huyen del tráfico mundano porque temen su irreverencia y su ironía, y se refugian en el campo, al margen de los arroyos murmuradores, en las taperas solitarias, al pie de las montañas donde muere el sol...

Es que se sienten comprendidas y amadas por el labriego ignorante que, bajo la pompa del crepúsculo, vuelve de su faena canturreándolas en versos de algún desconocido payador; es que saben del cariño del arriero que, en invierno, cuando pernocta al raso,

las evoca medroso junto al fogón; es que nacidas en medio de la soledad de la naturaleza, donde la fantasía se deja mecer por el misterio, es allí donde pueden conservarse y vivir.

Hay leyendas vulgares, de todos conocidas, como las de las brujas y las luces malas. ¿Quién no ha oído de noche el espantoso reír de una bruja? ¿Quién no vió esas lucecitas oscilantes que bordean las tumbas trágicas y solas?

En cambio, otras, son locales y tienen el encanto de la originalidad. Entre las narraciones de esta especie que embellecieron mi niñez, hay dos que se destacan: la del rancho maldito y la del cerro de los tres forasteros.

Se refiere la primera a un rancho en el cual ocurriera un drama pasional; abandonado desde entonces, fué desmoronándose poco a poco. Una importante compañía industrial adquirió el campo, hizo derrumbar la tapera, y preparados convenientemente los terrenos, fueron plantados en su totalidad de viñas.

Pronto las vides frescas y lozanas los cubrieron; pero en el rectángulo antes ocupado por el rancho, nada prosperó. Volvió a plantarse de nuevo varias veces con igual resultado: el suelo, en esa parte, no alimentó ni la menor brizna de hierba. Por último se abandonó a su esterilidad. Fué mirado desde entonces el lugar como maldito, y la mancha amarillenta de la tierra infecunda, entre el verdor de los pámpanos, se destacaba lúgubre recordando al caminante la tragedia de antaño.

La segunda de estas tradiciones tiene por escenario las primeras estribaciones del Tontal. Vastas serranías separadas por planicies pedregosas y secas, cubiertas de espinosos arbustos y de cactus, que a la caída de la tarde abren sus flores de seda llenando el aire de un delicadísimo perfume.

Allí, en lo alto de una loma se divisaba, ha de divisarse hoy también, tres columnas naturales, rojizas, enhiestas, semejando a lo lejos tres cuerpos humanos en actitud de avizorar.

Dícese que en épocas remotas existió entre esos cerros una laguna. Todos mentaban su existencia, tal vez ninguno la conocía. La leyenda de maleficio a ella asociada apartaba a todos de sus cercanías. La dueña de la laguna, una hermosa doncella, vagaba día y noche por sus orillas; algunos campesinos rezagados oían, al anochecer, cantos dulcísimos a lo lejos y con dificultad pudieron sustraerse a su hechizo. Además se contaba que en las orillas del lago amontonábanse perlas maravillosas y riquezas inconcebibles, y que sus aguas, que tenían la virtud de rejuvenecer y curar todos los males, estaban defendidas por una diabólica legión.

Sucedió que la fama de la laguna llegó hasta lejanas tierras, y un día aparecieron en el lugar tres forasteros. El primero, joven y hermoso efebo, dijo: "Yo conquistaré a la bella encantada del

lago". El segundo, un hombre gastado por la vida intensa, afirmó: "Yo recobraré en esa fuente la juventud y las fuerzas". Y agregó el tercero: "Colmaré mi ambición, me haré dueño del ingente tesoro".

Los paisanos, asustados de la temeridad de los viajeros, trataron de disuadirlos: nadie volvía del paraje encantado; hasta los animales que, extraviados, se internaban por esas quebradas, desaparecían para siempre.

Pero los caminantes, impertérritos, se marcharon siguiendo el rastro de su ilusión.

Nunca volvieron:

Cierto día, un campesino refirió que había descubierto tres columnas semejantes a figuras humanas en la cumbre del monte que cerraba el acceso a ese paraje y se creyó fuesen los tres aventureros petrificados por los genios de la laguna. Con el tiempo ésta se secó, quedando en su lugar un exiguo manantial al cual se atribuyen propiedades medicinales.

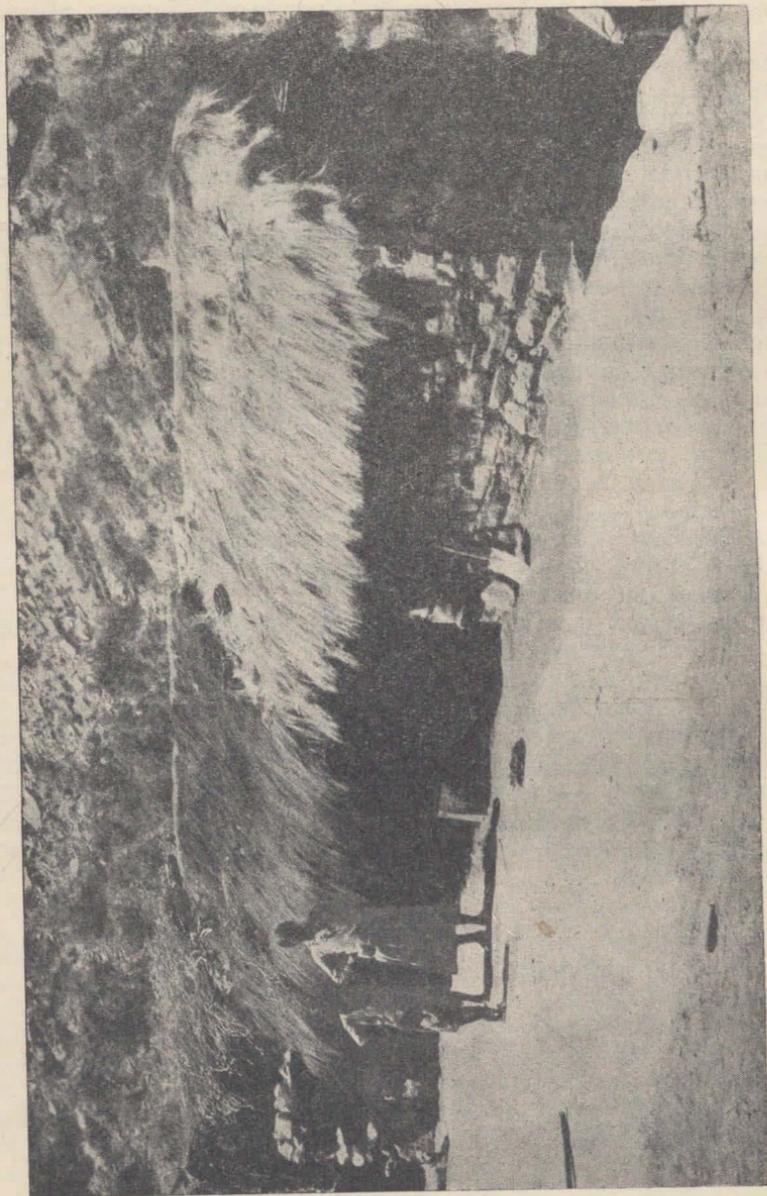
¡Leyendas, exquisitas leyendas de la infancia!

Pasan los años y, como el personaje aquel de una novela de Julio Verne que sólo veía en las lágrimas un humor que lubrica el globo del ojo, viene la ciencia y nos explica todas estas cosas de una manera muy prosaica.

¿Las brujas que lanzan carcajadas histéricas? Aves nocturnas que pasan graznando...

¿Los fuegos fatuos? Producto de la lenta combustión de gases... El terreno del rancho maldito era estéril por la acción de minerales recalcitrantes... Sólo ha quedado incólume la leyenda de los viajeros temerarios que, buscando la dicha, quedaron para siempre, trancos sus deseos, convertidos en piedra en la cima de un cerro; simbolizando la impotencia humana, la fatal impotencia del hombre, quien hace alarde de su poderío y no sabe conseguir la felicidad.

MARGARITA MUGNOS DE ESCUDERO



Rancho en Huachi — Jáchal

La flor del infortunio

CARTA DE UN VIEJO MAESTRO A SU JOVEN
DISCIPULO PETRONIO MIRAFLORES

Aguaperdida, enero 15 de 1934.

En todas tus cartas me has pedido que te describa el paisaje, la fauna y la flora de estos agrestes lugares.

He cumplido en la medida de mis fuerzas. Pero has de saber que las descripciones pintorescas son menester de periodistas, revisteros, pintores, literatos y fotógrafos, que alguna vez llegan hasta aquí en regocijada caravana excursionista.

En los diarios y revistas ilustradas podrás admirar sus espléndidos cuadros.

¡Qué derroche de luz, qué profusión de colores, qué lujo de detalles sorprendentes!

Como tú, querido muchacho, has roto ya la crisálida infantil y te aprestas a tender las alas de tu espíritu por el vasto panorama de la vida real, permítame que, apartando un extremo del florido ropaje, te muestre un aspecto, siquiera, del alma descarnada de las cosas.

Voy a hablarte de una especie biológica, para tí quizás desconocida.

Hijo de un hogar lleno de comodidades, no conoces ni de oídas, la miseria de nuestros campos desolados, donde germina, nace y muere la flor del infortunio.

Seguramente adivinas de quien voy a hablarte: del niño desamparado.

Desde el rincón solitario a donde la benignidad administrativa me ha destinado, excursiono a menudo algunas leguas a la redonda.

Regreso siempre cabizbajo y angustiado. El tugurio que me sirve de escuela y de vivienda me parece un insolente palacio faraónico y mi mesa frugal, un banquete diario de la decadencia romana.

Veo la miseria, cara a cara, en todas sus formas, llorar a sollozos en el fondo del "rancho", batido por todas las inclemencias.

Guiado por tus maestros, ibas a enternecer tu alma infantil en los asilos y hospitales. Allí la caridad cristiana, y un tanto la so-

licitud oficial, han amparado a la miseria y, puede decirse, que han convertido en un edén esos lugares de dolor.

Si quieres lacerarte el corazón contemplando sin velos el espectáculo aterrante de la miseria auténtica, ven a nuestros campos áridos y hostiles. Aquí la fiera se ceba en sus víctimas a solas y en silencio.

La primera y más enternecedora víctima es el niño.

En todas partes el niño desvalido es el huésped importuno que llega el último a sentarse en torno de una mesa exigua y desmantelada. La mirada torva de los comensales lo repele y hasta se le escatiman migajas del festín del hambre.

Así crece en la orfandad del cariño, en la desnudez, en el hambre, en la enfermedad, en la hostilidad de una atmósfera adversa, sin techo en los rigores del frío ni en los ardores de la canícula.

¡Hijo del infortunio! ¡Su color es pálido, su mirada apagada, sus miembros escuálidos, sus labios resecos, en los que jamás se asomaron las sonrisas de la infancia!

Las estadísticas nos exhiben la aterradora cifra de la mortalidad infantil. Así tiene que ser.

¡Y pensar que tenemos sociedades protectoras de los árboles y de los animales!

¡Y pensar que en cada uno de esos niños que sucumbe, puede extinguirse la vida de un Franklin o de un Sarmiento!

Refiere la Biblia que los desalmados hermanos de José lo vendieron por unas miserables monedas, a unos mercaderes, en viaje a Egipto.

¡Afortunado niño aquel que logró ser vendido!

La miseria criolla es más generosa y expeditiva. Regala los hijos. Y allá va el infortunado niño, símbolo moderno del antiguo "mancipium", el esclavo, — la cosa sin valor — a prolongar su martirio en un ambiente frío sino cruel, lejos de las auras que acariciaron sus harapos, entre gentes que quizás hablan un idioma que no entiende y que adoran a un dios que no es el suyo.

¡Cuántas veces en este exilio inhumano, la flor del infortunio troncha su dolorida existencia en una tragedia espeluznante, como la de Yolanda Aguirre!...

Querido muchacho:

Temo que con esta carta estoy entenebreciendo tu joven alma, llena de optimismo. Tu temprana madurez me ha incitado a interesarte en este problema que hoy llaman sociológico y que nosotros antaño denominábamos sencillamente humano.

Es tan humano, que de su solución depende en gran parte la estabilidad futura del mundo en que vivimos.

En cada ser desamparado germina una tempestad.

¿Recuerdas aquel bello poema de Santos Chocano?

El poeta apostrofa a una pobre mujer grávida y le dice:

“En las entrañas, como un consuelo
guardas un hijo del muerto esposo.

Nube de harapos: piensa en el cielo;
pero en el cielo más tempestuoso.

No será tu hijo tierno querube,
copa de mieles, ni flor de mayo...

Madre haraposa: tú eres la nube,
y en las entrañas tienes el rayo”.

El que quiera entender que entienda, diría Jesús, a nuestro mundo materializado, duro e insensible.

La Filosofía positivista ha aplicado a la humanidad la ley de la evolución, cuyo resultado final es la lucha a muerte por la existencia.

Para semejante desenlace, no vale la pena nuestro orgullo de seres racionales.

Tú, discípulo mío, recuerda que sólo en la escala humana impera la ley de la solidaridad, que el Cristianismo más enérgicamente llama fraternidad. Todos los hombres somos solidarios en la gloria y en el dolor. Ninguna miseria nos puede ser indiferente.

Te saluda tu siempre afectísimo maestro y amigo.

J. VIDELA CUELLO

Viento Norte

El campo está seco: hace tiempo que no llueve: los pastos se ponen tristes y nada anuncia todavía la venida del aguacero bienhechor.

Días con viento liviano del Oeste, o completamente serenos, van sucediéndose sin cesar.

El afincado se desespera.

Un día, por la mañana, al abrir la puerta de su vivienda, oye rezongar al capataz; éste está retando a un peón y el peón se va

contestando algo fuerte hasta el palenque. Allí saca a rebencazos un caballo que se encabrita, coreovea, y se oye toda una explosión de golpes secos en la grupa del animal, y de pisotones y de patadas, hasta que el caballo, cortando bozal y cabestro, dispara ensillado.

Al ruido asoma la cabeza a la ventana la señora del mayordomo. Fruncida la cara, tiene pegado en cada sien un redondel de papas frescas, y un aire terrible de mal humor lleva pintado en la frente.

¡Viento Norte! amigo. Con él no hay hombre bueno, ni mujer amable, ni caballo manso!

Con él reina insufrible malestar, indefinido, desconsolador, tanto para la gente como para los animales. El aire es pesado, caluroso, seco. Si sopla fuerte el viento, lo que muy a menudo sabe suceder, parece que le quema a uno el cutis y le va a prender las ropas.

La tierra, en torbellinos, le azota la cara y parece que todo se junta para hacer imposible la vida.

Y dura el viento Norte! Dura días y días. Las papitas en la sien han alternado con los porotos al redor de los ojos; ha habido despedida de peones, peleas en la pulpería, nerviosidades de todo género... y el viento Norte soplando siempre.

El único consuelo es que ha de tomar agua.

Pero, ¿cuándo?

Después de muchos días, se forma, al fin, tormenta al Sud. Se eleva despacio, majestuosa, obscureciendo el horizonte. Sigue soplando viento del Norte; pero más suave, como si poco a poco se fuera retirando cansado o receloso.

Norte claro, Sur obscuro, aguacero seguro.

Ha dejado de soplar el viento; la Naturaleza parece presa de un solemne estupor; los perros viejos, a ratos, se tiran al suelo y se revuelcan patas arriba; nubes de alguaciles dorados se asientan en todas partes...

Un trueno se ha dejado oír, y pronto caen por fin las primeras gotas, anchas, enormes...

¡Con qué gusto se respira el perfume de la tierra mojada!

Es que con el aguacero vuelve la vida a las plantas, la fuerza a los animales, la calma a los nervios, la salud a todos los seres, la alegría a la campiña toda.

¡Caiga no más agua! Que se desplomen las nubes, se llenen las lagunas y crezca el río!...

Pasó la tormenta, refrescó la atmósfera. El cielo resplandece, las hojas de los viñedos están como recién barnizadas; los peones vuelven al trabajo mojados pero cantando, los caballos relinchan alegres, y esta alegría se vuelca por todas partes. Ya no hay do-

lor de cabeza y a la ventana asoma la cabeza de la señora del mayordomo, risueña ella también ahora, y de buen humor.

Fresca, alegre como la primavera, perfumada como la de Abril, la brisa susurra por entre las exúberas plantaciones.

Del libro de lectura "Hacia el Porvenir" de GUILLERMINA C. de DIAZ.

Algunas observaciones sobre el Censo Agrícola

LA PROPIEDAD RURAL

Llama la atención, ante todo, la gran subdivisión de la propiedad agrícola. En San Juan domina el régimen de la pequeña explotación rural, y así vemos que de las 17.150 propiedades censadas:

14.545	tienen una extensión menor a	10 hectáreas
1.745	están comprendidas entre 10 y	50 "
393	están comprendidas entre 50 y	100 "
467	más de	100 hectáreas.

Las propiedades censadas se clasificaron también por nacionalidad de los propietarios y por departamentos. Las cifras indican que el 75 % de los propietarios son argentinos, estableciéndose la siguiente distribución:

12.912	propietarios	argentinos	%	75,29
2.784	"	españoles	"	16,29
730	"	italianos	"	4,25
269	"	libaneses	"	1,56
455	"	varios	"	2,61

Hay una fuerte proporción de propietarios extranjeros en algunos departamentos vecinos a la Capital. Así en Chimbas sólo el 56 % de las propiedades pertenecen a argentinos y en Pocito apenas el 52 %. En cambio, los departamentos lejanos: Jáchal, Iglesia,

Valle Fértil, tienen porcentajes de propietarios argentinos superiores al 90 %, llegando en el último departamento nombrado al 98 %.

DERECHOS DE REGADIO Y SUPERFICIE CULTIVADA

Otro de los hechos salientes que reflejan las cifras, lo constituye la desproporción entre la superficie total con derecho a regadío y la superficie que ocupan la totalidad de los cultivos, según se indica en el siguiente cuadro:

Superficie con dotación de agua de regadío			
Agua permanente	161.472	Has.	8,081 m ²
Agua accidental	1.535	"	7,143 "
Agua de otro origen (vertientes)	11.165	"	5,000 "
			174.174 Has. 0,224 m ²

Extensión cultivada en la Provincia

Arboricultura frutal	1.050	Has.	9,606 m ²
Cultivos hortícolas	4.688	"	8,736 "
" de cereales	15.192	"	8,512 "
" de forrajeras	35.996	"	9,485 "
" de vid	34.047	"	8,228 "
" varios	248	"	5,400 "
			91.225 Has. 9,967 m ²

Es decir que las extensiones cultivadas en la Provincia abarcan únicamente el 52 % de la superficie con dotación de agua de regadío.

ARBORICULTURA FRUTAL

La Provincia disponía en la fecha del Censo, de 607.218 plantas frutales de las cuales tan sólo la mitad — 294.919 — pueden considerarse como agrupadas en montes frutales con finalidad comercial, cubriendo una superficie de 1.050 Has. con 9,606 m². Sin embargo, San Juan presenta condiciones óptimas para el desarrollo de la fruticultura, gracias principalmente, a su clima de escasa humedad atmosférica — la más baja de toda la República —, escasa nebulosidad y lluvias cuyo promedio en 7 años de observaciones es inferior a 80 milímetros anuales, repartidos en 15 días de

lluvia. Por estas causas la energía radiante solar actúa con gran intensidad, favoreciendo el desarrollo vegetativo y dando una calidad sobresaliente a las frutas. Esos mismos factores climáticos favorecen en alto grado la desecación de frutas.

Para poder aconsejar con certidumbre sobre las especies y variedades frutales a cultivar en la Provincia, es indispensable la creación de "Huertas de estudio" en distintas zonas de la misma, formadas por variedades de reconocido valor comercial en el país y mercados extranjeros.

Con este objetivo, la Estación Experimental de Alto de Sierra tiene formada una "Huerta de estudio" que comprende ya 128 variedades de frutales de reconocido valor de utilización comercial.

ARBORICULTURA FORESTAL

La Provincia cuenta con una cantidad de 6.866.973 de árboles forestales, de los cuales una inmensa mayoría: 6.201.546 son álamos; vienen en segundo término los sauces con 179.067 unidades y después las acacias: 141.235 plantas. Son muy escasos los bosques artificiales instalados en la Provincia. Los árboles censados en su casi totalidad están diseminados en callejones y a lo largo de las acequias de regadío.

La naturaleza ha sido poco pródiga con San Juan en cuanto a su forestación y si a ello agregamos la escasa preocupación de los propietarios por la creación de bosques con finalidad industrial, se comprende la necesidad que tiene la Provincia de importar grandes y valiosas cantidades de productos forestales.

HORTICULTURA

El Censo Nacional del año 1914 indica la modesta existencia de 426 Has. de cultivos hortícolas; en la actualidad esa extensión ha aumentado diez veces, llegando a 4.688 hectáreas.

Ocupa el primer lugar el cultivo de la cebolla con 2.216 hectáreas; luego las papas, con 843 hectáreas.

La Provincia de San Juan es exportadora de productos hortícolas, indicando los promedios de tres años una salida de:

27.600 toneladas de cebollas y ajos.
5.850 " de papas.
5.385 " de otras verduras.

Pero nuestra Provincia, favorecida por su clima seco, de gran radiación solar y sistema de cultivo a base exclusivo de regadío,

está destinada sin duda a desarrollar en gran escala sus cultivos hortícolas **en la conquista del único mercado seguro, que es el mercado interno del país**, el cual aun recibe del exterior fuertes cantidades de legumbres secas, tomates en diversas formas de industrialización, y otros productos hortícolas.

CEREALES

Prácticamente no ha variado en 20 años la extensión que dedica la Provincia al cultivo de los cereales; el Censo del año 1914 señala en conjunto para estos cultivos 15.662 Has. y nuestro Censo Agrícola: 15.192 Has. Mientras tanto, San Juan importa para su alimentación 17.562 toneladas de trigo — reduciendo a trigo las cantidades de harina que se reciben — o en otros términos: San Juan importa el 70 % del trigo que necesita para su consumo.

En estos momentos en que el Gobierno de la Nación lleva con tanto rigor y justicia la campaña contra la incorporación de mejoradores químicos a las harinas, es necesario señalar la existencia en San Juan de variedades de trigo de sorprendente valor molinero y panadero, formadas en la Estación Experimental de Alto de Sierra, por selección genealógica en un trigo común de la zona.

Señalaré la conveniencia de intensificar el cultivo de cebada cervecera, pues la Provincia se ve precisada a importar en algunos años hasta 2.000 toneladas de ese cereal destinadas a la fabricación de cerveza y también para la preparación de Malta que durante muchos años se ha exportado de San Juan.

FORRAJERAS

Las forrajeras ocupan la mayor extensión cultivada en la Provincia con 35.996 Has., cuyas mayores extensiones se encuentran en los departamentos lejanos: Jáchal, Calingasta, Iglesia y Sarmiento.

Todo comentario respecto a forrajeras debe vincularse necesariamente a la Ganadería, respecto a la cual diré que San Juan ocupa el último lugar entre las catorce provincias y diez gobernaciones, en cuanto a la existencia de ganado bovino — salvo los lejanos territorios Nacionales de Santa Cruz, Tierra del Fuego y los Andes. — Por esta causa resulta ser un excelente mercado para los ganados de Córdoba, Buenos Aires y aun de La Rioja, recibiendo por los FF. CC. un promedio anual de 31.000 cabezas de ganado bovino, a las cuales habría que agregar los arreos que nos llegan de San Luis.

VITIVINICULTURA

Extensión cultivada con vid

Las cifras globales del Censo Agrícola pueden considerarse como actuales, pues las plantaciones efectuadas durante los años 1931, 1932, y 1933, han sido sumamente reducidas y, en todo caso, aun no se encuentran en producción.

Parrales	16.812,5 Has.
Viñas	16.771,5 "
Cultivos de vid en "núcleos urbanos" ..	463,-- "
<hr/>	
Total hectáreas	34.047 -- Has.

Cifra que en la actualidad representa igualmente la extensión "en producción".

Capacidad total de las bodegas de San Juan

De acuerdo con el Censo de bodegas levantado por la Oficina de Industrias en 1931, dicha capacidad era de 2.715.500 hectólitos.

Si a esta capacidad sumamos los 500.000 Hls. de la Bodega del Estado y un aumento del 5 % en concepto de ampliaciones y nuevas construcciones — 135.775 Hls. — tenemos un gran total de capacidad teórica de 3.351.275 hectólitos.

Avalúo de la Industria Vitivinícola sanjuanina

En épocas normales, el valor de la Industria Vitivinícola en la Provincia de San Juan, puede estimarse en 152 millones de pesos moneda nacional, que se reparten de la siguiente manera — cifras globales —:

Plantaciones de vid	\$m/n.	119.000.000
Bodegas, maquinarias, útiles	" "	33.000.000
<hr/>		
Total	\$m/n.	152.000.000

GUILLERMO R. AUBONE

Del libro "Censo Agrícola, Estadísticas e Informaciones de la Provincia de San Juan".

Censo Ganadero Nacional

TOTALES AL 1º DE JULIO DE 1930

Departamentos	Vacunos	Lanares	Porcinos	Yeguarizos	Caprinos	Asnales y Mulares
Albardón	520	684	1.117	834	1.890	1.189
Angaco Norte	714	1.097	1.250	1.078	2.722	1.358
Angaco Sud	1.179	1.258	1.157	1.009	1.908	1.167
Calingasta	5.682	24.546	765	3.588	960	1.716
Capital	133	46	64	347	68	253
Caucete	4.154	1.455	1.488	2.643	3.971	2.710
Concepción y Chimbas	497	162	1.234	821	309	852
Desamparados	460	129	807	591	74	682
Iglesia	5.491	11.405	811	4.363	9.986	2.850
Jáchal	9.663	21.918	3.087	5.170	38.065	9.066
9 de Julio	447	348	208	462	859	344
Pocito	6.841	1.160	3.737	3.981	2.884	3.036
Rivadavia	2.672	498	355	1.147	1.728	652
Santa Lucía	384	197	1.004	512	591	483
Sarmiento	6.366	5.293	1.439	5.022	12.025	2.878
Trinidad	700	211	1.336	1.041	441	875
Ullún	613	147	125	421	157	561
Valle Fértil	18.338	5.631	90	4.900	36.041	5.671
25 de Mayo	4.857	4.534	1.420	3.638	10.938	2.040
TOTALES	69.711	80.719	21.494	41.568	125.617	38.383

Gran Total de la República	32.211.855	44.413.221	3.768.738	9.858.111	5.647.396	1.039.420
-------------------------------	------------	------------	-----------	-----------	-----------	-----------

Lugar que ocupa la Provincia de San Juan entre las 14 Provincias, 10 Gober- naciones, 1 Distrito Federal. (s/25).	21	21	14	21	13	10
--	----	----	----	----	----	----

**RESUMEN COMPARATIVO ENTRE LOS AÑOS 1914 Y 1930 PARA
LA PROVINCIA DE SAN JUAN**

	Año 1914	Año 1930	Aumento %	Disminución %
Vacunos	63.286	69.711	10.1	—
Lanares	65.329	80.719	23.5	—
Porcinos	20.578	21.494	4.4	—
Yeguarizos	46.933	41.568	—	11.4
Caprinos	81.846	125.617	53.4	—
Asnal y Mular	36.452	38.383	5.2	—

ANIMALES DE CORRAL

**ANIMALES SILVESTRES
EN DOMESTICIDAD**

Variedades	Unidades	Variedades	Unidades
Gallinas	379.630	Llamas	122
Pavos	18.156	Guanacos	37
Patos	17.929	Vicuñas	2
Gansos	3.283	Zorros	5
Gallinetas	1.999	Nutrias	1
Palomas	54.537	Avestruces africanos	1
Faisanes	110	Nandues	36
Conejos	15.855		

Presidente del Censo Nacional
Ingeniero **GUILLERMO R. AUBONE**

Datos sacados del libro "Censo Agrícola" — "Estadísticas e informaciones de la Provincia de San Juan".

Informaciones varias sobre la Provincia de San Juan

SITUACION GEOGRAFICA

La Provincia de San Juan está situada entre los 28° y 32° 35' de latitud Sud y 66°58'30" y 70°34'45" de longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

LIMITES

Por el Norte y el Este linda con la Provincia de La Rioja, por el Sud con la de Mendoza, al Sudeste con la de San Luis y por el Oeste con la República de Chile.

SUPERFICIE

La superficie de la Provincia no puede ser expresada con exactitud, pues mantiene cuestiones de límites pendientes con las limitrofes de Mendoza y La Rioja; si la demarcación de las líneas separatrices ha de hacerse con el criterio de adoptar las divisorias de las aguas, puede calcularse la superficie de la Provincia en 95.227 kilómetros cuadrados.

POBLACION

	Argentinos	Extranjeros	Total
Censo Nacional del año 1869	58.007	2.312	60.319
” ” ” ” 1895	78.929	5.322	84.251
” ” ” ” 1914	102.830	16.422	119.252

Población al 31 de Diciembre de 1933 (según cálculo de la Dirección General de Estadística de la Nación): 186.519 habitantes. (1).

FISIONOMIA DEL SUELO

El suelo de la Provincia es de lo más variado; al lado de grandes valles longitudinales, recubiertos de verdura por obra de la irrigación artificial, se ven desiertos enormes, los cuales sólo ostentan una vegetación raquílica, en la que predominan las plantas de la formación "Monte Occidental", constituida por escasos algarrobos, garabatos, latas, retamos, chañares, jarillas, atamisquis, molles, piquillines, jumes; en otras zonas el suelo está cubierto por quiscos y otras variedades de la familia de las cactáceas. En los valles de la región cordillerana, donde son frecuentes las nevadas invernales, las quebradas portadoras de filetes de agua, hasta las faldas de las montañas, se encuentran recubiertas de pastos naturales, los que en el verano son consumidos por miles de cabezas de ganado mayor y menor de la Provincia y de la vecina Re-

(1) La población actual de San Juan, calculada al 31 de Diciembre de 1935, es muy probable que llegue a los 200.000 habitantes. Nota del Autor.

pública de Chile, de donde se introducen en gran escala para invernarse, siendo retornados después de cuatro o cinco meses en excelente estado de gordura.

Puede decirse que las dos terceras partes del suelo de la Provincia está ocupado por serranías, de las cuales el macizo central de Los Andes y la precordillera pertenecen al sistema andino; el resto a la formación pampeana.

De la cordillera divisoria y de la precordillera, se desprenden millares de filetes de agua, que al unirse forman dos grandes cuencas: la del Río San Juan y la del Río Jáchal. Existe una tercera: la del Río Bermejo, pero este último sólo acarrea poca agua, la cual es aprovechada en su casi totalidad para irrigar algunas poblaciones riojanas. Sólo en años excepcionales de abundantes nieves o de frecuentes lluvias, sus aguas llegan a la serie de lagunas encadenadas que en conjunto denominanse de Guanacache, hoyada donde desaguan los ríos Mendoza y San Juan, pobladas de exquisitos pejerreyes y truchas, de donde se surten ambas provincias. Las Lagunas de Guanacache tienen su desagüe natural que es el Río Desaguadero, que sirve de límite a las provincias de Mendoza y de San Luis.

CAMINOS

Existe en la Provincia una excelente red de caminos macadamizados y muchos de ellos arbolados en sus costados, con sus respectivos canales para regarles. Se destaca en primer término, el que arranca de San Juan y llega a Calingasta, de una extensión de 138 kilómetros, costeano la margen derecha del Río San Juan, ofreciendo a la vista panoramas de espléndida belleza; está dotado de las obras de arte necesarias para asegurar su conservación. Por la prolongación de este camino hacia el Sud se llega a Uspallata, donde se une al camino nacional a Chile.

Le sigue en importancia, el que parte de Jáchal y llega a Pismanta, con las mismas características del anterior; costea el Río Jáchal hasta Colola; en la actualidad se le está prolongando, siguiendo la margen derecha del arroyo del Agua Negra hasta el límite con Chile, donde penetra por el elevado paso del Agua Negra Sud, a 4.765 metros sobre el nivel del mar. Será así el camino carretero a más alto nivel en la República. Una vez terminado pondrá a la Provincia en comunicación directa con la de Coquimbo de Chile y su puerto sobre el Pacífico: La Serena.

El tercer tronco principal de camino lo constituye el camino a Mendoza, con extensión de 177 kilómetros hasta la Capital de esa Provincia. El camino está macadamizado desde San Juan hasta el kilómetro 70, bien asentado y de fácil tránsito.

En una palabra, puede decirse que todos los departamentos suburbanos y rurales irrigados con aguas del Río San Juan, están ligados entre sí por excelentes caminos carreteros, que las autoridades tratan de conservar en buenas condiciones, así como el cuidado de las arboledas laterales.

FERROCARRILES

Existen en la Provincia dos líneas férreas, la de Buenos Aires al Pacífico, de trocha ancha, y la del Estado, de trocha angosta. Ambas parten de San Juan, en comunicación directa con el resto de la República.

La extensión de la red del F. C. de Buenos Aires al Pacífico, con sus ramales y desvíos, es de 261 kilómetros con 26 estaciones y paraderos. La red del F. C. del Estado, incluso el ramal de Coll a Jáchal, tiene una longitud de 266 kilómetros con 22 estaciones.

El total de la red ferroviaria dentro de la Provincia es pues de 527 kilómetros. (J. M. Siri).

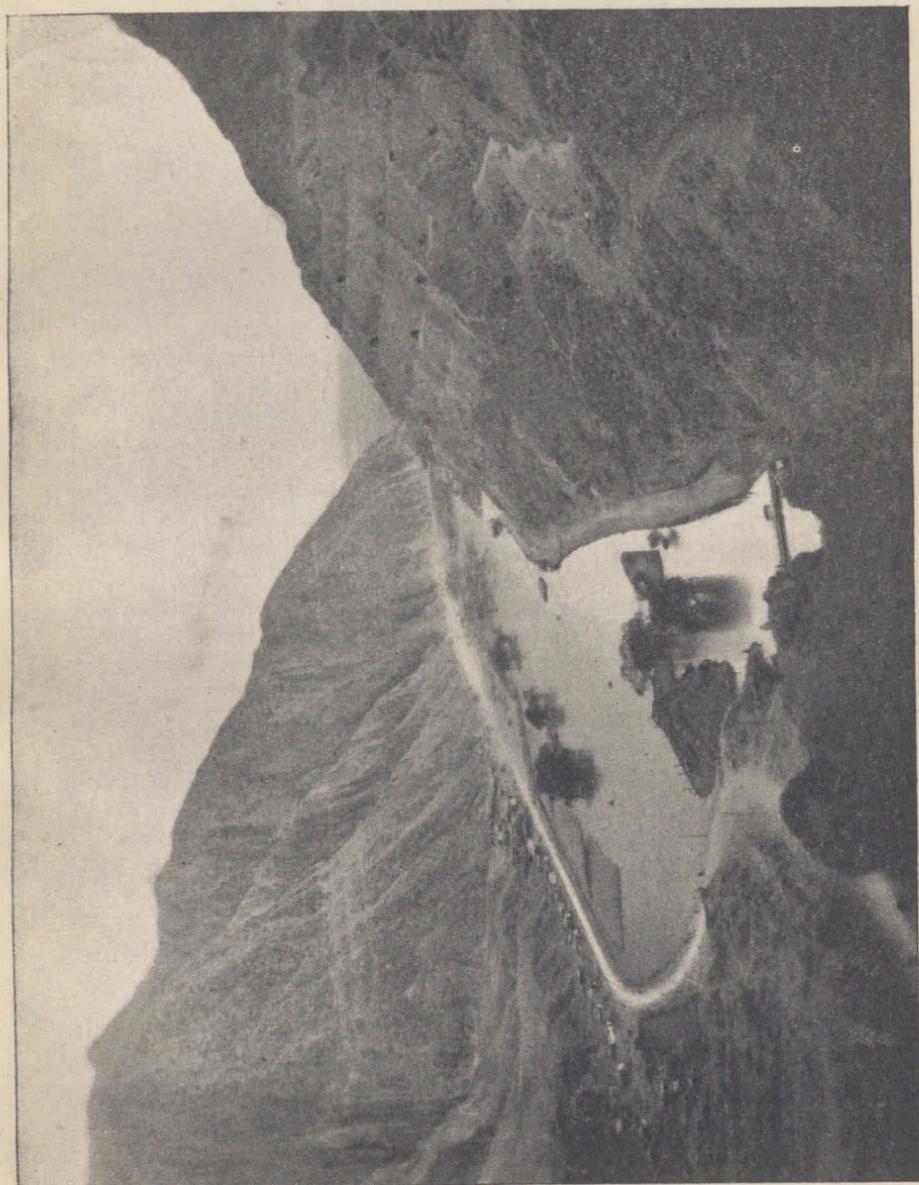
INSTRUCCION PUBLICA

Enseñanza primaria. — El número de niños en edad escolar (o sea de 6 a 14 años), que reciben instrucción es de 30.468, significando el 17.25 por ciento sobre la población del año 1931.

Enseñanza secundaria. — Funcionan en la Provincia 14 escuelas de enseñanza secundaria, normal, especial o escuelas particulares, con una inscripción total de 2.550 alumnos.

GUILLERMO R. AUBONE

Del libro "Censo Agrícola" — "Estadísticas e Informaciones de la Provincia de San Juan" - Año 1934.



Lago del Parque Rivadavia — Zonda

(Foto Colección)

Un maestro del tiempo viejo

Don Jenaro Quiroga fué una persona importantísima de su tiempo, y por lo tanto digno de ser recordado.

Vivía solo, regentando una escuela que él mismo organizó, y a la que concurrían chicos y grandes de ambos sexos, deseosos de aprender.

También hacía el oficio de Notario en su Departamento y Archivero a la vez.

La escuela de Quiroga visitada por Sarmiento.

En 1862 el notable educacionista, gobernador entonces de la Provincia, Sarmiento, visitó esta escuela y dijo:

“Una escuela rural existía en Desamparados, merced a un santo varón, D. J. Quiroga, que la había regentado durante más de cuarenta años — 1820 a 1865 — enseñando gratuitamente, sostenido sólo por las pobres contribuciones en especies de los de la vecindad.

Era la única escuela estable aunque más parecía un establo. Faltábale luz y espacio; los niños se sentaban en bancos de barro con cueritos de carnero; escribían unos primeros y otros después en pizarras y papeles deshechos. Los libros que servían para la enseñanza eran un tesoro de curiosidad”.

Sarmiento le hizo nombrar un ayudante.

La tradición ha rendido también su gota de verdad, y como tal la recojo:

Narración de un discípulo que aun vive — P. T.

La escuela estaba situada en el Departamento de Desamparados. A ella se iba por una calle estrecha, llena de curvas, hacia el Oeste de la plaza del Departamento. Por esta razón se llamaba el lugar “Riñón de Puyuta”.

La casa se componía de dos piezas, ocupada una por los varones y la otra por las mujeres. El maestro, Don Jenaro Quiroga, vestía el hábito de San Francisco porque era sumamente religioso y devoto por el santo.

Se hacía ayudar en su tarea de enseñar por los discípulos más adelantados a quienes se les llamaba **jefes**.

La escuela estaba organizada de cuatro clases a cargo de un

jefe cada una. Los asientos eran de adobes contra las paredes, llamados estrados o poyos.

La limpieza consistía en barrer las piezas con un pedazo de cuero de oveja lanudo, y la efectuaban los alumnos, a turno cada día.

La disciplina.

El castigo se ejecutaba con palmeta y una rienda trenzada. Esta no se le bajaba de la cintura al maestro.

Los días jueves era obligación rezar el Trisagio, para lo cual el maestro y los niños tenían que estar hincados, con los brazos estirados en cruz, sin permiso para bajarlos. Cuando esto sucedía, el niño que bajaba los brazos era azotado con la rienda, amonestándosele que debía permanecer así, meditando en lo que rezaba. Antes de despedirse la clase, era obligación rezar.

En la clase de Escritura, lo primero que escribían los alumnos, en letras grandes, era: **Viva la Confederación Argentina y mueran los salvajes unitarios.** Se escribía también el abecedario, el catecismo y todos los rezos que en él se encontraban.

El primer libro de enseñanza era la Cartilla, que principiaba: Cristo, A B C y el catecismo de preguntas y respuestas.

La hora de entrada era de mañana temprano, retirándose a medio día. También el maestro enseñaba de tarde a los niños que vivían cerca y volvían a la escuela.

El maestro Quiroga vivía solo, teniendo por compañeros un gato y un perro solamente. Enseñaba gratuitamente pero los padres de los niños y otras personas le gratificaban. Los domingos concurría con los alumnos al oficio de la misa en la Parroquia. Igualmente en los días de Semana Santa.

Se le encontró muerto en su lecho una mañana; éste fué su fin, y con él, el de su escuela.

Por mucho tiempo después de su fallecimiento corrió la fama: "yo aprendí a leer con Don Jenaro Quiroga". Era un honor repetirlo.

"De esta escuela humilde pero dignificada por la moral más pura, atributo que adornaba la personalidad del maestro, salieron amas de casa, excelentes ciudadanos y honrados vecinos que mantuvieron la tradición de su fundador y de su escuela, distinguiéndose aquel Departamento por el amor e interés que sus habitantes profesaron por la educación". (**Sarmiento**).

VIRGINIA MORENO LIMA

Del libro inédito "Manuelita, eminente educacionista y monja".

La "Pichona"

CUENTO ANDINO

La "Pichona" era una víctima en esas mañanas de invierno, frías, secas, en que el sol bañaba los corredores del Colegio momentos antes de entrar a clase. Cada vez que el celador se volvía de espaldas se la daba un puntapié en pago de alguna caricia inocente. Rehecha del contraste volvía a las andadas. Se esperaba otro descuido del celador, y ¡zás!, otro puntapié. Al fin el animal escaurmentaba y se alejaba de los corredores.

Una desgracia la llevó al Colegio. Un caballo muerto ofrecióle a ella y a otros compañeros del aire un gran festín. Comió mucho, se hartó, y no pudo volar, entonces fué tomada con un lazo y llevada en ofrenda al rector, preocupado en formar una pequeña colección zoológica. Ya había una leona, un guanaco, un avestruz, unos cuervos y un águila.

El animalito era dócil, bueno, y se adaptó al nuevo medio como si de la montaña hubiera descendido al llano por propio impulso. Cierto es que todavía no había andado en aventuras carniceras al acecho de alguna presa indefensa, ni había seguido algún león para adueñarse de los despojos que abandonara; sus campañas se redujeron hasta entonces a vuelos de novicia, y así cayó, víctima de su propia inexperiencia.

La "Pichona" fué creciendo y ganándose el cariño de todos por su mansedumbre. Ella tenía el privilegio de la libertad. Mientras la vieja leona daba eternamente paseos en la prisión de su jaula; mientras el águila y los cuervos estaban obligados a hacer buenas migas en la estrecha pajarera, y el guanaco y el avestruz hacían vida trabajosa en el limitado baldío adyacente al Colegio, ella andaba por todas partes, aunque de todas partes se la echara.

Llegó a la plenitud del desarrollo y fué hermosa como los cóndores sus hermanos: con su pico que parecía de ágata, su hermoso plumaje negro, sus rémiges aceitunadas, sus ojos color de carmín y su andar majestuoso.

Era asaz curiosa. Entrábase a la cocina y se ponía en un rincón como a recibir el tufo tibio del succulento guiso del día. Y cuando se la arrojaba de ahí, penetraba en un aula, se situaba en uno de los ángulos próximos a la puerta de acceso y, como si entendiera, guardaba compostura y cerraba los ojos.

Mezclábase en los juegos de los muchachos y salía casi siempre maltrecha de los enredos y bataholas. Había que señalar un

punto del cual no se debía pasar, una raya, un término?... Se ponía la "Pichona" de hito, con orden terminante de no moverse; bastaba darla un grito y hacerle un signo de obediencia. Ahí quedaba. Abría en ciertos momentos las alas como si se desprecizara, se espulgaba con el pico, pero no se movía, dándose el caso de que el juego terminaba y la "Pichona" quedaba guardando la consigna.

Era proverbial en el Colegio que la "Pichona" "servía para pensar". Cuando un alumno quería refrescar una lección que debía dar en clase, ponía la vista en la "Pichona", como si fuera el suelo o el espacio, y la lección se reproducía en la mente como en un espejo, tersa, fresca.

Sólo un vicio tenía el pobre animal: picotear el calzado que le venía cerca. Esto ocasionóle muchas patadas de espíritus adustos. Pero ella no lo hacía por dañar, no, que lo hacía por vía de cariño, como quien da una palmadita.

Entrado el sol, la "Pichona", después de haber sido arrastrada por el pico muchas veces y maltratada otras por cuantos quisieron hacerle pagar los vidrios rotos, retirábase con su acostumbrada majestad al dormitorio del Colegio y ahí pasaba la noche debajo de algún lecho amigo. Al primer canto de gallo abandonaba el inmenso salón, hora en que el mozo encargado del alimento de los animales arrojaba a la leona y aves de rapiña las entrañas con que debían alimentarse, y que ella miraba con desdén a la espera de las pasas, de los higos secos, de las nueces, las frutas, los migajones y las sobras que le vendrían más tarde sin regateo y sin hora fija.

Pero no hay en este mundo ventura eterna, y la pobre "Pichona" tampoco la tuvo.

Había un interno, muchacho díscolo, que se quejó un día de que la "Pichona" habíale deteriorado unos botines. En balde se trató de convencerle de lo contrario; de que el pobre animal nunca había hecho semejante cosa. Que su vicio, o hábito, consistía en dar golpes cariñosos con el pico, y que jamás podían perjudicar el calzado; que la "Pichona" no podía ser la causante del daño.

El dueño de los botines averiados no cejó. Armóse de un palo y dió a la "Pichona" tales golpes, que a no haber acudido en defensa del animal otros internos la hubiera muerto.

Un sentimiento de pesar cundió por todo el Colegio por hecho tan poco noble e injusto.

Pasaron dos o tres días, y una noche en que todos dormían se sintió en el salón un grito agudo. Encendiéronse las luces y fuéese al sitio de donde había partido el grito. El alumno de los botines averiados se tomaba un pie con las dos manos; se veía sangre en las sábanas. El celador de turno examinó el pie y vió que tenía una

herida desgarrada, como hecha con un garfío. Todo el mundo pensó en la "Pichona".

En efecto, se fué en busca de ella y se la encontró en un rincón con la alas caídas, la cabeza tocando el suelo y el pico ensangrentado.

Se la arrojó en ese mismo instante del dormitorio, y al otro día dió orden el rector que se le echara al sitio donde pacían el guanaco y el avestruz.

Fué aquel pedazo de tierra yerma, triste, con arbustos esparcidos aquí, acullá, con montículos y zanjas, lo que cupo a la pobre "Pichona" como castigo de su venganza: allí debía terminar sus días.

No estuvo a la altura de la prueba. Comenzó a entristecer. No recibía puntapiés cariñosos, ni la arrastraban del pico, ni dábanla pasas... Debía comer trozos sangrientos, pestíferos, como las demás aves de rapiña.

El guanaco y el avestruz no podían ser, por otra parte, sus compañeros, sus amigos... corriendo siempre, sin curiosidad como ella, sin contacto con la gente... Sentía también arrepentimiento... ¡Por qué no habría perdonado!...

Un día el mozo de cuadra fué a decir al rector que la "Pichona" había amanecido muerta.

Un grupo de internos resolvió dar a la vieja compañera digna sepultura. Se eligió el lugar, al lado de un pequeño chañar; se designó — ya riendo — al orador que debía pronunciar el discurso de ritual.

La hora fijada para la ceremonia fué la de las oraciones del día de la defunción.

Los amigos de la muerta fueron puntuales. Dos la tomaron por las alas, y así caminaron como con un trofeo heráldico magnífico. El cuerpo de la "Pichona" cayó en el hoyo, y los asistentes al acto piadoso arrojaron sobre la plumífera mortaja sendos puñados de tierra. No hubo discurso. Terminada la lúgubre ceremonia, el grupo encaminóse en busca de los demás compañeros.

Tenían que cruzar largo trecho. No hubo bulla juvenil. Algunos se sacudían sin razón la ropa; otros sonábanse con fuerza; alguien pronunció una frase extraña; y los demás caminaban mirando hacia adelante con la cara inmóvil.

NARCISO S. MALLEA
(Segundo Huarpe)

Del libro: "Cuentos Cortos".

Leyenda

“EL BRAMIDO DE LA SIERRA”

Cayó para no levantarse jamás, casi borrada su memoria y olvidado al todo el recuerdo de sus hechos, el fuerte **Hua-zi-hul**.

Abatido el adalid y derruido el baluarte, sucumbió la nacionalidad **huarpe**, como todos aquellos fenómenos sociales que la Conquista arrasó sin excepción: es bien una América española, desde entonces, la América que descubrió Colón.

El acero del castellano cortó en blando las carnes del fornido jefe, cuya fuerza nunca tuvo rivales y, al caer vencido en los contrafuertes o defiladeros calingastinos, su cuerpo mutilado, pasto de cóndores y **huazás**, confirmó la dominación del audaz invasor.

Una angustia indescriptible oprimía el pecho de los huarpes, cuando desalojados de sus puestos y corridos de monte en monte, llegaron a su “**Tambería**”, entremezclados con el enemigo.

La vista del Tambo y de sus familias (que se cruzaban, perdidos los hijos de las madres, enloquecidos de terror al fragor de los arcabuzasos y de los alaridos de los vencedores y por el humo y fuego del incendio de sus **utus**), hizo renovar el combate cuerpo a cuerpo ya, y sin cuartel, embravecidos, girando en torno a sus hogares, como tigres que defienden su cubil.

De zanja en zanja, de peña en peña, **Huazihul** se retiró a la montaña seguido de un puñado de sobrevivientes, dando a cada paso un golpe y haciendo a cada golpe un cadáver.

Una vez más se repitió la sempiterna épica de la defensa do se nace, como lo hicieron los héroes de todas las leyendas, de todos los pueblos y de todas las edades.

Perseguidos aún y acosados como cerriles fieras por la **chusma** del traidor “**Angaco**”, la desesperación o el acaso les condujo al breñal abrupto, donde Natura hizo su bastiones y escarpas, donde almenó muros y donde elevó barbacas y torreones: el “**Alkazat**”.

No en vano Salinas de Heredia había conquistado en las escuadras españolas el renombre de “el esforzado” buscando siempre y por doquiera los peligros, para domeñarlos al esfuerzo de su brazo y al arrojo de su coraje.

Y, medirse con el temido **Huazihul**, era su anhelo, y siempre al frente y primero de vanguardia, picaba con denodado brío, puestas alas en los pies, las deshechas escuadras del gran jefe, trepando el sendero que acantilaba inútil la retaguardia **huarpe**. Inútilmente a la causa también derramó toda su sangre en la jor-

nada y desmoronó escarpas y peñascos sobre el asaltante cuyas filas siempre se cerraban.

Pendiente al cinto la incrustada maza, el ojo ensombrecido pero sereno, y la mano vaga, pero el pulso firme, revisaba desde la más saliente cresta una a una las junturas del arnés castellano; y su puntería, fallida siempre, hacía rebotar chispeando las flechas de su arco.

¿Qué podían contra las mallas de Milán las flechas con peder-
nal del guerrero?

Arrojó por fin su inútil arco y su aljaba, acollará a su brazo la nudosa clava, y dando un furibundo alarido salvaje, saltó al frente del adalid odiado.

El encuentro no fué largo: su maza con el fragor del trueno partió en mil pedazos la rodela del **cristiano**. Un solo instante tuvo Salinas de vacilar y tambalearse.

La ancha hoja de Toledo, contestando el golpe, abrió enorme boca en el desnudo pecho del guerrero, por donde fugó la vida con la sangre del último **amta** o **señor huarpe** que cayó "como corpo morto cade" y con él, toda, y para siempre, la resistencia de los pueblos **chocoteños**.

Desde entonces el espíritu insepulto de **Huazihul** flota en el ambiente del **Alkazat**, o "lugar del daño" haciendo bramar la sierra, cuando algún desconocido viola sus soledades. (En efecto, se sienten a veces en la montaña ruidos sordos e insólitos, y los arrieros nos dicen entonces: "Señor, lo ha desconocido la sierra, está bramando; quizás **haiga** temporal").

Esta leyenda es el solo recuerdo que clarea la fama de **Huazihul**, que parece enseñar que no hubo mano amiga que cubriera sus restos de tierra, y que el polvo de sus huesos fué dispersado por los vientos por todos los ámbitos de este valle que otrora llenó su fama.

DESIDERIO AGUIAR

Del libro: "Huarpes".

Como uñ' y carne

I

Gregorio Morales era un criollo muy viejito. Las lágrimas acudían prestas y solícitas a sus ojos y casi no podía responder cuando alguien lo interrogaba acerca de su pasado. Mas, a pesar de todo, su vida había sido sencilla y sin complicaciones mayores,

como suele ser la del campesino que ha vivido siempre en constante armonía con la naturaleza.

Eran su cabeza, bigote y pera enteramente canos y su pulso temblábale exageradamente.

Su pasado... Bueno. Pese a la bondad reflejada en su mirada y a la expresión casi siempre benévola de su rostro, el "Viejito" había pasado doce años de su vida lejos de su casa, de sus animales y de sus viñedos, encerrado entre las rejas de una cárcel...

Así, en los archivos policiales se halla su prontuario y el grueso expediente que encierra los detalles de una honda tragedia que llegó a conmover la población entera.

II

Gregorio Morales había enviudado, quedándole de su matrimonio una hija casada con un tal Gutiérrez y varios nietos por esta parte.

Gutiérrez era un criollito guapo y bien parecido. Le gustaba la bebida y era también bastante pendenciero. Vivía con su familia en la misma propiedad del viejo Morales y trabajaba con éste en los cuidados de la finca.

Mas, el carácter de Gutiérrez y sus mañas, sobre todo, daban mucho que desear y eran motivos de constantes discusiones con su suegro y hasta con su misma esposa, quien tenía que "aguantarle el vicio" — según él mismo solía decir. —

Gutiérrez tenía un compadre llamado Temístocles — el padrino de su hijito mayor — quien era un hombre de unos cuarenta años, agricultor y viejo amigo de Gregorio Morales. Temístocles guardaba una "platita" en el banco, y aprovechando que las uvas no valían casi nada ese año y que él mismo tenía una buena producción, se decidió a "moler", para lo cual alquiló una bodega cerca de su casa.

El viejo Morales y el propio compadre Gutiérrez le vendieron todas las uvas y como eran "como uñ' y carne", unos entregaban y otro recibía sin que se firmara ningún compromiso entre ellos.

Pasaron muchos meses. Temístocles estaba vendiendo ya el vino y los dueños de la uva estimaban que aun les quedaba debiendo el compadre. Con tal motivo le visitaron en una oportunidad. Discutieron; no pudieron entenderse y tanto el viejo Morales como su yerno abandonaron disgustadísimos la casa.

III

Había transcurrido más de dos años y como suele suceder cuando en las relaciones de los hombres intervienen también las

relaciones de sus familiares, Morales y su yerno se reconciliaron con Temístocles.

— El compadre Temístocles le ha mandado un petizo a Juanito — informó su mujer una mañana que Gutiérrez volvía de las viñas para almorzar.

— ¡Si? Bueno. ¡Y dónde está que no lu'i visto?

— Lo até yo misma atras de la casa. Creí que t'ibas enojar...

Y así, por intermedio del niño, comenzaron nuevamente las relaciones. De esta manera hubo de verse que en los días de fiesta Temístocles iba con su mujer e hijos a lo de Gutiérrez, o que éste se trasladaba a su vez con los suyos a la finca del compadre Temístocles.

IV

Pero como ocurre siempre en estos casos, algo queda del tóxico de las disputas.

Sucedió en un día claro y luminoso de diciembre. Gregorio Morales y su yerno pasaban el día con el compadre Temístocles, quien festejaba su cumpleaños. La merienda fué abundante y buena, pero más lo era aun el vino del compadre...

La sobremesa se prolongó hasta la media tarde. El calor apretaba y las mujeres se habían ido por entre las viñas para bañarse en un canal de aguas abundantes y frescas. De esta manera los tres hombres quedaron solos en la casa charlando de diversas cosas. Bien pronto la conversación fué empobreciéndose a medida que disminuía el líquido generoso de las botellas. Y de tema en tema, llegó a tocarse el punto que hacía un par de años había disgustado tan seriamente a aquellos hombres que ahora parecían ser "como uñ' y carne". Los ánimos se agriaron — a pesar de los esfuerzos del viejo Morales por llamarles a sosiego — y de las palabras pasaron a los hechos, volando por los aires copas y botellas... Desarrolláronse escenas de pugilato, hasta que uno de ellos extrajo de su cinto un enorme y filoso cuchillo y con él atropelló de pronto y con toda furia a Temístocles. Este, sorprendido por tan repetino ataque, fué derribado de dos puñaladas, recibiendo luego en el suelo innumerables puntazos en la espalda, asestados con toda saña...

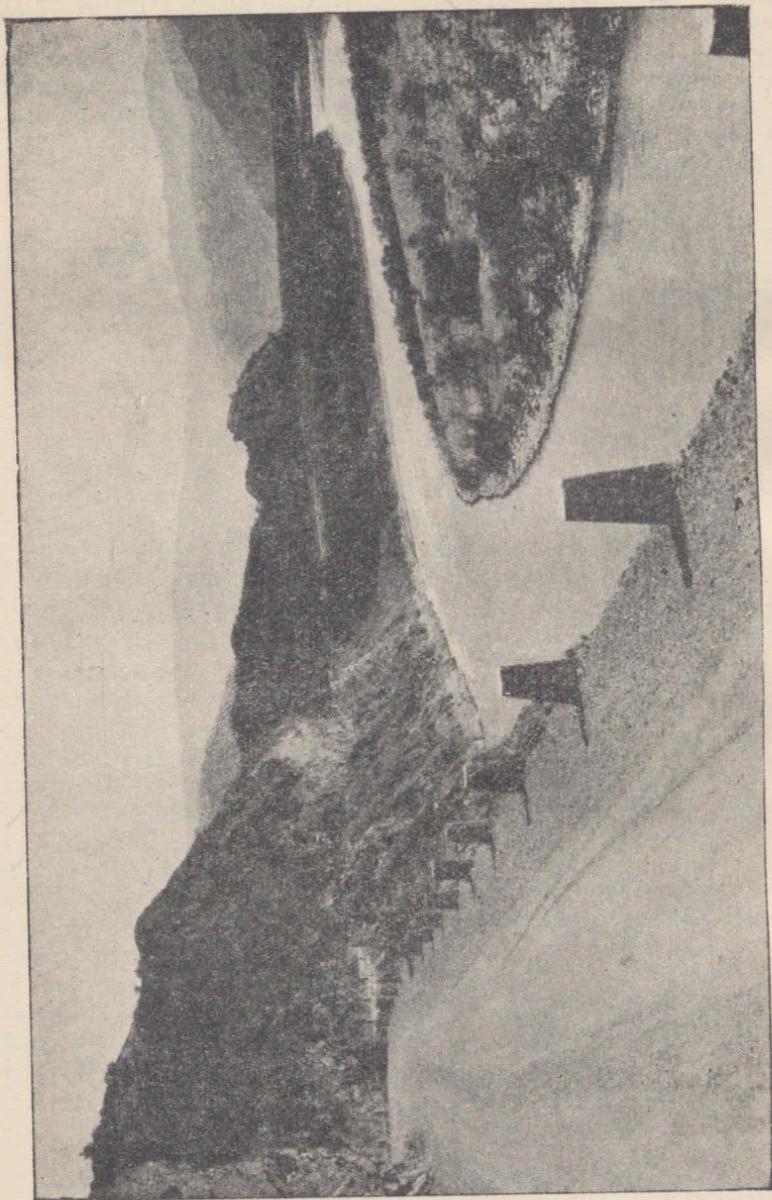
V

Han pasado casi dos décadas de aquella horrible tragedia. Gregorio Morales se haya en su lecho mortuorio y balbucea sus últimas palabras ante su hija y sus nietos presentes. Está aun en

uso de su razón. La tranquilidad se alberga en su espíritu en sus últimos momentos y sonríe...

— No quise decírtelo antes, Dolores, — musita con apagada voz —. Ahora es el momento y no quiero irme sin antes confesarte que no fui yo, tu padre, quien asesinó al pobre Temístocles... ¡Ha sido tu marido, hija mía!... Quise que fueras feliz... y... por el buen nombre de mis nietecitos, Dolores...

A. ANTONIO GREZZI



(Foto Birle)

Camino a Calingasta

III PARTE

POESÍA

San Juan

*Cuna inmortal de ilustres ciudadanos
Descansa la prolífica matrona,
Mientras Natura regia la festona
De viñedos y pámpanos galanos.*

*Oro y violeta exhibense, los sanos
Racimos, con la gracia juguetona,
Que la facundia indómita pregona
De sus divinos mostos... ¡jerezanos!...*

*Y en la glosa triunfal de sus vendimias,
Cual siringas de líricas eximias
Se orquesta la salmodia jornalera...*

*Y preside el genial resurgimiento:
¡La ciclópea figura de Sarmiento
De pie sobre la enhiesta Cordillera!...*

EMILIO GARCIA Y NEGRETE

Mater admirabile

A LA MEMORIA DE DOÑA PAULA ALBARRACIN DE SARMIENTO

*¡Salve, esforzada y sin rival matrona,
Perseverante, noble y tesonera,
Cuyo telar bajo la umbrosa higuera
La sonatina del Trabajo, entona!...*

*Vibra la prodigiosa lanzadera
Mientras se teje el lienzo o la cretona,*

*Y ciñe a vuestra frente, una corona,
Con sus flores la fresca enredadera.*

*Sublime es el valor fuerte y seguro
Que os comunican siempre desde el muro
Vuestros dos santos... ¡clásica heroína!*

*Que os cubrieron de gloria, en esa hora
En que disteis a luz — noble señora —
¡Al más grande varón de la Argentina!*

EMILIO GARCIA Y NEGRETE

Evocación

*Son las doce y cuarenta. Una hora larga
llevo en ociosa espera esta mañana.
Nadie repara en mí que, evocadora,
estoy frente a la escuela, contemplándola.*

*Siento como si ante ella repasara
del libro de mi vida viejas páginas,
y el pensamiento al traspasar las aulas
me hace sentir de nuevo colegiala.*

*Pienso en los horas dulces de la infancia
cuando en la mente sólo hay algazara
y aprendemos jugando cosas leves,
tan leves, que no alcanzan a enturbiarla.*

*Pienso en la lenta sucesión de años
en que comienza a fastidiar la cátedra,
porque hay montañas de saber y ciencia
que nos parecen demasiada carga.*

*Luego el paso gigante hacia la alta
y promisora faz de la enseñanza
en que empezamos a sentir, curiosas,
nuevo anhelo de luz, y nuevas ansias.*

*Epoca de avidez, en que la mente
busca los manantiales y se lanza
al intenso vivir desenfrenado
de toda inteligencia elaborada.*

*Profunda vida que no acaba nunca
porque nos llena de ambición el alma...
¡Cómo vuelvo a sentirme chiquilina
al pensar que esta sed nació en el aula!*

.....
*Suena pronto alegre campanada
que la colmena estudiantil desbanda,
lo mismo que desbanda los recuerdos
venidos con la espera esta mañana.*

MARÍA ANGÉLICA PRINGLES

Es mejor ignorar

*Quise desde muy niño saber, saber, saber...
Claro que yo jugaba... con Kant y Baudelaire...
Y cuanto más bebía, más quería beber...*

*Nunca anhelé como otros, caballos de cartón...
(En verdad los juguetes no fueron mi atracción).
Mis golosinas eran la Biblia y Juan Ramón.*

*Recuerdo que los reyes, los tres reyes de Oriente,
mis votos complacían, trayéndome un presente
de las prosas profanas del gran dios imponente.*

*O bien los singulares
y bellos colmenares
de Nervo y de Machado, númenes tutelares.*

*Quise desde muy niño saber, saber, saber...
Claro que yo jugaba, con Kant y Baudelaire...
Y cuanto más bebía, más quería beber...*

*Este es, pues, el motivo de mi complejidad.
La verdad, que buscaba con tal celeridad
me absorbió todo el jugo de la infantilidad...*

*Decepcionadamente, hoy llego a deducir,
que la verdad es reír, reír, sólo reír,
y es mejor ignorar... para mejor vivir...
(Todos los hombres tristes se debieran morir).*

FERNANDO BERMÚDEZ FRANCO

Hay una barca que espera...

Hay una barca que espera,
junto a la orilla del mar...
La tarde es de primavera...
Siento anhelos de zarpar...
¿Sabré bogar?

El mar calmoso me invita:
“Pescador,
sube, sube en la barquita,
sin temor”.

Y subo y la playa dejo...
¡Oh, el gran placer de viajar
por el mar!
... Y me alejo.

La tarde es de primavera.
En mi barquilla pesquera,
vago y vago.
El mar en calma
es un lago...
Y un lago es también mi alma...

Y al mar digo: "Mar, contesta,
¿hallaré otra tarde como ésta
cuando torne?" Calla el mar.
Me hace dudar.

Pero no importa saber
al pescador,
si al volver,
será viejo y triunfador,
— porque joven no ha de ser, —
o un fracasado,
que llegará en su barquilla
a la orilla,
triste y desesperanzado...

Soñando, siempre soñando,
sigo y sigo navegando...
No sé adónde arribaré...
No sé si naufragaré
antes de llegar.
Pero el placer de viajar
por el mar,
¡sí que lo sé!

FERNANDO BERMÚDEZ FRANCO

Romancillo de Noche de Reyes

Noche de Reyes es ésta,
Gaspar, Melchor, Baltasar,
en todos los zapatitos
sus bolsas van a vaciar.
Tres camellos los conducen
y una estrella de cristal
va iluminando el camino
que siguen sin descansar.
Las siete cabrillas locas
no han cesado de brincar,
doce campanas de plata
echadas a vuelo están.
La Cruz del Sur me parece
enferma de soledad,
la estrella de cinco picos
le hace un guiño de amistad.

Romancillo de la ausencia
nostalgia de mi soñar,
mi amargura está cantando
su canción de eternidad.
Espero los Reyes Magos
que muy pronto pasarán,
esta noche a mi ventana
ninguno se asomará.
La casa quedó desierta,
la cuna vacía está:
mi niño se ha dormido
para nunca despertar.

BLANCA FERNÁNDEZ AZARA

J á c h a l

*JACHAL, terrosa y huraña,
adormilada de siesta
sobre el valle polvoriento
y soledoso, bosteza.*

*Desdentados murallones
y puertas llenas de grietas.
Jibosos hornos. Burritos
sigilosos de flojera.*

*Agua rezongona y turbia
Desgranada en las acequias.
Hombres desgonzados de ocio
tras sus mujeres morenas.*

*Hay en los ojos endrinos
y en las tiznadas siluetas,
la desconfianza del indio
y del español la pena.*

*Lo típico se entristece
de inmovilidad. Se queja
adolorida la raza,
entre la pampa y la sierra.*

*Los vigorosos paisajes
de Huaco, Huachi y su huerta.
Campos logrados en trigo:
del Chañar y Pampa Vieja.*

*Poncho nativo, silencios
hondos y caricias tiernas;
sumisión fuerte y ardiente
en el amor de las hembras...*

*Mate, tortita y comento,
patay, aloja y vihuela;
cemita, tiros de lazo
y descoyuntadas huellas.*

*Río que ha venido a menos,
según el álamo cuenta.
Roca erizada de cactus
donde la tarde se acuesta.*

*Cueca, vinito y tonada.
Aquí se olvidan las penas...*

ANTONIO DE LA TORRE

Del libro "Gleba".

El Zonda

I

*Es el zonda, que extremece
las raíces y las ramas
de algarrobos centenarios,
de chañares y hojarascas,
y se arrastra por los quiscos olorosos,
y retuércese en las nubes que hasta el cielo se levantan.
Es el alma de un cacique,
desterrada,
de un cacique que muriera junto al Ande,
en los bélicos impulsos, ya vencidos, de su raza,
y que, ciego de terror, dice el mensaje
fatídico y solemne de sus cábalas.*

*Ha bufado inútilmente sus injurias
a las cumbres empinadas,
que en sus hielos han mirado indiferentes
la suprema rebeldía que en sus soplos se desata,
despreciando en el orgullo de su altura,
la impotencia de su saña.*

*Es el alma de un cacique que va errante
por las áridas llanuras soleadas,
y revuélcase en el polvo del camino,
en los riscos de los cerros, en la espuma de las aguas.
Tiene impulso de salvaje,
tiene aromas de las sierras que custodian Calingasta,
tiene un épico cantar de rebeliones:
¡el gemido moribundo de una raza!*

II

*Destizóse enloquecido
por las cumbres empinadas,
oteando en los desiertos,
maldiciendo los vergeles con sus lenguas incendiadas.
En una nube inmensa,
pasa.
Y lamiendo los viñedos rozagantes que marchita,
y doblando, aterrador, todas las plantas,
le cuenta al Villicun, fiel centinela,
la inquietud y el terror que le acompaña.*

III

*Es el alma de un cacique,
la que ahullara por los campos solitarios,
entre el verde poliforme de raquílicas pichanas.*

*Y por eso yo la he oído,
y por eso me entristece cuando bufa en mi ventana*

*y revuelve mis papeles,
y retuércese en las ramas,
y solloza en los pilares de mi patio,
y arrebatada la hojarasca,
y acobarda a los caballos
que en los llanos galoparan.*

*Es el viento que subyuga y aniquila,
es el alma
de un cacique que muriera junto al Ande,
en los bélicos impulsos, ya vencidos, de una raza.*

ANTONIO DE LA TORRE

Del libro "Vendimias Líricas".

El canto de la acequia

A JUAN PABLO ECHAGÜE

Es la acequia sin agua un sendero,
Serpiente de acero,
Que en la siesta
Se acuesta
A los rayos del sol de febrero;
Y en sopores
De ardores
Se humilla
Dormitando en la verde gramilla.

Mas, la tímida linfa, liberta
De toda compuerta,
En bullente

Corriente
Canta un claro rumor por la huerta;
Y en el manso
Remanso
Se enrosca
A lamer con su lengua la tosca.

En su punta, la linfa enturbiada,
De limo cargada,
Turbulenta
Presenta
A la gleba su ofrenda sagrada,
Tierra henchida
De vida,
Mensaje
De salud del lejano paisaje.

La corriente las márgenes baña:
Cual flauta de caña
Escondida,
Su huída
Va tañendo en la espesa espadaña;
Y manojos
De *hinojos*
Y *menta*
Dan olor a la orilla sedienta.

Corazón en mil surcos volcado,
Inunda el cercado;
En culebras
Sus hebras
Se deslizan por todo el sembrado;

Y sus besos
Impresos
En giros
Se revientan en flor de *suspiros*.

La bandada de pájaros pía
Su clara armonía;
Reverbera
La era;
La arboleda respira alegría;
Y en la viña
La *ibiña*
Desgrana
Su chirrido a la limpia mañana.

Al morir de la tarde, el regato
Feliz y beato,
En frescura
Murmura,
Por las aguas ubérrimas grato;
Y a las creces
Sus preces
Levanta
Con su lengua incesante, que canta:

— ¡Salve, acequia, que pródiga vienes,
Refrescas las sienes;
En sosiego
Tu riego
Desparrama en las siembras los bienes;
Tu visita

Bendita
Fecunda
A la tierra, que se abre jocunda.

Levantado el tapón, que la ataja,
El agua se baja;
Por las frondas
Las ondas
Siguen curso, fingiendo su faja
De soslayo,
El rayo
Furtivo
Del mirar de un galán fugitivo.

ATALIVA HERRERA

Del libro "Paz Provinciana" — 1922.

Leyenda del Saso

I

*Entre milenarios
paredones pétreos,
saltando en las piedras,
baja el arroyuelo.
Le llaman el Saso.
Viene de muy lejos
con su agüita fresca
— bendición del cielo.*

*Nadie sabe nada
de su nacimiento,
pero si se sabe*

que allá, muy adentro,
hay un vallecito
que le da su seno,
y el arroyo corre,
entre cerro y cerro,
con la eterna ronda
de un niño travieso.

Le llaman el Saso,
al blanco arroyuelo
de la agüita fresca
para los viajeros.

Siempre tiene agua,
nunca queda seco.
Así es su destino...

II

Cuentan los arrieros,
que en aquellos días
del incaico imperio,
llegó hasta las aguas
sonoras del lecho,
sombrio, el jinete
de un caballo negro.
Recia era su planta,
indomable el gesto.
Con su clava y su lanza
parecía un lancero,
o un rey de quien sabe
que bárbaro reino.

Honda la mirada,
fatigado el cuerpo,
se llegó a la orilla,
se tendió en el suelo,

*y acercó al arroyo
los labios sedientos.*

*Después... en las sombras
del desfiladero,
como si llevaran
alas con el viento,
corcel y jinete desaparecieron,
rompiendo la sierra con su galopar.*

*... Cuentan los arrieros,
que fué Huazihul, el hombre que el Saso
dejó como nuevo.*

JUAN CONTE GRAND

Poema del silencio obsesionante

*Silencio
cansancio de horas
reposo de tiempo.
Misterio de muerte
suave como un terciopelo.*

*Silencio
tus labios
son labios de muerto.
La vida te llevó a sus templos,
la muerte te hizo
su hermano gemelo.
Tu manto cobija
nuestro sueño.*

*Silencio
cansancio de horas
reposo de tiempo,*

*tú siempre estás mudo
tus labios son labios de muerto.*

Silencio

*naciste aturdido
de enmudecimiento.*

*Tienes una música
que nos viene en sueños.*

*Tu historia
es la historia del tiempo.*

Silencio

*algún día esas máquinas
que tascan las horas
tendrán su minuto de estacionamiento,
tú golpearás fuerte en nuestros corazones
y todo estará quedo.*

DALMIRO PODESTA DE ORO

(De un libro en preparación).

Palabras preliminares a la partida

*El día que yo parta
he de tornarme triste
como una lágrima.
Tendré la parquedad
de una palabra
y el hermetismo trágico
de un alma.
En mí habrá una obsesión
de lontananzas
y un terror niño
a las distancias.*

*El día que yo parta
habré muerto en presente
para reencarnarme en esperanza.*

DALMIRO PODESTA DE ORO

(De un libro en preparación).

El trabajo es el centinela de la virtud

A la humana criatura,
Inteligente y noble
Que cruza sobre la faz del universo
Luchando con su propia desventura,
El Hacedor Supremo,
Omnipotente y bueno,
Al otorgarle el alma soberana,
Le fijó su destino en las alturas.
Fué la esperanza el ángel de consuelo
A los humanos duelos,
Y la tierna virtud brilló enseguida
Como flor bendecida,
Del empíreo brillante desprendida.

Puso en los cielos su mirada el hombre
Y vió a los astros en acción constante
Girando sin cesar en las edades
Alrededor de su eje de diamante;
Y descendiendo contempló los mares
Y la tierra y los vientos,
Las plantas y los seres,
En armonioso, eterno movimiento...
Y meditando en ello,

El trabajo es mi ley, exclamó el hombre
Al escuchar su propio pensamiento.

Productos de su esfuerzo
Las ciudades surgieron;
Las artes y la industria y el comercio,
Y en millares de veces,
Los campos solitarios,
Con orgullo la frente levantaron
Coronada de frutos y de mieses;
Y audaz, tendiendo el majestuoso vuelo
Cual águila caudal, la mente humana,
Tras de la ciencia y de un ideal eterno,
Subió tal vez a la región del cielo.

Como el cuerpo y el alma que atesora
Como el sol y su luz deslumbradora
En mutua compañía,
En divino consorcio,
Juntos el mundo recorrer se vieron
A la virtud, la ninfa pura y bella,
Y al trabajo, gigante de la tierra;
Este llevando de la mano a aquella
Por su potente brazo protegida,
Dándole aliento y esperanza ella,
Preludios de la tierra prometida,
Y al subir las pendientes de la vida
Asperas, elevadas
Y de abismos pobladas,
En deleite infinito recrearse
Descubriendo en la cima luminosa
De pura gloria la visión radiosa.

Tal a vosotras acontece ¡Oh Jóvenes!
Que con justa alegría
Venís en este día
A recibir el galardón preciado

Por el virtuoso esfuerzo conquistado;
Vuestras primeras horas
Dulces, arrobadoras,
Pasaron como nube de alborada,
Como el suave perfume de las flores
Con sus juegos y risas,
Con su inefable dicha,
Dejando su recuerdo en la memoria
Como de un sueño de celeste gloria.

El deber os llamó; Dios y la Patria
Os señalaron el augusto templo
Que encierra los destinos inmortales
De la adorada, de la tierna infancia,
Do perecen los gérmenes fatales
Del vicio, del error, de la ignorancia.
El Orbe al conocer su Providencia
Y del bien los principios eternals
A la luz de la humana inteligencia
La escuela os albergó. Como la fuente
Que alimenta purísima corriente,
Su sed apaga al triste peregrino,
Fatigado y perdido en el desierto.
Tal vuestro pensamiento
Persiguiendo el ideal de su destino
Pudo templar la fiebre del deseo
Que siempre a la razón agita y mueve,
Cual si fuera celeste devaneo
De sondear los arcanos de la ciencia,
Y vuestra alma con íntima ternura
Con la plácida fé de la inocencia
Descubrió acaso un cielo de ventura,
De la virtud oyendo el puro acento
En la noble enseñanza del maestro.

El maestro. ¡Cómo palpita el corazón del hombre
Al pronunciar tan venerable nombre!

¡Oh! no existe palabra
En el humano idioma
Que puede traducir el sentimiento
La pasión que desborda
La gratitud inmensa y el cariño
Que nacen en nosotros cuando niños,
Y que la edad aumenta y estimula,
En nuestro corazón hacia el maestro;
Esta es la recompensa y la corona
Humilde, pero bella,
Sencilla, pero eterna,
Que circunda su frente venerada.
Envidiable es su gloria; mas en cambio
Cuánta lucha y fatiga,
Cuánta pena infinita,
En amargo silencio devorada;
Su misión es divina: es una estrella
La frente de la infancia iluminando,
Que envía desde terso firmamento
Para ahuyentar tinieblas, rayo blando,
Si la virtud practica, si la infunde
En infantiles corazones, ángel,
Sacerdote de Dios cuando su diestra
Se dirige a los cielos, y una Patria
Sobre las cumbres del espacio inmenso
Para el alma inmortal.

Distinguidas alumnas, hoy maestras,
Hasta la cima augusta levantaos,
Recorriendo animosas la ancha esfera
Que describe en el tiempo la carrera
Del bien y del saber, vuestra divisa
Proclamando el axioma, que el trabajo
Es quien constante vela
Celoso centinela
De la virtud, la casta hija del cielo,
Para vosotras sea el juramento.

Que prestais ante Dios, ante la Patria,
Con honda fé y grande sentimiento
Al asumir el santo magisterio.
Y allá en las horas tristes o dichosas
En que ejerzais el noble apostolado,
De enseñar a la infancia candorosa,
De alumnas y maestras tal emblema
Que marca las etapas del camino
Sea siempre y doquier sagrado lema
Para alcanzar magníficos destinos.

SEGUNDINO J. NAVARRO

Composición leída por el Dr. Segundino J. Navarro, en el acto de entregarse los diplomas a las primeras egresadas de la Escuela Normal de San Juan, en 1884.

Sarmiento luchador

*Te acosaron los odios del salvaje
con su furor reconcentrado, fiero,
y aunque proscrito, errante y prisionero
los dominaste al fin con tu coraje.*

*Omnipotente en tu inmortal blindaje
— el blindaje inmortal de tu talento —
hiciste de tu hazaña un monumento
sobre la misma cruz del caudillaje.*

*Y entonces allí, en la empinada cumbre
do fueras a plantar tus pabellones,
la entusiasta y altiva muchedumbre*

*al golpear las puertas de tu fama,
glorificó en sus vastas proporciones
la irradiación de tu épico programa.*

JULIO ERNESTO MARTINEZ

A Colón

*Allá, trás el Atlántico imponente
En rincón apartado y silencioso,
Un sepulcro se yergue misterioso
Desafiando a los siglos y a la muerte!*

*La miseria, las luchas inclementes,
Consumieron la vida de un coloso,
Ignorado murió y era forzoso
Que olvidaran entonces al valiente!*

*Ingratos hijos de la humana estirpe
Que al genio un día apellidárais loco,
Y que en el polvo del olvido hundisteis*

*Al loco ilustre del valor estoico!
Despertad!... y si injustos parecisteis
Implorad el perdón del muerto heróico!*

RENÉE GÓMEZ DE BENABENTOS

Optimismo

*No importa, corazón mío
que el mundo no te comprenda.
— Prosigue en tu desvarío,
que así calmarás el frío
de la nebulosa senda. —*

*¿Que el mundo de tí hace mofa
por que te entregas al arte
con la prosa y con la estrofa?
¡No importa! No ves la estofa
de los que quieren burlarte?*

*Sigue nomás tu camino.
Mira que perece, cuando
se detiene, el peregrino.
Y es palpitar tu destino
para continuar soñando.*

*Pues, corazón, si te paras,
para contestar las pullas
o para estudiar las caras,
no tendrán más albas claras
las ilusiones que arrullas.*

*¿Que te zahieren? Pues ríe
con el desdén altanero
del que un ensueño deslíe.
¡No permitas que desvíe
cualquier patán tu sendero!*

*Te ofenda el débil o el recio
ríe, sin mostrarte herido.
¡Nada ofende más al necio
y al abyecto, que el desprecio
de un corazón bien nacido!*

GUSTAVO ARAYA CACERES

Calchaquina

Al desgranar las gavillas
y hollar parbas,
con el sol,
van los mozos a las trillas:
“alégrate corazón”.

El tordo madruga en vano
con sus planes
de hurtador,
sin que un pico toque un grano
hasta la puesta del sol.

Corre por los capilares
del racimo
tornasol,
la sangre de los lagares:
alégrate corazón.

Muñequen los maizales,
y en el rancho
ya se habló
de humitas y de tamales,
hasta la puesta de sol.

Las tuscas brindan aromas,
y ya el corpus
floreció
en los tarcos de las lomas:
alégrate corazón.

Por los agrestes senderos
huecos troncos
de timbó
van golpeando los meleros
hasta la puesta del sol.

Todas las hierbas florecen,
da sus frutos
el mistol,
los tardos olivos crecen:
alégrate corazón.

Las cabras en la montaña
y el buey siguen
al pastor,
si toca flauta de caña
hasta la puesta del sol.

De los cóndores salvaron
los terneros;
sólo dos
vaquillonas devoraron:
alégrate corazón.

Por eso cantando pasa
por los campos
el pastor,
y alegre vuelve a su casa
cuando ya se pone el sol.

Buenos tiempos, mejor año!
muchas lluvias,
poco sol,
ricos mostos, ningún daño:
alégrate corazón.

ADAN QUIROGA

Del libro: "Flores del Aire".

La campiña sanjuanina

¡Que hermosa es la campiña
de San Juan, en verano,
con sus grandes viñedos,
sus sabrosos duraznos,
los frutos que Pomona
preside alegre este año!

Si a las inmediaciones
de la ciudad nos vamos,
para gozar fresco aire
huyendo del sol cálido,
el campo nos sonríe
con sus ricos sembrados.

Bella Naturaleza
hay en los provincianos
lugares. Por doquiera
reina silvestre encanto,
pasmosa exhuberancia,
fertilidad, buen año.

Caminito de Zonda
y de Desamparados,
hacia Santa Lucía
y Concepción, ¡que mágicos
paisajes se divisan
de la sierra al amparo!

Pintores y poetas
y los enamorados
de la bella Natura,
aman los verdes campos,
la floresta cautiva,
nidial de alegres pájaros.

Pomona se recrea
por colinas y llanos,
al mirar sus frutales,
sus parrales cargados,
que el sol estival dora
para festines báquicos.

Digno del Hacedor
es el sublime cuadro
que ven nuestros mortales
ojos, como extasiados.
¡Maravillosa es la obra
de la divina mano!

ALFONSO DIAZ

Del libro "Bajo el Cielo Argentino".

Jaculatoria a tus manos

*Manos suaves, milagrosas...
Blancas manos
que hacéis llorar los pianos,
que hacéis temblar las rosas.*

*Manos dulces, virginales...
Bellas manos
que ofrendáis a los humanos
las bondades celestiales...*

*De rodillas os imploro
santas manos,
enjuguéis mi amargo lloro
extingáis mis viejos males...*

GABINO MORLA ECHEGARAY

Matinal

*Los cerros azules que el valle circundan
se bañan gloriosos de sol mañanero,
y es ninfa garrida la verde campiña
que flores derrama en el húmedo suelo.*

*Feliz un labriego regando sus viñas
entona canciones del viejo pasado,
en tanto el vecino con mano callosa
esparce simiente que entierra el arado.*

*Oculto a lo lejos, en glauca arboleda
ostenta la casa sus techos de greda.
Suspira la brisa una dulce cantata
que sabe a recuerdos de tristes amores.
¿Será alguna moza que riega sus flores
cantando la pena de amor que la mata?*

*El eco doliente se pierde a lo lejos,
cual lejos se borra la azul serranía,
dejando en los aires un lánguido dejo
de música alada, de azul melodía...*

GABINO MORLA ECHEGARAY

La muerte de Huazihul

(LEYENDA DE LOS HUARPES)

*Aterradora noche de tragedia
el alma ensombreció de Calingasta.
Es Salinas de Heredia,
férreo instrumento del poder hispano,
quien a los huarpes fulminante aplasta
por un designio del terrible arcano.*

*Recelosos los duros
conquistadores de Tulún, se sienten
ya de sus propios lauros inseguros.
La libertad indígena no ha muerto;
hasta hollada, maltrecha y perseguida,
la madre fué de insurrección estoica
que, revolviéndose sin rumbo cierto
contra el destino, encuentra su guarida
al otro lado del Tontal. Su heroica
temeridad encarna Huazihul,
el indómito huésped del desierto!*

*Por eso, como reto agrio y sañudo,
juró el lugarteniente de Mallea
enyugar la testuz del indio rudo,
convertir en escombros su dominio
y arrasarlo con la inflamada tea
voraz del exterminio.*

*Ya asoló a Tamberías. De improviso
sobre la incauta población cayera
y sus cabañas convirtió en hoguera.
Ya abatió al insumiso
pueblo y a sus tenaces defensores
— de ágiles miembros y de almas calladas —
y dispersó sus mansos moradores
por el abrupto erial de las quebradas.*

*Huahizul abandona la refriega,
— aún, en su desánimo, bravío —
y con menguada hueste se repliega
hacia las verdes márgenes del río.
Erguido allí sobre la alta colina,
como sobre un bastión,
la llama del incendio lo ilumina.
Enjuto, de atezada piel, lampiño,
— uniendo a la fiereza del león*

la candidez incólume del niño, —
cubre el pecho, de músculo potente,
con un cuero de puma y vincha roja
le circuye la frente...

Por caminos furtivos,
presa de pusilánime congoja,
va allí mismo a buscarle la doliente
caravana de ilotas fugitivos.
Está con ellos Tunumaya y su hija...
Tunumaya, la esposa del gran jefe,
— la de dulce mirada —
le detalla prolija,
con voz flébil y frase entrecortada,
los últimos momentos
de la ciudad histórica, entregada
a la demencia de hombres y elementos.

.....
Tunumaya se abraza a las rodillas
de Huahizul y exánime le pide,
en lágrimas bañadas las mejillas:
— “En tí solo la entereza reside;
contigo está nuestra última confianza.
No nos dejes, helados de agonía,
llorar aquí...!” La chusma repetía:
“Protégenos, señor, que nos alcanza
la extranjera venganza!...”
“Sí — Huazihul contesta — todavía
nos queda aquel incommovible amparo
del Alcazat. Allá todos iremos...
No desmayeis. El ánimo preclaro
de nuestra raza ignota
se temple y fortalece en la derrota!”

II

Batido sin cesar de cerro en cerro
por el furente hierro

*de implacable conquista,
aquel caudillo intrépido disputa
palmo a palmo su trágica heredad;
y afronta denodado la imprevista
catástrofe que envuelve su alma hirsuta
en ráfagas de interna tempestad.*

.....

VI

*La española legión, no satisfecho
el homicida enojo en Tamberías,
se dirige al Alcazat. La señalan
escalando el repecho
los insomnes vigías.*

*El grande Huazihul acorralado
cual tigre en su cubil, a la postrera
batalla se dispone. Con un fémur
de ingenioso artificio trabajado
da a sus parciales la señal guerrera.*

.....

*Unos armados de certera honda,
otros del dardo de rojoza estela
y los demás del hacha trucidante,
ocupan la redonda
meseta de la pétrea ciudadela.
Aquel grupo patético y vibrante,
que con el torvo brillo
de su pupila a la victoria emplaza,
concentra su multánime sufrir
en una sola fé: la del caudillo;
un solo corazón: el de la raza;
un solo pensamiento: el de vivir.*

.....
.....

PASCUAL JOSE GALLARDO

Flora Argentina

(La Fauna cantaron,
la Flora canté;
los *irra* pecharon,
la Fauna premiaron,
se ignora porqué).

SONETOS

La cebolla

Nívea bola abollada, cristalina
galleta vegetal resplandeciente
de fresca comezón, blanca, crujiente,
anda siempre rodando en la cocina.

Este adorno de flora peregrina
que derrama su aroma blandamente,
del que huye frenética la gente,
es a veces preciosa medicina.

Forzoso es aguantarla con paciencia
pues tiene para el guiso buenos platos
y es diurética asaz por excelencia.

Suele dar a la tripa buenos ratos
y tiene la simpática ocurrencia
de hacer llorar hasta a los pobres gatos.

El choclo

Bajo el palio frondoso esmeraldino
que cubre el surco fértil del maizal,
envuelto en chala y pelo natural,
palpita el tierno choclo campesino.

Adefesio o beldad, corta sin tino

el hilo de su vida patriarcal;
lo desnuda, lo rapa, y al final,
coloca la parrilla en su camino.

En la cáldea estación, esta primicia
de la chacra libérrima criolla,
de buen rescoldo a la sutil caricia
o danzando en el caldo de la olla,
hay que ver, en substancia alimenticia,
la fuerza colosal que desarrolla.

El rábano

En forma varia, largo o chiquitito,
bajo alfombra crujiente de verdura,
con una impertinencia prematura
se va poniendo grueso y compadrito.

La vida sedentaria, al rabanito
le produce muy lata desventura
porque al verse tan mal de vestidura
se pone colorado el pobrecito.

Picante o dulce, con sin par primor
la vergüenza le pone de color
y se presta a livianas paradojas.

Perenne y pirotécnico entremés
ya se coma al principio, ya después,
casi siempre se toma por las hojas.

AMADOR CORDERO DE AUSTRIA

Del libro "Corcovos de la Idea".

Mi ofrenda al maestro

A ESE SOLDADO DE LA PAZ Y LA
CULTURA, CON SINCERO AFECTO.

*MAESTRO, tutor querido de mi bella infancia,
guardián celoso de mi porvenir,
dechada flor con inmortal fragancia,
luz en la noche bruna de ignorancia
que alumbra fuerte para de ella huír.*

*Fanal sagrado de la noche triste,
noche profunda de la vida en bruto
cual es, si el manto del saber no viste;
sándalo humano que a aromar persiste
aunque el desprecio se le pague en fruto.*

*Segundo padre de la edad temprana,
amante, bueno, cariñoso y santo;
amor tan sólo de tus labios mana
cristalizado en la enseñanza humana
siendo a la vida un inefable canto.*

*Amigo tierno de la infancia inquieta,
plástico artista de la humana arcilla,
minero noble de la eterna veta
que das al alma, como da el poeta,
luz inefable que por siempre brilla.*

*Dé mi cariño, en gratitud a tu alma
generosa y grande, a la cultura abierta,
por donde un día, en mi niñez en calma,
entré a ese templo de la ciencia cierta
para de sabio conquistar la palma.*

ALEJANDRO C. MARTI

La estrella

*¿Me quieres? soy la estrella que alumbrará tu abismo
Irradiando en el éter, duplicada en el mar...
— Encendido en la fiebre de su propio heroísmo
El pobre adolescente tuvo ansias de volar. —*

*Y anduvo... Dios bien sabe si es profundo el abismo,
Si es dura la montaña, si es tenebroso el mar.
Y cómo, hasta el desierto agranda en su espejismo
La angustia del que corre y no puede llegar.*

*Dios bien sabe el camino que siguió aquella vida
Tras la luz impalpable de la estrella encendida
En el vago, remoto, país crepuscular.*

*Que cruzó los espacios, más ligera que el viento,
Que fué de sangre y llamas y luz su pensamiento
Y que por más que anduvo no la pudo alcanzar.*

JOSÉ DE SAN MARTÍN

Esta poesía del escritor y poeta sanjuanino, José de San Martín, ha sido tomada del libro que prepara Rogelio Díaz L. titulado "Antología de Cuyo"

Indio

*Señor de la llanura y rey de la montaña
supersticioso y simple, indómito y bravío,
llevabas en tu sangre el ardor de una raza
y la pujanza cierta en tu cuerpo cobrizo.*

*Hay siglos de misterio en tu existencia bárbara.
Solitario del mundo, ingenuo y primitivo
vivías el sopor de una edad milenaria,
desdeñoso e hirsuto, hierático y sombrío.*

*Un día sin embargo tus dioses te olvidaron
cuando, de ignotas tierras hombres desconocidos,
pálidos y guerreros, con la espada en la mano
impusieron sus leyes a tu pueblo vencido.*

*Empezó tu calvario sangrientamente rojo...
Del último cacique su postrer alarido
fué lamento en los valles y en la noche sollozo
mientras se desangraba tu corazón de indio.*

Campanita de aldea

Campanita tibia
alma de metal,
dulce compañera
de mi soledad.

Esta mañanita
me hablabas de cosas...
¡Sólo al evocarlas
mi pena se ahonda!

Bella campanita
plena de ternura
en tu vientre vibra
la canción de cuna.

Suena campanita
que florece en mí
la dulce esperanza
de un nuevo vivir.

Despierten tus ecos
mil sonoridades
que hoy siento en mis ojos
sombras fantasmales.

El viento te ronda.
Yo sé que es tu amante.
¡Cómo se agudiza
para acariciarte!

En tu campario
arrulla una tórtola.
Su nidito suave
es como una rosa.

El zorzal del valle
que tu voz envidia
es el camarada
de tus armonías.

Campesina mano
te arranca el secreto
que todos los días
vuela con el viento.

Suena campanita
que florece en mí
la dulce esperanza
de un nuevo vivir...

... Ya hay sombra en la aldea,
el día se vá.
¡Que triste plegaria!
¡Talán! ¡Tan! ¡Talán!

La madre

*Un poco enferma, a solas con mi alma
hoy te he sentido como nunca, madre;
hoy llevo en mis pupilas reflejada
nuestra blanca capilla, paz del valle.*

*El patio en que solíamos reunirnos
cuando el zonda moría entre los sauces
y en el áureo silencio del ocaso
la tarde se dormía en el paisaje.*

*Entonces te llegabas a nosotros
con tus palabras de ternura, madre,
bañadas en el agua de la acequia
rumorosa de besos y cantares.*

*Hoy he vuelto a soñar bajo los álamos
que en mi infancia iniciáronme en el viaje
al infinito de ese cielo diáfano
como tu santo corazón de madre.*

*Ocultá entre los cerros entreveo
a la noche distraída en contemplarte,
y de un salto, a la luz de sus estrellas,
venirse a mí para besarme.*

*Y mientras Calingasta se arrebujá
entre las sombras del sereno valle
el río de entonces, lentamente
viene hacia mí, trayendo tu mensaje.*

*Un poco enferma, a solas con mi alma
hoy te he sentido más de cerca, madre.*

OFELIA ZUCCOLI

La Chapanay

ACTO PRIMERO

ESCENA IIa.

MARTINA — CRUZ CUERO

CRUZ CUERO (*cantando con guitarra*).

I

Flor de Huanacache
Vidalita,
A ofrendarte llego
En un triste canto
Vidalita
De mi amor el fuego.

II

Deja que te cuente
Vidalita
Mi apenada vida,
D' esta vida mía
Vidalita
Triste y dolorida.

III

Tus negros ojazos
Vidalita
Oh dulce Martina,
Me han clavao muy hondo
Vidalita
Del querer, la espina.

IV

Solo en tu cariño
Vidalita
Encontrar podría,
Lo que ya he perdío
Vidalita,
Valor y alegría.

V

Ando solo y triste
Vidalita
Abrumao de pena
Y llorando siempre
Vidalita
Mi cruenta condena.

VI

Oh mi sanjuanina
Vidalita
Como yo te quero,
Puede hacerlo solo
Vidalita
Solo tu Cruz Cuero.
(pausa)

¿Qué te ha pareció mi vida?

MARTINA

Muy lindo... muy lindo, Cruz;
brilla en tu canción la luz
de un alma llena 'e poesía.

CRUZ CUERO

Sin embargo mi Martina,
la juerza de mi cariño
me hace llorar como un niño
que se ha clavao una espina...

MARTINA (*interrump.*)

¿Y por qué tanto tormento?...

CRUZ CUERO

Y... ¡Porque así es el amor!
Es igual que cuando el viento
lastima al besar la flor...

MARTINA (*interrump.*)

Pero ella triste y herida
con su perfume lo llena...

CRUZ CUERO (*interrump.*)

Pa que otro aspire su pena
y encuentre linda la vida.

(pausa)

Así yo, como la flor,
largando voy en mi canto
la tristeza y el quebranto
con que me mata tu amor;
y esa luz, que en tu decir
has visto hoy en mi canción,
es la luz del corazón
en su amoroso latir.

MARTINA

Veo Cuero que tu fama
de payador no es en balde,
y m'encariña el alarde
que en tu palabra se inflama;
poco a poco ella me gana
con su murmullo doliente,
dejándome aquí en la frente
suave frescor de mañana.

CRUZ CUERO

Eso, Martina querida,
esa brisa 'e primavera,
es cuando por vez primera

se quiere a un hombre en la vida...

Y si es pa mí ese querer
— que de rodillas te pido —

dejá por lo más querido
que él empiece a florecer;
dejá también que mi pena
se cubra con esas flores,
pa que entonces los dolores
me dejen el alma buena;
y si el feliz retoñar

en nuestras vidas se hace,
verás como a Dios le place
nuestro divino soñar...

Si, Martina... La mistura
de tu cariño y el mío
será más grande que el río
que viborea en la llanura;
será como el sol, de juerte,
como los cielos, projundo,
más bello que todo el mundo
en su rodar a la muerte...
Será lo mismo que Dios,
así de grande y de todo,
cuando contempla a su modo
las cosas qu' el mesmo creó.

MARTINA (suspirando)

¡Cómo me dentran al alma
las cosas que vos decís!

CRUZ CUERO

¡Si, Martina, es qu'es así
la borrachera del alma!

(pausa)

Primero como un vientito
que parece batir de alas...

Dispués... aumenta sus galas
con un temblor suavécito...
Luego es perfume... es antojo...
es luz de aurora en el pecho...
y luego lo que habís hecho:
¡Llenar de llanto tus ojos!

(pausa)

.....

.....

ALEJANDRO PEÑATE QUIROGA

La quena del huarpe

A mi amigo ODIN GÓMEZ LUCERO

*Del cerro Pie de Palo, bordeando la ribera,
Desde Cauçete mismo al fosco Villicum,
Donde el cacique Angaco guardaba la frontera
Del salitroso oriente del valle de Tulum.
Vivió su vida libre la brava toldería
De la aborígen raza del huarpe agricultor,
Que al sur tuvo la industria de fácil pesquería
De la exquisita trucha y el pejerrey mejor.
Al pie de un tala enorme y en noche no serena
De luna y viento zonda, viajando, me apeé
Del potro en que montaba, y de una vieja quena
Soplada por el viento, las notas escuché...
Medroso y extrañado del singular sonido
La causa de su origen dispúseme a indagar,
Y al escarbar la entraña del tronco carcomido
La quena, entre resinas, al fin pude encontrar.*

Alcéla emocionado, y en su madera tosca
Ví escrito a los reflejos de la eclosión lunar
Un nombre "Tupanimba", color ala de mosca
En tinte despintado al paso secular...
El nombre era del huarpe, que, músico nativo
El mismo su instrumento con maña fabricó,
Y aquel extraño hallazgo sirvióme de incentivo,
Pues mi alma soñadora sedujo y conquistó.
El huarpe que, corriendo detras de los guanacos
Su vida deleitaba con gusto espiritual,
Junto a una joven india, cruzando los Angacos
Tal vez llegó a las puertas del mismo Cochagual...
La quena del indígena nos dice de un idilio,
De algún amor libérrimo del tiempo que se fué
Cuando las tribus bárbaras sufrían el exilio
Ante las avanzadas del ínclito Jufre.
Quizas el indio herido de guerras y de amores
Al pie del viejo tala se vino a refugiar
Y huyendo de las armas de los conquistadores
Su quena, en las sorpresas, abandonó al cruzar.
Era la quena un símbolo. El alma de una raza
En su calado eufónico, representada ví,
Cuando el invasor blanco su corazón enlaza
Y funde las dos sangres... ¡en un solo rubí!...
Tal vez del indio músico, indómito y salvaje
El primitivo idilio, tronchó sin compasión,
Pero al unir las sangres, de Amor en homenaje
El dióle a su conquista, cerebro y corazón...

.....
Yo recogí la quena del huarpe, que hoy me inspira,
Pues soy un descendiente directo de español,
Y esa nativa quena, he transformado en lira
Para cantar mi tierra, bruñida por el sol...

.....
En el hispano idioma, mi espíritu argentino
En múltiples canciones sus gestas cantará
¡Y brindaré a la Patria desde el macizo andino

Con la embriaguez suprema del mosto de San Juan!

.....
*La quena de aquel huarpe, la tradición refunde,
Cristo operó el milagro de la genial fusión,
Y en su glorioso credo, las razas mil confunde
Con sus divinas nupcias, la Civilización.
Mi lira es esa quena, vibrante de armonía
que trueca a hispanoamérica en flor de Humanidad,
¡En donde ha de operarse la nueva Epifanía
Que estreche al Universo con la Fraternidad!*

*¡América es el campo del Gran Experimento.
Crisol donde se cuecen las fórmulas del Bien
A fuerza de Trabajo, Amor y Pensamiento
Fundamentales piedras del Venidero Edén!...*

EMILIO GARCIA Y NEGRETE

Abril de 1936.

Escuelita provinciana

*Escuelita montañesa
perdida entre pedregales.
Un escudo, una bandera
y dos piezas miserables.*

*Escuelita abandonada
impregnada de tristeza,
llora una pena en tu alma:
el dolor de no ser bella.*

*Para tus niños quisieras
paredes muy bien pintadas,
patios amplios y florestas
y hasta un canario en cada aula.*

*Mas, en tu ruda pobreza
ofrendar puedes tan sólo
tu corazón de tapera
y en tu campana un sollozo.*

*Escuelita montañesa
desteñida y agrietada,
la de la maestra enferma
que lentamente se acaba...*

ANGUALASTO



APENDICE

A base de perseverancia y buena voluntad, visitando detenidamente la mayoría de nuestras Bibliotecas, Museos y Archivos públicos y particulares, he conseguido confeccionar la presente síntesis bibliográfica sanjuanina que, aunque no está completa por cuanto en ella figuran solamente los libros y folletos que he podido encontrar en mi prolija búsqueda, puede servir de guía para investigaciones y trabajos posteriores de quienes deseen especializarse en nuestra interesante bibliografía provinciana.

INDICE BIBLIOGRAFICO SANJUANINO

HISTORIA

- Aguiar, Desiderio S.: "Huarpes".
- Bustos, María Merlo de: "Comprobaciones históricas — A propósito de Aberastain y la Rinconada". "Estudio comparativo de las colonizaciones extremas de América — País de Cuyo".
- Briones Arias, Oscar: "El Coronel Arias jefe de la Revolución de 1866".
- Caballero, Antón — (Pedro P. Calderón): "La redención de un pueblo. — Narración histórica pintoresca de los sucesos políticos de la Provincia desde 1906 a 1907".
- Castro Bustos, Luis: "Orígenes de la industria vitivinícola y su consolidación industrial, con una biografía de Justo Castro".
- Cabrera, Pablo: "Los aborígenes del País de Cuyo". "Córdoba, de la nueva Andalucía". "Córdoba del Tucumán prehispánica y protohistórica". Cultura y beneficencia durante la Colonia". "Trejo y su obra". "Introducción a la historia eclesiástica del Tucumán" y varios otros importantes libros.
- Caraffa, Pedro I.: "Hombres notables de Cuyo".
- Díaz (hijo), Rogelio: "El aborígen sanjuanino".
- Díaz L., Rogelio: "Historia del periodismo en San Juan". "De nuestra historia".
- Delgado, Ignacio: "San Juan en la Revolución de Mayo". "La Quinta Normal de San Juan". Las Actas Inéditas" — del libro "La Carta de Mayo". "Las invasiones inglesas y su repercusión en San Juan".
- Flores, América Ferla de: "Datos biográficos de los gobernadores de San Juan".
- Gnecco, Agustín V.: "Comisión Pro Monumento Guerreros del Paraguay — Antece-

dentes y documentación histórica". "Eran Diaguitas y no Huárpes los primitivos habitantes de San Juan".

Gil, Octavio: "Autonomía Provincial".

Guerrero, César H.: "Camilo Rojo" — premiada con medalla de plata en el IV Congreso de Historia Nacional y Americana. "El General D. Anselmo Rojo — A través de la Historia Argentina". "Síntesis cronológica de los gobernadores de San Juan — Contribución al estudio de la neuropatología gubernativa de esta Provincia".

Gómez, Manuel José y Saturnino Laspiur: "Memorándum".

Hernández, Alfonso G.: "Boletín del Archivo Provincial — Historia documentada en forma de efemérides". (Aparecieron sólo tres números). "Extrañamiento o expulsión de los P. P. Jesuítas de su Colegio — Residencia de San Juan de la Frontera" (1767). "Primer Centenario del Obispado de Cuyo" (1834-1934). "Apuntes para servir a la historia de la Educación Primaria y Religiosa en San Juan". "Episodios sanjuaninos". "Biografía de Fray Justo Santa María de Oro en el primer Centenario de la muerte del prócer" (1836-1936); en colaboración con Ignacio Delgado.

Hudson, Damián: "Recuerdos históricos sobre la Provincia de Cuyo".

Jofré, Juan de Dios: "Compendio de la Historia Civil y Militar de la Provincia de San Juan" (Obra póstuma).

Larrain, Nicanor: "El País de Cuyo". (La obra más completa hasta la fecha de la historia de San Juan).

Oro, Domingo de: "Papeles de don Domingo de Oro".

Quesada, Ernesto: "Acha y la batalla de Angaco".

Rodríguez, Víctor: "Contribución a la historia de la Provincia de San Juan — Apuntes biográficos del Brigadier General Nazario Benavides".

Segundo Censo General de la Provincia de San Juan — Tomo I — (Parte histórica).

Zinni, Antonio: "Historia de los gobernadores de las Provincias Argentinas".

G E O G R A F I A

Boletín del Instituto Geográfico Argentino.

Cambas, Juan Ramón: "Estudio Geográfico de la Provincia de San Juan".

Díaz, L. Rogelio: Toponimia geográfica aborígen de San Juan. — Contribución al estudio de la lingüística aborígen de Cuyo".

Fernández, Juan Rómulo y J. A. Castro: "La Provincia de San Juan — Panoramas y Paisajes".

Geografía de la Provincia de San Juan — 1909 — (Del Segundo Censo General de la Provincia. Gobierno del Coronel Carlos Sarmiento).

Latzina, Francisco: "La Argentina. Consideraciones en su aspecto físico, social y económico". "Diccionario Geográfico Argentino".

Larrain, Nicanor: "Geografía de San Juan" (2ª parte de "El País de Cuyo").

Llerena, Juan: "Cuadros descriptivos y estadísticos de las tres Provincias de Cuyo"

— 1867 —.

- Moussy, V. Martín de: "Description Geographique et Statistique de la Confédération Argentine" (En francés).
- Moscarda, J. F.: "Guía Geográfica Militar de la Provincia de San Juan".
- Ramírez, Pedro Pascual: "Provincia de San Juan — Contribución a su historia geográfica" (Obra póstuma).
- Stappenbeek, Richard: "La precordillera de San Juan y Mendoza".

L I T E R A T U R A

- Aliaga Sarmiento, Rosalba: "Una mujer del siglo XX (Cuentos). "El milagro de las rosas" (Novela). "Bajo el terror" (Novela histórica). "Mis fantamas" (Cuentos). "Amor brujo" (Cuentos). "Los buhos de mi torre". "París mago".
- Alvarez, Florencio: "El Sud Mendocino" y muchos otros importantes trabajos de su especialidad.
- Bosque Moreno, Lucía: "Voces interiores".
- Briones Arias, Oscar: "Jornadas".
- Balaguer, Dalmiro: "Corona fúnebre" (Discursos).
- Castro Urcullu Delia: "Por un beso" (Novela).
- Ciruzzi, Nicolás: "El duelo y su monstruosidad".
- Contreras, Juan M.: "El paso de los Andes. Crónica dramática en dos actos".
- Chirapozu, José: "Páginas sanjuaninas". "Pedro Echagüe".
- Díaz L., Rogelio: "Ensayos" (Cuentos). "Anteo". "Perfiles". "Jáchal".
- Echagüe, Pedro: "La Chapanay". "Elvira o la Rinconada" (Ambas novelas de carácter regional). Escribió también "Apuntes de un proscrito". "Cuatro noches en el mar". "Un lego de San Francisco". "Un drama romántico", representado por primera vez en San Juan en 1868, y varias otras obras teatrales que en su tiempo se representaron en la Provincia. Poesías diversas.
- Echagüe, Juan Pablo (Jean Paul): "Hombres e ideas". Paisajes y figuras de San Juan". "Leyendas y cuentos sanjuaninos". Tiene varios libros sobre teatro, dos de ellos en francés.
- Escudero, Margarita Mugnos de: "De la vida sanjuanina", y otras publicaciones.
- Fernández, Juan Rómulo: "Serranía". "Civilización Argentina". "El Valle de Tulun". (Este libro ha sido propuesto para el segundo premio a la producción literaria nacional de los años 1933, 1934 y 1935).
- Guido, María Isabel Echagüe de: (Elisabeth). "Tragedia de amor". "Nubes blancas". "El modernismo y el liberalismo femeninos". "Consejos a Elisabeth". "Al margen del Decálogo".
- Gómez, José Félix: "Alocución patriótica al 25 de Mayo" (1895).
- La Novela de Cuyo — (1922). Se publicaron las siguientes obras:
- 1º—Alma doliente — Belisario Albarracín.
 - 2º—Entre pedregales — Margarita Mugnos de Escudero.
 - 3º—Tres noches de emoción — Aristóbulo A. Murúa.
 - 4º—Luchita — Carlos Barros Carril.
 - 5º—La Barba de Serapio — Miguel Marín Ibañez.

- 60—Los piratas del amor — César A. Moya.
 70—Amor fatal — Eugenio Doncel.
 80—Eclipse de luna — Huri Gómez de Lucero.
 90—Amor de poeta — María Bustos Tula.
 100—Tragedia íntima — Juan Videla Cuello.
- Monla Figueroa, Alfredo:** "Vida y obras de Don Pedro Echagüe". "Un Educador sanjuanino en Chile — Don José Dolores Bustos". "Juan Pablo Echagüe".
- Martos, Miguel:** "Cuentos Andinos". "La difunta Correa".
- Marín Ibañez, Miguel** — (Juan Luis): "Domingueras". "Remedios contra el analfabetismo".
- Martín Palma, Alfredo:** "La mujer y la vida moderna".
- Ramírez, Pedro C.:** "La formación del carácter".
- Mallea, Narciso S.** — (Segundo Huarpe): "Medicina de agujeros". "Cuentos cortos". "Alma nueva". "El maquiavelismo de El Presidente". "Sarmiento Presidente". "Bosquejos de algunos médicos italianos y sus clínicas". "Influencia de la cultura chilena en San Juan".
- Moreno Lima, Virginia:** "Manuelita, eminente educacionista y monja". (Inédita).
- Sánchez, Benjamín:** "Silbidos de tierra adentro".
- San Martín, José de:** "Mis profetas locos". "Jesús y Nietzsche".
- Salinas, Wherfield A.:** "Episodios y tradiciones sanjuaninas". Tiene varias obras de teatro y otros libros.

OBRAS DE EDUCACION

A R I T M E T I C A

Aguilar, Francisco D.: "Sistema métrico decimal de pesas y medidas".

G R A M A T I C A

Calderón, Pedro P.: "Manual de Gramática Castellana".

Godoy, Emilio: "Algunos artículos sobre los vicios de nuestra educación".

L E C T U R A

Benabentos, Renée Gómez de: "Valles Andinos". (Inédito).

Díaz, Guillermina C. de: "Hacia el porvenir" (Inédito).

Guerra, Luz: "Mi fiel amigo" (Inédito).

Ramos, Augusto S.: "Tierra natal".

L E C T U R A Y C O N S U L T A

Gómez Lucero, Odín: "San Juan".

D I D A C T I C A S

- Doncel, Eugenio R. y Alida A: "Contribución a la Enseñanza Primaria de Niños Anormales".
- Palma, Vicente: "Opinión de un maestro".
- Quiroga, Pedro: "Legislación y Jurisprudencia de la Educación Común" — 1871 —
- Varas, Manuel Gilberto: "Como mejorar la Escuela". "Escuela Humana".

O T R A S O B R A S

- Albarracín, Belisario: "Por el progreso de San Juan".
- Aubone, Guillermo R.: "Censo Agrícola — Estadística e informaciones de la Provincia de San Juan". "La remolacha azucarera en Cuyo". "Deseccación de fruta" y varios otros trabajos.
- Bustelo, Francisco: "Fabricación de azúcar de caña".
- Bates, Sergio W.: "Muerte de Jones".
- Conforti, Carlos: "Las congregaciones religiosas ante la Constitución Nacional" (1902). "Defensa del Coronel Carlos Sarmiento" (1907). "Proyecto de ley de divorcio" (1911). "Al pueblo de Jáchal — Su ferrocarril" (1912). "Separación de la Iglesia del Estado" (1811), y otros trabajos.
- Céspedes, Guillermo: "Estudio del Río San Juan".
- Cantoni, Angel: "Geología y Minería de la Provincia de San Juan".
- Codorníu Almazán, Dalinda: "Geografía de Mendoza". "Despertar". Centenario de Rawson — Comisión Central.
- Doncel, Eugenio R.: "Tratado elemental de Física" (2 tomos). "Manual práctico de electricidad industrial" (3 tomos).
- Documentos referentes a la negociación del primer Empréstito externo de la Provincia y a la fundación del Banco Provincial de San Juan".
- Feveile, Christian: "Primer libro de francés". "Folklore". "Cinta educacional".
- Fontana, Luis Jorge: "Antecedentes sobre los proyectos de obras hidráulicas en el Río San Juan" (1899).
- Exposición y feria Andina — 1901 —.
- Gutiérrez, Carlos Ciro: "De la lucha".
- Guerrero, César H.: "La Biblioteca Popular San Martín de Albardón".
- Guerrero, Francisco M.: "El caballo — Apuntes de Hipología Militar". "El juego de la guerra en los cuerpos del Ejército". "Entrenamiento — Topografía y reconocimientos militares". "Escuela de Caballería".
- Groeber, Pablo y Augusto Tapia: "Condiciones geológicas de la quebrada de Ullún con un proyectado dique de embalse".
- Gómez de Terán, Leopoldo: "Conferencia sobre el terremoto del 27 de Octubre de 1894 - San Juan".
- Garramuño, Máximo: "Meditaciones piadosas".
- Igarzábal, Rafael S.: "Informe sobre la Exposición Nacional de Córdoba presentado al Gobierno de San Juan por el Delegado de esta Provincia — 1871".
- King, Antonio J.: "24 años en la República Argentina".
- Morcillo, J. B. N.: "Lecciones de Instrucción Cívica".

- Landa, Augusto: "Canal del Norte. Defensa de las márgenes del Río San Juan. Dique Nivelador de la Puntilla. Desagües".
- Primer Centenario del Natalicio de D. F. Sarmiento — I Congreso Pedagógico Nacional de Instrucción Primaria".
- Programa para las Escuelas Primarias de San Juan.
- Primer informe del Consejo de Educación de la Provincia de San Juan — 1862.—
- Quiroga, Manuel Gregorio: "Comentarios al Proyecto de Ley de Riego para la Provincia de San Juan". "Temas de hidráulica práctica sobre el régimen del Río San Juan".
- Quiroga, Manuel José: "Teoría para un elevador de agua".
- Ramírez, Pedro Pascual: "La minería en San Juan". "Industria Vitivinícola".
- Rojo, Tadeo: "La cuestión religiosa".
- Sanctis, Humberto de: "Enseñanza del Italiano" (3 tomos).
- Segundo Censo General de la Provincia de San Juan — Gobierno del Coronel Carlos Sarmiento. (2 tomos).
- Sánchez, Benjamín: "Filosofía de la Historia".
- Vede, Raúl: "Las Escuelas Normales".
- Wassman Sven: "El mineral de hierro en Agua Negra — Jáchal".

P O E S I A S

- Austria, Amador Cordero de: "Serio y broma". "Odisea de una pulga". "Poema sinfónico". "El chiripá". "Los cuernos de la Luna". "Corcovos de la Idea". "Pataleos poéticos". "Aleluyas Episcopales". "Rimas diabólicas".
- Bermúdez Franco, Fernando: "El sendero inmaculado".
- Codorníu Almazán, Luis: "Soledades y angustias".
- Díaz, Alfonso: "Bajo el Cielo Argentino".
- Díaz L., Rogelio: "Cantos al pueblo".
- Gallardo, José Pascual: "Huahizul — Poema épico sobre una leyenda de Calingasta".
"Evocaciones románticas — Colección de poesías diversas".
- Morla Echeagaray, Gabino: "Cantos dispersos" (Inédito).
- Navarro, Segundino J.: "Canto épico a Fray Justo Santa María de Oro". Autor de los Himnos "A Sarmiento" y "Al Arbol" oficializados por el Gobierno Nacional para uso de las escuelas.
- Peñate Quiroga, Alejandro: "La Chapanay". Teatralización en verso de la novela del mismo nombre de Pedro Echagüe.
- Quiroga, Adán: "Flores del aire".
- Torre, Antonio de la: "Canciones de Peregrino". "Vendimias Líricas". "Gleba".
- San Martín, José de: "Poemas dolorosos". "De la desesperación, de la locura y de la muerte".
- Ulloa, Salvador M.: "Magda Dilecta".
- Vera, Cirilo E.: "El lirio". "Oda a la Patria".
- Yanzi, Guillermo — (Gémo Yangóld): "Canto de amor".
- Zúccoli, Ofelia: "Llegando al camino".

De intento he dejado para el final la obra bibliográfica, realmente ciclópea, realizada por Domingo Faustino Sarmiento en todos los órdenes de la actividad cultural. No voy a entrar a detallarla porque todos los comprovincianos de aquel hombre genial tenemos el deber de conocerla. Baste decir que en la mayoría de las bibliotecas populares argentinas encontramos su labor escrita, pacientemente compilada en 52 grandes volúmenes, por su nieto A. Belín Sarmiento. Si algo queda sin conocerse, son muy pocas de sus producciones todavía inéditas y muchas de sus cartas, verdaderos documentos históricos, dispersas hoy en diferentes manos.

LIBROS Y FOLLETOS BIOGRAFICOS SOBRE LOS SIGUIENTES PROCERES SANJUANINOS

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Andino, Ernestina Echegaray de
Bunge, Carlos O.
Belín Sarmiento, Augusto
Fernández, Juan Rómulo
Jofré, Ladí Elena
Peralta, Juan Nicolás
Guerra, Guillermo
Lugones, Leopoldo
Navarro, Segundino J.
Ponce, Aníbal
Palcos, Alberto
Soldán, Paz
Valdes, Carmelo B.

SALVADOR MARIA DEL CARRIL Y LA CARTA DE MAYO

Delgado, Ignacio
Guastavino, Juan Estevan
Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación
Rodríguez Villar, P.
Vedia y Mitre, Mariano de

FRAY JUSTO SANTA MARIA DE ORO

Belín Sarmiento, Augusto
Carrasco, Jacinto
Salcedo, Modesto
Toledo, Antonio B.

FRANCISCO NARCISO DE LAPRIDA

Olivera, Carlos

ANTONINO ABERASTAIN

Monla Figueroa, Alfredo

JOSE IGNACIO DE LA ROZA

Echagüe, Juan Pablo

GUILLERMO RAWSON

Larrain, Jacob

NOTA. — La obra bibliográfica de nuestros médicos y abogados en sus tesis, trabajos científicos y escritos diversos, es grande e importante, lamentando no hacerla conocer en estas páginas por cuanto esa labor escaparía a la índole del presente libro. Por el mismo motivo no figuran las obras de carácter político, salvo contadas excepciones.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE GENERAL

	PÁGS.
Dedicatoria	7
Prólogo	11
I PARTE	
1—Acta de fundación de la Ciudad de San Juan de la Frontera	15
2—Repartimiento de Tierras — Nombres de San Juan — Nicanor Larrain ...	18
3—Cuyo — I Parte — María Merlo de Bustos	19
4—Cuyo — II Parte — María Merlo de Bustos	20
5—Reconstrucción de la Vida Colonial — Alfonso G. Hernández	22
6—Pronunciamiento de San Juan en la Revolución de Mayo — Juan de Dios Jofré	24
7—Crónica de los sucesos ocurridos en San Juan con motivo del reconocimiento de la Junta Provisional Gubernativa de 1810 — De la documentación com- pilada por Ignacio Delgado	25
8—Usos y costumbres del Huarpe — Nicanor Larrain	28
9—El Rastreador — Nicanor Larrain	29
10—Palabras quechuas de uso común en la Provincia de San Juan de Cuyo en 1872 — Nicanor Larrain	31
11—Nomenclatura general o sea onomástica de Cuyo — Pablo Cabrera	34
12—Huarpes — Desiderio S. Aguiar	37
13—La industria minera en la Provincia — Reseña Histórica — Pedro P. Ramírez	39
14—José Ignacio de la Roza — Colaborador de San Martín y promotor de la cultura sanjuanina — Juan Pablo Echagüe	40
15—La Sociedad Dramática Filarmónica — Damián Hudson	42
16—Bosquejo histórico de San Juan en 1870 — Aspecto edilicio de la Ciudad — Luis Castro Bustos	44
17—El Pronunciamiento del 1º de Mayo de 1851 en San Juan — Juan de Dios Jofré	47
18—San Juan en la Exposición Nacional de Córdoba — Año 1871 — Rafael S. Igarzábal	49

19—El fortín de Las Tapias — César H. Guerrero	52
20—La Chapanay — Pedro Echagüe	54
21—Recuerdos históricos — Dr. Don José Castro Hurtado — Octavio Gil	56
22—Retrospectiva — Fragmento — Ignacio Delgado	59
23—El Batallón San Juan — De los libros "El País de Cuyo" y "Recuerdos de la Guerra del Paraguay	61
24—Etimología y Folklore — Angualasto	63
25—El baquiano — Domingo Faustino Sarmiento	66
26—El gaucho malo — Domingo Faustino Sarmiento	67
27—El cantor — Domingo Faustino Sarmiento	69
28—Bronces — Juan Rómulo Fernández	72
29—"No crean que porque son maestras saben leer..." — De "Diario Nuevo" ..	75
30—Historia y tradición médicas argentinas — Juan Carlos Navarro	75
31—Patrimonio sanjuanino — Pedro I. Caraffa	77
32—Gobernadores de San Juan — América Ferla de Flores	80

II PARTE

33—LA CARTA DE MAYO — Salvador María del Carril	99
34—La historia de mi madre — I Parte — Domingo Faustino Sarmiento	103
35—La historia de mi madre — II Parte — Domingo Faustino Sarmiento	104
36—El hogar paterno — Domingo Faustino Sarmiento	107
37—La vida pública — Domingo Faustino Sarmiento	111
38—Mirando al Pie de Palo — Christian Feveille	112
39—Credo — Manuel Gilberto Varas	114
40—Pequeños poemas en prosa — Julia Ottolenghi	115
41—La poesía en San Juan — José Chirapozu	116
42—De exámenes — Miguel Marín Ibañez - (Juan Luis)	119
43—La Cruz de Castro — Laureano Lépez	123
44—Los dos miedos — Miguel Martos	124
45—La Santa de Pachaco — Fragmento — Rosalba Aliaga Sarmiento	126
46—Amor, trabajo y unión — María Isabel Echagüe de Guido - (Elisabeth) ...	129
47—Baños medicinales — Pedro Pascual Ramírez	130
48—Sueños de leyenda — Tras la visión del oro — Lucía Bosque Moreno	131
49—Realidad de una quimera — Cuento — Margarita Villegas Basavilbaso ...	133
50—La Gran Laguna Llancaleño — Florencio Alvarez	135
51—Pasas de San Juan — Wherfield A. Salinas	136
52—San Juan del río a la cumbre — José E. Assaf	140
53—Don Chencho — Rogelio Díaz L.	141
54—San Juan — Aspectos activos — Víctor Mercante	146
55—Que es un libro? — Oscar Briones Arias	148

56—El guanaco y su caza en las sierras de Córdoba — Rosauro Pérez Aubone ..	149
57—San Juan desde el punto de vista social — Salvador A. Doncel	153
58—Risas — Augusto S. Ramos	152
59—Todo un maestro — Estanislao Albarracín	158
60—Al compás de la guitarra — Eladio Segovia	162
61—Todo Argentino está orgulloso de serlo — Leonor Kiernan	165
62—San Juan de Cuyo — La Ciudad de las Estatuas — Del Diario "Los Andes".	169
63—Oración a la Bandera — Canto en cien palabras — Odín Gómez Lucero ...	173
64—El voseo, los extranjerismos y otras malas prácticas — Odín Gómez Lucero.	173
65—La Provincia de San Juan como zona productora de frutas — Ernesto J. Riveros	176
66—Obrar bien — Modesto T. Leites	179
67—Las leyendas — Margarita Mugnos de Escudero	181
68—La flor del infortunio — Juan Videla Cuello	185
69—Viento Norte — Del libro "Hacia el Porvenir" de Guillermina C. de Díaz ..	187
70—Algunas observaciones sobre el Censo Agrícola — Guillermo R. Aubone ...	189
71—Censo Ganadero Nacional — Guillermo R. Aubone	194
72—Informaciones varias sobre la Provincia de San Juan — Guillermo R. Aubone	195
73—Un maestro del tiempo viejo — Virginia Moreno Lima	200
74—La "Pichona" — Cuento Andino — Narciso S. Mallea	202
75—Leyenda "El Bramido de la Sierra" — Desiderio Aguiar	205
76—Como uñ y carne — A. Antonio Grezzi	206

III PARTE

P O E S I A

77—San Juan — Emilio García y Negrete	213
78—Mater Admirabile — Emilio García y Negrete	213
79—Evocación — María Angélica Pringles	214
80—Es mejor ignorar — Fernando Bermúdez Franco	215
81—Hay una barca que espera... — Fernando Bermúdez Franco	216
82—Romancillo de Noche de Reyes — Blanca Fernández Azara	218
83—Jáchal — Antonio de la Torre	219
84—El Zonda — Antonio de la Torre	220
85—El canto de la acequia — Ataliva Herrera	222
86—Leyenda del Saso — Juan Conte-Grand	225
87—Poema del silencio obsesionante — Dalmiro Podestá de Oro	227
88—Palabras preliminares a la partida — Dalmiro Podestá de Oro	228
89—El trabajo es el centinela de la virtud — Segundino J. Navarro	229
90—Sarmiento luchador — Julio Ernesto Martínez	233

91—A Colón — Renée Gómez de Benabentos	234
92—Optimismo — Gustavo Araya Cáceres	234
93—Calchaquina — Adán Quiroga	236
94—La campiña sanjuanina — Alfonso Díaz	238
95—Jaculatoria a tus manos — Gabino Morla Echegaray	239
96—Matinal — Gabino Morla Echegaray	240
97—La muerte de Huazihul — Leyenda de los Huarpes — Pascual José Gallardo.	240
98—Flora Argentina — Amador Cordero de Austria	244
99—Mi ofrenda al maestro — Alejandro C. Martí	246
100—La Estrella — José de San Martín	247
101—Indio — Odín Gómez Lucero	247
102—Campanita de Aldea — Odín Gómez Lucero	248
103—La Madre — Ofelia Zúccoli	250
104—La Chapanay — Alejandro Peñate Quiroga	251
105—La Quena del Huarpe — Emilio García y Negrete	255
106—Escuelita Provinciana — Angualasto	258
APENDICE	259

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MESTROS

